SALUSTIO

CONJURACIÓN DE CATILINA
GUERRA DE JUGURTA
FRAGMENTOS DE LAS «HISTORIAS»

•

PSEUDO SALUSTIO

CARTAS A CÉSAR
INVECTIVA CONTRA CICERÓN

•

PSEUDO CICERÓN

INVECTIVA CONTRA SALUSTIO

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE

BARTOLOMÉ SEGURA RAMOS



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 246



Asesores para la sección latina: José Javier Iso y José Luis Moralejo.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por José Ignacio García Armendáriz.

Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1997.

Depósito Legal: M. 36635-1997.

ISBN 84-249-1879-7.

Impreso en España. Printed in Spain.
Gráficas Cóndor, S. A.
Esteban Terradas, 12. Polígono Industrial. Leganés (Madrid), 1997.

INTRODUCCIÓN GENERAL

I. Biografía de Salustio

Gayo Salustio Crispo nació en Amiterno, país de los sabinos, en el 86 a. C. y murió en el 35 a. C. Estos son los datos que aporta la *Crónica* de San Jerónimo, reelaborando el *Cronicón* de Eusebio: *Sallustius Crispus scriptor historicus in Sabinis Amiterni nascitur;* año de Abraham 1931 = Olimp. 173, 3/4 = 669 de la fundación de Roma = 85 a. C. // *Sallustius diem obiit quadriennio ante Actiacum bellum*; año de Abraham 1981 = Olimp. 186, 1/2 = año 719 de la fundación de Roma = 35 a. C.

El nombre completo (los *tria nomina)* se encuentra en el *Bellum Africanum* VIII 3: *C. Sallustium Crispum praetorem ad Cercinam insulam uersus... ire iubet.* Y con ayuda del *Chronicon Paschale* y los *Consularia Constantinopolitana*[1] la fecha de nacimiento se ha podido corregir en un año, pasándola del 85 al 86. Hay variantes de menor importancia respecto a las fechas[2]. Por lo demás, los datos aportados por

---

[1] Editados por Mommsen, *MGH auct. ant. IX chron. min.* I (1892).

[2] P. McGushin, *C. Sallustius Crispus, Bellum Catilinae,* Leiden, 1977, pág. 1.

San Jerónimo se remontan a una obra perdida de Suetonio, *De uiris illustribus,* que contaba con una sección dedicada a los historiadores como Salustio, para cuyo caso el autor de la biografía disponía de más datos y en primer lugar de la lista del censor que exigía conocer la fecha de nacimiento de quienes integraban la misma. Suetonio, a su vez, aparte de los archivos que estaba a su alcance consultar, pudo disponer de los datos, en parte biográficos, que Quinto Asconio Pediano, comentarista del *pro Milone* de Cicerón y que trabajaba en los años cincuenta de nuestra era, sin duda suministraba en su famoso comentario.

Hasta el año 55 no se vuelve a saber nada de Salustio, y aun así lo referente a dicho año no pasa de ser conjetural y sujeto a la duda. Este año pudo ser cuestor, para lo cual contaba ya con la edad pertinente. A dicho fin necesitaba el apoyo de alguien, pues procediendo de una zona lejana de Roma y aun cuando fuese por nacimiento de los *domi nobiles,* el *cursus honorum* estaba limitado casi exclusivamente a los hombres de la ciudad y las dificultades para acceder a él eran enormes y a menudo insuperables para los *homines noui.* Para aquel año ya había en Roma veinte cuestores y diez tribunos de la plebe, y Salustio pudo muy bien ser uno de los primeros de aquel año (el 55) en que fueron cónsules Craso y Pompeyo, éste por segunda vez. La amistad con Pompeyo, tal como se manifiesta en el 52, pudo haberse originado ese año.

En el año 52 Salustio fue tribuno de la plebe. Para ese año había tres candidatos al consulado: Tito Annio Milón, apoyado por los *optimates*, y los dos candidatos de Pompeyo, Quinto Escipión Pío Metelo Nasica y Publio Plaucio Hipseo, al que también apoyaba Publio Clodio (tribuno de la plebe en el 58), y candidato él mismo a la pretura en el 52. Clodio y Milón habían organizado bandas que se enfren-

taban a diario, hasta que, el 18 de enero del año citado, la banda de Milón dio muerte a Clodio en Bovilas (actual Castelgandolfo), cerca de la Vía Apia. Asconio, pág. 31, 5-7 Stangl: *Occurrit ei circa horam nonam Clodius paulo ultro Bouillas, rediens ab Aricia (...); erat autem allocutus decuriones Aricinorum.* En el encuentro Clodio fue herido primero por el gladiador de la banda rival Birria, y los acompañantes de Clodio lo transportaron a la choza más próxima, donde fue rematado por Milón. El cadáver de Clodio fue llevado a Roma en la misma tarde de ese día y Salustio y Quinto Pompeyo Rufo, otro de los tribunos, pronunciaron un discurso[3]. Aparte de Quinto Pompeyo Rufo, se conocen otros tres nombres de los colegas de Salustio (no olvidemos que los tribunos de la plebe eran en esta época diez en número): Marco Celio Rufo, amigo de Cicerón (recuérdese el *pro Caelio*, del año 56), Mamilio Cumano y Tito Munacio Planco (Bursa), a quien Horacio dedicaría más de veinte años después una oda (II 2), y quien junto a Quinto Pompeyo fue uno de los tribunos más activos, defensores de Pompeyo y Clodio y enemigos declarados de Milón y de Cicerón, que meses más tarde defendería a Milón.

Al día siguiente de la muerte de Clodio, día en que había tenido lugar la *insanissima contio* (Cic., *pro Mil.* XLV) ante la que había hablado nuestro tribuno, el cadáver de Clodio fue transportado al Foro y amortajado delante de los *Rostra;* allí, ante una multitud enorme, de la que formaba parte no sólo la plebe, sino hombres importantes asimismo, hicieron uso de la palabra Munacio Planco y Pompeyo Rufo, quienes aprovecharon la ocasión para recomendar la candidatura de sus amigos Escipión Metelo y Plaucio Hip-

[3] Asconio, *ibid.: sunt autem contionati eo die, ut ex Actis apparet, C. Sallustius et Q. Pompeius, utrique et inimici Milonis et satis inquieti.*

seo. Asconio, pág. 32, 3-4 Stangl: *ibi pro contione Plancus et Pompeius, qui competitoribus Milonis studebant, inuidiam Miloni fecerunt.* La multitud prendió fuego a la Curia, acto por el que tuvieron que responder más adelante los dos tribunos, viéndose libre de dicho proceso Salustio, prueba evidente de que no participó, al menos activamente, en aquella asamblea.

Hacia el veinte de enero se nombró un primer *interrex*, al que sucedieron otros, con la finalidad de convocar elecciones, pues aún no había cónsules. En vista de la situación, el 24 de febrero Pompeyo fue nombrado cónsul por tercera vez, ahora *sine collega*, y sólo dos meses más tarde asoció en el consulado a su suegro, Quinto Escipión Metelo. El cuatro de abril se inició el juicio contra Milón, con Lucio Domicio Ahenobarbo como *quaesitor*, esto es, fiscal, siendo acusadores los sobrinos de Clodio más Marco Antonio. La acusación primera a la que tenía que responder era lógicamente *de ui,* y durante los tres primeros días depusieron como testigos oculares Causinio Escola y las *uirgines Albanae.* De 51 votos, 38 votaron en contra, entre ellos incluso Catón, y la sentencia fue dada a conocer el ocho de abril; a continuación Milón fue juzgado *de ambitu* y *de sodaliciis.* Milón se exilió a Marsella, dejando una deuda de setenta millones de sestercios.

Luego, fueron juzgados los clodianos que habían quemado la Curia, en tanto que los tribunos de la plebe Munacio Planco, Pompeyo Rufo y Salustio, clodianos a su vez y amigos de Pompeyo, gozaban de inmunidad hasta el 9 de diciembre. Cicerón acusó a Munacio Planco, quien tuvo que abandonar Roma, refugiándose junto a César, en Rávena, y convirtiéndose a partir de ese momento en un cesariano; Pompeyo Rufo, que era amigo de Pompeyo, tuvo que marchar al exilio, en Bayas. A Salustio, en cambio, no lo juzga-

ron. Uno se pregunta por qué lo protegieron los acusadores, Cicerón, Hortensio, Celio y Bruto. Desde luego, en primer lugar hemos de contar con que las relaciones entre Pompeyo y César eran bastante buenas en el año 52. El primero, como asimismo Cicerón, apoyaba la *ratio absentis*, esto es, que César pudiese presentar su candidatura al consulado para el año siguiente sin estar presente en Roma. Un par de leyes promulgadas por Pompeyo, *lex de iure magistratuum* y *lex de prouinciis* facilitaron el camino a César; igualmente, el colegio de los Diez Tribunos apoyaba al conquistador de las Galias. Por su parte, Salustio había tomado posesión de su cargo de tribuno de la plebe el 10 de diciembre del 53, y el 18 de enero del 52, como hemos visto, pronunció un discurso contra Milón, recomendando la pretura de Clodio, que indudablemente recibía la ayuda de César y Pompeyo. Por otra parte, Salustio no estuvo en el mitin del 19 de enero, de donde salió la decisión de incendiar la Curia; más tarde, Salustio se reconcilió con Cicerón y Milón[4]. ¿Cuál pudo ser la razón por la que Salustio no fue juzgado? Cabe no descartar incluso alguna razón familiar, porque Cicerón era muy amigo de Gneo Salustio, tío, posiblemente, de nuestro historiador. «Sólo su cambio de actitud desde marzo del 52 puede explicar que no haya sido tenido en cuenta junto a Pompeyo Rufo y Munacio Planco. Ni la energía de Pompeyo ni la ayuda de César han salvado a Salustio, sino la oportuna colaboración con los amigos de Milón. Con pleno derecho podía hablar Salustio más tarde de la descarriada *ambitio* de sus primeros años: sus cambios políticos durante el Tribunado le hacen representante de aquellos *adulescen-*

---

[4] Asconio, pág. 35, 1-3 Stangl: *postea Pompeius et Sallustius in suspicione fuerunt redisse in gratiam cum Milone ac Cicerone.*

tes ambiciosos, para quienes el éxito personal lo significaba todo y el bien de la *res publica* poco.»[5]

Coincidiendo con la estancia de Cicerón como gobernador en Cilicia, Salustio pudo haber sido procuestor en Siria en el año 51 *(legatus pro quaestore)*. La sospecha partió de Mommsen. Cicerón en *Ad. fam.* II 27 responde a un Salustio (que le pide cuatrocientos mil sestercios y la recomendación ante Bíbulo —del cual es procuestor, supuestamente—) con gran frialdad, lo cual hace pensar que no se trata de Gneo Salustio, el gran amigo de Cicerón, sino precisamente de nuestro historiador. Jürgen Malitz[6] se pregunta la razón que movió a César a nombrar gobernador de la provincia *Africa Noua* precisamente a Salustio, como no fuera el hecho de haber sido procuestor en la provincia de Siria, con la experiencia que ese ejercicio daba: de no haber ocupado dicho cargo, Salustio habría sido el único de los gobernadores de César que no hubiese tenido previamente experiencia provincial.

Salustio, como cuestor en el año 55 y, en cualquier caso, como tribuno de la plebe en el 52, pertenecía por derecho propio al Senado, y de él sería expulsado en el año 50, cuando fueron nombrados censores (no los había desde el año 70) Lucio Calpurnio Pisón y el terrible Apio Claudio Pulcro. Los censores tenían por misión elaborar una lista *(nota censoria)* de aquellos senadores indignos *(maculosi senatores)* que por mala conducta debían ser expulsados del Senado. ¿Cuál fue el motivo de esta expulsión? El Pseudo-Acrón en su comentario a Horacio *(Sátiras* I 2, 47-49: «pero cuánto más segura es la mercancía en la clase segunda, la de las libertinas digo, con las que se vuelve loco Salustio, no

[5] JÜRGEN MALITZ, *Ambitio mala: Studien zur politischen Biographie des Sallust,* Bonn, 1975, pág. 62.

[6] J. MALITZ, *Ambitio ...*, pág. 71.

menos que el que comete adulterio»), da el siguiente fundamento (II pág. 22 Keller): «Pues los censores echan en cara esto a Salustio en el Senado. Entonces, él atestiguó que era cortejador, no de las matronas, sino de las libertas, y por ello fue expulsado del Senado, de lo que a su vez se disculpa en el libro de Catilina» (a saber, en el capítulo III). La fuente debe de ser una biografía de Salustio a cargo de Asconio, como se lee en el mismo comentario, combinando esta acusación con otra, la del adulterio con Fausta, hija de Sila, a la sazón esposa de Milón (II pág. 21 Keller): «Esto parece decirlo de Salustio; pues se dice que Salustio Crispo, sorprendido en adulterio con Fausta, hija de Sila, fue molido a latigazos por Annio Milón; a éste apunta T. (en vez de «Quinto») Asconio Pediano, al hablar de su vida». Para J. Malitz[7] esta conducta sexual exuberante de parte de Salustio debió ser la razón de su expulsión por obra y gracia del censor Apio Claudio Pulcro, ya que, a juicio de este autor, a esas alturas (año 50) Salustio no era nada políticamente. «Sólo tomándonos en serio la fundamentación que propuso Apio para la nota censoria de Salustio (y no probamos buscar motivos indemostrables e improbables de corte político), se hace comprensible la intensidad de la crítica con la que los enemigos de Salustio han aludido después de la guerra civil a la distancia que media entre la vida y obra del historiador» (pág. 77).

Debemos, no obstante, matizar la opinión de este estudioso. En primer lugar, estas acusaciones afloran junto a otras aún más negativas hechas a Salustio en la *Invectiva* contra el mismo atribuida a Cicerón (5, 13 y 14). Por otra parte, Casio Dión, que refiere la expulsión de Salustio (XL 63, 4), no la atribuye a ningún tipo de inmoralidad sino que

[7] *Ambitio* ..., págs. 76-77.

implica que el motivo fue una purga política. «La censura fue usada como un arma en la lucha de partidos, y Salustio puede haber pagado de este modo por sus actos y actitudes durante su tribunado»[8]. De modo que no veo razón para no admitir como causa determinante de la expulsión del Senado la actividad política de Salustio de años antes, ni esa motivación contradice la crítica de la posteridad basada fundamentalmente en la vida alegre del historiador. A mayor abundamiento, comentando la noticia de Aulo Gelio (XVII 18) en que Varrón denuncia el mismo adulterio de Salustio con Fausta, Malitz se empeña en descalificar a Varrón, dado que el comentario del adulterio se halla en un libro, *Pius aut de Pace,* que trata de Quinto Escipión Metelo, cónsul en el 80, contra quien Salustio había arremetido en las *Historias*. El texto de Gelio es como sigue: «Marco Varrón, hombre grave y de gran crédito en su literatura y en su vida, dice en el libro que escribió, *Pío o sobre la paz*, que Gayo Salustio, escritor de un discurso serio y severo bien conocido, en cuya *Historia* vemos que se pronuncian y ejercen encuestas de censura, sorprendido en adulterio, fue flagelado a conciencia por Annio Milón»[9].

Salustio debió de buscar refugio junto a César, que ya operaba en el Norte de Italia y que en abril se hallaba en Roma. Hacia finales de año aparece al frente de una legión en el Ilírico, donde fracasó en su apoyo a Gayo Antonio, legado de César, que había quedado atrapado en la isla de Curicta, según Orosio (VI 15, 8). En el 47, como pretor electo, fue encargado de reprimir el amotinamiento de las legiones en Campania, que esperaban a ser embarcadas hacia África.

[8] McGushin, *Bellum...*, pág. 4.
[9] Cf. Malitz, *Ambitio ...*, págs. 12-16.

Al año siguiente, el 46, Salustio intervino activamente como pretor en la campaña de África, cuidándose de los envíos para los tropas desde la isla de Cercina[10]. Al mismo tiempo, recuperó su escaño en el Senado. Tras la batalla de Tapso, Salustio fue recompensado con el gobierno de la recién creada provincia de *Africa Noua,* que César sacó del antiguo reino númida de Juba. Dión Casio (XLIII 9, 2; 47, 4) nos ha transmitido noticia del pillaje al que sometió a su provincia, por el cual al regresar a Roma en el 45 fue acusado *de repetundis* y sólo por mediación de César escapó indemne del proceso. Con ese dinero adquiriría un verdadero parque, los *Horti Sallustiani* o «Jardines de Salustio», que más tarde habían de pasar a propiedad imperial, pero que pudieron llevar el nombre de su heredero de igual nombre, nieto de una hermana, al que Salustio adoptó. Los *Horti Sallustiani* estaban situados entre el Pincio y el Quirinal, y el heredero de Salustio vivió hasta el año 20 de la era cristiana, habiéndole dedicado Horacio la oda II 2.

II. Obras

No sabemos cómo reaccionaría Salustio a la muerte por asesinato de César en las idus de marzo del año 44. En cualquier caso, desde su vuelta de África en el 45 y el proceso *de repetundis* al que nos hemos referido más arriba, no se vuelve a saber más de un Salustio público. Posiblemente, refugiado en su palacete de los *Horti Sallustiani* —que por lo demás pudo deber su fama de exquisitez y sibaritismo no tanto al propio Salustio como a su sobrino nieto del mismo

[10] *Bell. Africanum* VIII 3, 34 1-3.

nombre, su propietario por herencia—. Cf. R. Syme[11]: «Si el palacio y los jardines cercanos a la Puerta Colina fueron adquiridos originariamente por el procónsul de *Africa Noua* puede que hayan sido desarrollados, extendidos y vistosamente adornados por su heredero (...). Existe la posibilidad (y más que posibilidad) de que la ignorancia y la malicia hayan transferido al historiador los gustos y hábitos del ministro de Augusto». Syme hace notar, todavía, que la cuestión de los *Horti Sallustiani* sólo aparece en la *Invectiva contra Salustio*, atribuida a Cicerón, § 19 —Salustio, apartado definitivamente de la política y de la acción, ambición suprema de los romanos, se dedicó a reflexionar sobre la historia del pueblo romano, y a escribir monografías de tal tema—.

Así, escribiría el *Bellum Catilinae,* el *Bellum Iugurthinum* y las *Historiae,* éstas en cinco libros, el último de los cuales inacabado por culpa de la muerte. No es fácil fijar el año de la publicación de cada una de estas tres obras. Analizando los proemios del *B. Catilinae* y del *B. Iugurthinum* se advierte que el de la segunda obra citada es más maduro y revela mayor confianza por parte del autor. Quizá se pueda ver un *terminus post quem* en *Catilina,* cuando al referirse Salustio a César y Catón lo hace en tiempo pasado (LIII 6: *fuere uiri duo)* lo que permite admitir que esta monografía fue escrita después de la muerte de César; conforme al progreso en la madurez artística y técnica del autor, a que nos hemos referido arriba, la obra sobre Jugurta sería posterior, e incluso por la acritud frente a las proscripciones cabe pensar que fuese escrita durante el segundo triunvirato, que se constituyó en noviembre del 43. De este modo, la *Conjuración de Catilina* pudo ser escrita a finales del 42, cuando todos sus protagonistas estaban muertos (Cicerón murió en

[11] R. SYME, *Sallust,* Berkeley-Los Angeles, 1964, pág. 283.

diciembre del 43). Ésta es la opinión de Syme[12]: «The conclusion is not compelling. The B. C. may have been begun in 42, and not completed before 41», siguiendo a G. Boissier[13]. A continuación vendría el *Jugurta* y para el 39 Salustio habría comenzado la redacción de su tercera obra historiográfica, las *Historiae*.

Una nota de Mommsen en su *Historia Romana* (6.ª ed., 1895) abrió la puerta para considerar a Salustio como escritor tendencioso, es decir, partidario de César y enemigo de la nobleza y de Cicerón, idea ya avanzada ciertamente por P. Benio Eugubino en su obra *In Sallustii Catilinam Comentarius,* Venecia, 1622. Así lo pretendía también C. Gerstenberg[14]; la idea fue desarrollada por Eduard Schwartz[15]. Richard Heinze extendió la opinión negativa de Schwartz a *Jugurta* también, en «Die gegenwärtigen Aufgaben der römischen Literaturgeschichte», *Neue Jahrb. f. klass. Altertum* 19 (1907). Más adelante, comenzaron a dudar de esta postura, entre otros, Gino Funaioli en su famoso artículo sobre Salustio[16]; y también, parcialmente, W. A. Baeherens[17]. Y curiosa es la actitud de Eduard Norden, que cambia de opinión de una edición a otra de su *Literaturgeschichte:* en 1912 daba por seguro a Salustio como escritor tendencioso, pero en la edición de 1927 ya presentaba a Salustio como escritor más objetivo. Importantes para un cambio radical

[12] *Sallust*, pág. 128.

[13] Gaston Boissier, *La conjuration de Catilina*, 5.ª ed., París, 1905.

[14] C. Gerstenberg, *Ist Sallust ein Parteischriftsteller?*, Berlín, 1893.

[15] Eduard Schwartz, «Die Berichte über die catilinarische Verschwörung», *Hermes* 32 (1897), 554-608.

[16] *RE* I A 2 (1920), cols. 1913-1955.

[17] W. A. Baeherens, «Sallust als Historiker, Politiker und Tendenz-Schrifsteller», *Neue Wege zur Antike* I 4 (1926), 35-82.

de actitud son los artículos de Hans Drexler[18], según el cual Salustio se preocuparía no sólo de un partido sino de todo un Estado; y F. Kligner[19], para el que Salustio mostraría su esperanza de que César enderezase la nave del Estado, sin adoptar una actitud de defensa a ultranza. A propósito de Catilina, Ernout[20] afirma: unos han querido ver en ello un ataque contra la aristocracia romana y una apología de la democracia; otros una defensa de César; otros, finalmente, un panfleto contra Cicéron». Y en la pág. 17 continúa: «En realidad, si la nobleza y el Senado se presentan frecuentemente con trucos poco halagüeños, la plebe y los defensores no salen mejor librados; si el papel de Cicerón no se pone quizá suficientemente de relieve, es sin duda porque Cicerón mismo había tendido a sobrevalorarlo [...]; en cuanto a César, Salustio aleja de él toda sospecha de haberse implicado en el complot [...], y por otra parte el paralelo que establece entre Catón y César no resulta ventajoso para este último». En el capítulo sobre el juicio de Salustio acerca de sus contemporáneos, J. Malitz[21] opina que en la síncrisis, o comparación entre César y Catón, Salustio deja en suspenso la respuesta de quién es superior a quién ; y de la misma manera, el autor de la monografía sobre Catilina tampoco fue un inveterado enemigo de Cicerón, sino que semejante especie se originó por haberse atribuido la *Invectiva* contra Cicerón al historiador. «Como la hipótesis de la tendenciosidad, también esta interpretación puede considerarse superada» (pág. 101). En

---

[18] HANS DREXLER, «Sallust», *Neue Jahrbücher* 4 (1928), 390-399 (= *Sallust,* ed., V. PÖSCHL, 2.ª ed., Heidelberg, 1981 [=1970], págs. 30-44).

[19] F. KLIGNER, «Über die Einleitung der Historien Sallusts», *Hermes* 63 (1928), 165-192 (= PÖSCHL, *Sallust,* págs. 1-30)

[20] A. ERNOUT, *Salluste: Catilina, Jugurtha, Fragments des Histoires,* París, Les Belles Lettres, 1947, pág. 16.

[21] *Ambitio ...*, págs. 97-105.

opinión de Malitz, los juicios de Salustio sobre César, Catón, Cicerón y Craso lo muestran como historiador independiente. K. Vretska[22] (pág. 257), demuestra que Salustio describe, por ejemplo, a Mario con independencia de cualquier intención tendenciosa. Para una exposición sucinta y clara de la postura alcanzada en los últimos tiempos respecto a la actitud de Salustio por lo que hace a los *optimates* y la *plebs* y a personalidades como César, Cicerón, etc., léase a F. R. D. Goodyear[23].

1. *Conjuración de Catilina*

El nombre de esta primera obra de Salustio varía. La denominación *De Catilinae Coniuratione* o simplemente *Catilina* con la que la denominan los editores modernos no halla ningún sustento en los manuscritos. En éstos tiene por nombre: *Bellum Catilinarium, Liber Catilinarius, Bellum Catilinae.* Quintiliano parece llamar al libro *Bellum Catilinae* también, cuando dice (III 8, 9): *in bello Iugurthino et Catilinae.* Cicerón *(Ad fam.* V 12, 2) se refiere a la conspiración como mera *ciuilis coniuratio.* Por eso, J. T. Ramsey[24] sugiere que el propio Salustio prefirió llamar a su obra *Bellum* por llevar la contraria a Cicerón, que pretendía haber evitado una verdadera guerra con su victoriosa intervención.

---

[22] KARL VRETSKA, «Studien zu Sallusts Bellum Iugurthinum», en V. PÖLSCH, *Sallust,* págs. 224-295 (= *Studien zu Sallusts Bellum Iugurthinum,* Viena, 1955, págs. 85-134; 146-158).

[23] En E. J. KENNEY, W. V. CLAUSEN (eds.), *The Cambridge History of Classical Literature,* II: *Latin Literature,* Cambridge, University Press, 1982, págs. 274-275 = *Historia de la literatura clásica,* II: *Literatura latina* [trad. ELENA BOMBÍN], Madrid, Gredos, 1989, págs. 308-309.

[24] J. T. RAMSEY, *Sallust's Bellum Catilinae,* Chico, California, 1984, pág. 5, n.9.

Salustio disponía de numerosas y abundantes fuentes para escribir su monografía, que narra además unos hechos que él mismo vivió en plena juventud. En primer lugar, el autor contaba con la tradición oral de aquellos hechos, a los que alude en diferentes ocasiones[25]. Personalmente, había conocido a muchos de los protagonistas de la conjuración, o, mejor, de los que intervinieron en la represión de la misma: Craso, Publio Sila, Gayo Antonio, Mesala Rufo, Lucio Calpurnio Bestia y César. Tenía a su mano también diversos documentos: las cuatro catilinarias de Cicerón, más otros ocho discursos que el ex-cónsul publicó en el 60 y que habían sido pronunciados por él en el 63, año de la conjura; el discurso *In toga candida,* pronunciado días antes de las elecciones consulares del 64, a las que se presentaron el propio Cicerón, Gayo Antonio y Catilina; en dichas elecciones fueron elegidos los dos primeros, que por tanto serían los cónsules del año de la conspiración. De este discurso se nos han conservado fragmentos en el comentario de Quinto Asconio Pediano (págs. 82-94 Clark); el *pro Murena,* de noviembre del 63, y el *pro Sulla,* del año siguiente. Asimismo, Salustio podía disponer del *Catón* de Bruto, *El elogio de Catón,* de Cicerón, y el *Anticatón,* de Julio César. Aparte de este material, contaba con las *Actas* del Senado, las memorias de los hombres públicos de la época, y también cartas. En su monografía, Salustio transcribe tres cartas: la de Manlio a Marcio Rege (XXX), la de Catilina a Cátulo (XXXV) y la de Léntulo a Catilina (XLIV), de la que Cicerón *(In Cat.* III 12) ofrece otra versión.

Sobre la composición y estructura de la obra son numerosos los estudios realizados, los cuales, lógicamente, varían

[25] *B. C.* XIV 7; XVII 7; XIX 4, XXII 1; XLVIII 7.

en los detalles. Así, K. Vretska[26] presenta varios intentos; el primero de ellos en la pág. 75: capítulos 1-19 = exposición; 20-36, 5 = acción ascendente o en clímax; 39-55 y 56-61, primera y segunda parte de la acción descendente. En la página 90 subdivide a su vez la que previamente establece como sección entre los capítulos 26 y 55:

1) defensa del Estado; 2) toma de decisión, conforme a los intereses del Estado; 3) éxito del Estado y aplastamiento de la conjura. Por último, en la página 100 da el siguiente esquema completo:

1-5, 8: fundamentación de la actitud personal y la elección del tema.
5 (§ 9)-61: la conjura propiamente dicha.
- 5 (§ 9)-25: intención de la conjura y sus causas.
  - 5, 9-16, 3: introducción; sobre el Estado (6-13); sobre Catilina (14-16).
  - 16, 4-5: Determinación.
  - 17-25: Primera actuación.
- 26-55: El Estado en lucha.
  - 26-36, 3: Defensa.
  - 36, 4-39, 5: Excurso central.
  - 39 (§ 6)-47: La revolución.
  - 48-55: Victoria.
- 56-61, Muerte heroica de Catilina.

McGushin[27] propone su estructuración como «una división lineal de la monografía en secciones razonablemente coherentes».

Por último, Ramsey[28] propone también su plan de composición de la obra, que a mi juicio es más detallado y ajustado al original:

---

[26] K. VRETSKA, «Der Aufbau des Bellum Catilinae», en V. PÖSCHL, *Sallust*, págs. 74-101 (= *Hermes* 72 (1937), 202-222).
[27] MCGUSHIN, *Bellum...*, págs. 11-12.
[28] *Sallust's ...*, págs. 22-23.

1-4: prefacio y justificación.
5-8: retrato de Catilina.
5 (§ 9)-13: la historia anterior de Roma (la llamada *arqueología;* cf. Tucídides).
14-16: corrupción de Catilina.
17: encuentro de los conspiradores en junio del 64.
18-19: la primera conspiración de Catilina (inexistente; v. *infra).*
20-22: otra vez el encuentro (20, 2-17: discurso de Catilina).
23: rumores y alarma.
24: elección de Cicerón.
25: retrato de Sempronia (fuera de lugar, v. *infra).*
26: derrota de Catilina en las elecciones del 63.
27, 1: Manlio y otros parten hacia diferentes lugares de Italia.
27, 2-28, 3: actividades de los conspiradores en Roma.
28, 4-31, 3: actividades de Manlio en Etruria.
31, 4-32, 2: Catilina se marcha de Roma.
32, 3-34, 1: negociaciones con Manlio.
34, 2-36, 3: reacción del gobierno contra Catilina.
35: carta de Catilina a Cátulo.
36, 4-39, 5: reflexión sobre el estado corrupto de la sociedad romana.
39, (§ 6)-41: negociaciones de Léntulo con los alóbroges.
42: disturbios en varias regiones de las Galias e Italia.
43: plan de los conspiradores para incendiar Roma y realizar una matanza.
44-45: los alóbroges traicionan a los conjurados, que son arrestados.
44, 5: carta de Léntulo a Catilina.
46-48: el senado interroga a conspiradores e informadores.
49: intento de implicar a César en la conspiración.
50-53 (§ 3): debate en el Senado sobre la suerte de los conjurados que se hallan bajo custodia.

51: discurso de César.
52, 2-36: discurso de Catón.
53 (§ 2)-54: reflexión sobre ambos hombres.
55: ejecución de los conjurados.
56-57: movimientos del ejército de Catilina.
58-61: batalla final y discurso de Catilina (en el 58).

Como es sabido, Salustio no da fechas, excepto en una ocasión (cap. 30, 1) donde da la del 27 de octubre *(a. d. VI kal. nouembres)*. Con los escasos datos aproximativos que el autor sugiere en ocasiones y por información ajena a su *Bellum Catilinae,* cabe reconstruir en forma aproximada el calendario de acciones que media entre mediados de julio del 63 y enero del 62 en que se da la batalla final, con la muerte de Catilina en Pistoya. Ramsey[29] da el calendario por extenso. Nosotros sólo espigamos algunas fechas significativas:

—Entre julio y octubre: Manlio reúne fuerzas en Etruria (Fésulas).

—21 de octubre: el senado concede al cónsul su senadoconsulto último para defender de daño al estado.

—27 de octubre: Manlio levanta el estandarte de la revolución en Fésulas (30, 1).

—Entre 1 y 2 de noviembre: el senado tiene conocimiento del levantamiento en Fésulas.

—Noche del 6 al 7 de noviembre: reunión de los conjurados en la casa de Marco Porcio Leca.

—8 de noviembre: reunión del Senado y primera catilinaria de Cicerón.

—Noche del 8 al 9 de noviembre: Catilina abandona Roma.

—9 de noviembre: segunda catilinaria.

—Noche del 2 al 3 de diciembre: Detención de Volturcio, un conjurado, y de los alóbroges en el puente Milvio.

---

[29] *Sallust's...*, págs. 19-21.

—3 de diciembre: reunión del Senado en el templo de la Concordia. Cinco conspiradores sufren arresto domiciliario. Tercera catilinaria.

—4 de diciembre: reunión del Senado.

—5 de diciembre: Debate en el Senado sobre el castigo de los conjurados. Cicerón pronuncia su cuarta catilinaria. Cinco de aquéllos, cabecillas de la revolución, son ejecutados en el Tuliano, la cárcel pública de Roma.

—15 de diciembre: la noticia de la ejecución llega a los revolucionarios, acampados al norte de Fésulas.

—Principios de enero del 62: Catilina traba combate con el ejército del cónsul Gayo Antonio, a las órdenes de Petreyo, cerca de Pistoya. Muerte de Catilina y fin de la conspiración.

La *Guerra de Catilina* o *Conjuración de Catilina,* como la conocemos nosotros, es una obra plagada de defectos y errores; defectos históricos y defectos estructurales. El estudio fundamental es una obra vieja, la de C. John, «Die Entstehungsgeschichte der catilinarischen Verschwörung. Ein Beitrag zur Kritik des Sallustius»[30], págs. 703-704. Uno de los errores más graves que Salustio cometió desde el punto de vista histórico es el hablar de una primera conspiración de Catilina que habría tenido lugar entre el 66 y el 65 (cap. 17 y 20-22), llevado tal vez del afán de presentar a Catilina como un facineroso y un *golpista* desde el primer instante. McGushin[31] y Ramsey[32] se ocupan detenidamente del asunto. En pocas palabras, podemos decir que Catilina había sido pretor en el 68 y gobernador de África en el 67, y

[30] *Jahr. klass. Phil. Suppl.* 8 (1875-76), 701-819.

[31] *Bellum...*, págs. 298-301.

[32] *Sallusts's...*, págs. 237-239.

no pudo presentarse al consulado en el 66, como había sido su intención.

El pretexto que el cónsul Lucio Volcacio Tulo halló para impedírselo fue que tenía que responder a un juicio *de repetundis* (igual que el propio Salustio en el 45, como hemos visto más arriba). En consecuencia, junto a Gneo Calpurnio Pisón habría organizado una conspiración, en cuyos planes entraba el asesinato de numerosos senadores. Cicerón, en la primera catilinaria del 8 de noviembre del 63, afirma que Catilina fue visto delante de la Curia el 29 de diciembre del 66 armado con una espada. El mismo Cicerón alude a los orígenes remotos de la conspiración del 63 remontándose al menos a dos años antes. Sin embargo, ello es absurdo, pues Catilina siguió presentándose a las elecciones a cónsul tanto en el 65 como en el 64, y en ambas ocasiones contaba con el apoyo de gente importante, entre ellos los mismísimos Craso y César, que aspiraban a utilizarle frente al creciente poder de Pompeyo, que a la sazón se hallaba en Oriente. De la misma manera, tampoco hay razones para creer que en el verano del 64, cuando Catilina se preparaba para las elecciones a cónsul frente a Gayo Antonio y al propio Cicerón, estuviese planeando una sangrienta revolución. Precisamente, Catilina y Antonio formaban tándem frente a Cicerón. Pero éste, creando la alarma entre los electores respecto de Catilina y consiguiendo suficiente apoyo entre la nobleza, los caballeros y seguidores de Pompeyo, consiguió vencerle en los comicios. Tras las elecciones perdidas, Catilina se enfrentó a un juicio por su papel en las proscripciones de Sila y salió indemne gracias, quizá, a la ayuda de Julio César; muchos ex-cónsules, además, se presentaron para defender a Catilina. Salustio miente al ponerle al frente de una revolución aún inexistente: de hecho, entre mediados del 64 y mediados del 63, época en la que Salustio nos quiere hacer creer que ya había una revolución en mar-

cha, no se dice una palabra de la actividad de los conspiradores, y los datos que Salustio aporta respecto a este período en los capítulos 24-26, con reclutamiento de seguidores, adquisión de armas y dinero, etc., corresponden de hecho a la segunda mitad del año 63. Sólo después de la derrota (una más) en las elecciones a cónsul del 63 es cuando se comenzó a hablar de los preparativos de una revolución. La narración del período inmediatamente anterior a esas elecciones y la fase de incubación de la conspiración propiamente dicha son tan imprecisas que se hace difícil seguir la evolución de los acontecimientos. Antes de las elecciones hubo una reunión en casa de Catilina (quien en efecto recurría a todo tipo de soborno para ganar las elecciones), que Cicerón denomina *contio domestica (pro Murena* L) y que Salustio traslada al mes de noviembre, justo antes de que Catilina abandonara Roma. E igualmente, dicha *contio* pudo servir de modelo a Salustio para la reunión que él asigna al verano del 64. De todos modos, Catilina fue derrotado en esos comicios de julio del 63, siendo elegidos cónsules para el año siguiente Lucio Licinio Murena y Decio Junio Silano, momento a partir del cual Catilina se resolvió a emprender una revuelta.

Otro fallo conspicuo es el capítulo 24, 2: ahí se nos dice que Manlio se hallaba en Fésulas para preparar la guerra civil, y en el capítulo 27 se afirma que Manlio fue enviado a Fésulas, dando la impresión de que hasta el momento había estado en Roma. Otro tanto ocurre en el capítulo 25 con el episodio de Sempronia, mujer excepcional, que es descrita por extenso, como para dar la réplica a Catilina, pero sin que posteriomente tenga papel alguno en la conspiración. Cf. Barbara Weiden Boyd[33] y la afirmación de Goodyear[34]:

---

[33] B. Weiden Boyd, «Virtus effeminata and Sallust's Sempronia», *Trans. Amer. Journal Phil.* 117 (1987), 183-201.

[34] Kenney, *Latin Literature...*, pág. 275.

«En una obra planeada chapuceramente como conjunto, Sempronia es el peor defecto».

Para otros defectos igualmente tangibles en la obra, cf. McGushin[35] y Syme[36].

2. *Guerra de Jugurta*

Esta monografía debió de ser escrita por Salustio hacia el 41-40. Sus fuentes son variadas y no es fácil fijarlas con exactitud. El propio autor cita unos libros púnicos *(libri Punici, qui regis Hiempsalis dicebantur:* 17, 7) en los que supuestamente habría hallado información. Para el esqueleto de la obra pudo basarse en Sempronio Aselión o en Publio Rutilio Rufo. Pero fundamentalmente debió de recurrir a las memorias de los participantes: las de Sila, por ejemplo. Posidonio, que escribió sobre asuntos de historia romana, pudo servirle de base igualmente. Aunque se habían conservado discursos de algunos de los personajes implicados en el período que narra la Guerra de Jugurta, no parece que Salustio haya hecho uso de ellos.

En relación con cuestiones cronológicas o geográficas, las deficiencias observadas en la monografía son constantes y de envergadura, pese a que Salustio estuvo en aquella zona africana bastante tiempo. Sin embargo, cabe reconstruir algunas fechas importantes[37]:

148 a. C.	Muerte de Masinisa.
134	Marcha de Jugurta a Numancia.
132	Regreso de Numancia.
118	Muerte de Micipsa.
112	Ataque de Jugurta a Adérbal.

---

[35] *Bellum...*, págs. 296 ss.

[36] *Sallust*, págs. 69-81.

[37] Véase G. M. Paul, *A historical commentary on Sallusts's Bellum Iugurthinum,* Liverpool, 1984, pág. XXIII.

111	Lucio Calpurnio Bestia, cónsul, parte para África.
110	Muerte de Masiva y renaudación de la guerra.
dic. 110	Desastre de Aulo, hermano de Espurio Albino.
109	Comienzo de la campaña del cónsul Metelo.
107	El mando pasa a Mario.
106	Marcha hacia el río Muluya.
105	Armisticio en Numidia.
104	Triunfo de Mario.

La *Guerra de Jugurta* cubre el período que media entre el 111 a. C. y el 105, y Salustio narra tanto los acontecimientos militares como las luchas políticas entre los *optimates* y la plebe, que no son sino la prosecución de esas mismas luchas desde la Secesión al Monte Sacro. Al igual que en *Catilina,* la crítica ha revelado la independencia de criterio de Salustio, que censura tanto a la nobleza como a la plebe[38]. Por ejemplo, *Guerra de Jugurta* 4, 7: «incluso los hombres que se hacen a sí mismos y que antes acostumbraban a aventajar a la nobleza por su virtud se esfuerzan en lograr el poder y los cargos públicos con engaño y recursos de bandidos en vez de con buenas artes». De la misma manera, el juicio acerca de Metelo es ecuánime: «aunque enemigo del partido popular, de fama no obstante inalterable y sin mancha» (43, 1). A *nobiles* y *noui* mete en el mismo saco cuando afirma repetidas veces: «que todo en Roma estaba en venta» (8, 1); «que en Roma todo estaba en venta» (20, 1); «que en Roma se vendía todo» (28, 1). Salustio reprocha a la nobleza la corrupción *(uenalitas)* y al pueblo el abandono de la libertad. Mario, en cambio, el héroe popular,

---

[38] Cf. P. ZANCAN, «Prolegomeni alla Giugurtina I», *Atti Ist. Ven.* 102 (1942-3), 637-665 (=«Prolegomena zu Sallusts *Bellum Iugurthinum*», PÖSCHL, *Sallust,* págs. 121-154), quien declara falsa la creencia de que Salustio ataca a la nobleza y describe el comienzo de los *homines noui (et repentini:* Cicerón).

no sale mejor parado en la pluma de Salustio; si a Metelo le caracteriza negativamente la *superbia* (mal común de la nobleza), a Mario, la *ambitio*. Este último demuestra principalmente odio, que a los ojos de Salustio entraña riesgo para el Estado, como el autor pone de relieve en el excurso sobre los partidos (42, 4). Acerca de un par de empresas llevadas a cabo por Mario, Salustio expresa su crítica sin reservas[39]. La primera es la conquista de Capsa (cap. 89). Salustio afirma: «todas sus decisiones no bien planeadas eran atribuidas a su valor» (92, 2). Respecto al castillo a orillas del río Muluya, dice Salustio: «De esta manera, enderezada por el azar la temeridad de Mario, éste encontró la gloria a partir de su propia culpa» (94, 7). Salustio se esfuerza por describir la acciones de Mario en Roma y Numidia, y comprender su esencia con independencia de cualquier intención tendenciosa. En él vio un oficial virtuoso, pero como mariscal de campo cometía el error de actuar irreflexivamente, de manera que su éxito hay que atribuirlo no a su valor sino al azar: «Como hombre de Estado constituye un paradigma de político partidista, al que falta la guerra para superar todas las oposiciones[40]». En esta misma línea de independencia de criterio, Vretska[41] descubre la opinión de Salustio acerca del tribuno de la plebe Memmio, *uir acer et infestus potentiae nobilitatis* (27, 2). A juicio de este autor, Memmio recomienda una lucha contra la nobleza dentro de lo permitido, porque desea un castigo sin violencia y sólo contra los *pauci (potentia paucorum),* no contra el Senado ni la nobleza. El tribuno Memmio fue independiente del pueblo y nunca quiso liderar un partido popular. Por el contrario, a Metelo, el cónsul de la nobleza, le reconoce cuantos méritos

---

[39] Cf. KARL VRETSKA, *Studien*...

[40] VRETSKA, *Studien*..., pág. 271.

[41] VRETSKA, *Studien*..., pág. 224.

contrajo, trazando de él un retrato de «hombre romano de veras». Por ello Vretska[42] afirma: Salustio ha bosquejado en su Metelo el mejor romano de su segunda monografía, pero no lo ha idealizado». La estructura de *Jugurta* es bastante más perfecta que la de *Catilina.* Thomas F. Scanlon[43] descubre composición anular en la campaña de Capsa y Tala (la primera, conquistada por Mario; ante la segunda se produjo un fracaso de Metelo)[44]. Asimismo, se constata un cambio en la concepción histórica de *Catilina* a *Jugurta;* cf. B. Latta[45], pág. 279: «La *Conjuración de Catilina* debe significar el punto culminante en la historia de la decadencia»; y pág. 285: «hay que corroborar que con este presupuesto (el del 'miedo al enemigo') Salustio ha introducido un nuevo concepto de la historia de Roma, que por lo demás no se ha llevado consecuentemente a término en el *Jugurta,* antes bien ha causado contradicciones internas».

3. *Historias*

Son sin duda la obra más ambiciosa de Salustio, que sin embargo quedó inconclusa por culpa de su muerte (ni siquiera terminó el quinto libro). Debió de ser escrita entre el 39 y el 35, año en que falleció el escritor. Por lo demás, los fragmentos que quedan se refieren a los años 78 al 67, un período de doce años, sin que pueda decirse cuál era la intención del historiador, ni cuál el límite que deseaba ponerle a su obra. Presumiblemente, el historiador aspiraba a proseguir la historia que había escrito Lucio Sisena, la cual trata-

[42] *Studien...*, pág. 241.
[43] T. F. Scanlon, «Textual geography in Sallust's the war with Jugurtha», *Ramus* 17 (1988), 138-175.
[44] Cf. pág. 145.
[45] Bernd Latta, «Der Wandel in Sallusts Geschichtsauffassung von *BC* zu *BI*», *Maia* XL (1988), 271-288.

ba también de la figura del dictador Sila (muerto en el 78, precisamente). Salustio alude en *Jugurta* a esta circunstancia (95, 2): «y puesto que los hechos nos obligan a mencionar a un hombre tan importante, me ha parecido oportuno decir unas palabras sobre el carácter y maneras del mismo; porque en ningún otro lugar voy a hablar de los hechos de Sila, y Lucio Sisenna, que los ha descrito mejor y más detalladamente que nadie entre los que contaron esta historia, se me antoja que habló de él con poca libertad de expresión». Pues bien, durante el período que media entre el 78 y el 67 tienen lugar acontecimientos como: la guerra contra Sertorio (80-72), la revuelta de Espártaco (73-71), la guerra contra los piratas (78-67), el comienzo de la tercera guerra contra Mitridates.

De estos cinco libros de las *Historias* sólo nos han llegado en su integridad cuatro discursos y dos cartas, que son[46]: 1) Discurso de Marco Lépido al pueblo, en contra de Sila y en defensa de la libertad (año 79 o 78); 2) discurso de Marco Filipo en el Senado, en defensa de la *dignitas;* 3) discurso del cónsul Gayo Aurelio Cota, cónsul del 75, a propósito de la hambruna que se desató ese año motivada por los piratas y que tuvo su fiel reflejo en el año 40 con otra hambruna idéntica, motivada ahora por el bloqueo naval de Sexto Pompeyo. Las falsas palabras de Cota son una indirecta contra la acusación de Octaviano en ese año 40 (pues en las *Historias* hay alusiones y paralelos con la época misma de Salustio[47]). Salustio prosigue en las *Historias*

---

[46] J. M. Pabón, *Gayo Salustio Crispo, Catilina y Jugurta,* vol. I, Barcelona, C.S.I.C., 1954, pág. XXI, y K. Büchner, «Die Reden und die Briefe», *Sallust,* Heidelberg, 1960, págs. 204-243.

[47] Cf. Gerhard Perl, «Die Rede Cottas in Sallusts Historien», *Philologus* 109, 1-2, (1965), 75-82.

con sus ataques contra los nobles corruptos[48]; 4) discurso del tribuno Licinio Macro a la plebe (año 73), estimulándola contra la nobleza; 5) epístola de Pompeyo al Senado, en la que se queja del abandono de su ejército en España (de donde envía la misiva); y 6) epístola de Mitridates, rey del Ponto, a Ársaces, rey de Persia, pidiéndole ayuda contra los romanos (años 69-68). A propósito de estos discursos afirma Büchner[49]: «Los discursos en las obras de Salustio son documentos de su pensamiento histórico». Estos discursos y cartas se conservan, junto a los discursos y cartas sacados de *Catilina* y *Jugurta*, en los *Excerpta* del manuscrito Vaticano 3864. Aparte de estos extractos completos se nos han conservado unas quinientas citas fragmentarias del resto de las *Historias,* dispersas en la obra de numerosos autores de la Antigüedad, entre ellos gramáticos, como Emilio Áspero, Valerio Probo, Nonio Marcelo; hay abundantes citas en Aulo Gelio, en Porfirión, comentarista de Horacio, y en Sacerdote; en Elio Donato, Mario Victorino, Arusiano Meso, Servio; en Carisio, Diomedes, Claudio Donato, comentarista de Virgilio, Macrobio, Marciano Capela, y gramáticos posteriores. Numerosas citas se han conservado en San Jerónimo, Julio Exuperancio y sobre todo en San Agustín, cuyo *De ciuitate Dei* muestra los fragmentos más largos. Véase la lista completa en las págs. VIII-XV del tomo II de la edición de B. Maurenbrecher[50]. Naturalmente, la atribución de los fragmentos a uno u otro libro y, sobre todo, la colocación

---

[48] Cf. PERL, *Rede...*, pág 82: «De modo que Salustio hace el retrato de un político quizá bienintencionado, pero inhábil y corrupto, de los círculos de la alta nobleza, que coloca su propia posición de poder por encima del bien del Estado».

[49] *Sallust,* pág. 243.

[50] B. MAURENBRECHER, *C. Sallusti Crispi Historiarum Reliquiae,* vol. II, Leipzig, 1893.

dentro de cada libro plantea problemas, en muchas ocasiones insolubles[51].

4. *Los proemios de estas obras*

Como era costumbre en la Antigüedad, tanto en obras históricas como filosóficas o retóricas, los tres escritos de Salustio presentan un proemio (constituido en las *Historias* por los seis primeros fragmentos[52], cuyo contenido y estructura han hecho correr ríos de tinta desde que Quintiliano dejase escrito un pasaje[53] en que comenta la opinión de Aristóteles[54] de que en el género epidíctico los proemios acostumbran a ser bastante libres, poniendo como ejemplos el de Isócrates y Gorgias, entre otros. Pues la interpretación y el alcance de lo manifestado por Quintiliano varía. Así, Syme[55]: «Quintiliano afirma que Salustio había recurrido a prefacios que no tenían que ver con la 'historia'. ¿Qué quiere decir el crítico? Si 'irrelevantes para el tema', la censura es más o menos válida. Si 'irrelevantes para la historia', Quintiliano *ha metido la pata*. Los prólogos arguyen y defienden el escribir historia, discretamente en la primera monografía, pero explícita y agresivamente en la segunda». El contenido de esos proemios recoge ideas tópicas en el mun-

---

[51] Cf. Antonio La Penna, «Per la ricostruzione delle *Historiae* di Sallustio», *St. Ital. di Fil. Clas.* 25 (1963), 5-68; O. Pecere, «Su alcuni frammenti delle *Historiae* di Sallustio», *St. Ital. di Fil. Clas.* 41 (1969), 61-80, y del mismo, «Note sui frammenti di Sallustio», *St. Ital. di Fil. Clas.* 50 (1978), 131-160.

[52] Antonio La Penna, «Die Bedeutung der Proömien Sallusts»,en V. Pöschl, *Sallust*, págs. 296-324 (= «Il significato dei proemi Sallustiani», *Maia* 11 [1959], 23-43).

[53] III 8, 8-9: *C. Sallustius in bello Iugurthino et Catilinae nihil ad historiam pertinentibus principiis orsus est.*

[54] Expresada en *Retórica* III 14.

[55] *Sallust*, pág. 241.

do grecorromano, provenientes de la séptima carta de Platón, Tucídides, Éforo, Teopompo, etc., y que emergen en casi todos los autores de la Antigüedad. Antonio La Penna en el artículo citado se pregunta cómo se conectan estas banalidades con la praxis histórica que sigue, y a continuación recoge la anécdota recordada por Gaston Boissier[56] que Cicerón *(Cartas a Át.* XVI 6, 4) narra: su amigo le advirtió que había puesto el mismo proemio a su *De gloria* y al libro tercero de los *Academica*, porque, afirma Cicerón: *habeo uolumen prooemiorum; ex eo eligere soleo, cum aliquod* σύγγραμμα *institui*. Salustio pretende justificar su dedicación a la historia, después de sus fracasos en la política y la milicia, en una época en que además la política y la oratoria se llevaban la palma. Para él también estaba en juego el valor del *otium*.

Pero nadie como Étienne Tiffou[57] ha puesto tanto interés y esfuerzo en defender a Salustio de las acusaciones vertidas en contra de sus prólogos. En las págs. 13-35, el autor canadiense resume detalladamente el estado de la cuestión, remite a la bibliografía precedente, haciendo buen uso del tratamiento que Büchner[58] da a esta parte de las obras salustianas y cita por extenso el anónimo que nos ha transmitido un manuscrito parisino del siglo VIII, cuyo comienzo es: *principiorum ad historiam pertinentium sunt tres: de historia, de persona, de materia*. Luego, ejemplifica para cada uno de los apartados con escritores distintos: para el primer caso, Catón; para el segundo, el de persona, Salustio; para el último, Tito Livio. El análisis que Tiffou emprende de los proemios salustianos

56 G. BOISSIER, «Les prologues de Salluste», *Journal des Savants* 1 (1903), 59.

57 É. TIFFOU, *Essai sur le pensée morale de Salluste à la lumière de ses prologues*, Montreal, 1974.

58 *Sallust*, págs. 93-130.

arranca del estudio de M. Rambaud[59], quien subraya la continuidad de pensamiento que existe entre el prefacio de *Catilina* y el de *Jugurta;* ambos prólogos tienen sensiblemente la misma extensión y las correspondencias entre ambos son enormemente estrechas[60]. En la pág. 27 afirma el autor: «Les préfaces constituent donc un élément clé de l'oeuvre», para preguntarse a continuación acerca de su función esencial. Para llevar a cabo dicha investigación, Tiffou procede a analizar los prólogos de tres historiadores ilustres: Tucídides, Tito Livio y Tácito, entre los cuales halla semejanzas, pero escasas respecto a Salustio. El autor concluye (págs. 34-35): «Así se explica el término de Quintiliano: si los prólogos son, superficialmente, exteriores a la obra, no se les puede negar desde un punto de vista fundamental el lugar privilegiado que ocupan, so pena de perder lo esencial del mensaje de Salustio (...). En sus prólogos responde a la pregunta de si nos puede ayudar a interpretar su obra. Son exteriores al género histórico, pero se hallan profundamente integrados en el espíritu de las monografías cuya economía y originalidad determinan». También K. Vretska[61] dedica varias páginas a analizar el prólogo de *Catilina* (págs. 23-28), proponiendo un modelo existente desde Hecateo de Mileto: nombre del autor con indicación de la patria; reivindicación de la veracidad; alusión a la materia; polémica contra realizaciones anteriores (pág. 23); y luego procede a establecer correspondencias estrechas y simetrías, paralelismos y antítesis innúmeras (págs. 26-27). Se podría afirmar, pues, que los proemios de Salustio son una parte importante de su obra, que en ellos vierte el escritor su actitud

[59] M. Rambaud, «Les prologues de Salluste et la démonstration morale dans son oeuvre», *REL* 24 (1946), 115-130.

[60] Cf. las tablas de dichas correspondencias en Tiffou, *Essai...*, págs. 21-23.

[61] K. Vretska, *C. Sallustius Crispus, de coniuratione Catilinae,* Heidelberg, 1976.

ante la historia y la sociedad, que mediante ellos justifica su nueva tarea (desde el 44 hasta su muerte en el 35), defendiendo su labor frente a la política y la oratoria, que eran actividades más nobles, y tratando de dotar a los hechos que narra de una fundamentación cuasi-metafísica. No parece, pues, que tales proemios sean parte desgajable sin más de sus escritos históricos, sino que, por el contrario, iluminan la narración, y en buena medida sirven de primera entrega de la reiterada expresión de su pensamiento en cualquier ocasión, pero sobre todo en discursos y cartas.

5. *Obras apócrifas de Salustio*

Son tres: *Inuectiua in Ciceronem*, y dos *Epistulae ad Caesarem senem de re publica*.

La *Inuectiua in Ciceronem* aparece en los manuscritos generalmente con otros escritos de Cicerón, pero también con otros escritos de Salustio. Pertenecen a dos familias que se remontan a un arquetipo. En todos los manuscritos se adscribe la *Inuectiva* a Salustio. Un siglo más tarde de la supuesta fecha de redacción de la *Inuectiva,* el rétor Quintiliano la cita, al menos en dos ocasiones: IV 1, 68 «¿Qué? ¿No utilizó Salustio a Cicerón, el mismo contra quien se dirigía, al comienzo y de inmediato: 'como una carga y de mala gana soportaría tus improperios, Mario Tulio'?»; IX 3, 89 «También en la personalización han creído algunos que pasa lo mismo, a saber, que existen figuras de dicción como 'la avaricia es la madre de la crueldad'; y en Salustio, 'Contra Cicerón': ¡Oh, Rómulo de Arpino!». Como las palabras *et apud Sallustium* faltan en determinados manuscritos se ha dudado de ellas, para lo cual Radermacher[62] no ve ninguna

[62] K. Vretska, *Sallust, Invektive und Episteln,* vol I, Heidelberg, 1961, pág. 13.

razón. De modo que Quintiliano consideraba la invectiva genuina y, además, como si Salustio la hubiese pronunciado en calidad de verdadero discurso. Quintiliano puede ser buen «conocedor», que no se deja engañar por la calidad de un Salustio, o puede equivocarse como Suetonio al atribuir el *Culex* a Virgilio. «La valoración exacta a favor o en contra de la autenticidad es tarea de la crítica moderna, cuya problemática es bien conocida» (pág. 13). Fuera de Quintiliano no hay ninguna otra referencia de la Antigüedad. Sin embargo, en el siglo XVI surgió la primera duda sobre la autenticidad (Corrado, 1537). Henri Jordan y Vogel, así como Wirz y Reitzenstein opinaron que la invectiva no era de Salustio, pero mientras los dos primeros creyeron que era de una escuela retórica tardía, los dos últimos, con absoluta independencia el uno del otro, pensaron que pertenecía a la época de Salustio, sin ser suya. Reitzenstein y Schwartz la atribuyeron a Lucio Calpurnio Pisón, en réplica al terrible *In Pisonem* ciceroniano[63]. A partir de ese momento, partidarios y enemigos de la atribución a Salustio se han sucedido ininterrumpidamente, al menos hasta los años sesenta del presente siglo, cuando la idea de la falsedad de esta atribución comienza a abrirse paso prácticamente de una manera general.

Por su parte, las dos *Cartas a César anciano sobre el Estado* se nos han transmitido exclusivamente en el *Codex Vaticanus* 3864, una miscelánea en que se mezclan la *Guerra de las Galias* de César, cartas de Plinio y los discursos y cartas de las dos monografías de Salustio y de sus *Historias;* a todo esto se unen aquellas cartas sin indicación de autor. Jordan vio en ellas el producto de un rétor de la época que media entre los Flavios y los Antoninos. A favor de la au-

[63] K. VRETSKA, *Invektive...*, pág. 14.

toría de Salustio se alinearon reconocidos filólogos e historiadores: Pöhlmann, E. Meyer, H. Drexler, Otto Seel, Edmar, Skard, Dahlmann, Werner Schur, Carlsson, Wilhelm Steidle, M. Gelzer, K. Büchner y K. Vrestka. En contra, Carcopino, Salmon, Fraenkel. Curiosa es la postura de algunos que pretenden que, de las dos cartas, la I (supuestamente del año 46, después de la batalla de Tapso; aunque Syme[64] más bien la cree del 48 —después de la batalla de Farsalia—) es genuina, y la II una imitación falsificada de la I (la II sin embargo, sería cronológicamente anterior: del 49, comienzo de la guerra civil, aunque pudiera ser del 51 o 50). En esta situación se halla H. Last[65], quien acaba expresándose de la siguiente manera (pág. 209): «He leído, según creo, todo lo que se ha publicado sobre este documento hasta 1939, y estoy no menos convencido que lo estaba en 1923[66] de que estas dos obras no salieron de la misma mano, y de que la segunda al menos no es de Salustio. El único cambio que podía hacer en lo que escribí entonces sería el de mostrar un mayor escepticismo respecto a la autenticidad de la primera». Y así M. Chouet publicó un libro[67] en 1950 en el que hace recuento de los partidarios y enemigos de la atribución de estas cartas, hallando que cuarenta y cuatro autores estaban a favor y sólo cuatro en contra (a saber, Last —en dos artículos—, Fraenkel y Salmon). Según Syme[68], faltaban algunos de los contrarios: Kurt Latte[69], Laist-

---

[64] *Sallust*, pág. 322.

[65] Hugh Last, «Sallust und Caesar im *Bellum Catilinae*», en V. Pöschl, *Sallust*, págs. 206-223 (= «Sallust and Caesar in the *B. C.*», *Mélanges Marouzeau*, París, 1948, 355-369).

[66] Se refiere a su artículo «On the Sallustian Suasoriae», *Class. Quar.* 17 (1923), págs. 87-100 y 151-162.

[67] M. Chouet, *Les lettres de Salluste à César*, París, 1950.

[68] *Sallust*, pág. 321.

[69] K. Latte, *Sallust*, Leipzig, 1935.

ner[70] y Ernout[71], pág. 34: «Consideradas durante mucho tiempo casi unánimemente como apócrifas (de hecho, quienes primero consideraron apócrifas las cartas —antes, pues, de H. Jordan—, fueron Carrión y Justo Lipsio —1607—), estas obritas han encontrado en los países germánicos desde hace cincuenta años resueltos partidarios de su autenticidad y, al igual que el *Catalepton* de Virgilio, han suscitado una literatura abundante, que se puede considerar desproporcionada a su importancia». Syme (pág. 321) aumenta la lista que hemos dado más arriba añadiendo nombres de ilustres desaparecidos como Norden, Kroll, Löfstedt, Funaioli, Rostagni, todos partidarios de la atribución a Salustio. Significativo es el caso del veterano editor de Salustio en la colección Teubner, Alfons Kurfess, quien editó por primera vez la *Invectiva* y las *Cartas* en 1920, pero con la particularidad de que primero ponía el nombre de Salustio entre paréntesis, luego lo aceptaba como autor de aquellas obras y al final, tras muchos años, tenía que confesar: *nunc haesito*[72]. De modo que, aparte de que algunos admiten la autenticidad de una carta y niegan la de otra, debemos igualmente tener presente que la cuestión de la *Invectiva* se puede desligar de las dos cartas.

Aunque no es este el caso de Büchner[73], quien al menos acepta la falsedad de la *Invectiva* de Cicerón contra Salustio («es manifiestamente una ficción retórica en nombre de Ci-

---

[70] M. L. W. Laitsner, *The greater Roman Historians*, III: *Sallust*, Berkeley-Los Angeles, 1947.

[71] A. Ernout, *Salluste...*, págs. 33-36.

[72] Véase Syme, *Sallust*, pág. 321 n. 35, y A. Ernout, *Pseudo-Salluste, Lettres a César. Invectives* [en plural, porque amén de la supuesta *Invectiva* de Salustio contra Cicerón también se nos ha transmitido otra supuesta *Invectiva* de Cicerón contra Salustio, la cual, obviamente, en una relación de obras de Salustio no viene al caso], París, Les Belles Lettres, 1962, pág. 9.

[73] *Sallust*, págs. 20-88.

cerón»), porque en la pág. 30 afirma con toda rotundidad: «la autenticidad de la carta y de la Invectiva depende estrechamente la una de la otra». Los argumentos fundamentales de este autor para aceptar la autoría de Salustio respecto a las tres obras en cuestión se pueden resumir así: 1) «Los manuscritos testimonian la autoría»; 2) La cita de Quintiliano («un crítico fino», pág.28); 3) el hecho de que —a juicio de Büchner— Salustio fuera un partidario de Craso («Crassianer Sallust», pág. 34): «Este rasgo de la Invectiva revela para nosotros que es una prueba positiva de la autoría salustiana» (pág. 36); 4) Una defensa negativa de la autoría (pág. 32): «En la medida en que no se ha aducido ninguna prueba contra la autoría de Salustio, la *Invectiva* debe valer como salustiana».

Como hemos dicho, tras Corrado, para la *Invectiva,* y Carrión y Justo Lipsio, para las cartas, Henri Jordan[74] reunió y clasificó todos los argumentos, estilísticos o históricos para demostrar el carácter apócrifo de estas obras. De este modo, denominó *Suasoriae* a las *Cartas* y *Controuersiae* a las dos *Invectivas* (incluida la de Cicerón, queremos decir). Ernout[75] recoge las razones contra la autoría de Salustio que Ronald Syme había publicado en un artículo[76]: las dos *Suasoriae* serían de autores diferentes, un ejercicio de escuela de la época de los Antoninos; Ernout recoge también un argumento de Syme, en el que el ilustre historiador británico va demasiado lejos: es el manido argumento del carácter noble o no de Marco Favorino (argumento que también sigue recogiendo J. Malitz[77]): ya Büchner[78] había demostrado

---

[74] H. Jordan, *De Suasoriis ad Caesarem senem de re publica,* Berlín, 1867.

[75] Ernout, *Pseudo-Salluste...*, págs. 12 ss.

[76] R. Syme, «Pseudo-Sallust», *Mus. Helv.* 15 (1958), 46-55.

[77] *Ambitio...*, pág. 107.

[78] *Sallust,* pág. 389, n. 37.

con claridad que no es preciso deducir de este contexto donde se cita al noble que Marco Favorino lo sea o no (Mario Favorino no fue noble, y, según Syme, Salustio diría en el pasaje aludido —*Epístola* II 9, 14—, que sí lo es). Pero es en su *Sallust,* donde Sir Ronald Syme desgrana una serie de razonamientos y argumentos que resultan suficientes para disipar cualquier duda respecto a la autoría de estas obras, a saber: relación entre las dos cartas, estilo[79], anacronismos históricos, absurdos[80], cuestión de los seiscientos o trescientos senadores[81], estudio de pasajes similares entre la *Invectiva* y la *Epístola* II[82]. Carl Becker[83] aduce el paralelismo observado entre *Invectiva* 2, 1, *uxor sacrilega ac periuriis delibuta, filia matris paelex,* y Cic., *Cluent.* LXX 199, *uxor generi, nouerca fili, filiae paelex,* y luego recuerda que Cicerón en su *Orator* del año 46 (el *pro Cluentio* es del año 66) recoge la misma frase para mostrar la madurez de su estilo; entonces Becker reflexiona: si la *Invectiva* se había publicado sería imposible para Cicerón recurrir a un giro que se ha empleado contra él; si no se había publicado, ¿cómo coincidieron ambos en resaltar la misma frase? Sin embargo, como Cicerón era muy leído en las escuelas retóricas, cualquier imitador hábil pudo recoger de ahí la frase[84]. El mismo autor termina su estudio indicando que no se puede afirmar que las dos cartas sean del mismo autor, que en cualquier caso el autor o autores eran hábiles y cultos, y, por último, que tales cuestiones nada tienen que ver con la

[79] Syme, *Sallust,* págs. 327, 331, 334.

[80] Syme, *Sallust,* pág. 341

[81] Syme, *Sallust,* pág. 344.

[82] Syme, *Sallust,* págs. 348-349.

[83] C. Becker, «Sallust», *Aufs. und Nied. der Röm. Welt* I 3 (1973), págs. 720-754.

[84] Becker, *Aufs.,* pág. 745.

investigación de Salustio: «en vez de en este *Sallustio minore* la investigación de Salustio debe detenerse solamente en las tres obras históricas»[85]. Igualmente Erich Koestermann[86] afirma: «Las dos cartas difícilmente son otra cosa que creación retórica de un imitador (muy dotado, por lo demás)», y remite a R. Syme[87]. Pöschl[88] dice: «Yo, por el contrario, me he debido decidir a dejar sin tocar las tantas veces discutidas *Cartas* e *Invectiva* respecto a su autenticidad porque, junto a Eduard Fraenkel, Ronald Syme y muchos otros, no las considero auténticas».

Jürgen Malitz[89] aporta también su granito de arena, realzando la vieja propuesta de Hugh Last[90] de que la epístola II (que no olvidemos es anterior, siquiera sea en *época dramática*, a la I) es un «desarrollo retórico» de la I; a su juicio, esta opinión es difícil de contradecir; también pone de relieve el autor la absolución que quienquiera que escribiese la epístola II hace de Sila, lo cual resulta incomprensible (*Epíst.* II 4, 1). Respecto a la II, Malitz[91] razona como sigue: el hombre expulsado del senado *probri gratia* no podría escribirle a César una carta abierta en la que la condena del lujo no dejaba de ser esencial; por otra parte, en el año 50 nadie podía predecir qué iba a resultar de la inesperada explosión de la guerra civil. No obstante, sigue dudando de la I. Por su parte, E. Tiffou[92] también hace su contribución al tema. En la pág. 10 afirma: «Nosotros creemos por razo-

---

[85] BECKER, *Aufs.*, pág. 754.

[86] E. KOESTERMANN, «Das Problem der römischen Dekadenz in Sallust und Tacitus», *Aufs. und Nied. der Röm. Welt* I 3 (1973), pág. 788.

[87] *Sallust.*

[88] *Sallust*, pág. VIII.

[89] *Ambitio...*, págs. 106-108.

[90] LAST, *Sallust und Caesar...*, pág. 106.

[91] *Ambitio...*, pág. 107.

[92] *Essai...*, págs. 7-10.

nes subjetivas en el carácter apócrifo de las *Cartas a César»;* pero continúa expresando sus dudas, pues también entre el *Diálogo de los oradores* y el resto de obras de Tácito hay diferencias estilísticas importantes. McGushin[93] resume la situación recopilando los partidarios de una y otra tendencia: los alemanes por lo común son defensores de la autenticidad, los británicos, en cambio, enemigos. Por ello, McGushin, siguiendo a Syme, concluye: «Su refutación de los argumentos a favor de la autenticidad, basada en criterios tales como la lengua y estilo, personalidad del autor y contexto histórico, es plenamente convincente». Goodyear[94] lo tiene muy claro: «Prueba del vivo interés que Salustio provocó la proporcionan tres escritos espurios, todos confeccionados en las escuelas de retórica una generación o dos después. La *Invectiva contra Cicerón*, como su pieza gemela contra Salustio atribuida a Cicerón, es una tosca imitación, pensada para hacer reír a los muchachos de la escuela, pero las *Cartas a César anciano sobre el Estado* son obras bastante consumadas. El autor (o autores) hace un intento tolerable, aunque imperfecto, de captar el estilo histórico de Salustio, olvidando que nadie con el mínimo gusto habría usado este estilo en sus cartas. Las *Epístolas* tienen un interés limitado como fuentes para conocer el pensamiento político de los primeros tiempos del principado y contienen algunas máximas expresadas directamente sobre el arte de gobernar, todavía citadas ocasionalmente, pero por lo demás sólo son dignas de usarse como ejercicios de imitación. De modo sorprendente, algunos filólogos de fama las han considerado auténticas». Ramsey[95]: «Las dos *Epistulae ad Caesarem* (...) parecen ser el producto de las escuelas imperiales

[93] McGushin, *Bellum...*, págs. 5-6.

[94] Kenney, *Latin Literature...*, pág. 269 (= pág. 303 de la ed. esp.).

[95] *Sallusts's...*, pág. 6.

de retórica». L. D. Reynolds[96] dice, después de referirse a los discursos y cartas de las obras genuinas de Salustio conservadas en el Vaticano 3864: «A los cuales el mismo u otro añadió las cartas falsas dirigidas a César»; en la pág. XX, nota 2: «Todavía ahora hay quienes atribuyen a Salustio estos documentos, o al menos el primero —pues éste da menos que sospechar—».

Fraenkel llegó a decir que cuanto más «históricas» y «salustianas» resultasen las cartas y la *Invectiva* tanto más posibilidades hay de que no sean de él, tensando la idea de la imitación hasta el máximo. En primer lugar, imaginar una *Invectiva* contra Cicerón en el 54, cuando Salustio acababa si acaso de terminar la cuestura (año 55; v. supra), invectiva que realmente sería un discurso pronunciado en el Senado contra el prestigioso orador, es algo absolutamente descabellado; si además, dicha invectiva no es sino un panfleto repleto de insultos y exabruptos, la sola idea resulta demencial. Por otra parte, la existencia de invectivas de esta naturaleza *(In Pisonem,* de Cicerón; *Anticato,* de César, etc.) no autoriza ni mucho menos a atribuir un libelo de dicha naturaleza a quien por lo demás aún no era escritor ni fue nunca gran orador, y sí se puede sugerir la creencia de que semejante discurso fuera un ejercicio de imitación en las escuelas de retórica, tan en boga en Roma. La atribución a un hombre como Lucio Calpurnio Pisón, si bien indemostrable, no es rechazable en sí. En segundo lugar, viniendo a las *Epístolas*, hay que tener presente que de haber sido de Salustio nos hubiéramos encontrado en ellas un Salustio *avant la*

[96] L. D. Reynolds, *C. Sallusti Crispi Catilina, Iugurtha, Historiarum Fragmenta Selecta, Appendix Sallustiana,* Oxford, 1991, pág. XVII.

lettre, cosa en la que se ha insistido más de una vez[97]; es más, un historiador que escribiría, *antes de afilar su estilo* (a partir del 44 hasta el 35), exactamente como lo haría posteriormente, cuando, desembarazado de ambiciones políticas, se entregaría tranquilamente a su nueva labor de escritor. Pero no es esa la razón principal para negar la atribución de semejantes escritos a Salustio; sobre los muchos argumentos aducidos por los enemigos de la autenticidad de estas obras, hay que añadir lo siguiente: las cartas revelan, de un lado, unas dotes de vaticinio considerables; de otro, contienen consejos a César y propuestas que realmente se hicieron realidad con posterioridad, y, sobre todo, yo me pregunto quién era Salustio para permitirse en el año 51, 50 o 49 (y también en el 46 o 48, según Syme) dirigirse a César con semejante desparpajo, como si fuese un importante consejero áulico, siendo así que Salustio, durante toda su vida y sobre todo a lo largo de aquellos años, no fue absolutamente nadie, a no ser un paniaguado de César. Cartas abiertas de tal nivel político hubieran resultado pasables, si acaso, en la pluma de intelectuales prestigiosos de la época (entre los cuales seguro que no se contaba Salustio), como Polión, Catón, Cicerón, Bruto, Tito Pomponio Ático, Varrón, y ello independientemente de su proclividad o enemistad con el futuro dictador. Creo que por otra parte hubiera sido un caso único que de hecho nadie se hubiese atrevido a escribir semejantes cartas a todo un César: en el campo de la escuela de retórica, empero, donde se realizaban ejercicios todos los días sobre presupuestos varios, es donde estas imitaciones hallaban terreno abonado. Ahí, y sólo ahí, debemos buscar

---

[97] El propio Syme *(Sallust)* se pregunta cómo habría sido Salustio antes de sus obras históricas, y corrobora la curiosidad que dicha pregunta suscita en cualquier investigador.

el origen de estos tres escritos que tantos quebraderos de cabeza han ocasionado en la filología latina.

6. *Características de la obra de Salustio*

Salustio escribe sus monografías (y sin duda las *Historias,* por lo que podemos juzgar) en forma dramática. En el caso de *Catilina,* la primera de todas, comete graves fallos estructurales (sin entrar en los defectos históricos, a algunos de los cuales nos hemos referido más arriba, y en los que volveremos a insistir en las notas); en cambio, en *Jugurta* logra la perfección técnica por estructura, progresión, correspondencias y desenlace: una tragedia griega, como *Medea* podría ilustrar muy bien la composición apasionante y maravillosa de aquella obra. Por otra parte, en tanto *Catilina* no parece sino escrito para ilustrar las tesis que expone su autor en el proemio de la misma obra, así como en el de *Jugurta* (proemio este que, según Tiffou[98], serviría de colofón a la primera monografía, más que de introducción a la segunda) ésta cobraría, a mi juicio, más independencia respecto de sus obsesiones morales y filosóficas. La opinión del mismo estudioso canadiense respecto al pesimismo de nuestro autor se extrema al pretender que el historiador romano fue acentuando ese pesimismo natural desde *Catilina* a las *Historias,* especificando además que hay un claro contraste entre sus proemios, exultantes de optimismo y de fe, y los relatos históricos, que contradicen con los hechos aquellas ilusiones. Por último, digamos todavía en este apartado que uno de los mayores aciertos de Salustio fue su penetración psicológica, tanto individual como colectiva; de donde deri-

[98] Tiffou, *Essai...*, pág. 580.

varía su capacidad de retratista: Catilina, Catón, César, Sempronia, Jugurta, Metelo, Mario, Memmio, etc.[99].

Salustio es el creador de la historiografía latina. Antes de él sólo había en Roma *narratores rerum* (CIC., *Del orador* II 54), la historia se reducía a una *annalium confectio* (ibídem II 51), cuyas principales pretensiones eran la brevedad y el pormenor. Mas de esa tradición recogió Salustio rasgos sobresalientes de su estilo, como la *breuitas,* para no ir más lejos (QUINT., IV 2, 25). Historiadores anteriores a Salustio, como Catón, Fabio Píctor, Pisón, no podían significar mucho para él; tampoco escritores de memorias, como Rutilio o Sila. Más significativos para su estilo y gusto fueron Licinio Macro (muerto en el 66) y Cornelio Sisenna (muerto en el 67). Al margen de la influencia de estos historiadores romanos, el método y forma de escribir de Salustio recibieron el toque definitivo de un historiador griego, Tucídides. También el estilo de este último tiene rasgos poéticos, rapidez e *inconcinnitas*[100]. Debemos pensar que la tan cacareada *breuitas* salustiana resulta ser así por contraposición con Cicerón (al que Quintiliano veneraba, como es sabido); cf. la caracterización de esta *breuitas* (unida además a la *uelocitas,* que igualmente se le atribuye desde Quintiliano, X 1, 101-102) en Ramsey[101]. Para la relación entre Tucídides y Salustio, cf. H. Patzer[102], quien enumera los autores griegos que han podido influir en el escritor latino: Polibio, Posidonio y muy especialmente Tucídides (al margen de Platón, *República* VIII y *Epístola* VII), y P. Pe-

---

[99] Cf. PABÓN, *Salustio* ..., pág. XXVII.

[100] MCGUSHIN, *Bellum*..., págs. 14-21.

[101] *Sallust's*..., pág. 12.

[102] HARALD PATZER, «Sallust und Thukydides», *Neue Jahrbücher* 4 (1941), 124-136.

rrochat[103]. Sin salirnos de Roma, debemos hacer hincapié en la enorme influencia que Catón ejerció sobre Salustio, quien halló en el estilo sobrio y conciso del primer historiador romano la forja donde desarrollar el suyo propio en la lengua latina. El mismo Cicerón[104] recomienda que para un estilo sencillo habría que imitar al autor de los *Orígenes*.

Por lo demás, digamos que las discusiones, tantas y variadas, acerca de la interpretación de Salustio y sus intenciones, provienen en buena medida, como siempre que de un escritor desaparecido se trata, de que la escritura carece de expresividad; lógicamente, el tono y la gesticulación facial no están presentes, y, por tanto, es muy difícil hacer cábalas sobre la voluntad del escritor: en el contexto social de la lengua hablada el tono declara sin ambigüedad posible aquella voluntad.

7. *Pervivencia de Salustio y su obra*

La primera influencia quizá se pueda detectar en Horacio, *Epodo* XVI[105], donde el poeta propone un viaje fuera del mundo conocido a las islas de los Bienaventurados: igual que Sertorio, cuyo anhelo es escapar de la guerra y la tiranía, yéndose a aquellas islas (SAL., *Hist.* I 100 ss. M.; cf. PLUT., *Sertorio* 8-9). También en Virgilio, *Geórg.* III, donde se describe la epidemia del ganado, puede haber un eco de *Historias* I 43 M. Sobre todo, el eco aflora en el libro VIII de la *Eneida,* a propósito del escudo de Eneas. Suetonio[106] cuenta de Leneo, liberto de Pompeyo: «Sentía tan gran cariño hacia la memoria de su patrono que hizo trizas al histo-

---

[103] P. PERROCHAT, *Les modèles grecs de Salluste*, París, 1949.
[104] CIC., *Brutus* LXV ss.
[105] Cf. SYME, *Sallust,* pág. 284.
[106] *De grammaticis et rhetoribus* XV, pág. 112 REIFFERSCHEIDT.

riador Salustio en una sátira muy dura, por haber descrito a aquél como hombre de una linda cara, pero de carácter vergonzoso, y le llamó libertino, tragón, caradura, borracho de tasca, un monstruo por su vida y sus escritos, y, sobre todo, ladrón, por completo inhábil, de las viejas palabras de Catón». Asinio Polión censuraba al historiador[107]: «Asinio Polión, en el libro en el que censura la escritura de Salustio, por hallarse empapada de excesiva afectación de palabras antiguas...»

El propio Suetonio nos transmite en la *Vida de los Césares*, *Augusto* 86, 3: «¿Y tú dudas si debes imitar a Annio Cimbro o a Veranio Flaco[108], en forma que recurras al vocabulario que Salustio Crispo entresacó de los *Orígenes* de Catón?». Quintiliano (VIII 3, 29) nos trascribe un epigrama contra Salustio: «Salustio es atacado en un epigrama no menos conocido: 'Y tú, Salustio, buen ladrón de palabras del viejo Catón, / escritor de la historia de Jugurta'». Tito Livio desaprobaba a los oradores que recurrían a «palabras viejas y polvorientas»[109]. El mismo Quintiliano dice de Salustio[110]: «Sea la frase de Tucídides siguiente[111]: *deinaì gàr hai eupraxíai synkrýpsai kaì syskiásai tà hekástōn hamartḗmata* [pues los éxitos son oportunos para encubrir y disfrazar los fallos de cada cual] (de hecho el texto dice: *hai gàr eupraxíai deinaì synkrýpsai kaì syskiásai tàs hamartías tôn anthrṓpōn eisín* [pues los éxitos son oportunos para encubrir y disfrazar los errores de los hombres]), traducida por Salustio (*Historias* I 55, 24 M.) como: 'Los éxitos sirven maravillosamente para disimular los fracasos'. Siendo la

[107] *Ibid.* X, pág. 108.
[108] A saber, escritores contemporáneos de tendencias arcaizantes.
[109] SÉN., *Controu.* IX 2, 26.
[110] *Ibid.*, IX 1, 13-14.
[111] En realidad, se trata de un discurso de DEMÓSTENES, XI, pág. 155 R. 13.

brevedad o concisión una virtud principal de Tucídides, Salustio lo superó en ella, y le dio un varapalo en su mismo acuartelamiento, pues de la frase de Salustio no se puede quitar nada sin detrimento del sentido. Sin embargo, Tito Livio fue tan injusto con Salustio que echó en cara a éste que había estropeado la frase al traducirla». Pompeyo Trogo, según Justino (XXXVIII 3, 11), «censura en Livio y Salustio el haber sobrepasado los límites de la historia a fuerza de intercalar en sus obras discursos directos, en lugar de usar el estilo indirecto».

Quintiliano (II 5, 19): «Salustio es mayor historiador que Livio; pero para entender a aquél se necesitaba haber hecho progresos ya». *Ibid.* X 3, 7: «Pero volvamos al juicio y retomemos la facilidad sospechosa. Según sabemos, Salustio escribía así y por su propia obra se hace manifiesto el esfuerzo». *Ibid.* IV 2, 25: «También hay que evitar aquella concisión de Salustio —si bien en él pasa por virtud— y ese estilo abrupto». *Ibid.* X 1, 32: «De modo que, según he dicho, tampoco esa concisión de Salustio, aunque nada pueda haber más perfecto que ella para un oído libre y erudito, pero si se trata de un crítico ocupado por distintos pensamientos y a veces un poco erudito...». *Ibid.* X 1, 102, elogia «esa rapidez inmortal de Salustio». *Ibid.* X 1, 101: «Y no temería contraponer a Salustio con Tucídides». Igualmente, en X 1, 102, asiente al parecer de Servilio Noniano, quien consideraba a Tito Livio y Salustio *pares magis quam similes* («equivalentes más bien que semejantes»).

Séneca el Retórico, *Suasoriae* VI 21: «Cada vez que los historiadores narran la muerte de algún hombre importante se da cuenta, por lo general, del conjunto de su vida, y se hace, por así decir, una alabanza fúnebre. Esto lo hizo un par de veces Tucídides, y Salustio recurrió a ello en muy pocas personalidades, mas el bueno de Tito Livio se lo col-

gaba a todos los señores ilustres, y los historiadores subsiguientes hicieron esto con mayor profusión aún». Séneca el Filósofo, *Epíst.* XIX 5 (114), 17-18: «Mientras Salustio estaba en boga hacían furor las frases recortadas y las palabras que desaparecían antes de lo esperado, así como una concisión oscura. Lucio Arruncio [cónsul en 22 a. C.], individuo de rara frugalidad que escribió unas historias de la Guerra Púnica, era salustiano y tomó acomodo de su estilo. Lo que en Salustio había sido raro, se hizo en él frecuente y continuo casi, y no sin razón, porque el primero caía en este rasgo de estilo, pero el otro lo andaba buscando»[112].

Marcial, XVI 191, 1-2, dice de él: «Éste será, a juicio de los señores entendidos, el primero en la historia romana, Salustio». Tácito afirma[113]: «Salustio, el más floreciente de los historiadores de Roma». Frontón[114]: «Has traducido magníficamente las sentencias, y ésta que he recibido hoy, casi perfectamente, como que se podría poner en un libro de Salustio». *Ibid.* IV 3, pág. 62 Nab.: «Gayo Salustio, imitador reiterativo de Marco Porcio —Catón—». Aulo Gelio[115]: «La elegancia de Salustio en el discurso y el prurito de acuñar y renovar las palabras le causó desde luego mucha impopularidad, y numerosos individuos de talento más notable intentaron censurarle y discutirle la mayor parte». Granio Liciniano[116]: «Escriben que a Salustio hay que leerlo no como historiador sino como orador. Pues censura su época, reprende las malas acciones, inserta discursos, pone en censo lugares, montes, ríos, y sitios amenos y cultivados de este tipo, y los compara en su exposición».

---

[112] Cf. Syme, *Sallust,* pág. 292 y n. 83.

[113] *Anales* III 30

[114] *Epist. ad M. Caes.* III 11, pág. 48 Nab.

[115] IV 15, 1

[116] XXXVI, pág. 43 Bonn.

Ecos de Salustio o referencias a él continúan en autores como Orosio, Julio Exuperancio, Amiano Marcelino, Macrobio, Arusiano Mesio, Servio. De autores cristianos, Lactancio, San Hilario de Poitiers, San Jerónimo, San Agustín, Sidonio Apolinar, Ennodio, San Gregorio de Tours, San Isidoro, San Julián de Toledo, Álvaro de Córdoba. En el s. IX y siguientes hay reminiscencias e imitaciones en diversos autores medievales [117]. En el siglo XIV comienzan las versiones a las lenguas romances: la italiana de Fray Bartolommeo de S. Concordio; al español, las siguientes [118]: del arcediano de Toledo, Vasco Ramírez de Guzmán; en 1493, versión de la *Conjuración,* de Francisco Vidal de Noya; versión de *Jugurta,* por Vasco de Guzmán. Edición de Salustio en Valencia, 1475 (anónima); de Carrión, Amberes, 1573, con los fragmentos de las *Historias;* en Amsterdam, 1742, por Pedro Chacón y Luis Carrión; en el siglo XVIII, de Minelli, en Madrid. Nuevas traducciones españolas: Manuel Sueiro [119]; infante don Gabriel [120], Millares Carlo [121]; Marín Peña y A. Pariente [122]; Joaquín García Álvarez [123]; Manuel Díaz y Díaz [124]; S. Mariner Bigorra [125]; J. I. Ciruelo [126] y J. Torrens Béjar [127].

---

[117] PABÓN, *Salustio...*, págs. XL-XLI.
[118] PABÓN, *Salustio...*, págs. XLII ss.
[119] Amberes, 1615.
[120] Madrid, 1772.
[121] Méjico, 1945.
[122] Madrid, 1950.
[123] *Guerra de Jugurta,* Madrid, Gredos, 1971.
[124] *Conjuración de Catilina,* 4.ª ed., Madrid, 1969.
[125] *La conjuración de Catilina,* Madrid, UNED, 1974.
[126] *Conjuración de Catilina,* Barcelona, Bosch, 1974.
[127] *La guerra de Yugurta. La conjuración de Catilina,* Madrid, Sarpe, 1985.

8. *Transmisión del texto*

No hay menos de quinientos manuscritos de Salustio. El texto actual comenzó a ser fijado por Rudolf Dietsch (Leipzig, 1859) y H. Jordan (Berlín, 1866); fundamental fue el trabajo de A.W. Ahlberg[128], quien en 1919 publicó la *editio maior*, en la colección Teubner. Los manuscritos de Salustio se suelen dividir en dos clases, la de los «mútilos» y la de los «íntegros». Los primeros son aquellos que presentan una laguna importante en el *Bellum Iugurthinum* (desde 103, 2 *quinque delegit,* hasta 112, 3 *et ratam);* los segundos son los que han rellenado la laguna con la primera mano, de forma que no se podía descubrir la falta. A juicio de Reynolds[129], la división no es demasiado importante, porque todos los códices, tanto mútilos como íntegros, proceden de la misma fuente, y los íntegros suplieron la laguna de cualquier parte: quizá a fines del siglo x (pues ningún íntegro es inferior a este siglo, siendo así que mútilos los hay del IX, además) había algún manuscrito hoy perdido que tenía un texto más completo de Salustio. El editor cuyo texto seguimos esencialmente, Reynolds, selecciona los siguientes nueve manuscritos de entre los mútilos, que son los códices más importantes de las monografías de Salustio[130]:

P Parisino latino 16024, del siglo IX, copiado en Francia. En este mismo siglo pudo haber alguna relación entre este manuscrito y el Vaticano 3864, del que será cuestión más abajo.

[128] A. W. AHLBERG, *Prolegomena in Sallustium,* Goteburgo, 1911.
[129] *Sallusti...*, págs. VI-VII.
[130] PABÓN, *Salustio...*, pág. XLVIII.

A Parisino latino 16025, de mediados del siglo IX, escrito en Francia.
B Basilense AN.IV.II, del siglo XI, copiado en el Sur de Alemania.
C Parisino latino 6085, del siglo XI, copiado en Francia; el discurso del rey Boco ante Sila ha sido agregado al final de la obra por la misma mano.
N Vaticano Palatino latino 889, del siglo X.
K Vaticano Palatino latino 887, copiado al parecer en Alemania.
H Berolinense, códice filípico 1902, del siglo XI, escrito en el Sur de Alemania.
D Parisino latino 10195, de finales del siglo X.
F Hauniense Fabriciano 25 2.°, del siglo XI, escrito en el Norte de Francia o en Bélgica.

Véase el *stemma* de estos códices en Reynolds, *Sallusti...*, pág. XI.

De los íntegros, el mismo autor selecciona los siguientes[131]:

s Lipsiano Rep. I 2.° 4, del siglo XI, copiado en Alemania, otrora propiedad de San Juan de Magdeburgo.
C Parisino latino 6085. Véase *supra*.
b Alba-Juliense Batianiano III.79, del siglo XI, escrito en Francia.
r Remense 1329, del siglo XI.
F Hauniense Fabriciano 25 2.°. Véase *supra*.
R Vaticano latino 3325, del siglo X, escrito al parecer en el Norte de Francia.
H Berolinense, códice filípico 1902. Véase *supra*.
Q Parisino latino 5748, de finales del siglo X y de origen incierto.
D Parisino latino 10195. Véase *supra*.

[131] Reynolds, *Sallusti...*, pág. XIII.

Para la relación entre estos dos grupos de códices, véase además PABÓN, *Salustio...*, pág. LII ss.

Para las cartas y discursos de *Catilina, Jugurta* e *Historias,* amén de las *Epistulae ad Caesarem senem de re publica,* contamos todavía con un florilegio (que contiene además obras de César y Plinio el Joven):

V Vaticano latino 3864, del siglo IX.

De esta manera, para determinadas partes de la obra de Salustio contamos con dos fuentes distintas, sin que se pueda dilucidar cuál de las dos es la más pura.

Todavía se pueden añadir cuatro fragmentos de papiro:

Π_1 Londinense P. Ant. 154, de los siglos IV o V.
Π_2 Berolinense lat. 4.º 914, del siglo IV.
Π_3 Florentino Laur. P.S.I. 110, del siglo V.
Π_4 Oxoniense Bodleyano Lat. class. e. 20 (P), del siglo V, el más importante de todos con diferencia, que contiene un trozo de *Catilina* VI 1-7.

La *Invectiva* contra Cicerón (y la *Invectiva* contra Salustio) se nos han transmitido separadamente, en no menos de doscientos manuscritos, normalmente unidas a textos de Salustio y Cicerón, a partir del siglo X. Alguno de estos códices son los siguientes[132]:

A Güelferbitano Gudiano latino 335, del siglo XI.
F Florentino Laurenciano 50.45, del siglo X.
K Londinense Harleyano 2682, del siglo XI.
T Monacense latino 19472, del siglo XII.
C Parisino Latino 11127, de finales del siglo X.

Véase *stemma* en Reynolds, *Sallusti...*, pág. XXIII.

[132] REYNOLDS, *Sallusti...*, págs. XXI-XXII.

Ediciones del texto de Salustio:

A. W. Ahlberg, *C. Sallustius Crispus, Catilina, Iugurtha, orationes et epistulae excerptae de historiis,* Leipzig, Teubner, 1919.

L. Carrión, Amberes, 1573.

P. Ciacconius, Leiden, 1594.

L. Constans, *Salluste, conjuration de Catiline, guerre de Jugurtha, discours et lettres tirées des histoires, suivies de la lettre et du discours à César,* París, 1881.

A. M. Cook, *C. Sallusti Crispi Bellum Catilinae,* Londres, 1884.

R. Dietsch, *Gai Sallusti Crispi quae supersunt,* 4.ª ed., Leipzig, 1876.

A. Ernout, *Salluste: Catilina, Jugurtha, Fragments des Histoires,* París, Les Belles Lettres, 1947.

—, *Pseudo-Salluste, Lettres a César. Invectives,* París, Les Belles Lettres, 1962.

E. W. Fabri, Nuremberg, 1845.

R. Funari, *Sallusti Crispi Historiarum Fragmenta,* Amsterdam, 1994.

F. D. Gerlach, *C. Sallusti Crispi Catilinam, Iugurtham, Historiarum reliquias,* Basilea, 1831.

J. Gruterus, Frankfurt, 1607.

S. Haverkamp, *C. Crispi Sallustii quae extant,* Amsterdam, 1742.

J. Hellegouarc'h, París, 1972.

R. Jacobs, H. Wirz, A. Kurfess, *C. Sallusti Crispi de coniuratione Catilinae liber, orationes et epistulae excerptae,* Berlín, 1922.

H. Jordan, *C. Sallusti Crispi Catilina, Jugurtha, Historiarum reliquiae potiores, incerti rhetoris suasoriae ad Caes. s. de re publi. Accedunt incerti rhetoris inuectiuae Tullii et Sallustii personis tributae,* Berlín, 1866.

F. Fritz, Leipzig, 1828-1853.

A. Kurfess, *C. Sallusti Crispi Catilina, Iugurtha, Fragmenta ampliora,* 3.ª ed., Leipzig, Teubner, 1957.

B. Maurenbrecher, *C. Sallusti Crispi Historiarum Reliquiae,* Leipzig, 1891-1893.

P. McGushin, *C. Sallustius Crispus, Bellum Catilinae,* Leiden, 1977.
J. M. Pabón, *Salustio, Catilina y Jugurta,* 2 vols., Barcelona, Alma Mater, 1954-1956 (= *Salustio, Conjuración de Catilina,* 2.ª ed., Madrid, C.S.I.C., 1991; *Salustio, Guerra de Jugurta,* 3.ª ed., Madrid, C.S.I.C., 1991).
J. T. Ramsey, *Sallust's Bellum Catilinae,* Chico, California, 1984.
L. D. Reynolds, *C. Sallusti Crispi Catilina, Iugurtha, Historiarum Fragmenta Selecta, Appendix Sallustiana,* Oxford, 1991.
Karl Vretska, *Sallust, Invektive und Episteln,* Heidelberg, 1961.
—, *C. Sallustius Crispus, de coniuratione Catilinae,* Heidelberg, 1976.

Muchas de estas ediciones del texto, total o parcial, de Salustio, van acompañadas de comentario y en algunos casos de traducción.

9. *La traducción*

La presente traducción se basa en el texto editado por L. D. Reynolds[133]. Las pocas discrepancias con dicho texto se especifican a continuación:

	Texto de Reynolds	Texto elegido
	CATILINA	
1, 3	[*esse*]	*esse* (Pabón)
10, 2	*otium diuitiae*	*otium diuitiaeque* (Ramsey)
14, 2	[*impudicus adulter ganeo*]	*impudicus adulter ganeo*
20, 2	*atque eo dictitare fecisse*	*idque eo fecisse* (Ramsey)

[133] Reynolds, *Sallusti.*

53, 5	*sicuti †effeta parentum†*	*sicuti esset effeta partu* (KURFESS, PABÓN)
59, 2	*rupe aspera*	*rupem asperam* (ERNOUT, PABÓN)

JUGURTA

10, 1	[*liberis*]	*liberis*
12, 3	*sua*	*suam*
38, 2	[*ita delicta occultiora fuere*]	*ita delicta occultiora fore*
41, 1	*partium* [*popularium*] *et* [*senatores*] *factionum*	*partium popularium et factionum* (PABÓN)
53, 7	[*aduentare*]	*aduentarent*

HISTORIAS

I 13	*omniumque*	*omnium* (MAURENBRECHER)
I 55, 20	*audeas*	*audeat* (MAURENBRECHER)
I 88	*ductu eius* ⟨*manu*⟩*que patrata*	*ductu eius patrata*
II 93	*fidem*	*fide* (HAULER)
IV 26	⟨*et humilioris*⟩	*mollioris*

Durante los últimos cuarenta años el Salustio español que hemos conocido es el del Prof. J. M. Pabón. Sería improcedente pretender ponderar a estas alturas la figura del eminente filólogo; ni que decir tiene que su traducción de Salustio, que es lo que ahora nos interesa, raya con la perfección. La clase de español, empero, que el ilustre latinista empleó para trasladar a nuestra lengua al romano Salustio es para nuestro gusto algo caído en desuso. No parece una ab-

surda pretensión que ahora aspiremos a leer a Salustio en el español actual. Eso es sencillamente lo que nos hemos propuesto hacer. Si a ello se añade que el Salustio del profesor Pabón era un Salustio bastante incompleto (faltan en aquél las *Historias* y las obras espurias) se comprenderá que había sonado la hora justamente de ofrecer a todo Salustio en el español de la época, que es lo que hemos intentado hacer para la Biblioteca Clásica Gredos.

Sevilla, enero de 1997

BIBLIOGRAFÍA

A) *Repertorios bibliográficos sobre Salustio y su obra:*

C. CAVALLO, P. FEDELI, A. GIARDINA (eds.), *Lo spazio letterario della Roma antica,* V: *Cronologia e Bibliografia della Letteratura Latina,* Roma, 1989, 325-333.

N. CRINITI, *Bibliografia catilinaria,* Milán, 1971.

A. D. LEEMAN, *A systematical Bibliography of Sallust (1879-1964),* 2.ª ed., Leiden, 1965.

C. NEUMEISTER, «Neue Tendenzen und Ergebnisse der Sallustforschung (1961-1981)», *Gymnasium* 13 (1986), 51-68.

L. DI SALVO, «Studi sulle *Historiae* di Sallustio 1969-1982», *Boll. di Studi Lat.* 13 (1983), 40-58.

B) *Bibliografía general:*

F. AHLHEID, «Oratorical strategy in Sallust's letter of Mithridates reconsidered», *Mnemosyne* 41, 1-2 (1988), 67-92.

L. ALHEIT, «Charakterdarstellung bei Sallust», *Neue Jahrbücher* 43 (1919), 17-54.

W. ALLEN JR., «In defense of Catilina», *Clas. Jour.* 34 (1938), 70-85.

—, «Sallust's political career», *St. in Phil.* 51 (1954), 1-14.

W. AVENARIUS, «Sallust und der rhetorische Schulunterricht», *Rendiconti dell'Istituto Lombardo* 89-90 (1956), 343-352.

—, «Die griechischen Vorbilder des Sallust», *Symb. Osl.* 33 (1957), 48-86.

W. A. Bährens, «Sallust als Historiker, Politiker und Tendenzschriftsteller», *Neue Wege zur Antike* I 4 (1926), 35-82.

K. Bauhofer, *Die Komposition der Historien Sallusts,* Múnich, 1935 (tesis doctoral).

C. Becker, «Sallust», *Aufs. und Nied. der Röm. Welt* I 3 (1973), págs. 720-754.

P. Benio Eugubino, *In Sallustii Catilinam Commentarius,* Venecia, 1622.

A. W. Bennett, *Index uerborum Sallustianus,* Hildesheim-Nueva York, G. Olms, 1970.

E. Bickermann, «La lettre de Mithridate dans les *Histoires* de Salluste», *Rev. des Ét. Lat.* 24 (1946), 131-151.

B. Bischoff-H. Bloch, «Das Wiener Fragment der *Historiae* des Sallust», *Wiener St.* 13 (1979), 116-129.

G. Boissier, «Les prologues de Salluste», *Journal des Savants* 1 (1903), 59-66.

—, *La conjuration de Catilina,* 5.ª ed., París, 1905.

E. Bolaffi, «I proemi delle monografie di Sallustio», *Athenaeum* 16 (1938), 128-157.

—, *Sallustio e la sua fortuna nei secoli,* Roma, 1949.

D. E. Bosselaar, *Quomodo Sallustius historiam belli Iugurthini conscripserit,* Utrecht, 1915 (tesis doctoral).

K. Bringmann, «Zum Parteienexkurs in Sallusts *Bellum Iugurthinum*», *Rhein. Museum* 117, 1-2 (1974), 95-103.

P. A. Brunt, «The conspiracy of Catilina», *History Today* 13 (1963), 14-21.

K. Büchner, *Der Aufbau von Sallusts B. I.,* Wiesbaden, 1953, con un apéndice sobre la composición de *Catilina* en págs. 98-104.

—, *Sallust,* 2.ª ed., Heidelberg, 1982 (=1960).

—, «Sallustio: artista o storico?», *Gior. Ital. di Fil.* 21 (1969), 73-86.

I. Calevo, *Il problema della tendenziosità di Sallustio,* Udine, 1940.

L. Canfora, *Su Lucio Mario e la carriera di Sallustio,* Bari, 1968.

—, «Il programma di Sallustio», *Belfagor* 27 (1972), 137-148.

—, «Crispus Sallustius autore delle Suasorie ad Caesarem senem», *Index* 8 (1980), 25-32.

J. Carcopino, *La basilique Pythagoricienne de la Porte Majeure,* París, 1927.
—, *Sylla ou la monarchie manquée,* París, 1931.
C. Carlsson, *Eine Denkschrift an Cäsar über den Staat,* Lund, 1936.
E. Castorina, «Sul proemio delle *Historiae* di Sallustío», *St. Urb.* 49 (1975), 355-366.
E. Cesareo, *Le orazioni nell'opera di Sallustio,* Palermo, 1938.
M. Chouet, *Les lettres de Salluste à César,* París, 1950.
G. Cipriani, *Sallustio e l'immaginario: per una biografia eroica di Giugurta*, Bari, 1988.
J. I. Ciruelo, *Sallustius Crispus, Apèndix (Fragments i obres espúries),* Barcelona, 1974.
W. Clausen, «Notes on Sallust's *Historiae», Am. Jour. of Phil.* 68 (1947), 293-301.
B. Compagno, «Gloria nelle epistole ad Caesarem e nelle monografie di Sallustio», en A. Buttita *et alii* (eds.), *Studi di filologia classica in onore di Giusto Monaco,* Palermo, 1991, págs. 869-877.
F. Conley Duane, «The stages of Rome's decline in Sallust's historical theory», *Hermes* 109 (1981), 379-382.
G. D'Anna, «Sall. *Cat.* 37-39 e *Iug.* 41-42, l'evoluzione ideologica», *Riv. di Cult. Clas. e Med.* 20 (1979), 811-834.
G. Dietz, *Sallusts Briefe an Caesar,* Friburgo, 1956 (tesis doctoral).
A. Dihle, «Zu den *Epistolae ad Caesarem senem*», *Mus. Helv.* 11 (1954), 126-130.
H. Drexler, «Sallust», *Neue Jahrbücher* 4 (1928), 390-399 (= V. Pöschl (ed.), *Sallust*, 2.ª ed., Heidelberg, 1981 (=1970), págs. 30-44).
—, *Die catilinarische Verschwörung,* Darmstadt, 1976.
O. S. Due, «La position politique de Salluste», *Clas. et Med.* 34 (1983), 113-139.
D. C. Earl, «Political terminology in *Epistula ad Caesarem* II», *Mus. Helu.* 16 (1959), 152-158.
—, *The political thought of Sallust,* Cambridge, 1961.
—, «The early career of Sallust», *Historia* 15 (1966), 302-311.
—, «Prologue-form in ancient historiography», *Aufs. und Nied. der Röm. Welt* I 2 (1972), págs. 842-856.

B. Edmar, *Studien zu den Epistulae ad Caesarem senem de re publica,* Lund, 1931.

F. Egermann, *Die Prooemien zu den Werken des Sallust,* Viena, 1932.

S. L. Fighiera, *La lingua e la grammatica de C. Crispo Salustio,* Savona, 1896.

D. Flach, «Die Vorrede zu Sallusts Historien in neuer Rekonstruktion», *Philologus* 117 (1973), 76-86.

P. Frassinetti, *Sallustio,* Turín, 1963.

P. Frassinetti, Lucia di Salvo, *Opere di C. Sallustio Crispo,* Turín, UTET, 1991.

K. von Fritz, «Sallust and the attitude of the Roman nobility at the time of the wars against Iugurtha 112-105 B.C.», *Trans. Amer. Journal Phil.* 74 (1943), 134-168 (= Pöschl, *Sallust,* págs. 155-205).

G. Funaioli, «Sallustius», *RE* I A 2 (1920), cols. 1913-1955.

H. A. Gärtner, «Erzählungsformen bei Sallust», *Historia* 35 (1986), 449-473.

O. Gebhardt, *Sallust als politiker Publizist während de Bürgerkrieges. Zwei offene Briefe an Cäsar,* Halle, 1920.

M. Gelzer, *Einleitung zu Sallust,* Heidelberg, 1949.

C. Gerstenberg, *Ist Sallust ein Parteischriftsteller?,* Berlín, 1893.

F. Giancotti, «Struttura del *Catilina* di Sallustio», *Sic. Gymn.* 20 (1967), 145-208.

—, «Struttura del *Bellum Iugurthinum* di Sallustio. Proposta di una soluzione diversa dalle precedenti», *Athenaeum* 46 (1968), 80-101, 193-215.

F. R. D. Goodyear, «Sallust», en E. J. Kenney y W. V. Clausen (eds.), *The Cambridge History of Classical Literature,* II: *Latin Literature,* Cambridge, University Press, 1982, págs. 268-280 = *Historia de la literatura clásica,* II: *Literatura latina* [trad. Elena Bombín], Madrid, Gredos, 1989, págs. 302-314.

E. S. Gruen, «Notes on the first catilinarian conspiracy», *Clas. Phil.* 64 (1969), 20-24.

A. Guerrini, «A re publica procul. Il disegno compositivo dell'introduzione al *de Catilinae coniuratione*», *Riv. Cult. Clas. Med.* 19 (1977), 423-443.

K. HELDMANN, *Sallust über die römische Weltherrschaft,* Stuttgart, 1993.

B. HESSEN, *Der historische Infinitiv im Wandel der Darstellungstechnik Sallusts,* Francfort, 1984.

E. HÖHNE, *Die Geschichte des Sallusttextes im Altertum,* Múnich, 1927.

A. HOLBORN-BETTMANN, *De Sallustii Epistulis ad Caesarem senem de re publica,* Berlín, 1926 (tesis doctoral).

G. JACHMANN, «Die Invektive gegen Cicero», *Miscell. Acad. Berol.* 1950, 235-ss.

F. KLINGNER, «Über die Einleitung der Historien Sallusts», *Hermes* 63 (1928), 165-192 (PÖSCHL, *Sallust,* págs. 1-30).

A. KLINZ, «Sallust als Geschichtsdenker», *Gymnasium* 85 (1978), 511-526.

E. KOESTERMANN, «Das Problem der römischen Dekadenz in Sallust und Tacitus», *Aufs. und Nied. der röm. Welt* I 3 (1973), págs. 781-810.

—, *Das Bellum Iugurthinum,* Heidelberg, 1977 (con comentario).

W. KROLL, «Die Sprache des Sallust», *Glotta* 15 (1927), 280-305.

M. L. W. LAISTNER, *The greater Roman Historians,* III: *Sallust,* Berkeley-Los Angeles, 1947.

A. LAMBERT, *Sallust,* Múnich, 1991 (trad. con inclusión de los fragmentos).

F. LÄMLI, «Sallusts Stellung zu Cato, Cäsar, Cicero», *Mus. Helu.* 3 (1946), 94-117.

A. LA PENNA, «Die Bedeutung der Proömien Sallusts», *Maia* 11 (1959), 23-43 (= PÖSCHL, *Sallust,* págs. 296-324).

—, «Per la ricostruzione delle *Historiae* di Sallustio», *St. Ital. di Fil. Clas.* 25 (1963), 5-68.

—, *Sallustio e la «rivoluzione» romana,* Milán, 1968.

BERND LATTA, «Der Wandel in Sallusts Geschichtsauffassung von *BC* zu *BI*», *Maia* XI (1988), 271-288.

—, «Sallusts Einstellung zu den Gracchen im Spiegel des sog. Parteienexkurses», *Maia* 40 (1990), 29-40.

K. LATTE, *Sallust,* Leipzig, 1935.

HUGH LAST, «On the Suasoriae of Sallust», *Class. Quar.* 17 (1923), 87-100; 151-162.

—, «Sallust und Caesar im *Bellum Catilinae*», en Pöschl, *Sallust,* págs. 206-223 (= «Sallust and Caesar in the *B.C.*», *Mélanges Marouzeau,* Paris, 1948, 355-369).

C. Lauckner, *Die künstlerischen und politischen Ziele der Monographie Sallusts über den Iugurthinischen Krieg,* Leipzig, 1911 (tesis doctoral).

A. D. Leeman, *Aufbau und Absicht von Sallusts Bellum Iugurthinum,* Amsterdam, 1957.

R. Liborius, *Sallusts philosophische Quellen,* Greifswald, 1944 (tesis doctoral).

E. Malcovati, *C. Sallustio Crispo, de Catilinae coniuratione,* Turín, 1940

Jürgen Malitz, *Ambitio mala: Studien zur politischen Biographie des Sallust,* Bonn, 1975.

P. McGushin, *C. Sallustius Crispus, Bellum Catilinae,* Leiden, 1977.

—, *Sallust, The Histories,* vol. I, Oxford, Clarendon Press, 1992; vol. II, Oxford, Clarendon Press, 1994.

E. Meyer, *Caesar's Monarchie und das Principat des Pompeius,* Stuttgart-Berlín, 1918.

R. G. M. Nisbet, «The invectiva in Ciceronem and epistula secunda of Pseudo-Sallust», *Jour. of Rom. St.* 48 (1958), 30-32.

E. Norden, *Die römischen Literatur,* 2.ª ed., Leipzig, 1912.

L. Olivieri Sangiacomo, *Sallustio,* Florencia, 1954.

R. Oniga, «La composizione nominale in Sallustio», *Lexis* 5-6 (1990), 147-196.

H. Oppermann, «Das heutige Sallustbild», *Neue Jahrbücher* 11 (1935), 47-53.

V. Paladini, *Sallustio, aspetti della figura, del pensiero, dell'arte,* Milán-Mesina, 1948.

S. Payzerhielm-Thomas, «The prologues of Sallust», *Sym. Osl.* 15-16 (1936), 140-162.

E. Paratore, *Sallustio,* Roma, 1973.

E. Pasoli, *Le Historiae e le opere minori di Sallustio,* Bolonia, 1964.

H. Patzer, «Sallust und Thukydides», *Neue Jahrbücher* 4 (1941), 124-136 (= Pöschl, *Sallust,* págs. 102-120).

G. M. PAUL, *A historical commentary on Sallusts's Bellum Iugurthinum,* Liverpool, 1984.
—, «Sallust», en T. A. DOREY (ed.), *Latin Historians,* Londres, 1966.
O. PECERE, «Note sui frammenti di Sallustio», *St. Ital. di Fil. Clas.* 50 (1978), 131-160.
—, «Su alcuni frammenti delle *Historiae* di Sallustio», *St. Ital. di Fil. Class.* 41 (1969), 61-80.
GERHARD PERL, «Die Rede Cottas in Sallust Historien», *Philologus* 109 (1965), 75-82.
—, «Die Rede Cottas in Sallust Historien», *Philologus* 111 (1967), 137-141.
P. PERROCHAT, *Les modèles grecs de Salluste,* París, 1949.
GIANNA PETRONE, «Per la ricostruzione del proemio delle *Historiae* di Sallustio», *Pan* 4 (1976), 59-67.
R. VON PÖHLMANN, *Zur Geschichte der antiken Publicistik,* Múnich, 1904.
V. PÖSCHL, *Grundwerte römischer Staatsgesinnung in den Geschichtswerken des Sallust,* Berlín, 1940.
— (ed.), *Sallust,* 2.ª ed., Heidelberg, 1981 (=1970).
M. RAMBAUD, «Les prologues de Salluste et la démonstration morale dans son oeuvre», *REL* 24 (1946), 115-130.
—, «Lucius Munatius Plancus officier de César», *Mélanges Jérôme Carcopino,* París, 1966, págs. 787-801.
L. D. REYNOLDS, «The lacuna in Sallust's Iugurtha», *Rev. des Hist. des Text.* 14-15 (1984-1985), 59-69.
W. RICHTER, «Der Manierismus des Sallust und die Sprache der römischen Historiographie», *Aufs. und Nied. der Röm. Welt* I 3 (1973), págs. 755-780.
G. DE SANCTIS, «Sallustio e la guerra giugurtina», en *Problemi di storia antica,* Bari, 1932, págs. 187-214.
T. F. SCANLON, *The influence of Thucydides in Sallust,* Univ. de Columbo, 1978 (tesis doctoral).
—, *Spes frustrata: a reading of Sallustius,* Heidelberg, 1987.
—, «Textual geography in Sallust's the war with Jugurtha», *Ramus* 17 (1988), 138-175.
D. R. SHACKLETON BAILEY, «Sallustiana», *Mnemosyne* 34 (1981), 351-356.

W. SCHMID, «Die Komposition der Invektive gegen Cicero», *Hermes* 91 (1963), 159-178.

—, *Frühschriften Sallusts im Horizont des Gesamtwerkes,* Neustad-Aisch, 1993.

H. SCHNORR VON CAROLSFELD, *Über die Reden und Briefe bei Sallust,* Leipzig, 1888.

W. SCHUR, *Sallust als Historiker,* Stuttgart, 1934.

E. SCHWARTZ, «Die Berichte über die catilinarische Verschwörung», *Hermes* 32 (1897), 554-608.

—, «Pseudo-Sallusts Invektive gegen Cicero», *Hermes* 33 (1898), 87-108.

O. SEEL, *Sallust von den Briefen ad Caesarem zur Coniuratio Catilinae,* Leipzig, 1930.

—, *Die Invektive gegen Cicero,* Leipzig, 1943.

E. SKARD, «Sallust als Politiker», *Sym. Osl.* 9 (1930), 69-95.

—, «Studien zur Sprache der *Epistulae ad Caesarem senem*», *Sym. Osl.* 10 (1932), 61-98.

—, «Zur sprachliche Entwicklung des Sallust», *Sym. Osl.* 39 (1964), 13-36.

—, «Sallust, Geschichtsschreiber oder Parteipublicist», *Sym. Osl.* 47 (1972), 70-78.

H. SMITH, «Factio: factiosus and nobilitas in Sallust», *Clas. et Med.* 29 (1972), 187-196.

G. SOMMARIVA, «*Ora manusque uendere*: fortuna di un motivo sallustiano», *Atene e Roma* 25 (1990), 26-29.

W. STEIDLE, *Sallusts historische Monographien,* Wiesbaden, 1958.

L. STOCK, *Die Geschichtstauffassung bei Thukydides und Sallust,* Friburgo de Brisgovia, 1946 (tesis doctoral).

R. SYME, *The Roman revolution,* Oxford, 1939.

—, *Sallust,* Berkeley-Los Angeles, 1964.

L. R. TAYLOR, *Party Politics in the age of Caesar,* Berkeley-Los Angeles, 1949.

E. TIFFOU, *Essai sur la pensée morale de Salluste à la lumière de ses prologues,* Monreal, 1974.

—, «Salluste et la fortuna», *Phoenix* 31 (1977), 349-360.

D. TIMPE, «Herschaftsidee und Klientelstaatspolitik in Sallusts *Bellum Iugurthinum*», *Hermes* 90 (1962), 334-375.

R. ULLMANN, *La technique des discours dans Salluste, Tite-Live et Tacite,* Oslo, 1927.

S. L. UTTSCHENKO, *Der Weltanschaulich-politische Kampf in Rom am Vorabend des Sturzes der Republik,* Berlín, 1956.

J. VOGT, *Cicero und Sallust über die catilinarische Verschwörung,* Francfort del Meno, 1938 (reimpr. Darmstadt, 1966).

KARL VRETSKA, «Der Aufbau des Bellum Catilinae», *Hermes* 72 (1937), 202-222 (= PÖSCHL, *Sallust,* págs. 74-101).

—, «Studien zu Sallusts Bellum Iugurthinum», en V. PÖSCHL, *Sallust,* págs. 224-295 (= *Studien zu Sallusts Bellum Iugurthinum,* Viena, 1955, págs. 85-134; 146-158).

C. WAGNER, *De Sallustii prooemiorum fontibus,* Leipzig, 1910 (tesis doctoral).

B. WEIDEN BOYD, «Virtus effeminata and Sallust's Sempronia», *Trans. Amer. Journal Phil.* 117 (1987), 183-201.

L. WOHLEB, «Zur Abfassungszeit der Monographien Sallusts», *Phil. Wochenschrift* 48 (1928), cols. 1242-1247.

PAOLA ZANCAN, «Prolegomeni alla Giugurtina I», *Atti Ist. Ven.* 102 (1942-3), 637-665 (= «Prolegomena zu Sallusts *Bellum Iugurthinum*», en V. PÖSCHL, *Sallust,* págs. 121-154).

R. ZIMMERMANN, *Der Sallusttext im Altertum,* Múnich, 1929.

CONJURACIÓN DE CATILINA

Todos los hombres[1] que se afanan por ser más que los 1
otros seres es bueno que se esfuercen por todos los medios para no pasar la vida en silencio, como las bestias, que la naturaleza creó inclinadas y esclavas del estómago. Toda 2
nuestra fuerza, por otra parte, radica en el espíritu y en el cuerpo. El espíritu lo usamos más propiamente para mandar, el cuerpo para obedecer. El uno nos es común con los dioses, el otro con los animales. Por lo cual a mí me parece que 3
es mejor buscar la gloria con el recurso de la inteligencia que con el de la fuerza, y puesto que la vida de que gozamos es en sí misma breve, hacer que el recuerdo de nosotros sea lo más largo posible. Pues la gloria de las riquezas y de 4
la belleza es lábil y quebradiza, la virtud la poseemos con lustre y para siempre.

Ahora bien, durante largo tiempo se discutió mucho en- 5
tre los hombres si las acciones militares resultan más de la

[1] El prólogo de la obra abarca propiamente hablando los cuatro primeros capítulos, aunque la introducción general llega hasta el capítulo 13 inclusive. Aparentemente, Salustio no se expresa con claridad al exponer las ideas que contiene el prólogo, un refrito de lugares comunes procedentes del pensamiento de los griegos y, muy particularmente, de PLATÓN (*República* IX 585a, *Fedón* 80a). En concreto, el concepto de *uirtus* se le atraganta, bien que resulte que la contraposición *uirtus-uis corporis* se abra paso al final. En cualquier caso, lo que queda bien claro es el interés que Salustio pone en justificar su nueva tarea, la de escritor de historia frente a la actividad política y militar en las cuales había fracasado.

6 fuerza física o de las virtudes del espíritu. Pues antes de
empezar hay que deliberar, y una vez deliberado hay que
actuar inmediatamente. Así que ambas cosas, precarias por
sí mismas, necesitan el concurso una de la otra.

2 De modo que al comienzo los reyes[2] (pues éste fue en la
tierra el primer término para designar el poder) ejercían de
manera contrapuesta, una parte, la inteligencia, los otros, el
cuerpo. También entonces la vida de los hombres se desa-
2 rrollaba sin ambiciones: a cada cual satisfacía lo suyo. Pero
cuando Ciro en Asia, los lacedemonios y atenienses en Gre-
cia, comenzaron a someter ciudades y naciones, a tener por
causa de guerra el prurito de dominar, a considerar la gloria
máxima el máximo imperio, entonces, por fin, con la expe-
riencia de los hechos se demostró que en la guerra lo que
3 más puede es la inteligencia. Conque si las virtudes espiri-
tuales de reyes y gobernantes tuviesen el mismo valor en la
paz que en la guerra, los asuntos humanos se mantendrían
más equilibrados y constantes, y no veríamos trastocarse
4 una cosa con otra ni cambiarse y confundirse todo. Pues un
imperio se retiene fácilmente con las mismas artes con las
5 que se consiguió al principio. Pero cuando hacen acto de
presencia la pereza en lugar del esfuerzo, el descontrol y la
arrogancia en lugar de la autodisciplina y la equidad, junto
6 con las costumbres cambia la fortuna. De ese modo, el po-
der pasa siempre del menos bueno al mejor.

7 Cuanto los hombres aran, navegan, edifican[3], todo, de-
8 pende de la energía humana. Pero muchos mortales, entre-
gados al estómago y al sueño, sin enseñanza ni cultura pa-
san la vida como viajeros en tierra extraña; para los cuales

---

[2] Idea común que hallamos en numerosos escritores de la Antigüedad (Tucíd., I 13, 1; Polib., VI 4, 7; Cic., *República* II 23; Tác., *Anales* I 1).

[3] Es decir, «cuanto los hombres logran o hacen arando, navegando, edificando».

en verdad, en contra de la naturaleza, el cuerpo les ha valido
de placer, el alma, de carga[4]. Yo estimo la vida de esta gen-
te igual que su muerte, puesto que de ambas se guarda silen-
cio. Pero es que verdaderamente a mí me parece que vive al 9
cabo y goza de su aliento vital el que, absorto en alguna
ocupación, busca que hablen de un hecho preclaro suyo o
una buena actividad. Pero en medio de tantas cosas la natu-
raleza muestra un camino a uno y otro a otro.

Hermoso es obrar bien por la república[5], hablar bien 3
también tiene su mérito. Cabe ser famoso en la paz o en la
guerra. Se alaba a muchos por haber escrito los hechos de
otros. A mí, en particular, aunque en modo alguno la gloria 2
que acompaña al escritor es la misma de la que al autor de
los hechos, se me antoja con todo especialmente arduo es-
cribir historia. En primer lugar, porque hay que igualar he-
chos con palabras; luego, debido a que la mayoría considera
que hablas con malquerencia y envidia al censurar determi-
nadas faltas; y cuando narras la enorme bizarría y gloria de
los valientes, lo que cada cual considera fácil de hacer para
sí lo acepta ecuánimemente, lo que cae por encima de sus
posibilidades lo considera inventado y falso.

Pero cuando yo era jovencito[6], al comienzo, como la 3
mayoría, me dejé llevar con pasión a la política, y en ella

[4] Idéntica idea se expresa por extenso en *Jugurta* 2, 4; las ideas aquí expuestas son prácticamente estoicas.

[5] Hasta ahora Salustio ha declarado el principio *uirtus-gloria* como una regla general aplicable a todos los hombres, cualquiera que sea su actividad; pero en el campo de la política es donde tiene su principal aplicación (v. McGushin, *Histories ..., ad loc.).*

[6] Salustio se centra a partir de ahora en sí mismo, aplicándose la teoría que acaba de exponer. Los ecos de la séptima epístola de Platón llegan a la traducción literal de algunas frases, como ésta del comienzo, precisamente. Su fracaso en la política requiere ser compensado con la actividad de escribir historia.

me pasaron muchos lances adversos. Pues en lugar de ver-
güenza, desprendimiento y mérito personal, imperaban la
4 osadía, el soborno y la avaricia. Y si bien mi espíritu, desa-
costumbrado a las malas conductas, rechazaba tales vicios,
con todo, en medio de tamaños desafueros mi frágil edad
5 estaba prisionera y corrompida por la ambición. Y siendo
así que disentía de las malas costumbres de los otros, el an-
sia por un cargo público me atormentaba con idéntica ma-
4 ledicencia y envidia que a los demás. De manera que cuan-
do mi espíritu descansó de las muchas miserias y peligros y
resolví pasar el resto de mi vida lejos de la política, no fue-
ron mis planes malgastar un buen descanso en la inactividad
y la desidia, ni tampoco pasarme la vida aplicado a cultivar
2 un campo o a cazar, menesteres de esclavos, sino que, vol-
viendo al mismo punto donde una mala ambición me había
apartado de mi propósito y mi interés, determiné escribir la
historia del pueblo romano selectivamente, según que un
período u otro se me antojasen dignos de recuerdo; sobre
todo porque tenía el ánimo libre de esperanzas, temores o
partidismos políticos.

3 De modo que voy a despachar con brevedad lo más ve-
4 rídicamente que pueda la conjuración de Catilina; pues yo
considero este hecho particularmente digno de recuerdo por
5 lo insólito de la criminal acción y del peligro. Sobre la cata-
dura moral de este sujeto tengo que explicar unos detalles
antes de comenzar la narración.

5 Lucio Catilina[7], nacido de linaje noble, poseía gran fuer-
za física y espiritual, pero su carácter era perverso y depra-
2 vado. Desde su adolescencia resultábanle gratas las guerras

[7] Éste es el primer retrato de Catilina (el segundo aparece en el capítulo XV), cuya conexión con la historia de Roma que sigue está clara, y no tanto el enlace con lo que precede.

intestinas[8], las muertes, los saqueos, la discordia civil; y en
ello ejercitó su juventud. Su cuerpo soportaba la falta de co- 3
mida, el frío, el insomnio, por encima de lo que uno pueda
creer. Espíritu audaz, taimado, versátil, fingidor y disimula- 4
dor de cuanto quería, codicioso de lo ajeno, pródigo con lo
propio, inflamado de pasiones. Bastante elocuencia; sabi- 5
duría, escasa. Su vasto espíritu siempre anhelaba lo desme-
surado, lo increíble, lo demasiado alto. Tras la dictadura de 6
Lucio Sila[9] le había entrado a este hombre un deseo impe-
rioso de conquistar el Estado y no le importaban un comino
los medios para conseguirlo, con tal de hacerse con el poder
omnímodo. Su terrible ánimo se agitaba más de día en día 7
por la penuria de la situación familiar y la mala conciencia
de sus crímenes, cosas ambas que llevaba en aumento con
las trazas que he descrito más arriba. Le estimulaban ade- 8
más las costumbres corruptas de la Ciudad, las cuales des-
garraban dos lacras pésimas y antitéticas, el derroche y la
avaricia.

El asunto mismo parece invitar, puesto que las circuns- 9
tancias nos han traído al recuerdo las costumbres de la Ciu-
dad, a buscar atrás y exponer brevemente las instituciones
de los antepasados en la paz y en la guerra, de qué manera
manejaron el Estado y cuán grande lo dejaron, cómo poco a

[8] En el año 89 Catilina se hallaba a las órdenes del cónsul Pompeyo Estrabón, un individuo sin escrúpulos como tantos que florecieron al final de la República romana; en el año 66 Catilina regresa de África, donde ha sido gobernador. La historia conocida sobre él habla de crímenes de toda clase cometidos por el futuro revolucionario.

[9] Fue ejemplo insigne de dictador. Habiendo llegado como cuestor de Mario al final de la guerra de Jugurta, Sila, de ascendencia noble, se hizo con el poder, acabando con Mario. Su dictadura inició una época de proscripciones y purgas políticas sin precedente en la historia romana, sirviendo de modelo a Pompeyo, César, Augusto.

poco, de hermosísimo y óptimo, cambió y se hizo el peor y el más vergonzoso.

6 La ciudad de Roma[10], según tengo yo entendido, la fundaron y la poseyeron al principio los troyanos, que erraban fugitivos sin sede cierta al mando de Eneas, y junto con ellos los aborígenes, raza de hombres agreste, sin leyes, sin jerarquía,
2 libre y sin trabas. Una vez que estos pueblos se juntaron dentro de las mismas murallas, con ser de desigual origen, de diferente lengua y vivir cada cual con sus costumbres, resulta increíble al contarlo lo fácilmente que se fusionaron. En tan poco tiempo la multitud heterogénea y vagabunda quedó convertida
3 por la concordia en una sociedad organizada. Pero una vez que su estado aumentó en ciudadanos, costumbres y territorio, y daba la impresión de ser bastante próspera y bastante poderosa, como acontece por lo común con las cosas mortales, de la
4 opulencia nació la envidia. Así que reyes y pueblos vecinos la ponían a prueba con la guerra; pocos de sus amigos le prestaban auxilio: pues los demás, paralizados de miedo, se alejaban
5 del peligro. Ahora bien, los romanos, alerta en el interior como en campaña, actuaban rápido, se preparaban, los unos animaban a los otros, salían al encuentro de los enemigos, protegían con las armas libertad, patria y parentela. Más adelante, una vez que habían rechazado el peligro con su coraje, llevaban auxilio a aliados y amigos y se granjeaban amistades haciendo
6 favores más que recibiéndolos. Tenían un poder, poder con nombre de rey, legal. Unos individuos elegidos, cuyo cuerpo debilitaban los años, cuya inteligencia era vigorosa por su sabiduría, deliberaban de consuno sobre el Estado; estos señores, bien por la edad, bien por el parecido de la tarea, se llamaban
7 padres. Más adelante, cuando el poder real que al comienzo

---

[10] Aquí comienza el excurso sobre historia romana; los tres primeros capítulos tratan de la época fundacional, el período real y la república hasta la destrucción de Cartago.

había existido para garantizar la libertad y fortalecer el Es-
tado se trocó en arrogancia y tiranía, dando un giro al régi-
men, se dieron un gobierno anual y un par de gobernantes
por año. De este modo consideraban que el espíritu humano
muy poco podía insolentarse a causa de la libertad excesiva.

Pero por aquel tiempo comenzó cada cual a darse más a 7
valer y a lucir más en público sus facultades. Pues para los
reyes los buenos son más sospechosos que los malos y el
mérito ajeno les resulta siempre temible.

Pero es increíble cuando se cuenta cuánto creció la ciudad 3
en poco tiempo, una vez alcanzada la libertad: tan gran deseo
de gloria la había invadido. Para empezar, la juventud, tan 4
pronto como toleraba la guerra, aprendía con ejercicios en el
campamento el arte militar y hallaba más gusto en las brillantes
armas y en los caballos de batalla que en rameras y festines.
De este modo, para hombres así no había esfuerzo desacos- 5
tumbrado, ni lugar alguno escarpado o inaccesible, ni enemi-
go armado temible: el coraje lo había vencido todo. Al con- 6
trario, entre ellos mismos había máxima porfía por la gloria.
Cada uno se daba prisa por herir él al enemigo, por subir un
muro, por ser observado mientras perpetraba tal hazaña; esto
es lo que consideraban riquezas, esto, buena fama y gran no-
bleza. Estaban ávidos de alabanzas, eran liberales con el dine-
ro; aspiraban a una enorme gloria, a una riqueza honrosa. Po- 7
dría contar en qué lugares derrotó el pueblo romano con un
pequeño puñado vastas tropas enemigas, qué ciudades, defen-
didas por la naturaleza, conquistó en la lucha, si tal pretensión
no me llevase demasiado lejos de mi propósito.

Pero sin duda alguna la Fortuna[11] es reina y señora en 8
todas las cosas; ella celebra y oscurece todo por capricho más

---

[11] Este capítulo aparece aislado entre lo anterior y lo posterior. Sin embargo, existe una relación entre la fama y las hazañas de los hombres, y la

2 que por la verdad. Las hazañas de los atenienses, a mi modo
de ver, fueron asaz amplias y magníficas, pero algún tanto
3 inferiores no obstante a lo que cuenta la tradición. Mas, co-
moquiera que allí surgieron historiadores enormemente inte-
ligentes, los hechos de los atenienses se celebran en el mundo
4 entero como los más grandes. Así, la valía de los protago-
nistas es considerada en la medida en que preclaros talentos
5 fueron capaces de ensalzarla con palabras. En cambio el
pueblo romano nunca dispuso de tal posibilidad, porque los
más dotados eran también los más activos. Nadie ejercitaba
su talento olvidándose del cuerpo. Los mejores hombres
preferían actuar a hablar, así como que sus buenas acciones
fuesen elogiadas por otros a contar ellos mismos las de los
demás.

9 De esta manera, se cultivaban las buenas costumbres en
paz y en guerra. La concordia era máxima, la avaricia, mí-
nima; el derecho y el bien cobraban vigor entre ellos, más
2 que por la fuerza de las leyes, por la propia naturaleza. Po-
lémicas, discordias, enemistades, con los enemigos las ejer-
cían; los ciudadanos porfiaban con los ciudadanos en las
buenas cualidades. En los sacrificios a los dioses eran gene-
rosos; de puertas adentro, ahorrativos; con los amigos, lea-
3 les. Con estas dos cualidades, audacia en la guerra, equidad
cuando sobrevenía la paz, sacaban adelante al Estado y a sí
4 mismos. De ambas actitudes tengo yo por máxima prueba el
que en la guerra tomaron providencia más veces contra
aquellos que contrariando las órdenes habían combatido al
enemigo y que al recibir orden de retirada tardaron en salir
de la batalla que contra los que se habían atrevido a aban-
5 donar las banderas y a ceder su puesto al ser arrollados; y,

loa a Roma que sigue en el capítulo 9 revela una imitación del *Panegírico* de Isócrates: éste había alabado a Atenas en él.

por su parte, en la paz, el que ejercían el poder con favores
mejor que con intimidación, y cuando recibían una injusti-
cia preferían perdonar a perseguirla.

Pero cuando el Estado creció por el esfuerzo y la justi- 10
cia, grandes reyes fueron sojuzgados en la guerra, gentes
salvajes y vastos pueblos sometidos por la fuerza, y Carta-
go, rival del imperio romano, pereció de raíz, y quedaban li-
bres todos los mares y tierras, la Fortuna empezó a mostrarse
cruel y a trastocarlo todo[12]. Para hombres que habían sopor- 2
tado fácilmente fatigas, riesgos, situaciones comprometidas
y difíciles, el no hacer nada y las riquezas, deseables en otro
momento, resultaron una carga y una calamidad. Así que 3
primero creció el ansia de riquezas, luego, de poder; ello fue
el pasto, por así decirlo, de todos los males. Pues la avaricia 4
minó la lealtad, la probidad y las restantes buenas cualida-
des; en su lugar, enseñó la arrogancia, la crueldad, enseñó a
despreciar a los dioses, a considerarlo todo venal. La ambi- 5
ción obligó a muchos mortales a hacerse falsos, a tener una
cosa encerrada en el pecho y otra preparada en la lengua, a
valorar amistades y enemistades no por sí mismas, sino por
interés, a tener buena cara más que buen natural. Estos de- 6
fectos crecían lentamente al principio y a veces eran casti-
gados; más adelante, cuando se produjo una invasión con-
tagiosa, como si fuera una peste, la ciudad cambió, el poder
se convirtió de muy justo y excelente en cruel e intolerable.

Pero al principio la ambición acuciaba más el espíritu de 11
los hombres que la avaricia, ambición que pese a ser un vi-
cio estaba más cerca de la virtud. Pues gloria, cargos públi- 2

[12] Estos cuatro capítulos, 10-13, describen la decadencia de Roma, tema caro a Salustio y a todos los moralistas antiguos; en realidad, en cada época se miraba a las pasadas y, en comparación, la presente parecía peor. En este caso, la destrucción de Cartago en 146 ha sido tomada como punto de partida para explicar el progresivo deterioro de la historia romana.

cos, poder, el valioso y el inepto los ansían para sí por igual,
sólo que el primero sigue el camino de la verdad, y el se-
gundo, como le faltan las buenas cualidades, compite me-
3 diante engaños y falacias. La avaricia tiene por móvil el di-
nero, del que nadie en su sano juicio siente deseo. Ella, como
empapapada de horrible veneno, arruina el cuerpo y el es-
píritu varonil, es siempre ilimitada e insaciable, no se reduce
4 ni con la abundancia ni con la escasez. Pero desde que, con-
seguido el poder público por las armas, Lucio Sila dio mal
resultado tras unos buenos comienzos, todo el mundo roba-
ba, saqueaba; el uno deseaba una casa, el otro, unos predios;
y los vencedores no mostraban ni mesura ni moderación, y
ejecutaban horribles y crueles acciones contra los ciudada-
5 nos. A ello se añadía que, para hacer más leal a sí el ejército
que había capitaneado en Asia, Lucio Sila lo había tratado
contra las normas ancestrales condescendientemente y con
demasiadas consideraciones. Con la inactividad, lugares ame-
nos y voluptuosos habían relajado fácilmente el bravo es-
6 píritu militar[13]. Allí se acostumbró por primera vez el ejérci-
to del pueblo romano al burdel, a beber, a admirar estatuas,
cuadros de pintura y vasos cincelados, a robarlos a particu-
lares y a la propiedad del Estado, a saquear los templos, a
7 mancillar todo lo sacro y lo profano. De modo que, una vez
que lograron la victoria, estos soldados no dejaron ni rastro
a los vencidos. Como que la prosperidad estropea hasta al
8 espíritu de los juiciosos: ¿iban a ser ellos con sus costum-
bres corrompidas comedidos en la victoria?

12 Desde que las riquezas comenzaron a servir de honra, y
gloria, poder e influencia las acompañaban, la virtud se em-

[13] El historiador, como por lo demás los escritores de anales, entiende que la *luxuria* que destruye la estructura del tejido social llegó importada por el ejército de Asia, en concreto el ejército capitaneado por Manlio Vulsón.

botaba, la pobreza era considerada un oprobio, la honestidad empezó a tenerse por mala fe. De esta manera, por cul- 2
pa de las riquezas, invadieron a la juventud la frivolidad, la avaricia y el engreimiento: robaban, gastaban, valoraban en poco lo propio, anhelaban lo ajeno, la decencia, el pudor, lo divino y lo humano indistintamente, nada les merecía consideración ni moderación. Merece la pena, cuando se han 3
visto casas y villas construidas a modo de ciudades, visitar los templos de los dioses que nuestros antepasados, hombres tan religiosos, edificaron. Ciertamente, ellos decoraban 4
los santuarios de los dioses con su piedad, las casas propias, con su gloria, y no les quitaban a los vencidos nada excepto la facultad de hacerles daño. Muy al contrario, éstos, los 5
más indignos de los hombres, cometiendo un crimen monstruoso, arrebataban a los aliados todo cuanto los vencedores, hombres tan valerosos, les habían dejado, como si cometer injusticia fuese en definitiva hacer uso del poder.

Pues, ¿para qué contar lo que a nadie sino a quienes lo vie- 13
ron resulta creíble, que muchos particulares han rebajado montes, han rellenado mares? A mí se me antoja que a estos individuos 2
las riquezas les han servido de capricho, porque se apresuraban a derrochar vergonzosamente las que tenían la posibilidad de poseer con honradez. Pero es que había entrado un afán no 3
menor de sexo, crápula y demás refinamientos: los hombres se sometían como mujeres, las mujeres exponían su honra a los cuatro vientos; para alimentarse escudriñaban todo en la tierra y en el mar; dormían antes de tener deseo de sueño, no aguardaban a tener hambre o sed ni frío o cansancio, sino que por vicio anticipaban todas estas necesidades. Este comportamien- 4
to incitaba al crimen a la juventud cuando faltaban los bienes de familia. El espíritu imbuido de malas artes no se privaba 5
fácilmente de placeres; de ahí que se entregase más profusamente y por todos los medios a ganar dinero y a gastarlo.

14 En ciudad tan grande y tan corrompida, Catilina (cosa
que era muy fácil de hacer) tenía a su alrededor un batallón
de todas las infamias y crímenes, como una guardia de
2 corps. Pues cualquier sinvergüenza, calavera o jugador que
hubiera disipado la fortuna paterna en el juego, la buena
comida o el sexo, y el que había contraído grandes deudas
3 para hacer frente a su deshonor o su crimen, todos los pa-
rricidas de cualquier procedencia, sacrílegos o convictos en
juicios, o por sus hechos temerosos de un juicio, aquéllos
además a los que alimentaba su mano con la sangre de sus
conciudadanos, o la lengua con falso testimonio, todos en
fin, a quienes torturaba un deshonor, la escasez o la mala
conciencia, éstos eran los íntimos de Catilina y sus amigos.
4 Pues también si alguien libre de culpa venía a topar con su
amistad, con el trato cotidiano y las tentaciones se hacía
5 fácilmente igual y semejante a los demás. Pero buscaba so-
bre todo la amistad con los jóvenes; el espíritu todavía mol-
deable y flexible de éstos, los hacía fácil presa de sus arti-
6 mañas. Pues según la afición que en cada cual prendía por
su edad, a unos ofrecía rameras, a otros compraba perros y
caballos, y, en fin, no ahorraba gastos ni mostraba mesura
7 con tal de tenerlos sujetos y leales a su persona. Sé que hay
algunos que pensaban que la juventud que frecuentaba la
casa de Catilina dejó mucho que desear en punto a honra y
pudor; pero semejante rumor tomaba fuerza, más que por-
que nadie lo hubiese demostrado, por otras cosas.

15 Para empezar, ya de joven había tenido Catilina muchas
relaciones inconfesables[14]: con una muchacha de la noble-

[14] Salustio deduce de la vida de Catilina el final que le aguarda; es curioso constatar que la retahíla de reproches suena a muy moderna: como si el tiempo no hubiera pasado. Se puede afirmar que el autor repite aquí censuras que en su época se hacían a Catilina.

za[15], con una sacerdotisa de Vesta; y otros atentados por el
estilo a la ley humana y divina. Finalmente, encaprichado 2
del amor de Aurelia Orestila[16], de quien ninguna persona
decente alabó nunca otra cosa a no ser su belleza, como-
quiera que ella dudaba en casarse con él por temor a un hijo
ya adulto que él tenía, se acepta como seguro que dio muer-
te a su hijo y dejó la casa libre para la criminal boda. Este 3
hecho precisamente me parece a mí haber sido la causa pri-
mordial de acelerar su crimen. Porque un espíritu impuro, 4
enemigo de los dioses y de los hombres, no se podía calmar
ni despierto ni dormido: a tal punto la mala conciencia aso-
laba su mente enfebrecida. En consecuencia, tenía un color 5
exangüe, los ojos terribles, y su paso era ora acelerado, ora
lento; en una palabra, en su aspecto y en su cara se traslucía
la locura.

Mas a la juventud, que, como dijimos arriba, había se- 16
ducido de muchas maneras, le enseñaba malas acciones. De 2
entre ellos, ponía a disposición testigos y signatarios falsos;
les enseñaba a no valorar la palabra de honor, sus fortunas,
los riesgos de un juicio; más adelante, cuando había destrui-
do su buen nombre y su dignidad, les exigía otras cosas más
graves. Si de momento no concurría motivo de hacer mal, 3
no dejaba de acosar y degollar a inocentes igual que a cul-
pables. A buen seguro, para que las manos y el espíritu no
se embotaran, prefería ser perverso y cruel gratuitamente.

Confiado en estos amigos y aliados y dado asimismo 4
que en todas partes eran grandes las deudas[17] y que la ma-

---

[15] Se desconoce quién haya sido esta joven de la nobleza.

[16] Hija de Gneo Aufidio Orestes, cónsul en el 71.

[17] A partir de aquí Salustio introduce motivaciones para la venidera revolución que van más allá de las simples actitudes y comportamientos personales. Estas motivaciones son: causas económicas y sociales, proletariado y veteranos del ejército de Sila. Como en otras ocasiones, Salustio en

yoría de los soldados de Sila, que habían sido demasiado generosos con lo propio, se acordaban de los saqueos y de la vieja victoria y anhelaban vehementemente la guerra civil, Catilina tomó la determinación de aplastar el Estado. En Italia no había ejército alguno; Gneo Pompeyo hacía la guerra en los confines de las tierras; en su aspiración al consulado abrigaba por su parte grandes esperanzas; el senado no se hallaba en absoluto alerta; la situación general era segura y tranquila: ahora bien, esto precisamente venía como anillo al dedo a Catilina.

17 De manera que hacia el uno de junio del consulado de
Lucio César y Gayo Fígulo se pone a entrevistarse primero
con cada uno; a unos los animaba, a otros los ponía a prue-
ba; hacíales ver la fuerza propia, la imprevisión del estado,
2 las grandes recompensas de la conjuración. Cuando sondeó
convenientemente lo que quería, convoca a todos los que
3 tenían mayor necesidad y más audacia[18]. A la reunión acu-
dieron: de la clase senatorial, Publio Léntulo Sura, Publio
Autronio, Lucio Casio Longino, Gayo Cetego, Publio y Ser-

estos párrafos hace un resumen que más adelante desarrollará más explícitamente: en el capítulo 33, las deudas; en el 37, el proletariado urbano.

[18] Referencia a la primera reunión de los conspiradores. Los nombres propios que siguen son: Publio Léntulo Sura, pretor en el 75, cónsul en el 71; expulsado del Senado en el 70; volvió a ser pretor en el 63. Publio Autronio Peto: fue elegido cónsul en el 65 pero no tomó posesión por cohecho. Lucio Casio Longino: pretor con Cicerón en el 66. Gayo Cetego: pertenecía a la familia de los Cornelios; fue ejecutado en diciembre del 63. Publio y Servio Sila, ambos Cornelios, eran hijos de Servio, hermano del dictador Sila. Lucio Vargunteyo: fue desterrado en virtud de la *lex Plautia*, después de los sucesos de la conjuración. Marco Porcio Leca: el dato más importante en relación con él fue la reunión de los conjurados en su casa. Lucio Calpurnio Bestia, tribuno de la plebe en el 62. Quinto Curio: de la familia de Curio Dentato (cónsul en el 290). Marco Fulvio Nobílior: no se vuelve a mencionar en la conspiración. Gayo Cornelio: miembro de la rama plebeya de la *gens Cornelia*.

vio Sila, hijos de Servio, Lucio Vargunteyo, Quinto Annio,
Marco Porcio Leca, Lucio Bestia, Quinto Curio; del orden 4
ecuestre, Marco Fulvio Nobílior, Lucio Estatilio, Publio Gabinio Capitón, Gayo Cornelio; amén de éstos, muchos de las
colonias y municipios, nobles en sus localidades. Había ade- 5
más muchos nobles partícipes de este plan un tanto clandestinamente, a los que animaba más la esperanza de ejercer el
poder que la falta de recursos u otra necesidad. Por lo de- 6
más, la mayoría de los jóvenes, pero especialmente los nobles, favorecía los proyectos de Catilina. Quienes tenían la posibilidad de vivir en paz por todo lo grande o cómodamente, preferían la incertidumbre a la seguridad, la guerra a la paz.

Hubo también en aquella época quienes creyeron que 7
Marco Licinio Craso no había sido desconocedor de este proyecto: como Gneo Pompeyo, al que odiaba, estaba al frente de un gran ejército, habría querido que se formase contra su prepotencia un núcleo de poder fuese de quien fuese, confiando al mismo tiempo en que, si la conjuración salía adelante, él sería fácilmente su jefe.

Pero antes también conjuraron unos pocos contra el Es- 18
tado, entre los cuales estuvo Catilina[19]. Voy a hablar de esta 2
conjuración en los términos más exactos posible. En el consulado de Lucio Tulo y Manio Lépido[20], los cónsules elec-

[19] En este capítulo y el siguiente hallamos la relación de una supuesta primera conspiración en la que habría tomado parte Pisón y que se habría iniciado en el 66 para continuar a principios del año siguiente. Dicha conspiración no existió jamás. Por otra parte, la colocación de esta narración donde se encuentra es un fallo estructural porque interrumpe la descripción de la asamblea y el discurso de Catilina. Tal vez, el afán de Salustio de desprestigiar aun más al revolucionario le impulsó a narrar unos hechos históricamente improbables.

[20] El año 66. Lucio Volcacio Tulo fue el cónsul que rechazó la candidatura de Catilina para los comicios del 66 por hallarse inmerso en un juicio *de repetundis* a su vuelta de la gobernación de África.

tos, Publio Autronio y Publio Sila[21], habían sido juzgados conforme a las leyes de corrupción electoral[22], y castigados.
3 Poco más tarde, Catilina, reo de concusión[23], se había visto impedido de aspirar al consulado[24] por no haber podido pre-
4 sentar su candidatura dentro del plazo legal. Había uno por entonces, Gneo Pisón[25], joven noble, de extremada audacia, sin dinero e intrigante, a quien estimulaban a revolucionar
5 el Estado su falta de medios y su mala conducta. Catilina y Autronio proyectaban, después de que le dio a conocer su plan a éste hacia el cinco de diciembre, asesinar a los cónsules Lucio Cota y Lucio Torcuato en el Capitolio el primero de enero[26], hacerse ambos con las insignias consulares y en-

[21] No se trata del dictador, naturalmente. A éste de ahora se le condenó por soborno electoral en el 66 y sufrió el rigor de la *lex Plautia* en el 62 por su participación en la conspiración de Catilina. Fue cuñado de Pompeyo y más tarde participó en la guerra civil al lado de César, muriendo en el 46.

[22] El nombre técnico de esta clase de leyes aparece por primera vez en el año 358 *(Lex Poetelia de ambitu)*. La actual aplicación de esta ley debió originarse en la *Lex Calpurnia* del 67, que posteriormente fue reforzada por la *lex Tullia* de Cicerón en el mismo 63.

[23] La primera medida contra los abusos de los gobernadores romanos en las provincias consistió en la *Lex Porcia,* del año 198, dada por Marco Porcio Catón. A partir de 149 había tribunales permanentes que entendían en semejantes casos.

[24] En realidad, Catilina pudo haberse presentado, dado que aún no había tenido lugar la «denuncia de su nombre» *(nominis delatio)* ni el sorteo de jueces *(sortitio iudicum)*. De ahí que el cónsul Lucio Volcacio Tulo tuviese que celebrar un consejo público para tomar la decisión de apartarle de la candidatura. De hecho, el juicio contra Catilina no tuvo lugar hasta julio del 65 (cf. Asconio, *Miloniana* 85 Clark).

[25] Gneo Calpurnio Pisón, cuestor en el 65, enemigo declarado de Pompeyo.

[26] La historia que narra aquí Salustio es completamente increíble e improbable, pues en el juicio contra Catilina del año 65 tomaron parte a su favor multitud de nobles, entre ellos el mismo cónsul Torcuato, presumiblemente su víctima. Incluso Cicerón estaba dispuesto a defender a Catilina para ponerlo a su favor con vistas a la futura elección consular del año 64 (don-

viar a Pisón[27] con un ejército para el control de las dos Es-
pañas. Descubierto su plan, pospusieron de nuevo el proyec- 6
to de asesinato para el cinco de febrero. A esas alturas ma- 7
quinaban la muerte no sólo de los cónsules, sino de gran
parte de los senadores. Y si Catilina no se hubiera precipita- 8
do a dar la señal a sus cómplices delante de la Curia, aquel
día se hubiese cometido el peor de los crímenes desde la fun-
dación de la ciudad de Roma. Dado que aún no se habían
reunido los suficientes hombres armados, esta circunstancia
abortó el plan.

Posteriormente, Pisón, que era cuestor, fue enviado a la 19
España citerior como propretor[28] con el apoyo de Craso,
porque éste sabía que aquél era enemigo declarado de Gneo
Pompeyo[29]. Y tampoco el senado le había asignado la pro- 2
vincia con desagrado, puesto que deseaba mantener aparta-
da del Estado a una persona non grata, y al mismo tiempo
debido a que muchas personas de bien veían una garantía en
él, y ya por entonces la prepotencia de Pompeyo era temi-
ble. Mas este Pisón fue muerto en la provincia durante una 3
marcha por los jinetes hispanos que llevaba en el ejército.
Hay quienes afirman que los bárbaros no pudieron soportar 4

---

de efectivamente, Cicerón fue elegido cónsul junto a Antonio —tío del triúnviro, colega de Octaviano—).

[27] Se sabe que Pisón estuvo en España, pero sólo Salustio hace esta afirmación de que su envío estuvo relacionado con la conspiración.

[28] Una inscripción en efecto lo prueba *(CIL* I.2 749): *Quaestor pro praetore ex s. c. prouinciam Hispaniam citeriorem obtinuit.* Al final de la República un cuestor podía gobernar una provincia con poder *(imperium),* en cuyo caso se le nombraba *pro praetore,* cuando el gobernador anterior había fallecido o había dejado la provincia, y ese mando duraba hasta el nombramiento del siguiente gobernador.

[29] En efecto, la sola enemistad de Pisón y Pompeyo (que estaba en Oriente y volvería cuatro años más tarde a Roma con un victorioso ejército) puede justificar el apoyo de Craso, otro hombre poderoso que rivalizaba con Pompeyo, a Pisón.

5 sus órdenes injustas, soberbias y crueles; otros, por el contrario, que aquellos jinetes, antiguos y leales clientes de Gneo Pompeyo[30], habían atacado a Pisón por deseo de aquél: jamás los hispanos habían cometido un crimen semejante, sino que habían tolerado con anterioridad muchos mandatos duros. Por mi parte, dejaré la cuestión sin decidir. Sobre la
6 primera conjuración baste con lo dicho.

20 Cuando Catilina comprueba que se han reunido todos los que enumeré poco antes, aunque con frecuencia había tratado de muchas cosas con cada uno de ellos, no obstante, creyendo que haría al caso dirigirles la palabra y arengarlos a todos juntos, retírase a una parte escondida de la casa y allí, alejados toda clase de testigos, les dio el siguiente discurso[31]:

2 «Si yo no conociera bien vuestro valor y lealtad, en vano se nos habría presentado esta oportunidad; inútil hubiera sido nuestra gran esperanza, inútilmente hubiera estado el poder al alcance de las manos, ni yo me embarcaría en lo incierto en detrimento de lo seguro en compañía de cobardes
3 y hombres hueros. Mas dado que en muchas y trascendentes ocasiones he sabido de vosotros que sois valientes y leales conmigo, es por ello por lo que mi ánimo ha osado emprender la acción más grande y hermosa, y a la vez porque he

[30] No se trata de la institución romana de la *clientela,* sino de los que César *(Guerra Civil* I 75, 2) llama *beneficiarii,* esto es, partidarios, en este caso conseguidos por Pompeyo durante su estancia en España desde el 76 al 72, en la guerra contra Sertorio.

[31] En *Catilina* hay cuatro discursos, dos pronunciados por el propio revolucionario y otros dos que son los que dan César y Catón en el senado. En todas las obras históricas griegas y romanas hay discursos, cuya estructura ha sido bien estudiada, muchas veces conforme a las reglas de la retórica antigua. En el caso de Salustio, el escritor no sólo aspira a reflejar el pensamiento del orador, sino que adapta el lenguaje a su estilo propio para uniformar toda la obra.

comprendido que lo que es bueno o malo para mí lo es
igualmente para vosotros. Pues querer lo mismo y no querer 4
lo mismo, esto es al cabo firme amistad.

Pero lo que yo he ideado en mi cabeza ya lo oísteis to- 5
dos antes por separado. Por lo demás, cada día se me en- 6
ciende más el ánimo cuando considero cuál va a ser la con-
dición de nuestra vida si no reivindicamos nosotros mismos
nuestra libertad. Pues desde que el estado vino a parar en la 7
ley y arbitrio de unos pocos poderosos, sin cesar tenían ellos
de tributarios a reyes y tetrarcas, y pueblos y naciones les
rendían tributo; todos los demás, honrados y gente de bien,
nobles o menos nobles, éramos masa sin influencia ni auto-
ridad[32], subordinados a unos a los que, si la república estu-
viese sana, les íbamos a servir de espanto. De modo que toda 8
influencia, poder, cargos o riquezas se hallan en sus manos
o donde ellos quieren. A nosotros nos han dejado las conde-
nas, los fracasos, los juicios, la miseria.

¿Hasta cuándo vais a tolerar esto, hombres esforzados? 9
¿No es preferible morir con arrojo a perder con vilipendio una
vida mísera y deshonrosa, siendo en ella el juguete de la alta-
nería ajena? Pero es que en realidad, alabados sean los dioses y 10
por la fe de los hombres, tenemos la victoria en la mano: pleno
es el vigor de nuestra juventud, valeroso nuestro espíritu; a
ellos en cambio los años y las riquezas les han envejecido to-
do. Solamente hay que empezar, la acción facilitará el resto. Y
es que a decir verdad, ¿qué mortal que tenga los redaños de un 11
hombre puede aguantar que a ellos les sobren riquezas para ti-
rarlas en edificar en el mar y en allanar montes y que a noso-

---

[32] «Influencia» es *gratia* en latín, palabra conectada con *amicitia* y *clientela* y que significa la influencia política alcanzada por medio de «favores», *beneficia*, que obligan a los amigos y clientes a tener que estar subordinados a sus benefactores *(officium)*: los *beneficia* facilitan la *gratia;* y ésta, la *potentia*.

tros en cambio no nos llegue el patrimonio familiar ni siquiera
para lo necesario? ¿Que ellos unan dos o más casas y que no-
sotros no tengamos un hogar para la familia en ninguna parte?
12 Cuando compran cuadros, estatuas, objetos cincelados, derri-
ban una casa reciente para edificar otra, tiran en fin y malgas-
tan el dinero por todos los medios, no son capaces con todo, en
13 el colmo de sus caprichos, de agotar sus riquezas. Nosotros,
en cambio, tenemos escasez en casa, en la calle deudas; mal
nos va el presente, mucho más ingrato es el porvenir. En fin,
¿qué nos queda sino el mísero aliento vital?

14 ¿Por qué no despertáis, pues? Mirad, ahí está la libertad
que tantas veces habéis deseado; y además a la vista están
15 las riquezas, la dignidad, la gloria. La fortuna ha propuesto
todas estas recompensas para los vencedores. De exhorta-
ción os sirven más que mi discurso la situación, el momen-
to, los riesgos, la penuria, el magnífico botín de la guerra.
16 Podéis serviros de mí como general o como soldado: en cuer-
17 po y alma estaré a vuestro lado. Esto mismo, espero, haré
junto con vosotros cuando sea cónsul, a no ser que por ven-
tura me falle el instinto y estéis dispuestos a ser esclavos más
que a mandar.»

21 Después de oír estas palabras aquellos hombres que
abundaban en toda clase de males y que en cambio no te-
nían cosa ni esperanza alguna buena, aun cuando a ellos
atacar lo establecido antojábaseles un gran premio, no obs-
tante la mayoría pidió que les aclarase en qué condiciones
se iba a hacer la guerra, a qué beneficios aspiraban gracias a
las armas, de qué apoyos o esperanzas de los mismos dis-
2 ponían en cada punto. Entonces, Catilina les prometía la
cancelación de las deudas[33], la proscripción de los ricos, les

[33] En latín *tabulae nouae,* borrón y cuenta nueva de los registros donde se asentaban los nombres de los deudores y las cantidades. Semejante

prometía magistraturas, sacerdocios, saqueos y todo lo de-
más que acarrea la guerra y el capricho de los vencedores.
Además, en la España citerior estaba Pisón y en Mauritania 3
con un ejército Publio Sitio Nucerino[34], cómplices de su
proyecto; aspiraba al consulado Gayo Antonio[35], que espe-
raba fuese su colega, hombre amigo suyo y agobiado por
toda clase de necesidades; junto con él cuando fuese cónsul
daría comienzo a su actuación. A todo esto cubría de impro- 4
perios a todas las personas de bien; a cada uno de los suyos,
llamándolo por su nombre, lo elogiaba. Al uno le recordaba
su pobreza, al otro su codicia, a varios otros sus peligros y su
ignominia, a muchos la victoria de Sila y el botín que les
había supuesto la misma. Cuando vio los ánimos de todos 5
exaltados, recomendándoles que tuvieran en cuenta su can-
didatura, disolvió la reunión.

Hubo en aquel tiempo quienes afirmaron que, después 22
del discurso, al invitar al juramento a los cómplices de su
crimen, Catilina hizo circular en copas sangre humana mez-
clada con vino; que una vez que todos hubieron bebido de 2
ella después del juramento y la maldición, como acostumbra
a hacerse en los sacrificios solemnes, desveló su plan, y que
obró así para estrechar los lazos de fidelidad entre ellos al
hacer partícipes a unos y otros de tamaña felonía. Algunos 3
estimaban que éstas y muchas cosas más habían sido inven-

---

medida era adoptada por medios legales: Catilina supone la primera ocasión en que dicho intento se busca por medio de la revuelta social.

[34] Banquero de Campania que había prestado grandes cantidades de dinero al rey de Mauritania, por lo que debía visitar aquel país de vez en cuando. La gloria de Sitio llegó durante la guerra civil, en la que condujo un ejército *(Bellum Africanum* XLVIII, 93).

[35] Llamado además «Híbrida»; era hijo del orador Marco Antonio, hermano de Marco Antonio Crético y tío del triúnviro. Había sido expulsado del senado en el 70 junto a Léntulo Sura, fue pretor en el 66 y colega de Cicerón en el 63. En el 42 reaparece como censor.

tadas por quienes creían mitigar la impopularidad que más tarde se originó contra Cicerón con la atrocidad del crimen de quienes habían sido castigados por éste. Para mí este asunto no está suficientemente documentado para la gravedad que reviste.

23 Mas en esta conjuración[36] estuvo Quinto Curio, de origen no humilde, cubierto de infamias y crímenes, a quien
2 los censores[37] habían expulsado del senado por disoluto. La vanidad de este hombre no era menor que su audacia. Le importaba muy poco no callar lo que había oído ni ocultar
3 sus propios crímenes, así como lo que decía o hacía. Este individuo mantenía con Fulvia[38], mujer de la alta sociedad, una antigua relación de estupro. Comoquiera que fuese menos grato para ella porque debido a la falta de medios no podía hacerle regalos, de la noche a la mañana comenzó a alardear y a prometerle montes y mares, a amenazarle a veces con la espada si no seguía a sus órdenes, y por último a
4 actuar con más violencia de la que acostumbraba. Pero he aquí que Fulvia, al conocer la razón de la insolencia de Curio, no mantuvo oculto semejante peligro para el Estado, sino que, excepto el nombre del informante, contó a muchos

---

[36] Salustio va a referirse en estos capítulos (23-26) a unos hechos que realmente tuvieron lugar poco antes del verano del 63 y no en el verano del 64, como él pretende. Algunos piensan que la tergiversación histórica se debe a motivos artísticos, pero quizá se deba fundamentalmente al afán de insistir en la maldad de Catilina, que ya desde mucho tiempo antes tenía planes revolucionarios.

[37] Son los del año 70 (los siguientes serán los del 52, que expulsaron a Salustio del senado), que echaron de la magna asamblea a cuarenta y seis senadores y entre los cuales estaban Quinto Curio, Gayo Antonio (colega de consulado de Cicerón) y Publio Cornelio Léntulo.

[38] Es imposible identificar a esta mujer, que no hay que confundir con la Fulvia que estuvo casada sucesivamente con Clodio, Curión y Marco Antonio.

lo que había oído[39], y el modo como lo había oído, de la
conjuración de Catilina. Esto fue principalmente lo que im- 5
pulsó el interés de la gente a conceder el consulado a Marco
Tulio Cicerón. Pues con anterioridad buena parte de la no- 6
bleza vacilaba por recelo, creyendo que la institución del
consulado casi se contaminaba si lo alcanzaba un recién lle-
gado, por singular que fuese. Mas cuando llegó el peligro,
recelo y arrogancia pasaron a segundo término.

De manera que, celebradas las elecciones, se nombra cón- 24
sules a Marco Tulio Cicerón y Gayo Antonio. Esos nombra-
mientos habían conmocionado al principio a los cómplices
de la conjuración. Sin embargo, tampoco disminuía el fre- 2
nesí de Catilina, antes bien, cada día hacía más cosas, dispo-
nía armas en lugares apropiados de Italia, llevaba el dinero
tomado en préstamo con su crédito y el de sus amigos a Fé-
sulas[40], a un tal Manlio[41], quien más tarde fue el cabecilla a
la hora de hacer la guerra. Se dice que por aquella época 3
atrajo a sí a muchísimos hombres de todo tipo, y a algunas
mujeres también, que primero habían sobrellevado enormes
gastos con el comercio sexual y que luego, cuando la edad
había puesto límite a las ganancias sólo, y no a sus despilfa-
rros, habían contraído grandes deudas. Catilina confiaba en 4
que por medio de ellas podría soliviantar a los esclavos de
la ciudad, incendiar a ésta y unir a él o asesinar a sus maridos.

[39] Probablemente meros rumores, pues de lo contrario Catilina podía haber tomado medidas contra ella.

[40] Hoy día Fiésole, ciudad de Etruria, al norte de Florencia.

[41] Participó con un cargo en el ejército de Sila, siendo posteriormente el jefe de los colonos de Sila insatisfechos. Sus actividades, por lo tanto, fueron al principio independientes de Catilina.

25 Ahora bien, entre éstas se contaba Sempronia[42], que mu-
chas veces había llevado a cabo actos propios de la osadía
2 de un hombre. Esta mujer por su alcurnia y su belleza, y
también por su marido y por sus hijos, era bastante afortu-
nada; versada en la literatura griega y latina, tocaba la lira y
bailaba con más elegancia de lo que una mujer honesta ne-
cesita, y poseía otras muchas cualidades que son instrumen-
3 to de la disipación. Pero para ella todo era más estimable
que la honra y la decencia; no era fácil dilucidar qué respe-
taba menos, si su dinero o su reputación; su pasión era tan
encendida que cortejaba ella a los hombres con más fre-
4 cuencia de lo que era cortejada. Antes había traicionado mu-
chas veces su palabra, había negado con perjurio haber reci-
bido un préstamo, había estado complicada en un crimen; su
lujo y su falta de medios la habían llevado a la ruina. Ahora
bien, poseía cualidades extraordinarias; sabía escribir ver-
sos, hacer chanzas, llevar una conversación ya seria, ya dis-
tendida o procaz; tenía, en fin, mucha sal y mucho encanto.

26 Tomadas estas medidas, Catilina seguía esperando con
el mismo afán al consulado del año siguiente, con la espe-
ranza de que, si fuese nombrado, fácilmente haría con Anto-
nio lo que le viniese en gana. En el ínterin, tampoco se esta-
ba quieto, sino que montaba asechanzas contra Cicerón por
2 todos los medios. Con todo, tampoco Cicerón andaba falto
3 de mañas y astucias para defenderse. Pues desde el comien-
zo de su consulado, a base de promesas, había logrado de
Fulvia que Quinto Curio, del que he hablado poco antes, le

[42] Pertenecía a la ilustre familia de los Sempronios, de donde provenían asimismo los Gracos. El extenso retrato de esta mujer ha llamado poderosamente la atención de los estudiosos, pues desequilibra la obra en buena medida. Por lo demás, fue esposa de Décimo Junio Bruto, cónsul en el 77, y presumiblemente madre de Décimo Bruto, uno de los asesinos de César.

revelase los planes de Catilina; a más de esto, mediante un 4
pacto sobre las provincias había inducido a su colega An-
tonio a no maquinar nada contra el Estado[43]; a su alrededor
contaba en la sombra con la protección de amigos y clien-
tes. Cuando llegó el día de las elecciones y no le salieron a 5
Catilina ni la candidatura ni las asechanzas que había puesto
a los cónsules en el Campo de Marte, se resolvió a hacer la
guerra y probar todas las medidas extremas, dado que sus
intentos subrepticios habían resultado complicados y ver-
gonzosos.

Así pues, envió a Gayo Manlio a Fésulas y aquella parte 27
de Etruria, a un tal Septimio de Camerino, al campo Piceno,
a Gayo Julio, a la Apulia, y asimismo a otros a distintos si-
tios, según el que en cada lugar creía que le iba a ser de más
provecho.

Entretanto, él urdía en Roma muchas cosas al mismo 2
tiempo: tendía asechanzas a los cónsules, provocaba incen-
dios, tomaba lugares estratégicos con hombres armados; él
mismo iba con armas[44] e igual se lo ordenaba a otros, reco-
mendándoles que estuviesen siempre alerta y prevenidos; se
movía día y noche, no dormía, y no le cansaban la falta de
sueño ni la actividad. A la postre, como no le salía bien na- 3
da pese a multiplicarse, entrada la noche convoca de nuevo
a los cabecillas de la conjuración por medio de Marco Por-
cio Leca[45], y allí tras quejarse mucho de su ineficacia les in- 4

---

[43] Cicerón había cedido a Antonio su derecho sobre la provincia de Macedonia, tomando a cambio la de Galia Cisalpina.

[44] Lo cual estaba expresamente prohibido por las Leyes de las Doce Tablas, y también por una ley de Pompeyo mientras fue cónsul único en el año 52 (desde la primavera tomó como colega a su suegro Metelo Escipión).

[45] Aunque Salustio sitúa esta reunión antes del senadoconsulto último del que se hablará más adelante (véase nota 49), en realidad se sabe por otras fuentes que tuvo lugar hacia el 6 de noviembre.

forma de que ya ha mandado a Manlio a reunirse con la multitud que tenía dispuesta para empuñar las armas, así como a otros a distintos lugares apropiados para dar comienzo a la guerra, y de que él estaba deseando partir junto al ejército, no sin haber eliminado antes a Cicerón, estorbo principal de sus proyectos.

28 De manera que, mientras los demás eran presa del mie-
do y vacilaban, el caballero romano Gayo Cornelio ofreció
su concurso, y entre él y el senador Lucio Vargunteyo pla-
nearon meterse esa noche, poco después[46], con hombres
armados en casa de Cicerón, como para saludarle[47], y acri-
billarle en su propia casa de improviso antes de que reaccio-
2 nase. Cuando Curio comprendió el enorme peligro que se
cernía sobre el cónsul, por medio de Fulvia denuncia rápi-
3 damente a Cicerón la trampa que se preparaba. De este mo-
do, se les prohibió a aquéllos cruzar la puerta y resultó inútil
el acto tan desmesurado que habían concebido.

4 Entretanto Manlio soliviantaba en Etruria a la plebe, ansiosa de una revolución por la penuria y el rencor de la injusticia sufrida, ya que durante la dictadura de Sila había perdido todas sus tierras y bienes; también a los bandidos de toda laya, de los que había mucha abundancia por aquella comarca, algunos procedentes de las colonias de Sila, a los que el vicio y el lujoso tren de vida no les había dejado ni rastro de sus vastas rapiñas[48].

---

[46] La fecha del asesinato sería en la mañana del 7 de noviembre.

[47] Referencia a la *salutatio* o visita y saludo matinales que los clientes rendían a sus patronos, y que en ocasiones tenía lugar muy temprano.

[48] Descripción del sustrato social y de sus problemas económicos y políticos: Etruria, el Samnio y Lucania habían padecido los efectos desastrosos de su pertenencia al partido de Mario y el establecimiento en su territorio de numerosos veteranos de Sila.

Cuando se informó a Cicerón de estas cosas, muy afec- 29
tado por el doble inconveniente, porque ni podía seguir de-
fendiendo a la ciudad de las asechanzas en plan particular ni
tenía suficiente conocimiento del ejército de Manlio, cómo
era de grande y qué planes tenía, expone al senado la situa-
ción, que ya antes el rumor de la calle había propalado. De 2
modo que, lo que suele hacerse en situaciones de emergen-
cia, el senado decretó que los cónsules tomasen medidas[49]
para que el Estado no sufriese menoscabo alguno. Este es el 3
poder más grande que, según la tradición romana, el senado
confiere a un magistrado: organizar un ejército, dirigir la
guerra, suprimir las garantías de todo tipo a aliados y ciuda-
danos, poseer en lo civil y en lo militar el mando y jurisdic-
ción supremos. En otro caso, sin el mandato del pueblo, un
cónsul no tiene derecho a ninguna de estas funciones.

Pocos días después, el senador Lucio Senio leyó en el 30
senado una carta, que decía haberle llegado de Fésulas, en
cuyo texto constaba que Gayo Manlio había empuñado las
armas con una gran cantidad de gente el día 27 de octubre.
A la vez (cosa que suele pasar en situaciones semejantes), 2
unos denunciaban portentos y prodigios; otros, que se cele-
braban reuniones, que se transportaban armas, que en Capua
y en la Apulia había un movimiento de guerra de esclavos.
De manera que por un decreto del senado fueron enviados a 3
Fésulas Quinto Marcio Rege[50] y a la Apulia y lugares de al-
rededor Quinto Metelo Crético[51] (a estos dos, generalísimos 4
a las puertas de la ciudad, les impedía celebrar el triunfo la

[49] Se trata del senadoconsulto último que tuvo lugar ciertamente en 21 de octubre y no, como pretende Salustio, después del intento fallido de asesinato de Cicerón, a saber, el siete de noviembre.

[50] Cónsul en el 68 junto a Lucio Cecilio Metelo, murió en el 61.

[51] Cónsul en el 69, quien por haber sometido la isla de Creta recibió el apodo de «Crético».

calumnia de unos pocos, cuyo estilo era venderlo todo, hon-
5 roso o deshonroso) y asimismo fueron enviados los pretores Quinto Pompeyo Rufo[52] a Capua, Quinto Metelo Céler a términos del Piceno, concediéndoseles que, a tenor de las
6 circunstancias y el peligro, organizaran un ejército. Aparte de esto, si alguien daba pistas sobre la conjuración que se había tramado contra el Estado, el premio era, para un esclavo, la libertad y cien mil sestercios; para uno libre, la
7 amnistía y doscientos mil sestercios. Asimismo decretaron que las compañías de gladiadores fuesen distribuidas en Capua y demás municipios según los medios de cada uno y que en Roma por toda la ciudad se estableciesen vigilancias, presididas por los magistrados de inferior rango.

31 Con estos acontecimientos andaba la ciudad sobresaltada y alterado su aspecto. Tras la suma alegría y regocijo que había engendrado la prolongada paz, a todos invadió de re-
2 pente la tristeza: se apresuraban, andaban agitados, no acababan de fiarse de ningún sitio, ni de ningún hombre, no estaban en guerra ni tampoco en paz, cada cual medía los
3 peligros a tenor de su propio miedo. Encima, las mujeres, a las que les había entrado un temor, el de la guerra, al que, en razón de la potencia del Estado, no estaban acostumbradas, se daban golpes, tendían al cielo sus manos suplicantes, compadecían a sus hijos pequeños, no paraban de hacer preguntas, se asustaban con cualquier rumor, se arrancaban todo y, olvidándose del fasto y los placeres, desconfiaban de su suerte y de la de la patria.

4 Por su parte, Catilina, con aquel espíritu cruel suyo, continuaba adelante con los mismos propósitos, pese a que se tomaban medidas de defensa y a que él mismo había sido

[52] No tiene nada que ver con el tribuno de la plebe del mismo nombre. Éste, pretor del 63, fue procónsul en África, en el 61. El siguiente, Quinto Metelo, también pertenecía a la familia de los Cecilios Metelos.

interrogado por Lucio Paulo[53] por violación de la ley Plau-
cia. Al final, bien para disimular, bien para exculparse si se 5
le provocaba, se presentó en el senado. Entonces, Marco 6
Tulio, ora asustado ante su presencia, ora llevado de la ira,
dio un discurso brillante y útil al Estado, que después escri-
bió y publicó. Mas cuando aquél tomó asiento, Catilina, que 7
estaba preparado para disimularlo todo, con la cabeza gacha
y la voz suplicante empezó a pedir a los padres que no cre-
yesen nada a la ligera sobre él. Había nacido en el seno de
una familia tal y de tal modo había dispuesto su vida desde
la adolescencia que sólo podía esperar cosas buenas para sí;
no fuesen a creer que él, un hombre patricio, de quien el
pueblo romano había recibido (de sí mismo y de sus mayo-
res) tantos beneficios, tenía necesidad de la ruina del Esta-
do, mientras lo salvaba Marco Tulio, un forastero avecindado
en Roma. Como añadiese otros insultos a éste, todos lo abu- 8
cheaban, llamándole enemigo del pueblo y parricida. En-
tonces, lleno de ira, exclamó: «Puesto que mis enemigos me 9
acosan y me empujan al abismo, apagaré bajo ruinas el fue-
go en que se me quema.»

Acto seguido, se escabulló del senado camino de su ca- 32
sa. Allí, después de meditarlo mucho a solas, como no pros-
peraban los atentados al cónsul y comprendía que la ciudad
estaba protegida del incendio por las rondas de vigilancia,
entendiendo que lo mejor que podía hacer era aumentar el
ejército y, antes de reclutar las legiones, tomar con tiempo
muchas medidas útiles para la guerra, a altas horas de la no-
che se encaminó con unos pocos al campamento de Manlio.
No obstante, deja a Cetego y a Léntulo y a otros, cuya re- 2
suelta audacia conocía, el encargo de consolidar las fuerzas

[53] Lucio Emilio Paulo, hermano de Lépido el triúnviro; fue cónsul en el 50, junto a Claudio Marcelo.

del partido por los medios a su alcance, acelerar el atentado al cónsul, organizar asesinatos, incendios y demás actos bélicos. Él vendría a la ciudad con un gran ejército de un día a otro.

3 Mientras esto tiene lugar en Roma, Gayo Manlio envía a unos agentes de su servicio a Marcio Rege con un mensaje del siguiente tenor:

33 «A dioses y a hombres ponemos por testigos, general, de que nosotros no hemos tomado las armas contra la patria ni para crear peligro a otros, sino para proteger a nuestras personas de la injusticia, pues nosotros, desvalidos y sin recursos, por culpa de la violencia y saña de los prestamistas nos hemos quedado la mayoría sin patria, y todos sin reputación y sin fortuna. Ninguno de nosotros tuvo la oportunidad de beneficiarse de la ley, según ancestral tradición, ni de conservar la libertad después de perder el patrimonio: tan gran-
2 de fue la crueldad de los prestamistas y del pretor. Muchas veces, vuestros antepasados, compadecidos de la plebe romana, la socorrieron en su falta de recursos con sus decretos, y recientemente, en nuestros propios tiempos, a causa de lo abultado de las deudas, con el visto bueno de todos los buenos ciudadanos, se ha pagado la deuda de plata en bron-
3 ce. Muchas veces la propia plebe, bien espoleada por el prurito de ejercer el poder, bien por culpa de la arrogancia de los magistrados, se ha segregado en armas de los patricios.
4 Pero nosotros no buscamos el poder o las riquezas, motivos por los que suceden todas las guerras y peleas entre los mortales, sino la libertad, que ningún hombre de verdad pierde
5 como no sea con la vida a la vez. A ti y al senado os suplicamos que echéis cuenta de los pobres ciudadanos, que restituyáis el amparo de la ley que nos ha arrebatado la iniquidad del pretor y no nos forcéis a buscar el medio de morir vengándonos al máximo de nuestra sangre.»

Quinto Marcio respondió a la propuesta que, si deseaban 34
pedirle algo al senado, abandonasen las armas y viniesen a
Roma a suplicar. Tal mansedumbre y misericordia había
ostentado siempre el senado del pueblo romano que jamás
nadie había solicitado su auxilio en vano.

Mas Catilina, sobre la marcha, envía cartas a la mayoría 2
de los ex-cónsules y a los más representativos además, di-
ciéndoles que, acosado por falsas acusaciones y dado que
no había podido hacer frente a la facción de sus enemigos,
cedía ante la suerte y marchaba al destierro a Marsella[54], no
porque se sintiese responsable de un crimen tan grave, sino
para que el Estado estuviese en paz y no se produjese una
revuelta por su resistencia. Quinto Cátulo[55] leyó en el sena-
do una carta bien diferente de ésta, que afirmaba haberle si- 3
do entregada en nombre de Catilina, de la que paso a pre-
sentar una copia:

> Lucio Catilina a Quinto Cátulo. Tu singular lealtad, 35
> conocida por los hechos y grata para mí en medio de
> los peligros míos, da confianza a mi recomendación.
> Por dicho motivo me he propuesto no hacer la defensa 2
> de mi nuevo proyecto[56], sino que, al no tener concien-
> cia de culpabilidad, he decidido dar una explicación
> que fuerza es reconozcas verdadera, voto a Júpiter. Pre- 3
> sionado por injusticias y agravios (pues privado del
> fruto de mi esfuerzo y diligencia no ocupaba el lugar
> que me corresponde), he tomado a mi cargo, según mi
> costumbre, la causa pública de los desfavorecidos, no
> porque no pudiese cancelar con mis bienes las deu-

[54] Refugio común de desterrados, como Verres, o Milón, tras el asesinato de Clodio.

[55] Cónsul en el 78, censor en el 65 junto a Craso.

[56] Tal vez eufemismo por «tramar un golpe de Estado», o bien, simplemente, referencia a su intención de partir para el exilio.

das contraídas a mi nombre (incluso las contraídas a
nombre de otro podía liquidarlas la generosidad de
Orestila utilizando sus propios medios o los de su hija),
sino porque observaba que hombres que no se lo me-
recían gozaban de honores y comprendía que a mí se
4 me marginaba por falsas sospechas. Por este motivo,
me he encaminado en pos de la esperanza, bastante
honrosa dada mi situación, de conservar lo que me
5 resta de dignidad. Desearía escribirte más por extenso,
pero me comunican que preparan un ataque contra mí.
6 Ahora te recomiendo a Orestila y la entrego a tu leal-
tad. Defiéndela de agravios, te lo ruego por tus hijos.
Adiós.

36 Él, por su parte, tras detenerse unos días en casa de Ga-
yo Flaminio, en términos de Arezzo, para proveer de armas
a la vecindad, ya antes soliviantada, se encamina al campa-
mento de Manlio con los fasces y demás símbolos de poder.
2 Cuando se tuvo noticia de esto en Roma, el senado declara
enemigos públicos a Catilina y a Manlio, y al grueso restan-
te le fija un día para abandonar las armas sin sanción, excep-
3 to a los condenados a la pena capital. Además, decreta que
los cónsules efectúen un reclutamiento, que Antonio salga
aprisa a perseguir con el ejército a Catilina y Cicerón se
quede para guardar a la ciudad.

4 En aquella ocasión más que en otra alguna me pareció a
mí el imperio del pueblo romano extraordinariamente mise-
rable. Porque, siendo así que todo el mundo de Oriente a
Occidente, dominado por sus armas, le obedecía y abundaban
en casa la paz y las riquezas, que los mortales consideran lo
primero, hubo ciudadanos, con todo, que se lanzaron obsti-
5 nadamente a destruir el Estado y a sí mismos. Pues en res-
puesta a los dos decretos del senado ni un solo hombre entre
tanta gente había denunciado la conjura inducido por la re-

compensa, ni entre todos los del campamento de Catilina
había desertado nadie: tanta fuerza tenía la enfermedad, una
peste por así llamarla, que se había apoderado de la mayor
parte de los espíritus de la ciudadanía.

Y no sólo estaban enajenados aquéllos que eran cómpli- 37
ces de la conjuración, sino que en general la plebe toda por
el ansia de revolución secundaba los planes de Catilina. Has- 2
ta aquí no hacía sino obrar como suele. Pues en una socie- 3
dad los que no tienen bienes ningunos miran siempre con
malos ojos a los bien situados, ensalzan a los canallas, de-
testan la tradición, anhelan lo novedoso, por odio a cómo
van sus cosas se inclinan por cambiarlo todo, se alimentan
sin cuidado de perturbaciones y revueltas, puesto que la po-
breza se conserva fácilmente, ya que nada se pierde. Pero la 4
plebe urbana, ésta sí que andaba de cabeza por muchas cau-
sas. En primer término, quienes en cada lugar se señalaban 5
por su infamia u oprobio, así como otros que habían perdido
sus patrimonios en la abyección, en fin, todos a los que ha-
bía expulsado de su patria una canallada o un crimen, éstos
habían confluido en Roma como en una cloaca. Luego, mu- 6
chos que recordaban la victoria de Sila, como veían que, de
soldados rasos, unos eran senadores, y otros tan ricos que
vivían sus años alimentándose y tratándose a cuerpo de rey,
cada cual esperaba que, en caso de ponerse en pie de guerra,
la victoria le depararía cosas semejantes. Todavía, los jóve- 7
nes que habían capeado su miseria en los campos con el tra-
bajo de sus manos, espoleados por la generosidad de parti-
culares y del Estado, habían preferido el ocio de la ciudad al
trabajo ingrato. Estos y todos los demás vivían de la cala-
midad pública. Por lo cual no hay que extrañarse de que 8
hombres sin oficio ni beneficio, de malos hábitos y enormes
pretensiones, no se hubiesen preocupado por la cosa pública
más que por sí mismos. Además, aquellos cuyos padres ha- 9

bían sido proscritos por la victoria de Sila[57], arrebatado los
bienes o disminuido los derechos civiles, esperaban con áni-
mo no muy diferente el resultado de la guerra. Además, cuan-
tos eran de otro partido distinto al del senado preferían que
hubiera follón en la nación a perder ellos su influencia. Un
mal que después de muchos años había retornado a la ciudad.

38 Pues, desde que fue restablecida la potestad tribunicia
siendo cónsules Gneo Pompeyo y Marco Craso, elementos
jóvenes que habían alcanzado un enorme poder, envalento-
nados por la edad y sus ánimos, mediante acusaciones al se-
nado empezaron a revolucionar a la plebe y con dádivas y
promesas a inflamarla cada vez más; de esta manera se iban
2 haciendo famosos y poderosos. A éstos se oponía con todas
sus fuerzas la mayor parte de la nobleza con el pretexto de
defender al senado, pero, en realidad, en defensa de sus
3 privilegios. Pues, para decir la verdad en pocas palabras,
desde aquellos tiempos cuantos perturbaron el Estado con
hermosos conceptos, los unos como defendiendo los dere-
chos del pueblo, los otros, para robustecer al máximo la
autoridad del senado, cada cual peleaba por su propio poder,
4 fingiendo el bien público. Tales individuos no conocían me-
sura ni límite en su agresividad: ambos bandos explotaban
la victoria con saña.

39 Pero cuando Gneo Pompeyo fue enviado a la guerra
contra los piratas y contra Mitridates[58], disminuyó la fuerza
2 de la plebe y aumentó el poder oligárquico. Ellos controla-
ban los cargos, las provincias y todo lo demás; indemnes y

---

[57] En virtud de la *Lex Cornelia de proscriptione* del 81 que declaraba que se confiscarían los bienes de los proscritos y se privaría a sus hijos del desempeño de cargos.

[58] Luculo había guerreado contra él durante siete años. En el año 66 se le confirió el mando de la guerra contra Mitridates a Pompeyo, en virtud de la ley Manilia.

florecientes, vivían su vida sin miedo, amedrentando a los
demás con los juicios a fin de que durante el ejercicio de sus
magistraturas manejasen a la plebe con mayor suavidad. Pe- 3
ro tan pronto como con el enrarecimiento del ambiente aso-
mó la esperanza de la revolución, la antigua rivalidad excitó
sus ánimos. De modo que si Catilina hubiese salido vence- 4
dor en el primer combate o en igualdad de condiciones, sin
duda se habría abatido sobre la república una gran desgracia
y calamidad; aquellos que hubiesen logrado la victoria no
habrían tenido oportunidad de servirse de ella mucho tiem-
po sin que alguien más poderoso les arrebatara el poder y la
libertad, cansados y exangües como estarían. Hubo, con to- 5
do, muchos ajenos a la conjura que al principio marcharon
junto a Catilina. Entre ellos se contaba Fulvio, hijo de un
senador, a quien, hecho volver del camino, el padre mandó
matar.

Por las mismas fechas, tal como le había encargado Ca- 6
tilina en Roma, Léntulo cortejaba por sí o por intermedia-
rios a cuantos por su catadura moral o por su fortuna creía
adecuados para la revolución, y no sólo a ciudadanos de
pleno derecho, sino a cualquier tipo de individuos, con tal
de que fuesen útiles para la guerra.

Así que encarga a un tal Publio Umbreno que contacte 40
con los embajadores de los alóbroges[59] y, si es posible, los
induzca a aliarse para la guerra, considerando que, agobia-
dos por las deudas a nivel público y privado, siendo además
el pueblo de los galos belicoso por naturaleza, se los podría
atraer fácilmente a un proyecto de esta clase. Por haber he- 2
cho negocios en la Galia, Umbreno era conocido de los

[59] Este pueblo galo habitaba entre los ríos Isère y Ródano; después de mucha resistencia los sometió Quinto Fabio Máximo.

principales caciques de los pueblos y él los conocía a ellos.
De manera que sin dilación, tan pronto como divisó a los
embajadores en el Foro, tras hacerles algunas preguntas so-
bre la situación de su país y condolerse, digamos, por su
suerte, comenzó a inquirir qué salida esperaban ellos para
3 tan grandes contratiempos. Una vez que advierte que se
quejan de la avaricia de las autoridades, que acusan al sena-
do de no encontrar en él auxilio alguno, de que el remedio
que esperan para sus miserias es la muerte, les dice: «Pues
yo, si realmente queréis portaros como hombres, puedo pro-
4 poneros el medio de escapar a esos males tan grandes.» Al
decir esto, los alóbroges, sumamente esperanzados, suplica-
ban a Umbreno que tuviese compasión de ellos: no había
nada tan ingrato y difícil que no estuviesen dispuestos a ha-
cer con el máximo interés si el hacerlo libraba a su país de
5 las deudas. Umbreno se los lleva a la casa de Decio Bruto,
que estaba cerca del Foro y no era lugar ajeno al proyecto
en marcha, debido a Sempronia. Pues Bruto estaba ausente
6 de Roma entonces. Manda venir a Gabinio también, para dar
mayor autoridad a la entrevista. En presencia de éste les re-
vela la conjuración, nombra a los partidarios, así como a mu-
chos inocentes de toda clase, para aumentar el ánimo a los
embajadores. Luego, así que hubieron prometido su colabo-
ración, los deja ir.

41 Mas los alóbroges estuvieron mucho tiempo dudando
2 qué determinación tomar. Por un lado estaban las deudas, su
afición a la guerra, una buena renta puesta en la esperanza
de la victoria; en el otro, empero, fuerzas mayores, proyec-
tos fiables, en vez de la insegura esperanza, recompensas
3 seguras. Dando vueltas como estaban a estas alternativas, a
4 la postre venció la suerte de la república. De modo que re-
velan todo el asunto, tal como lo habían conocido, a Quinto
Fabio Sanga, de cuyo patrocinio se servía especialmente su

país[60]. Conocido el plan por Sangá, Cicerón indicó a los 5
embajadores que fingiesen un vehemente interés en la con-
juración, que contactasen con los demás, hiciesen buenas
promesas y se esforzasen por ponerlos cuanto más al des-
cubierto.

Por las mismas fechas más o menos, había movimiento 42
en la Galia citerior y ulterior[61], así como en términos del Pi-
ceno, los Abruzzos y Apulia. Pues los que Catilina había 2
enviado con anterioridad ejecutaban todo a un tiempo, irre-
flexivamente y como por obra de la locura: con sus reunio-
nes nocturnas, los transportes de armas de toda especie, los
apresuramientos en todo, habían provocado más alarma que
riesgo efectivo. A muchos de esta banda había enjuiciado y 3
encarcelado en virtud de un senadoconsulto el pretor Quinto
Metelo Céler y lo mismo en la Galia citerior Gayo Murena,
que estaba al frente de esta provincia como gobernador.

Pero en Roma, Léntulo y los demás cabecillas de la con- 43
juración, habiendo preparado a su juicio muchas fuerzas,
habían decidido que, tan pronto como Catilina llegase con
el ejército a términos de †Fésulas, el tribuno de la plebe Lu-
cio Bestia reuniese una asamblea y protestase por las actua-
ciones de Cicerón, desviando a tan extraordinario cónsul la
inquina de una guerra tan grave. Mediante esta señal, a la no-
che siguiente[62], los restantes conjurados cumplirían cada
cual con su cometido. Según se decía, los cometidos se ha- 2

[60] Los nobles, bien como individuos bien como familias, se constituían a veces en patronos de ciudades enteras, ora por haber conquistado dichas ciudades, ora por haber sido sus gobernadores. El derecho de patronazgo se transmitía de heredero en heredero.

[61] La citerior es la Galia al sur de los Alpes, que a su vez se subdividía en Cispadana y Transpadana en relación con el río Po. La ulterior es la Galia al norte de los Alpes, entre el Ródano y el monte Cevennes.

[62] Posiblemente, el 10 de diciembre. De todos modos, los conspiradores fueron ejecutados el 5 (de diciembre).

bían asignado de la siguiente manera: Estatilio y Gabinio
con un grupo importante harían fuego simultáneamente en
doce puntos estratégicos de la ciudad, a fin de facilitar con
el desorden subsiguiente el acceso al cónsul y los demás
contra los que se tramaba un atentado; Cetego se apostaría
en la puerta de Cicerón para atacarle con violencia; y otros
harían lo mismo con otros, pero los hijos de familias, la ma-
yor parte de ellos de la nobleza, asesinarían a sus padres; y
cuando todo el mundo estuviese consternado por las muer-
3 tes y los incendios, se abrirían paso hasta Catilina. Mientras
se preparaban y planeaban estos actos, Cetego no cesaba de
quejarse de la inactividad de los cómplices, los cuales, esti-
maba, con sus vacilaciones y prórrogas estropeaban grandes
oportunidades; en semejante peligro hacía falta actuar, no
pensar, y él, si le ayudaban unos pocos, aunque los demás
4 anduviesen remisos, desataría un ataque contra la Curia. De
natural terrible y apasionado, era presto a actuar; en la rapi-
dez ponía la mayor ventaja.

44 Los alóbroges, según la recomendación de Cicerón, en-
tran en contacto con los demás por medio de Gabinio. Piden
a Léntulo, Cetego, Estatilio y Casio una declaración jurada
para llevársela con el sello puesto a sus conciudadanos: de
otra manera no se les podía impulsar fácilmente a una em-
2 presa tan importante. Los otros se la facilitan sin sospechar
nada; Casio promete ir a la Galia él mismo en persona y sale
3 de la ciudad poco antes que los embajadores. Léntulo envía
con éstos a un tal Tito Volturcio de Crotona a fin de que
antes de partir para su tierra los alóbroges confirmasen la
alianza con Catilina empeñando unos y otros su palabra de
4 honor. También entrega a Volturcio una carta para Catilina,
de la que doy una copia a continuación:

5 Sabrás quién soy por éste que te he enviado. No
dejes de pensar en la calamidad tan grande en que te

> hallas, y recuerda que eres un hombre. Sopesa lo que exigen tus intereses. Busca ayuda en todos, incluso en los más humildes.

Además de la carta le da encargos de palabra: siendo así 6
que ha sido declarado enemigo público por el senado, ¿con qué pensamiento iba a rechazar las bandas de esclavos? En la ciudad estaba preparado cuanto había ordenado; él no debía vacilar en acercarse más.

Tomadas estas disposiciones y fijada la noche para que 45
partiesen los alóbroges, Cicerón, que había sido informado de todo por los embajadores, ordena a los pretores Lucio Valerio Flaco[63] y Gayo Pontino que detengan en el puente Milvio[64] mediante una emboscada a los alóbroges y a su escolta. Les revela todo el asunto, por cuyo motivo los enviaba, permitiéndoles que en lo demás actúen como sea preciso.
Ellos, hombres del ejército, apostan sin bullicio los destaca- 2
mentos como se les había ordenado y bloquean el puente
secretamente. Una vez que los embajadores llegaron a este 3
punto con Volturcio y se alzó el griterío simultáneamente de uno y otro bando, rápidamente los galos, que conocían lo
acordado, se entregan sin dilación a los pretores. Volturcio 4
animó primero a los otros y se defendió de la muchedumbre con la espada, luego, cuando fue abandonado por los embajadores, empezó por implorar encarecidamente su salvación a Pontino, a quien conocía, y al final, asustado y no confiando en salvar su vida, se entregó a los pretores como si fuesen enemigos.

Liquidado el asunto, por unos mensajeros comunican 46
todo inmediatamente al cónsul. A éste, empero, le invadió 2

---

[63] Fue tribuno militar en Cilicia y cuestor en España, pretor en el 63; luego, gobernador en Asia.

[64] El más septentrional del río Tíber; de él partía la *Via Flaminia*.

al mismo tiempo una enorme preocupación y una alegría.
Pues se alegraba al comprender que, descubierta la conjura-
ción, la ciudad escapaba a los peligros; pero a su vez se sentía
angustiado al no ver claro qué se debía hacer con ciudada-
nos tan importantes sorprendidos en la mayor de las felo-
nías. Opinaba que el castigo de aquéllos iba a ser una carga
3 para él, y la impunidad causaría la ruina de la república. Así
que, tomando ánimo, ordena que llamen a su presencia a
Léntulo, Cetego, Estatilio, Gabinio y asimismo a Cepario de
Terracina, que se disponía a marchar a Apulia a sublevar a
4 los esclavos. Los otros se presentan sin dilación. Cepario,
que había salido de casa poco antes, enterado de la delación,
5 había escapado de la ciudad. El propio cónsul, cogiéndole
de la mano, porque era pretor, conduce al senado a Léntulo;
los demás ordena que vengan al templo de la Concordia[65]
6 con los guardias. En él convoca al senado, que acudió en
gran número, e introduce a Volturcio y los embajadores; or-
dena al pretor Flaco que lleve allí el estuche con las cartas
que había recibido de los embajadores.

47 Volturcio fue interrogado sobre su marcha, la carta, el
plan que había concebido y la causa; al principio inventaba
otras cosas, disimulaba sobre la conjura; luego, cuando fue
invitado a hablar con la salvaguardia del Estado, revela todo
como había ocurrido, y manifiesta que él, captado como cóm-
plice pocos días antes por Gabinio y por Cepario, no sabía
nada más que los embajadores, únicamente solía oír de Ga-
binio que en la conjuración estaban Publio Autronio, Servio
2 Sila, Lucio Vargunteyo y muchos más. Lo mismo confiesan
los galos y rebaten a Léntulo, que disimulaba, además de
con la carta, con las conversaciones que aquél acostumbraba

[65] En el monte Capitolino, frente al Foro; el senado se reunía frecuentemente en él.

a tener: según los libros de la Sibila[66], el reinado sobre Roma se vaticinaba a tres Cornelios; antes había sido Cinna[67] y Sila, él era el tercero a quien el destino reservaba hacerse con la ciudad; además, desde el incendio del Capitolio[68] aquél era el vigésimo año, y los arúspices, a la vista de los prodigios, habían predicho muchas veces que sería sangriento por una guerra civil. De modo que tras la lectura de 3
las cartas, una vez que todos habían reconocido sus sellos, el senado decreta que Léntulo, cesado en su cargo, y, asimismo, los restantes conspiradores, sean constituidos en arrestos de particulares. En consecuencia, entregan a Léntu- 4
lo a Publio Léntulo Espínter[69], que entonces era edil; Cetego, a Quinto Cornificio; Estatilio, a Gayo César; Gabinio, a Marco Craso; Cepario, al que poco antes habían detenido en su huida y hecho volver, al senador Gneo Terencio.

Entretanto la plebe, descubierta la conjuración, ella que 48
al principio, ávida de revolución, favorecía desmesuradamente la guerra, cambiando de idea, echaba pestes de las intenciones de Catilina y ponía por las nubes a Cicerón: exteriorizaba gozo y alegría como si la hubieran liberado de la esclavitud. Pues entendía que los demás actos de la guerra 2
podían servirle de botín más que de perjuicio, pero el incendio lo consideraba cruel, desproporcionado y singularmente perjudicial para sí, puesto que todos sus bienes se limitaban a la ropa y objetos de uso diario.

---

[66] Consistían en oráculos, traídos de la Tróade en la época de Tarquinio el Soberbio; quemados los libros originales en el incendio del Capitolio en el 83, las copias eran guardadas por una comisión de quince hombres.

[67] Lucio Cornelio Cinna, cónsul durante los años 87 a 84.

[68] Se refiere a la última ocasión en que ardió el Capitolio, en el 83, durante la guerra entre Mario y Sila.

[69] Cónsul en el 57 con Quinto Metelo Nepote; tras la muerte de César, acompañó a Bruto y Casio. Cornificio fue uno de los siete candidatos al consulado del 63. Terencio fue pretor al año siguiente.

3 Al otro día fue conducido al senado un tal Lucio Tar-
quinio, quien, según decían, había sido detenido sobre la mar-
4 cha cuando se dirigía a reunirse con Catilina. Comoquiera
que afirmase estar dispuesto a hacer revelaciones sobre la
conjura si se le concedía la salvaguardia del Estado, invita-
do por el cónsul a exponer lo que supiera, declara ante el
senado más o menos las mismas cosas que Volturcio sobre
los preparativos de incendios, la muerte de personas de bien,
la marcha del enemigo contra Roma; también que había si-
do comisionado por Marco Craso para comunicar a Catilina
que no se asustase porque hubiesen encarcelado a Léntulo,
Cetego y otros de la conjura; y, al contrario, que por tal mo-
tivo se diese más prisa en aproximarse a la ciudad, con el
fin de dar ánimos a los demás y sacar más fácilmente a
5 aquéllos del peligro. Pero cuando Tarquinio nombró a Cra-
so, hombre de la nobleza, con enormes riquezas y extraordi-
naria influencia, juzgando los unos que era una cosa increíble,
los otros, aunque estimaban que era verdad, considerando
que más valía en semejantes circunstancias aplacar a un hom-
bre tan poderoso que provocarlo, dependiendo la mayoría
de Craso por asuntos privados, gritan a coro que el testigo
es falso y exigen que se someta a deliberación el problema.
6 Así que, bajo la presidencia de Cicerón, el senado, con so-
brado quórum, estipula que el testimonio de Tarquinio da la
impresión de ser falso y que hay que constituirle en prisión
y no otorgarle más potestad de prestar su testimonio, si no
revelaba la persona por cuyo consejo había inventado una
7 mentira tan grande. En aquellos días había quienes pensa-
ban que tal delación había sido maquinada por Publio Au-
tronio para que, al implicar a Craso, su influencia protegiese
8 mejor a los restantes en la comunidad del peligro. Otros
afirmaban que fue Cicerón quien había lanzado a Tarquinio
para evitar que Craso perturbara el Estado, tomando la de-

fensa de los revoltosos, como acostumbraba. Yo he oído 9
después al propio Craso decir públicamente que aquel sambenito tan odioso se lo había colgado Cicerón.

Pero por el mismo tiempo Quinto Cátulo y Gayo Pisón[70] 49
no lograron ni por medio de ruegos, influencia o dinero, convencer a Cicerón para que por medio de los alóbroges u otro testigo se citase en falso el nombre de Gayo César.
Pues ambos tenían gran enemistad con él. Pisón, porque le 2
acusó en el juicio por malversación de fondos públicos de haber infligido un suplicio injusto a un traspadano; Cátulo, por estar encendido de rencor a causa de que, al aspirar al sumo pontificado, había salido derrotado, pese a su avanzada edad y a haber desempeñado los más altos cargos, por un
César jovencito. El tema por otra parte daba la impresión de 3
ser oportuno, ya que César debía mucho dinero por ser tan liberal privadamente y hacer tan grandes dispendios como
hombre público. Mas al no poder empujar al cónsul a un 4
acto tan reprobable, ellos mismos, abordando a unos y a otros e inventándose lo que decían haber oído de los alóbroges o de Volturcio, suscitaron gran odio contra él, hasta
tal punto que algunos caballeros romanos, que estaban en 5
armas alrededor del templo de la Concordia para dar protección, impulsados ora por la magnitud del peligro ora por su carácter impresionable, para dejar más claro su interés por la república, amenazaron a César con la espada al salir del senado.

Mientras ocurre esto en el senado y se conciertan los 50
premios para los embajadores de los alóbroges y para Tito Volturcio al haberse comprobado su testimonio, los libertos de Léntulo y unos pocos de sus clientes, siguiendo distintas direcciones, soliviantaban a los artesanos y esclavos en los

[70] Gayo Calpurnio Pisón, cónsul en el 67.

barrios, para libertarle. Otros andaban buscando a los jefes de las bandas que tenían por costumbre incordiar al Estado
2 por dinero. Cetego, por su parte, por medio de recaderos, rogaba a sus esclavos y libertos, selectos y avezados, que tuviesen agallas y en batallón armado se abriesen paso hasta él.
3 El cónsul, cuando se enteró de lo que se preparaba, distribuyendo destacamentos según los hechos y las circunstancias aconsejaban, convoca el Senado y plantea qué deciden hacer con los que han sido puestos bajo custodia. Pero poco antes el Senado por mayoría había juzgado sus actos
4 contrarios al Estado. Entonces, Décimo Junio Silano[71], el primero al que se le pidió parecer por ser a la sazón cónsul electo, había sentenciado que procedía aplicar la última pena a los que estaban bajo custodia y también a Lucio Casio, Publio Furio, Publio Umbreno y Quinto Annio, si se les cogía; más tarde, impresionado por el discurso de Gayo César, dijo que votaría la moción de Tiberio Nerón[72], consistente en proponer la discusión del asunto cuando se contase
5 con el refuerzo de guarniciones. Mas César[73], cuando le tocó el turno y el cónsul le pidió parecer, habló de la siguiente manera:

51 «Los hombres, padres conscritos, cuando deliberan sobre asuntos espinosos, deben estar libres todos de odio, amis-
2 tad, cólera y compasión. El espíritu no discierne fácilmente

[71] Cónsul en el 62 con Lucio Licinio Murena; casó con Servilia, hermanastra de Catón y madre, por un matrimonio anterior, de Marco Bruto, uno de los asesinos de César.

[72] Legado de Pompeyo en la guerra de los piratas y abuelo del emperador Tiberio.

[73] Comienza el primero de los dos famosos discursos que César y Catón pronunciaron el 5 de diciembre a favor y en contra de los conjurados. Más adelante el propio Cicerón pronunciaría a su vez un desmayado discurso *(Cuarta Catilinaria).*

la verdad cuando andan por medio estas pasiones, y nadie
puede servir al mismo tiempo sus impulsos y su interés. Cuan-
do haces uso de la inteligencia, ésta predomina; si se apode- 3
ran de nosotros los impulsos, mandan éstos y el espíritu para
nada cuenta. Podría contar ampliamente, padres conscritos, 4
las malas decisiones que tomaron reyes y pueblos, llevados
de la cólera o la compasión; pero prefiero referirme a lo que
nuestros antepasados han hecho sensata y correctamente con-
trolando sus emociones. En la guerra que tuvimos con el rey 5
rey Perseo de Macedonia[74], la grande y esplendorosa re-
pública de los rodios, que había medrado con la ayuda del
pueblo romano, nos fue desleal y adversa; pero cuando, ter-
minada la guerra, se deliberó sobre los rodios, nuestros an-
tepasados, para que nadie dijese que habíamos emprendido
la guerra para hacernos con riquezas y no para vengar un
agravio, los dejaron marchar sin castigo. Igualmente, durante 6
todas las guerras púnicas, aun cuando los cartagineses co-
metieron muchos actos denigrantes en paz y durante los ar-
misticios, jamás nuestros antepasados, si bien tuvieron opor-
tunidad, hicieron cosa semejante. Buscaban más lo que fuese
digno de sí mismos que lo que pudiesen hacer contra ellos
legalmente. Igualmente, habéis de procurar, padres conscri- 7
tos, que no pueda más en vosotros el crimen de Publio Lén-
tulo y los demás que vuestra dignidad, ni tampoco penséis
más en vuestra cólera que en vuestro buen nombre. Pues si 8
se halla un castigo apropiado a sus actos, apruebo esta pro-
puesta sin precedentes; pero si la magnitud del crimen so-
brepasa la inventiva de todos, opino que debemos atenernos
a lo previsto por las leyes.

La mayoría de los que han expuesto sus pareceres antes 9
que yo han lamentado certera y enfáticamente los avatares

[74] Que terminó en el 168, en Pidna, donde triunfó Paulo Emilio.

del país. Han enumerado el salvajismo de la guerra, las des-
gracias que acaecen a los vencidos: muchachas y niños rap-
tados, hijos arrancados del abrazo de sus padres, madres de
familia sufriendo los caprichos de los vencedores, templos y
casas saqueados, muertes e incendios provocados, en fin,
10 todo repleto de armas, cadáveres, sangre y pesar. Pero, por
los dioses inmortales, ¿cuál era el objetivo de aquellos dis-
cursos? ¿Acaso haceros odiosa la conjuración? Ya veo: ¡a
quien no haya conmovido un hecho tan grave y atroz debe-
11 rían inflamarle estos discursos! Pues no es así, que a nadie
en el mundo se le antojan chicas las canalladas que se le ha-
cen. Muchos se las han tomado más a pecho de lo necesario.
Pero no todos tienen la misma libertad, padres conscritos.
12 Quienes viven sumergidos en la oscuridad, si en algo yerran
llevados de la ira, pocos lo saben, pues el conocimiento que
de ellos se tiene corre parejo con su situación social. De quie-
nes viven sus años en las alturas investidos de gran autoridad,
13 todos los mortales conocen sus hechos. De suerte que cuanto
más grande es la fortuna menor es la libertad: no les está
permitido ni entusiasmarse ni odiar, y menos aún encolerizar-
14 se. Lo que en otros se llama cólera, en quien tiene poder se
15 denomina arrogancia y crueldad. Yo por mi parte opino, pa-
dres conscritos, que cualquier castigo es inferior a los críme-
nes que han cometido. Pero la mayoría de la gente recuerda el
final y, por lo que respecta a los desalmados, se olvida de su
crimen y habla del castigo si éste ha sido un tanto severo.

16 Sé muy bien que cuanto ha dicho Décimo Silano, indi-
viduo valiente y esforzado, lo ha dicho por amor a la patria,
y que en un asunto tan serio no actúa por parcialidad o in-
17 quina; conozco su carácter y ecuanimidad. En verdad su
propuesta no me parece cruel (pues, ¿qué puede ser cruel en
contra de tales sujetos?), sino extraña al espíritu de nuestra
18 constitución. Pues, en efecto, Silano, el miedo o el delito te

ha inducido a ti, que eres el cónsul electo, a proponer un tipo de castigo excepcional. De temor sería superfluo hablar, 19
sobre todo cuando por diligencia del cónsul, varón tan preclaro, hay tamañas fuerzas en armas. Sobre el castigo puedo 20
decir lo que es en realidad, que en la miseria y en la aflicción la muerte es el descanso de los sufrimientos y no un tormento, que ella acaba con todos los males de los hombres y que después no hay lugar ni para los problemas ni para el disfrute. Pero, por los dioses inmortales, ¿por qué no añadís- 21
te a tu propuesta que antes se les diese una mano de vergajazos? ¿Porque lo prohíbe la ley Porcia[75]? Pues otras leyes 22
igualmente no permiten quitarles la vida a los ciudadanos condenados, sino concederles el destierro. ¿O porque es más 23
grave ser apaleado que ser muerto? ¿Pero es que hay algo horrible o demasiado grave para individuos convictos de tamaña asonada? Pero si es porque resulta demasiado ligera, 24
¿cómo cuadra respetar la ley en un asunto de menos monta y hacer caso omiso de ella en otro de mayor entidad?

Pero es que, ¿quién va a criticar lo que se adopte contra 25
los asesinos de nuestra patria? Las circunstancias, el tiempo, la fortuna, cuyo capricho gobierna a los pueblos. Cualquier 26
cosa que les ocurra a ellos se la tendrán merecida, pero vosotros, padres conscritos, tened presente las consecuencias de lo que decidáis para los demás. Toda práctica mala se ha 27
originado en un buen precedente. Pero cuando el poder viene a manos de ignorantes o de pillos, aquel precedente extraordinario pasa de quienes lo merecían y eran adecuados a los que no lo merecen y no son adecuados. Los lacedemo- 28
nios después de vencer a los atenienses les impusieron treinta individuos para que gobernasen su estado. Empezaron és- 29

---

[75] Hubo tres *Leges Porciae* referentes a la *prouocatio,* es decir, el derecho de recurrir al pueblo en caso de sufrir una injusticia por parte de los patricios.

tos por dar muerte sin juicio a los más criminales, odiados
por todos. El pueblo se alegraba de ello y aseveraba que
30 obraban justamente. Más tarde, conforme crecía la libertad
de acción, eliminaban caprichosamente a la gentuza y a las
personas de bien sin distinción, y a los demás los tenían ate-
31 rrorizados. De este modo, la ciudad, oprimida bajo la escla-
32 vitud, pagó un grave castigo por su necia alegría. En nues-
tros tiempos, cuando Sila, vencedor, ordenó cortar la cabeza
a Damasipo[76] y a otros por el estilo, que habían medrado
haciendo mal al país, ¿quién no elogiaba su acción? Decían
que con razón habían sido muertos unos hombres criminales
e intrigantes que habían traído en jaque a la nación con sus
33 revueltas. Pero este hecho fue el comienzo de una gran cala-
midad. Pues según uno u otro se encaprichaba de una casa o
una villa, la vasija o el vestido de alguien, se las arreglaba
34 para incluir a éste en el número de los proscritos. Así que
aquéllos para quienes la muerte de Damasipo había sido
objeto de alegría, poco después eran víctimas ellos mismos,
y no se dio fin a las ejecuciones hasta que Sila atiborró a to-
35 dos los suyos de riquezas. No es que yo tema cosas así de
parte de Marco Tulio ni en los tiempos que corren, pero en
una ciudad grande hay muchas y variadas maneras de pen-
36 sar. En otros tiempos, con otro cónsul que disponga igual-
mente de un ejército, puede creerse como verdad alguna cosa
falsa. Cuando, siguiendo este ejemplo, el cónsul saque la es-
pada autorizado por un decreto del senado, ¿quién le pondrá
límite, quién le contendrá?

37 Nuestros antepasados, padres conscritos, nunca estuvie-
ron faltos ni de prudencia ni de gallardía; la arrogancia no les
impedía tampoco imitar las instituciones de los demás con

[76] Lucio Junio Bruto Damasipo, pretor en el 82 y jefe mariano contra Pompeyo, finalmente muerto por orden de Sila.

tal de que fuesen buenas. Tomaron de los samnitas las armas 38
de ataque y de defensa, de los etruscos, la mayor parte de las
insignias de las autoridades. En fin, cuanto les parecía adecuado donde fuese, entre los aliados o los enemigos, con sumo ahínco lo reproducían de puertas adentro: preferían
imitar las cosas buenas a tener que envidiarlas. Ahora bien, 39
por esta misma época, imitando la costumbre de Grecia, castigaban con azotes a los ciudadanos y a los condenados les
aplicaban la última pena. Cuando creció la república y en 40
virtud de la población cobraron fuerza los partidos políticos, y se comenzó a perseguir a los inocentes y a pasar cosas parecidas, entonces se promulgaron la ley Porcia y otras leyes, en virtud de las cuales se permitía el destierro a los condena-
dos. Esta es la razón principal, a mi juicio, señores senado- 41
res, para que no tomemos una medida sin precedentes. Está 42
claro que fue mayor el coraje y la sabiduría de aquellos que con pocos recursos crearon un imperio tan grande que los nuestros, porque a duras penas conservamos sus logros.

¿Es mi criterio, en consecuencia, dejar libres a éstos y 43
que vayan a engrosar el ejército de Catilina? En absoluto. Mi parecer es el siguiente: confiscar sus bienes, ponerlos a ellos en prisión en los municipios que cuenten con más medios para ello y que en el futuro nadie pueda traer a debate su situación ante el senado ni ante la asamblea popular; que, si alguien actúa en contra de esto, el senado juzgue su acción contraria al Estado y al bien público.»

Cuando César puso punto final a sus palabras, los demás 52
iban manifestando su apoyo o su rechazo a las mismas. Pero cuando se le pidió el parecer a Marco Porcio Catón[77], dio el siguiente discurso:

---

[77] Marco Porcio Catón, llamado de Útica por haberse suicidado allí después de la batalla de Tapso del 46. Era biznieto de Catón el Censor, y a la sazón tribuno de la plebe.

2 «Mi pensamiento difiere bastante, padres conscritos, cuan-
do considero la situación y el peligro que corremos y cuando
3 recapacito a solas conmigo sobre el parecer de algunos. Me
da la impresión de que éstos han hablado del castigo de
quienes han promovido una guerra contra su patria, padres,
altares y hogares, en tanto que las circunstancias aconsejan
ponerse a cubierto de ellos más que deliberar nuestra resolu-
4 ción sobre los mismos. Pues otros actos delictivos se pueden
perseguir cuando se han consumado; pero éste, si no pones
medios para que no suceda, cuando se produce, es inútil im-
5 plorar justicia: cuando se toma la ciudad, a los vencidos no
les queda nada. Pero, por los dioses inmortales, a vosotros
os digo, sí, que siempre habéis tenido en más vuestras casas,
villas, estatuas y cuadros que la república: si queréis conser-
var esas cosas, tengan el valor que tengan, a las que os abra-
záis, si queréis gozar de paz para vuestros placeres, desper-
tad de una vez y tomad bajo vuestro cuidado la república.
6 No estamos tratando de impuestos ni de los agravios de los
aliados: lo que está en juego es nuestra libertad y nuestra vida.
7 En múltiples ocasiones, padres conscritos, he hablado
largo y tendido en este parlamento, numerosas veces he
protestado por la frivolidad y codicia de nuestros paisanos y
8 por dicha razón estoy enfrentado a muchas personas. Yo,
que no me he permitido jamás ni con el pensamiento con-
temporizar con ningún delito, no estaba fácilmente en con-
9 diciones de perdonar los malos actos del capricho de otro. Y
si bien vosotros echabais poca cuenta de ello, el Estado sin
10 embargo era fuerte, su fortaleza toleraba la dejadez. Pero
ahora no se trata de si las costumbres en que vivimos son
buenas o malas, ni cuán grande y esplendoroso es el imperio
del pueblo romano, sino si todo esto, cualquiera que sea
nuestro parecer sobre ello, va a seguir siendo nuestro, o ello
11 y nosotros vamos a ser del enemigo. ¿Y en este punto se

atreve nadie a hablarme de comprensión y de piedad? Ver-
dad es que hace mucho que hemos perdido el nombre verda-
dero de las cosas. Como despilfarrar los bienes ajenos se
llama liberalidad y atreverse a malas acciones, gallardía, el
Estado está en el extremo en que está. Bien está, puesto que 12
ésas son las costumbres al uso, que sean liberales a costa de
las fortunas de los aliados, bien está que sean piadosos con
los ladrones del erario público: pero que no despilfarren
nuestra sangre, que no se lancen a perder a todas las perso-
nas decentes para salvar el pellejo a unos pocos canallas.

Bien y certeramente ha hablado hace poco Gayo César 13
en este parlamento sobre la vida y la muerte, considerando
falso, me pareció entender, cuanto se dice del infierno, que
los malos por camino diferente al de los buenos ocupan una
zona siniestra, descuidada, horrorosa y temible. En conse- 14
cuencia, fue del parecer de confiscar sus bienes y ponerlos a
ellos en prisión en los municipios, temeroso, según toda
evidencia, de que, de estar en Roma, fuesen liberados por la
fuerza a manos de sus correligionarios o por una multitud
comprada. Como si gentuza y criminales sólo los hubiera en 15
Roma y no por toda Italia, o como si no pudiese más la au-
dacia allí donde los medios para la defensa son menores.
Por tanto, si teme algún peligro de su parte, esta propuesta es 16
desde luego absurda; si, en medio del pánico general, sólo él
no tiene miedo, tanto más procede que yo sí lo tenga por mí
y por vosotros. Por ello, al tomar una decisión sobre Publio 17
Léntulo y los demás, tened por cierto que estáis decidiendo
al mismo tiempo sobre el ejército de Catilina y todos los
conjurados. Cuanto más estrictamente actuéis, tanto más de- 18
bilitaréis su estado de ánimo; como vean que os ablandáis
un ápice, al instante los tendréis aquí a todos envalentonados.

No vayáis a pensar que nuestros abuelos hicieron grande 19
de chica la nación por las armas. Si así fuese, nosotros ten- 20

dríamos una mucho más floreciente, porque poseemos ma-
yor número de aliados, ciudadanos, armamento y caballería
21 que ellos. Fueron otras cosas las que los hicieron grandes, que
nosotros no tenemos: en el interior, la laboriosidad, en el
exterior, un poder justo; y un espíritu libre para tomar deci-
22 siones, sin ataduras de culpa o pasión. En vez de estas virtu-
des nosotros tenemos el lujo y la avaricia, estrecheces públicas
y opulencia privada; alabamos las riquezas y nos entrega-
mos a la inactividad; no existe diferencia alguna entre buenos
y malos; todos los premios del mérito se los lleva la ambi-
23 ción. Y no hay que extrañarse: como cada cual por su cuen-
ta se acoge al plan que a cada uno interesa, como en vuestra
casa sois esclavos del placer y aquí del dinero o del nepo-
tismo, resulta que se produce el asalto a un Estado inerme.

24 Pero dejemos esto. Unos ciudadanos de la más alta al-
curnia se han conjurado para poner fuego a la patria, llaman
a un pueblo galo que es el más enemigo del Estado romano,
y el general de los enemigos está con su ejército encima de
25 nuestra cabeza: ¿vosotros vaciláis todavía y dudáis qué ha-
26 cer con los enemigos apresados dentro de las murallas? Mi
opinión es que os compadezcáis de ellos (son unos joven-
zuelos a los que la ambición ha llevado a delinquir) e inclu-
27 so los dejéis marchar con sus armas. Como aquéllos tomen
las armas, esa blandura y comprensión se os va a convertir
28 ciertamente en desgracia. Es evidente que la situación en sí
misma está muy mal, pero vosotros no tenéis miedo. A decir
verdad, sí lo tenéis, muchísimo, pero por pereza y dejadez
vaciláis, esperando los unos a los otros, confiando eviden-
temente en los dioses inmortales, que tantas veces han sal-
29 vado a este país de los más grandes peligros. La ayuda de los
dioses no se alcanza con los votos y las plegarias de las mu-
jeres: estando alerta, actuando, tomando bien las decisiones,
sale todo a pedir de boca. Como te entregues al desánimo y

a la inacción, es inútil que implores a los dioses: se ponen
airados y hostiles.
En tiempos de nuestros abuelos, Aulo Manlio Torcua- 30
to[78] mandó matar a un hijo suyo en la guerra contra los ga-
los por haber combatido al enemigo contra lo ordenado, y 31
aquel joven singular pagó con la muerte su descompasado
valor. ¿Y vosotros dudáis qué medidas adoptar contra unos
asesinos sin entrañas? Cierto que el resto de su vida no se
compadece con este crimen. Por tanto, respetad la dignidad 32
de Léntulo, si él ha respetado alguna vez la decencia o su
reputación, si ha respetado a los dioses o a los hombres.
Perdonad la juventud de Cetego, si ésta es la primera vez 33
que hace la guerra contra su patria. Pues, ¿qué voy a decir 34
de Estatilio, Gabinio y Cepario? Si les hubiese importado
alguna vez algo, no hubieran hecho estos planes sobre la re-
pública. Finalmente, padres conscritos, si hubiese lugar para 35
cometer un error, por Hércules, fácilmente, dejaría que fue-
rais corregidos por los hechos mismos, puesto que menos-
preciáis las palabras. Pero estamos copados por todas par-
tes; Catilina con su ejército nos aprieta la garganta, otros
enemigos están dentro de las murallas y en el seno de la ciu-
dad, y no se puede organizar ni decidir nada en secreto. Por
lo cual hay que darse más prisa.
En consecuencia, éste es mi veredicto: considerando que 36
por los abominables propósitos de unos ciudadanos crimina-
les la nación ha llegado a grandísimo peligro, considerando
que por el testimonio de Tito Volturcio y los embajadores
alóbroges estos individuos resultan convictos y confesos de
haber tramado matanzas, incendios y otras acciones espan-
tosas y horribles contra los ciudadanos y la patria, conforme

[78] Al parecer, se trata de Tito Manlio, no Aulo, y esa recompensa la ganó, no en la guerra contra los galos, sino en la latina (340 a. C.).

a la tradición de nuestros mayores, procede aplicar la pena de muerte a los susodichos confesos, reos en flagrante delito de crimen capital.»

53 Cuando Catón tomó asiento, todos los ex-cónsules y, asimismo, gran parte del senado elogian su criterio, ponen por las nubes su entereza espiritual y se reprenden los unos a los otros llamándose cobardes. Catón es considerado un hombre ilustre y extraordinario. Se redacta un decreto del senado conforme a su parecer.

2 Pero yo, al leer[79] y escuchar tantos actos ilustres como había llevado a cabo el pueblo romano en paz y en guerra, por tierra y por mar, sentí por ventura gusto de indagar qué era lo que principalmente había dado sostén a tan grandes
3 empresas. Sabía que numerosísimas veces se había enfrentado a grandes legiones enemigas con un puñado de hombres; tenía conocimiento de que había hecho guerras con reyes opulentos con escasos medios, y que encima había tenido que aguantar muchas veces los embates de la fortuna; que los griegos eran superiores a los romanos en el arte de
4 hablar y los galos en gloria militar. Y dándole vueltas a esto me quedaba claro que eran las cualidades egregias de unos cuantos ciudadanos las que habían logrado todo y que gracias a ellos resultó que la pobreza se imponía sobre las ri-
5 quezas y el poco número sobre la cantidad. Pero una vez que la nación se degradó por el lujo y la dejadez, el Estado pudo todavía, por su grandeza, soportar los vicios de generales y autoridades, y como si se hubiese agotado su fecundidad, durante mucho tiempo no hubo en Roma ningún
6 hombre grande por sus méritos. Mas en mis tiempos hubo dos hombres de enormes virtudes, aunque de carácter dia-

[79] Aquí hallamos una versión resumida, desde un punto de vista más personal, de lo que se ha dicho en los capítulos 6-13.

metralmente opuesto, Marco Catón y Gayo César. Puesto
que el tema nos los ha traido a colación, no ha sido mi pro-
pósito pasarlos en silencio sin describir en la medida de mis
facultades su condición y carácter.

De modo que su familia, su edad, su elocuencia, fueron 54
casi iguales, idéntica la grandeza de ánimo, así como su
gloria, aunque distinta para cada cual. A César se le tenía 2
por grande gracias a sus favores y generosidad, a Catón, por
la integridad de su vida. Aquél se hizo preclaro por su bon-
dad y compasión, a éste le confería dignidad su severidad.
César había alcanzado la gloria dando, tendiendo la mano, 3
siendo comprensivo; Catón, sin conceder nada. En el uno
los desgraciados hallaban refugio, en el otro los canallas su
perdición. A César se le elogiaba su condescendencia, a
Catón su firmeza. En fin, César había tomado la determina- 4
ción de trabajar, estar alerta, desdeñar lo propio en atención
a los intereses de sus amigos y no negar nada que fuese dig-
no de ser dado; anhelaba para sí un gran mando, un ejército,
una guerra nueva donde pudiese resplandecer su coraje. En 5
cambio, Catón se afanaba por la moderación, el decoro, y
sobre todo, la austeridad. Competía no con el rico en rique- 6
zas ni con el faccioso en banderías, sino con el valiente en
valor, con el recatado en pudor, con el desprendido en de-
sinterés. Prefería ser bueno a parecerlo; de este modo,
cuanto menos buscaba la gloria, tanto más le perseguía ésta.

Después de que, como dije, el senado votó la propuesta 55
de Catón, el cónsul, considerando que lo que mejor podía
hacerse era anticiparse a la noche que se echaba encima, por
si durante ese espacio de tiempo se producía una intentona,
ordena a los triúnviros[80] preparar lo que exigía la ejecución.
Tras distribuir los puestos de policía, él en persona conduce 2

[80] Son los verdugos, llamados en latín *triumuiri (tresuiri) capitales*.

3 a Léntulo a la cárcel. Lo mismo hacen los pretores con los
demás. Hay en la cárcel, al subir, un poco a la izquierda, un
lugar que llaman el Tuliano[81], a una profundidad de unos
4 doce pies[82] bajo la superficie de la tierra. Está encuadrado
por cuatro paredes y encima hay una bóveda formada por
arcos de piedra. Pero dado su abandono, su oscuridad y su
5 hedor, su aspecto es desagradable y terrible. Cuando Léntu-
lo fue bajado a este lugar, los verdugos, según les habían
6 ordenado, lo estrangularon con un lazo. Así, aquel ilustre
patricio de la familia de los Cornelios, que había ostentado
en Roma el mando de cónsul, halló el final digno de su con-
ducta y de sus actos. A Cetego, Estatilio y Cepario se les
aplicó del mismo modo la pena de muerte.

56 Mientras sucede esto en Roma, con todas las tropas que
él había traído y las que Manlio tenía ya, Catilina forma dos
legiones, dotando a sus cohortes conforme al número de
2 soldados de que disponía. Luego, conforme iban llegando al
campamento voluntarios o algunos partidarios, los distribuía
equitativamente y en poco tiempo tenía completas las legio-
nes en efectivos humanos, siendo así que al comienzo no
3 contaba con más de dos mil soldados. Pero de todo el con-
tingente, alrededor de una cuarta parte estaba provista de
armas de guerra; los demás llevaban dardos, chuzos, y algu-
nos estacas puntiagudas, según el arma que les había dado
4 el azar. Pero desde que Antonio se aproximaba con el ejérci-
to, Catilina marchaba por los montes, levantaba el campa-
mento, ora en dirección a la Ciudad, ora en dirección a la
Galia, sin dar ocasión de combatir a los enemigos. Tenía la

[81] La cárcel de Roma se hallaba situada entre el templo de la Concordia y la Curia, al pie del monte Capitolio. De las diferentes habitaciones de que constaba, el Tuliano era la cámara de ejecución. Su nombre puede derivar de su hipotético constructor, Servio Tulio.

[82] En los restos actuales no pasa de los seis pies.

esperanza de que de un día a otro había de contar con mu-
chas tropas, si los cómplices realizaban en Roma su cometi-
do. Mientras, rechazaba a los esclavos, de los cuales habían 5
acudido a él grandes cantidades al comienzo, confiando en
las fuerzas de la conjuración, y considerando al mismo
tiempo inoportuno para sus planes dar la impresión de haber
unido la causa de los ciudadanos a esclavos fugitivos.

Mas cuando llegó al campamento la noticia de que la con- 57
juración había sido descubierta en Roma y de que habían
sido ejecutados Léntulo, Cetego y los demás que he men-
cionado antes, la mayoría, atraída a la guerra por la esperan-
za de botín y el interés en la revolución, se dispersan. A los
restantes se los lleva Catilina a marchas forzadas a términos
de Pistoya[83], atravesando montes quebrados, con la inten-
ción de escapar en secreto por atajos a la Galia Transalpina.
Pero Quinto Metelo Céler montaba guardia con tres legio- 2
nes en términos del Piceno y por la dificultad de su situa-
ción colegía exactamente lo mismo que hemos dicho antes
que tramaba Catilina. De modo que cuando conoció su ca- 3
mino por medio de los desertores, levantó a toda velocidad
el campamento y tomó posiciones al pie mismo de los mon-
tes por donde Catilina tenía que descender en su rápida hui-
da hacia la Galia. Y tampoco Antonio estaba muy lejos, ya 4
que, sin trabas, perseguía con su gran ejército por parajes
más llanos a quienes iban huyendo. Y Catilina, cuando se ve 5
encerrado por los montes y por las tropas de los enemigos y
que en Roma la situación es adversa y que no tenía esperan-
za alguna en huir ni en refuerzos, estimando que lo mejor
que podía hacer en tales circunstancias era probar la fortuna
de la guerra, determinó enfrentarse a Antonio cuanto antes.

[83] Ciudad de Etruria, Toscana actual, a treinta kilómetros de Florencia.

6 De modo que, convocando a sus tropas, les habló de la si-
guiente manera:

58 «Sé por experiencia, soldados, que las palabras no apor-
tan valor y que un ejército no se convierte por las palabras
de un general de cobarde en valiente ni de atemorizado en
2 bravo. En cada cual suele mostrarse en la guerra tanta au-
dacia, fruto de la naturaleza o de sus hábitos, como hay en
su alma. A quien no estimulan la gloria o los peligros, es
inútil que lo arengues: el miedo del espíritu tapona los oí-
3 dos. Pero yo os he reunido para haceros unas advertencias y
también para exponeros la razón de mi determinación.

4 Bien sabéis, soldados, el desastre tan grande que nos ha
reportado a nosotros y a sí mismo Léntulo con su falta de
coraje y su inacción, y de qué modo no he podido partir pa-
ra la Galia, esperando como estaba refuerzos de la ciudad.
5 Ahora por supuesto, todos comprendéis tan bien como yo en
6 qué situación se halla nuestra causa. Tenemos enfrente dos
ejércitos enemigos, uno del lado de la ciudad, el otro del lado
de la Galia. Aun cuando nuestra intención sea principalmen-
te esa, la falta de trigo y de otras cosas nos impide permane-
7 cer más tiempo en estos parajes. Dondequiera que optemos
8 por ir, hemos de abrirnos camino con la espada. Por ello, os
exhorto a que seáis valientes y decididos y que, cuando en-
tréis en combate, recordéis que lleváis en vuestras manos ri-
9 quezas, honra, gloria, y además la libertad y la patria. Si
vencemos tendremos todo asegurado, abastecimiento abun-
dante, y los municipios y las colonias nos abrirán las puer-
tas. Si cedemos por miedo, todo eso mismo se nos volverá
10 en contra; no habrá lugar ni amigo alguno para protegernos
11 si no nos han protegido las armas. Además, soldados, ellos
y nosotros no tenemos la misma necesidad a nuestras espal-
das: nosotros peleamos por la patria, la libertad y la vida;
12 para ellos es un lujo luchar por el poder de unos pocos. Por

tanto, atacad con más bríos, acordándoos de vuestro antiguo
valor. Tuvisteis la oportunidad de pasaros la vida desterra- 13
dos con gran infamia, algunos pudisteis vivir en Roma, una
vez que perdisteis vuestros bienes, de la fortuna de otros,
mas como eso os pareció horrible e intolerable para un 14
hombre, resolvisteis embarcaros en esta aventura. Si queréis 15
escapar de ella, necesitáis audacia; nadie, sino el vencedor,
cambia guerra por paz. Pues esperar la salvación en la huida, 16
apartando del enemigo las armas con las que protegemos
nuestros cuerpos, eso es sin duda una locura. En combate, 17
siempre pasan más peligro los que más temen: la audacia
actúa como valladar.

Cuando pienso en vosotros, soldados, y pondero vues- 18
tras acciones, me entran grandes esperanzas en la victoria.
Me animan vuestro espíritu, vuestra edad y vuestro valor, 19
así como la necesidad, que hasta a los cobardes hace valien-
tes. Pues la estrechez del lugar impide que pueda cercarnos 20
la multitud de enemigos. Y si la suerte vuelve la espalda a
vuestro arrojo, procurad no perder la vida sin vengaros, ni 21
os dejéis degollar prisioneros como las ovejas antes que
dejar una victoria sangrienta y luctuosa para los enemigos
luchando como hacen los hombres.»

Después de decir estas palabras, esperó un poco y orde- 59
nó dar la señal de combate, haciendo bajar a lugar llano las
líneas ya formadas. A continuación, tras retirar los caballos
de todos para que los soldados tuviesen más coraje al igua-
larse el peligro, a pie, él en persona, organizó el ejército te-
niendo en cuenta el lugar y las fuerzas. Y hallándose la lla- 2
nura entre unos montes a la izquierda y un peñasco escarpado
a la derecha, establece ocho cohortes en el frente y coloca
en la reserva las restantes unidades más apiñadas. De éstas 3
traslada a primera línea con sus armas a todos los centurio-
nes y reenganchados, así como a los mejores soldados rasos.

Ordena ejercer el mando, a la derecha, a Gayo Manlio, y, en
la parte izquierda, a un sujeto de Fésulas. Él con los libertos
y los colonos se coloca junto al águila que se decía que tuvo
4 Gayo Mario en la guerra címbrica[84]. En el otro bando, Gayo
Antonio, como no podía participar en la batalla por estar en-
fermo de los pies, cede el mando a su lugarteniente Marco
5 Petreyo. Éste dispone en el frente las cohortes veteranas que
había reclutado por causa de una revuelta, y detrás, en la re-
serva, al resto del ejército. Desplazándose a caballo va nom-
brando a cada cual por su nombre, los anima y les ruega que
recuerden que pelean contra bandidos desarmados por la pa-
6 tria, los hijos, los altares y sus hogares. Hombre de armas,
como había estado en el ejército con gran gloria más de trein-
ta años de tribuno, prefecto, lugarteniente o pretor, conocía
a cada uno personalmente, así como las gestas de cada cual;
con el recuerdo de ellas inflamaba los ánimos de los soldados.

60 Y cuando después de estudiar todos los pormenores Pe-
treyo da la señal con la trompeta, ordena a las cohortes avan-
2 zar poco a poco. Lo mismo hace el ejército de los enemigos.
Cuando llegaron a un punto desde donde podían trabar com-
bate con las armas arrojadizas, se lanzan los unos contra los
3 otros al ataque y dando grandes gritos; abandonan los dar-
dos y llevan a cabo la acción con las espadas. Los vetera-
nos, que se acordaban de su viejo valor, apretaban con fuer-
4 za en el cuerpo a cuerpo; aquéllos resisten sin cobardía; se
pelea con extrema violencia. A todo esto, Catilina se movía
en primera línea con la infantería ligera, socorría a los que
estaban en peligro, sustituía heridos con ilesos, estaba aten-
to a todo, sin dejar de pelear él mismo, y a menudo causan-
do heridas al enemigo. Cumplía simultáneamente con el pa-

[84] Los cimbros invadieron las provincias romanas en el 102 y fueron derrotados por Mario.

pel de soldado valiente y de buen general. Cuando Petreyo[85] 5
ve que Catilina, contra lo que había creído, resistía con gran
energía, traslada a la cohorte pretoria hasta el medio de los
enemigos, y, tras arrollarlos, los aniquila, así como también
a otros que ofrecían resistencia aquí y allí. Luego, ataca a
los restantes por los flancos a un lado y a otro. Manlio y el 6
de Fésulas caen luchando entre los primeros. Cuando Cati- 7
lina ve derrotadas a sus tropas y que ha quedado él con unos
pocos, sin olvidarse de su linaje y de su prístina dignidad, se
lanza corriendo donde más enemigos había, y peleando es
acribillado allí.

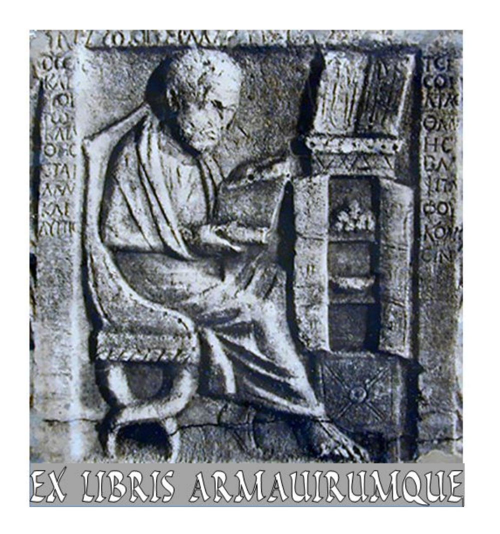
Una vez terminada la batalla fue cuando se pudo cali- 61
brar la audacia y la fuerza de voluntad tan grandes que ha-
bía habido en el ejército de Catilina. Pues, por regla general, 2
el puesto que cada uno había tomado vivo para combatir,
era el que cubría con su cuerpo al perder la vida. Cierto es 3
que unos pocos a los que la cohorte pretoria había disgrega-
do, habían caído un poco más apartados, pero todos heridos
de frente. En cuanto a Catilina, fue hallado lejos de los su- 4
yos, entre los cadáveres de los enemigos, todavía respirando
un poco y conservando en la cara la altanería que tenía de
vivo. En fin, de toda la fuerza no se cogió prisionero con 5
vida ni en el combate ni en la huida a un solo ciudadano li-
bre: así es como todos habían valorado menos su vida que la 6
de los enemigos. Tampoco el ejército del pueblo romano 7
había conseguido una victoria alegre o incruenta. Pues los
más valerosos o habían caído en la batalla o habían escapa-
do gravemente heridos. Por otra parte, muchos que habían 8
salido del campamento para echar un vistazo o llevarse al-
guna cosa, al dar la vuelta a los cadáveres de los enemigos,

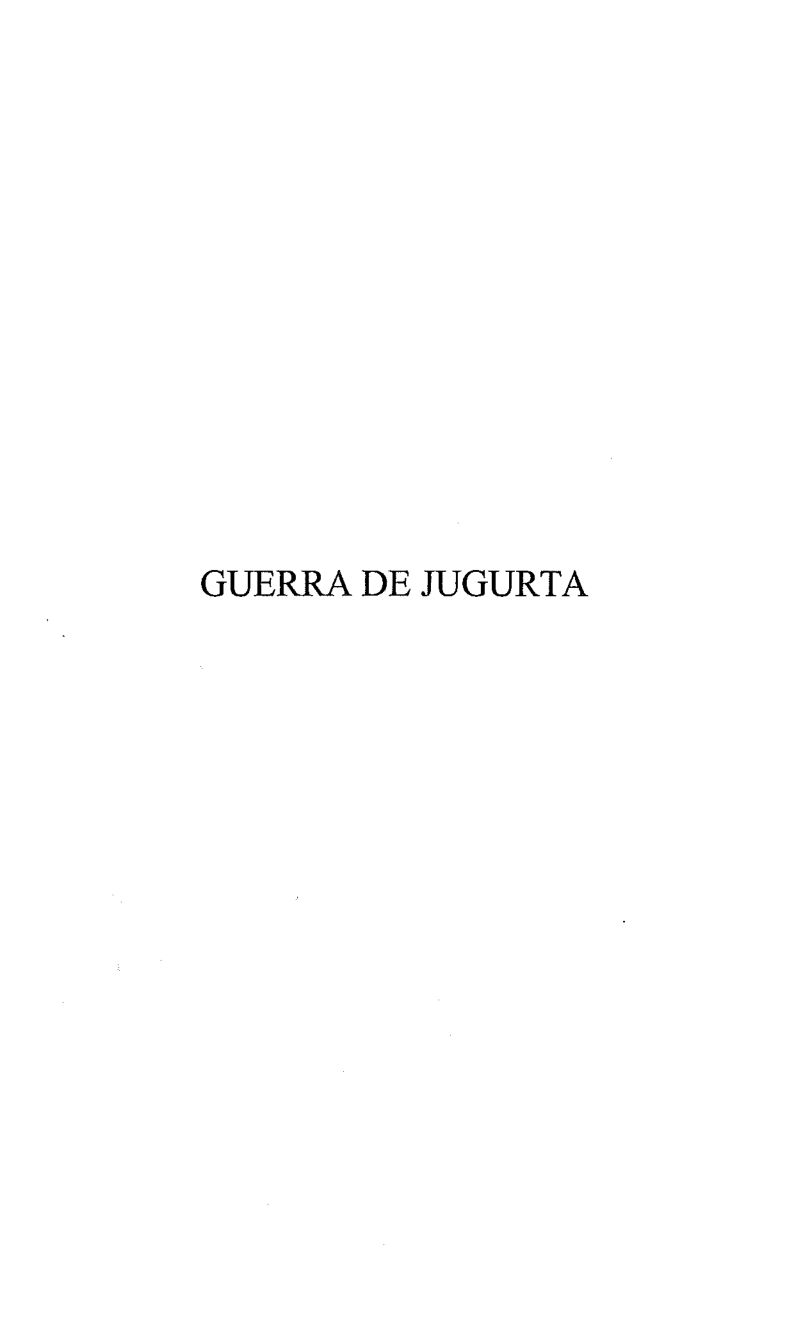
[85] Posteriormente, como lugarteniente de Pompeyo durante la guerra civil contra César, combatió al lado de Afranio en Lérida.

unos se topaban con un amigo, otros, con un huésped o un deudo. Hubo también quienes reconocieron a enemigos suyos personales. De este modo, todo el ejército exteriorizaba emociones contradictorias, alegría y tristeza, duelo y euforia[86].

---

[86] El final de *Catilina* es tan abrupto como el de *Jugurta*.





GUERRA DE JUGURTA

El género humano se queja equivocadamente de su na- 1
turaleza, porque, débil y efímera, a su juicio, la gobierna
más bien el azar que las dotes personales. Pues, al contrario, 2
si bien se piensa, encontrarás que no hay otra cosa más
grande ni que sea preferible, así como que a la naturaleza le
falta la energía de los hombres más que fuerza o tiempo.
Ahora bien, guía y rectora de la vida de los hombres es el 3
alma; cuando emprende el camino de la virtud hacia la glo-
ria, es inmensamente enérgica, poderosa y resplandeciente,
y no necesita de la fortuna, puesto que ésta no puede dar ni
quitar a nadie la probidad, la energía y demás buenas cuali-
dades. Pero si, presa de malas pasiones, se hunde en la iner- 4
cia y los placeres del cuerpo, después de servirse un poco de
su pernicioso capricho, cuando con la falta de tesón se han
dilapidado fuerzas, tiempo y talento, se echa la culpa a la
debilidad de la naturaleza: los autores descargan su propia
culpa en los asuntos del mundo. Conque si los hombres pu- 5
siesen tanto cuidado en los bienes reales como el afán con
que buscan lo ajeno a ellos y que en nada les va a servir,
mucho también peligroso o nocivo, gobernarían el azar en
vez de ser gobernados por él y llegarían a tal grado de gran-
deza que, en vez de mortales, serían eternos por su gloria.

Pues igual que el género humano está compuesto de 2
cuerpo y de alma, de la misma manera todas nuestras cosas
e inclinaciones todas responden las unas a la naturaleza físi-
ca, las otras, a la espiritual. En consecuencia, un rostro her- 2

moso, grandes riquezas, la fuerza corporal y todo lo demás de la misma clase se disipan enseguida; los hechos singulares del espíritu, en cambio, son inmortales lo mismo que el
3 alma. Finalmente, igual que hay un comienzo hay un fin de los bienes corporales y de la fortuna, y todo lo que nace perece, crece y envejece: el alma incorruptible, eterna y rectora del género humano lo mueve y posee todo sin ser ella po-
4 seída. Por lo que resulta más chocante la equivocación de quienes se pasan la vida entregados a los gozos corporales entre lujos y ociosidad, y dejan embrutecerse por falta de cultivo y de tesón las facultades espirituales, no habiendo en la naturaleza humana cosa mejor ni más grande que ellas, siendo como son tantas y tan variadas las capacidades del espíritu por las que alcanzar el máximo renombre.

3 Pero, entre éstas, a mí no me parecen en absoluto deseables en estos tiempos las magistraturas y los mandos, ni en general el desempeño de las tareas públicas, puesto que no se confiere su honor al mérito, ni quienes lo han tenido fraudulentamente se sienten por ello más seguros o están más
2 considerados. Pues, en verdad, gobernar por la fuerza a la patria o a los padres, aunque ello sea posible y se corrijan los abusos, con todo no deja de ser arriesgado, en especial porque todos los cambios de situación presagian muertes,
3 destierros y otros actos hostiles. Por otra parte, esforzarse en vano y no encontrar con la brega otra cosa que odio es pro-
4 pio de extrema locura; a no ser que a uno lo domine el deshonroso y desastroso capricho de sacrificar la propia dignidad y libertad al poder de unos cuantos.

4 Por lo demás, entre las otras actividades que se ejercen con el espíritu, es de gran utilidad muy en primer término el
2 recuerdo de los hechos del pasado. Sobre sus virtudes, puesto que han hablado muchos, considero que debo pasar de largo, y a la vez para evitar que nadie crea que con ala-

banzas ensalzo yo mismo con todo descaro mi propia afición. Y pienso que, puesto que he decidido vivir alejado de 3
la política, habrá quienes llamen esta importante y útil labor mía con el nombre de ociosidad, al menos quienes se figuran que el colmo de la energía es rendir pleitesía a la plebe y buscar su favor con convites. Si estos individuos recapacita- 4
ran sobre los tiempos en que yo conseguí los cargos y la calidad de los hombres que no pudieron lograr lo mismo, así como sobre la clase de hombres que llegaron después al senado, sin duda opinarán que he cambiado de idea razonadamente y no por desidia, y que mi ocio redundará en mayor beneficio para el país que la actividad de otros. Pues yo 5
he oído muchas veces que Quinto Máximo, Publio Escipión[1] y otros ilustres varones de nuestra ciudad solían decir que cuando contemplaban los retratos de sus abuelos se les inflamaba el espíritu con gran vehemencia, instándoles a practicar la virtud. Naturalmente, aquella cera, aquellas imá- 6
genes no tenían en sí una fuerza tan grande, sino que esa llama crecía en el pecho de los hombres singulares al recuerdo de las gestas, y no se extinguía hasta que su virtud igualaba la fama y gloria de los mismos. Por el contrario, ¿quién hay 7
con las costumbres actuales que no compita con sus mayores en riquezas y dispendios y no en probidad y diligencia? Incluso los hombres que se hacen a sí mismos y que antes acostumbraban a aventajar a la nobleza por su virtud se esfuerzan en lograr el poder y los cargos públicos con engaños y recursos de bandidos en vez de con buenas artes. Co- 8
mo si la pretura, el consulado y todas las demás cosas por el estilo fuesen preclaras y grandiosas por sí mismas y no se juzgaran según el mérito del que ostenta tales cargos.

[1] Es decir, Quinto Fabio Máximo, el Vacilante, que combatió a Aníbal, y Publio Cornelio Escipión el Africano, vencedor del general cartaginés en Zama (202 a. C.).

9 Pero he aquí que me he metido en demasiadas honduras, sin cortapisa alguna, por la pena y repugnancia que me producen las costumbres de nuestra sociedad. Ahora vuelvo a mi propósito.

5 Voy a escribir sobre la guerra que libró el pueblo roma-
no con Jugurta, rey de los númidas; primero, porque fue una
guerra grande y con alternativas en la victoria; segundo,
porque entonces, por primera vez, se le hizo frente a la arro-
2 gancia de la nobleza[2]. Dicha prueba de fuerza perturbó todo
lo divino y lo humano y alcanzó tal grado de locura que el
final de las pasiones políticas fue la guerra y la devastación
3 de Italia. Pero antes de iniciar el relato de semejante situa-
ción, me voy a remontar un poco atrás, a fin de que todo
quede más claro y manifiesto para su intelección.

4 En la segunda guerra púnica[3], durante la cual Aníbal, caudillo de los cartagineses, había infligido el mayor castigo al poderío de Italia desde que el nombre de Roma se hizo grande[4], Masinisa[5], rey de los númidas —al que Publio Escipión (quien después por sus méritos obtuvo el sobrenombre de Africano) había recibido en nuestra amistad— había realizado muchas e ilustres hazañas de guerra. Por esta ra-

---

[2] Esta afirmación no es exacta, porque ya los Gracos, nobles también, adoptaron medidas contrarias claramente a la nobleza. Para Salustio, sin embargo, el comienzo de la rebelión es el nombramiento del cónsul en la persona de Mario, *homo nouus*.

[3] En términos generales, *Jugurta* se puede considerar dividido en dos partes por el excurso sobre los partidos políticos (41-47), siendo el momento culminante de cada una de esas partes, respectivamente, el discurso de Memmio (31) y el de Mario (85). En este parágrafo, por lo demás, se inicia la narración de la prehistoria de la guerra de Numidia (111-105) con la división de dicho país entre Adérbal y Jugurta.

[4] Es decir, tras la derrota de Pirro en 272.

[5] Hijo de Gaya, rey de los másilos.

zón, una vez vencidos los cartagineses y cautivo Siface[6],
cuyo imperio africano había sido extenso e importante, el
pueblo romano donó al rey todas las ciudades y territorios
que había ganado por la mano. De modo que la amistad de 5
Masinisa con nosotros siguió siendo buena y honrosa; pero
el fin de su vida[7] constituyó el de su imperio también.

Su hijo Micipsa obtuvo después el reino solo[8], muertos 6
por enfermedad sus hermanos Mastanábal y Gulusa. Tuvo 7
dos hijos, Adérbal e Hiénsal[9], y conservó en casa con el
mismo trato que a sus propios hijos a Jugurta, hijo de su
hermano Mastanábal, al que Masinisa había dejado al mar-
gen de la corona por haber nacido de una concubina.

Tan pronto como Jugurta se hizo adolescente, corporal- 6
mente fuerte y guapo de cara, pero bastante más sobresa-
liente por su gran inteligencia, no se dedicó a echarse a perder
con la buena vida y el ocio, sino, que siguiendo la costum-
bre de su raza, montaba a caballo, arrojaba dardos, competía
a la carrera con los de su edad y, aunque aventajaba a todos
en gloria, era sin embargo, querido por todos. Aparte de es-
to, se pasaba el mayor tiempo en la caza, hería el primero o
entre los primeros al león y otras fieras, hacía mas que nadie
y hablaba de sí mismo menos que nadie. Con tales cosas 2
Micipsa, aunque al principio se había puesto contento, con-
siderando que las cualidades de Jugurta redundarían en glo-
ria para su reino, cuando comprendió sin embargo que aquel
joven crecía más y más mientras a él se le acababa la vida y
sus hijos eran pequeños, terriblemente afectado con la situa-
ción no paraba de darle vueltas a sus pensamientos. Le asus- 3
taba la condición humana, ansiosa de poder y pronta a satis-

[6] Fue hecho cautivo por Gayo Lelio y Masinisa en el 203.

[7] En el 148, posiblemente.

[8] Entre 146 y 139.

[9] Que eran más jóvenes que Jugurta.

facer su ambición, la oportunidad que brindaba su edad y la
de sus hijos, que incluso a individuos de pocos vuelos lleva
de través por la esperanza en el botín, y para colmo las sim-
patías de los númidas reavivadas en favor de Jugurta, de
modo que, si con alguna trampa daba muerte a tal indivi-
duo, se sentía angustiado ante la idea de que se originara
una sedición o una guerra por obra de aquéllos.

7 Agobiado con estas dificultades, al ver que no podía
eliminar a un hombre tan bien visto por sus paisanos ni por
las bravas ni en un atentado, como Jugurta era hombre de
agallas y aspiraba a la gloria militar, resolvió exponerlo a
2 los peligros y probar suerte de este modo. De modo que en
la guerra de Numancia[10], como quiera que Micipsa enviase
tropas auxiliares de caballería e infantería al pueblo romano,
puso al frente de los númidas que enviaba a España a Jugur-
ta, con la esperanza de que sucumbiese fácilmente en un
3 alarde de valor o por la ferocidad de los enemigos. Pero este
4 plan le salió bien diferente a como había calculado. Pues
Jugurta, como era de carácter desenvuelto y agudo, cuando
conoció la manera de ser de Publio Escipión, que era a la
sazón el comandante en jefe de los romanos, y el modo de
conducirse de los enemigos, a base de tesón y de empeño,
obedeciendo con toda modestia y arrostrando muchas veces
los peligros, alcanzó en breve tanto relumbre que era viva-
mente querido por los nuestros y el máximo terror de los
5 numantinos. Y era, algo que resulta realmente difícil, va-
liente en el combate y bueno a la hora de planear, siendo así
que lo uno, por la previsión, suele acarrear temor, y lo otro,
6 por la audacia, temeridad. En consecuencia, el general reali-
zaba casi todas las misiones difíciles con su concurso, lo

[10] En el año 134; los númidas llegaron después de que Publio Cornelio Escipión Emiliano hubiese tomado el mando del sitio de la ciudad, en el mes de abril del año reseñado.

tenía entre sus amigos, y cada día le daba mayor acogida, como es lógico, dado que ni sus planes ni sus iniciativas resultaban vanas. A esto se añadía su generosidad y la agude- 7
za de su espíritu, rasgos por los que había intimado con muchos romanos en estrecha amistad.

En esta época había en nuestro ejército muchos indivi- 8
duos nobles y salidos de la nada para quienes valía, más que el bien y la honradez, la riqueza, intrigantes de puertas adentro[11], influyentes entre los aliados, hombres de relumbrón más que honorables, que encendían con promesas el espíritu nada conformista de Jugurta: si el rey Micipsa falleciese, resultaría que él solo se haría con el imperio de los númidas; sus propias cualidades eran excelentes y en Roma todo estaba en venta. Pero, cuando después de la destrucción de 2
Numancia, Publio Escipión decidió licenciar las tropas auxiliares y regresar él mismo a casa, tras hacerle espléndidos regalos y alabarlo delante del ejército, se llevó a Jugurta a su tienda de mando y en ella le advirtió a solas que cultivase la amistad con el pueblo romano más bien de una manera oficial que particularmente, y que no se habituase a ser pródigo con nadie, pues era peligroso comprar a unos pocos lo que pertenece a muchos. Si quería perseverar en sus aptitudes, la gloria y el reino le llegarían por sí mismos; pero si avanzaba demasiado aprisa, él mismo se daría de bruces a causa de su dinero. Tras estas palabras le despidió con una carta para 9
entregársela a Micipsa. El contenido de la misma era el siguiente:

El valor de tu Jugurta en la guerra de Numancia ha 2
sido extraordinario, cosa que estoy seguro te servirá de

[11] *Factiosi* en latín. Tanto esta palabra como *factio* se asocian al poder, el rango y la riqueza. Cf. Nonio 473 L.: *Factio iterum significat opulentiam, abundantiam et nobilitatem.*

alegría. Nosotros le queremos por los méritos que ha contraído, e intentaremos por todos los medios que el senado y el pueblo romano tengan los mismos sentimientos. En cuanto a ti, te felicito en nombre de nuestra amistad. Tienes un hombre digno de ti y de su abuelo Masinisa.

3 En consecuencia, el rey, cuando supo por la carta del general que era verdad lo que había oído por rumores, impresionado por las cualidades e influencia del individuo, cambió de parecer y se puso a conquistarse a Jugurta con favores, adoptándolo al punto y nombrándole heredero en
4 su testamento[12] en pie de igualdad con sus hijos. Pocos años después[13], abrumado por la enfermedad y la edad, al comprender que se acercaba el final de su vida, dicen que en presencia de amigos y parientes, así como de sus hijos Adérbal e Hiénsal, tuvo con Jugurta las siguientes palabras:

10 «De pequeño, Jugurta, cuando habías perdido a tu padre y no tenías futuro ni medios, te recogí en mi reino, estimando que a fuerza de obrar bien contigo sería tan querido para
2 ti como para mis hijos, si los llegaba a tener. Y en esto no me he engañado. Pues, para no hablar de otras cosas grandes y singulares tuyas, últimamente, al regresar de Numan-

[12] Aparentemente, hay aquí una contradicción con lo que se dice en 11, 6, donde se habla de un nombramiento de heredero en el año 121, mientras que aquí se viene a decir lo mismo, pero referido a 132. Se han propuesto numerosas explicaciones. PAUL (*Historical...*, pág. 42) propone: en este apartado (referente al año 132) tendríamos una adopción y un reconocimiento como heredero en pie de igualdad de la propiedad de Micipsa, lo cual sería satisfactorio para Escipión Emiliano, dado el interés que este general romano había puesto en Jugurta, mientras que en el capítulo 11, 6 (referente al año 121) tendríamos el reconocimiento de Jugurta como pretendiente al trono de Numidia.

[13] De hecho, catorce años después del regreso de Jugurta (la muerte de Micipsa tuvo lugar en 118).

cia, me cubriste de gloria a mí y a mi reino, y con tu valor has hecho que los romanos, que eran amigos, sean más amigos aún. En España ha sido reavivado el nombre de nuestra familia[14]. Finalmente, lo que es más difícil entre los hombres, venciste con tu gloria a la envidia.

Ahora, puesto que la naturaleza pone punto final a mi 3
vida, por esta tu mano derecha, por tu lealtad al reino, te exhorto y conjuro a que tengas cariño a éstos que, parientes por el linaje, son tus hermanos por un favor mío, y no prefieras irte a extraños en vez de conservar a los que están unidos a ti por la sangre. Ni ejercicios ni tesoros son la sal- 4
vaguardia del reino, sino los amigos, que no puedes ni forzar por las armas ni ganarte con el oro: se logran con el cumplimiento y la lealtad. Además, ¿quién es más amigo 5
que un hermano para un hermano? ¿A qué extraño encontrarás leal si eres enemigo de los tuyos? Por mi parte, os 6
entrego un reino sólido si os portáis bien, pero si os portáis mal, débil. Pues con la concordia aumentan los estados pequeños, con la discordia hasta los más grandes se destruyen.

Por lo demás, es a ti, Jugurta, a quien corresponde antes 7
que a éstos, por ser mayor en edad y en juicio, velar para que no pase nada malo. Pues en toda disputa el más fuerte, aun cuando sea objeto del agravio, sin embargo, por ser más poderoso, da la impresión de hacerlo él. Por vuestra parte, 8
vosotros, Adérbal e Hiénsal, tratad bien, respetad a un hombre como éste, imitad sus cualidades y esforzaos para que no parezca que he adoptado hijos mejores que los que he engendrado.»

A estas palabras, aun cuando Jugurta comprendía que el 11
rey había hablado con fingimiento, y los planes que él mismo barajaba en su interior eran bien diferentes, no obstante,

[14] En el año 141 trescientos jinetes númidas ayudaron a Fabio Serviliano.

como correspondía a las circunstancias, respondió benévo-
lamente.
2 Micipsa murió pocos días más tarde[15]. Después de ha-
cerle magníficos funerales según es costumbre con los re-
yes, los príncipes tuvieron una reunión para discutir entre
3 ellos de todos los asuntos. Pero Hiénsal, que era el menor de
los tres, soberbio como era por naturaleza y que desde antes
venía despreciando la baja cuna de Jugurta, porque de parte
de madre era inferior, tomó asiento a la derecha de Adérbal,
para que Jugurta no quedara en medio de los tres, lo cual se
4 considera un honor entre los númidas. Pero luego, a instan-
cias de su hermano, que le rogaba que cediera a la edad, se
5 dejó llevar con trabajo al otro lado. Allí, mientras discutían
sin tregua sobre la administración del reino, Jugurta deja
caer entre otras medidas la de que convenía derogar todas
las propuestas y decretos del último quinquenio; pues du-
rante ese tiempo Micipsa, abrumado por los años, no había
6 tenido mucho ánimo. Hiénsal replicó que él también estaba
de acuerdo con lo mismo; pues en estos tres últimos años
era cuando el propio Jugurta había entrado por adopción en
7 la casa real. Esta frase se le clavó en el pecho a Jugurta más
8 profundamente de lo que nadie hubiera creído. De modo
que a partir de este momento, descompuesto por la cólera y
el miedo, planeaba, maquinaba, y sólo tenía en su mente el
9 modo de hacerse con Hiénsal mediante engaño. Y como la
cosa progresa demasiado lentamente y su terrible ánimo no
se calmaba, se resuelve por llevar a cabo su plan del modo
que fuese.

12 En la primera reunión que, ya he dicho, celebraron los
príncipes, habían decidido, puesto que no se ponían de acuer-

[15] La noticia de su muerte se produjo entre dos hechos de conquista exterior: en 118 Quinto Marcio Rege guerreaba contra los estenos, y en 117 el procónsul Lucio Cecilio Metelo triunfaba sobre los dálmatas.

do, dividir los tesoros[16] y fijar límites a los dominios de cada cual. En consecuencia, señalan un plazo para ambas cosas, 2
pero el más breve para la distribución del dinero. Entretanto, los príncipes partieron cada cual por su lado hacia lugares próximos a los tesoros. Pero Hiénsal se hospedaba casual- 3
mente, en la ciudad de Tírmida[17], en casa de quien había sido lictor principal[18] de Jugurta y siempre muy querido y favorecido por éste. Jugurta carga de promesas a este agente enviado por el destino, y le obliga a que vaya a su casa como a ver lo suyo, y prepare un duplicado de las llaves (pues las llaves originales se las entregaban siempre a Hiénsal); por lo demás, llegada la ocasión, él vendría con un importante comando. El númida ejecuta en breve lo mandado y, 4
tal como se le había preceptuado, introduce de noche a los soldados de Jugurta[19]. Cuando irrumpieron éstos en la man- 5
sión, se separaron, y unos buscaban al rey, otros mataban a los que dormían o a los que les salían al paso, rebuscaban en lugares recónditos, hacían saltar cerrojos, armaban una barahúnda de estrépito y tumulto, cuando en esto hallan a Hiénsal ocultándose en la choza de una esclava, donde se había refugiado al principio, asustado e ignorante del lugar. Los 6
númidas, según las órdenes recibidas, llevan su cabeza a Jugurta.

[16] A ellos se hace referencia varias veces a lo largo de la obra (37, 3; 75, 1; 92, 6). Dichos tesoros, probablemente cajas donde se registraban los ingresos y los gastos, se hallaban dispersos por el territorio númida.

[17] No se tiene conocimiento ninguno de una ciudad de este nombre.

[18] En Roma, el lictor que marchaba más próximo al cónsul; aquí Salustio aplica este uso romano al jefe de guardia de Jugurta.

[19] Estos hechos debieron de tener lugar probablemente en el 117, poco después de la muerte de Micipsa, como cabe concluir también de los datos aportados por Liv., *Per.* LXII.

13 Por lo demás, la noticia del magnicidio se divulga por
toda África[20] en breve tiempo. El miedo invade a Adérbal y
a todos los que habían estado bajo el poder de Micipsa. Los
númidas se dividen en dos bandos; la mayoría sigue a Adér-
2 bal, pero los mejores para la guerra, al otro. En consecuen-
cia, Jugurta arma el mayor contingente de tropas que puede,
somete a su poder a las ciudades, en parte por la fuerza,
otras voluntariamente, y se dispone a ejercer el mando en
3 toda Numidia. Adérbal, aunque había enviado mensajeros a
Roma para informar al senado de la muerte de su hermano y
de su suerte, no obstante, se preparaba para combatir con las
4 armas confiando en la cantidad de su tropa. Pero cuando se
llegó a las armas, vencido, escapó del combate hacia nuestra
5 provincia, y de ahí a Roma. Entonces Jugurta, alcanzando
su propósito y dueño y señor de toda Numidia, recapacitan-
do despacio consigo mismo sobre su crimen, comenzó a te-
mer al pueblo romano, y contra la cólera de éste no hallaba
esperanza en parte alguna, a no ser en su propio dinero y en
6 la avaricia de la nobleza. Así es como a los pocos días envía
a Roma a sus embajadores con mucho oro y plata, y les en-
carga que, primero, atiborren de regalos a los viejos amigos
y, luego, que se granjeen otros nuevos, y, en fin, que no
vacilen en conseguir a base de prodigalidad todo lo que
7 puedan. Y cuando los embajadores llegaron a Roma y, con-
forme con las instrucciones del rey, enviaron importantes
regalos a sus anfitriones y a otros cuya autoridad podía mu-
cho por entonces en el senado, se produjo tan gran cambio
que, de ser objeto de una enorme inquina, Jugurta vino a
8 serlo de la gracia y favor de la nobleza. Parte de ésta, por
esperanza, otros, movidos por los regalos, abordando uno a

[20] Es decir, la provincia romana de África, a saber, el territorio norteafricano comprendido entre Mauritania al O., Numidia al S. y Cirenaica al E. (aunque a veces se incluyen otras zonas más amplias de África en general).

uno a los miembros del senado, esforzábanse para que no
tomasen una medida demasiado severa contra él. De manera 9
que cuando los embajadores se sienten con bastante con-
fianza, se fija la fecha y se le concede audiencia en el sena-
do a una y otra parte. Según se cuenta, Adérbal habló en-
tonces así:

«Padres conscritos, Micipsa, mi padre, al morir, me ad- 14
virtió que yo sólo debía considerar mía la administración
del reino de Numidia, siendo así que la autoridad y el poder
sobre él estaban en vuestras manos; también debía esfor-
zarme en paz y en guerra por ser de la máxima utilidad para
el pueblo romano; a vosotros tenía que consideraros como
parientes, como allegados; que, si obraba así, yo encontraría
en vuestra amistad el ejército, las riquezas, la protección del
reino. Estando yo dando vueltas a estos consejos de mi pa- 2
dre, Jugurta, el hombre más criminal de cuantos sustenta la
tierra, despreciando vuestras órdenes, me expulsó del reino
y de todos mis bienes, a mí, nieto de Masinisa, y aliado y
amigo del pueblo romano ya desde mi nacimiento.

Y yo, padres conscritos, puesto que había de llegar a 3
este extremo de desgracia, habría preferido poder implorar
vuestra ayuda gracias a mis favores y no a los de mis ante-
pasados, y sobre todo que el pueblo romano me debiera fa-
vores de los que yo no necesitase, o, al menos, si sentía falta
de ellos, que hiciese uso de lo que se me debía. Pero puesto 4
que la honradez es poco segura por sí misma y no estuvo en
mis manos que Jugurta no fuese tal como es, he acudido a
vosotros, padres conscritos, obligado, para colmo de mis
desgracias, a ser una carga antes que a serviros de provecho.
Los demás reyes o bien fueron recibidos por vosotros como 5
amigos tras ser derrotados en la guerra o, en una situación
apurada suya, buscaron vuestra alianza. Mi familia inauguró
la amistad con el pueblo romano durante la guerra contra

Cartago, en una época en que era más de apetecer su lealtad
6 que su fortuna. No permitáis, padres conscritos, que su descendencia implore en vano vuestra ayuda.

7 Si para conseguirlo no tuviese otra razón más que mi desgraciada suerte, puesto que, siendo ha poco un rey poderoso por linaje, fama y recursos, aguardo la ayuda ajena, destruido ahora por la calamidad y falto de medios, propio de la majestad del pueblo romano sería, con todo, impedir la injusticia y no permitir que el reino de nadie creciese a base
8 de crímenes. Pero es el caso que he sido expulsado de unos territorios que el pueblo romano dio a mis antepasados[21], de donde mi padre y mi abuelo expulsaron junto a vosotros a Siface y a los cartagineses. El favor que me hicisteis me lo han arrebatado, padres conscritos; al cometerse esta injusti-
9 cia contra mí, habéis sido despreciados vosotros. ¡Ay, desgraciado de mí! ¿A esto, padre Micipsa, han venido a parar tus favores, a que aquél al que tú hiciste igual a tus hijos y partícipe de tu reino sea precisamente el que acabe con tu descendencia? ¿Es que nunca va a estar en paz nuestra familia? ¿Siempre andará envuelta en sangre, armas y destie-
10 rros? Mientras los cartagineses estuvieron en pie, sufríamos lógicamente todas las crueldades: el enemigo estaba al lado; vosotros, los amigos, lejos; toda la esperanza estribaba en las armas. Desde que esa peste fue alejada de África vivíamos en paz contentos, puesto que no existía enemigo algu-
11 no, excepto, acaso, el que ordenaseis vosotros. Más he aquí que de repente Jugurta, comportándose con intolerable audacia, crimen y arrogancia, tras asesinar a mi hermano, que

[21] Masinisa extendió su reino hacia el Oeste a expensas de Siface, y hacia el Este, con la connivencia de los romanos, a expensas de Cartago. Su extensión máxima alcanzaba 1.600 kilómetros de Este a Oeste. Después de la derrota de Cartago el límite entre el África romana y Numidia venía representado por la *Fossa Regia*.

era al mismo tiempo pariente suyo, convirtió, primero, el reino de éste en botín de su crimen y luego, al no poder cogerme a mí con el mismo engaño, a mí, que ninguna cosa esperaba menos que la violencia o la guerra bajo vuestro mando, hizo que, como me veis, desterrado de la patria, sin casa, sin medios y cubierto de miserias, me hallase más seguro en cualquier parte que en mi propio reino.

Yo estimaba, padres conscritos, que, como le oí decir a 12
mi padre, los que cultivaban diligentemente vuestra amistad se tomaban mucho trabajo, pero eran los más seguros del mundo. En lo que dependió de mi familia, ésta se ha esfor- 13
zado por estar a vuestro lado en todas las guerras: en vuestras manos está, padres conscritos, que nosotros estemos seguros en la paz. Mi padre nos dejó a nosotros dos, que éramos 14
hermanos, considerando que por sus favores Jugurta sería el tercero y estaría unido a nosotros. De ellos, uno está muerto, del otro apenas he escapado yo de sus manos impías. ¿Qué 15
puedo hacer? ¿A dónde me arrimaré mejor, desgraciado de mí? Todos los apoyos de mi linaje ya han desaparecido. Mi padre, como era inevitable, sucumbió a la naturaleza; a mi hermano, quien no debió hacerlo jamás, un pariente, le arrebató la vida criminalmente; a mis allegados, amigos y demás parientes míos una desgracia tras otra los ha quitado de enmedio. Apresados por Jugurta, unos han sido crucificados, otros arrojados a las fieras, unos pocos, a los que se les ha dejado con vida encerrados en las tinieblas de una mazmorra, pasan una vida peor que la muerte en medio de tristezas y llantos.

Si conservase a salvo todo lo que he perdido o, siendo 16
de mi sangre, se ha vuelto contra mí, pese a ello, de acontecerme algún mal imprevisto, vendría a rogaros a vosotros, padres conscritos, pues a vosotros os compete, dada la grandeza de vuestro poder, la observancia del derecho y la aten-

17 ción a todas las injusticias. Pero ahora, desterrado de mi
patria y de mi casa, solo y carente de todas las cosas honro-
sas, ¿a dónde me dirigiré o a quiénes apelaré? ¿A los pue-
blos o a los reyes, los cuales son todos hostiles a mi familia
por vuestra amistad? ¿O es que me es posible ir a algún lado
donde no haya muchísimos recuerdos hostiles de mis ante-
pasados? ¿O es que alguien que fue enemigo vuestro alguna
18 vez puede compadecerse de mí? Por último, Masinisa nos
instruyó de manera, padres conscritos, que no tratáramos a
nadie excepto al pueblo romano, ni aceptaramos alianzas o
pactos nuevos; que en vuestra amistad hallaríamos de sobra
gran protección, y que si la suerte de este imperio vuestro
19 cambiaba, nosotros habríamos de perecer junto a él. Gracias
a vuestro coraje y a la voluntad de los dioses sois grandes y
opulentos; todo os sale bien y obedece. Por ello podéis velar
más fácilmente por los agravios hechos a vuestros aliados.

20 Sólo temo que la amistad particular con Jugurta, no bien
conocida, lleve a algunos a mal traer. Según tengo entendi-
do, estos individuos pugnan con todas sus fuerzas, intrigan,
os incordian uno a uno, para que no toméis ninguna deci-
sión sobre el ausente sin conocer su causa; que yo, dicen,
hablo con fingimiento y simulo el destierro, cuando me es
21 posible permanecer en el reino. ¡Ojalá viera yo fingiendo
esto mismo a aquél por cuyo crimen impío he sido arrojado
a estas miserias! ¡Ojalá surja alguna vez, entre vosotros o
entre los dioses inmortales, preocupación por los asuntos
humanos! Entonces sí que ese que ahora está envalentonado
y se vanagloria por sus crímenes, pagaría, atormentado por
todas sus maldades, un grave castigo, por su ingratitud con
nuestro padre, por la muerte de mi hermano y por mis pro-
22 pias desgracias. Desde este instante, hermano queridísimo
del alma, aunque se te ha arrebatado la vida prematuramen-
te y por quien jamás debió hacerlo, pienso que es mejor, con

todo, alegrarse que dolerse de tu suerte. Pues no has perdido 23
junto con tu vida el reino, sino el destierro, la deportación,
la penuria y todas las calamidades que a mí me aplastan.
Yo, en cambio, desgraciado de mí, precipitado desde el tro-
no paterno en medio de males tan grandes, ofrezco la repre-
sentación de los aconteceres humanos, sin saber qué hacer,
si perseguir la injusticia perpetrada contra ti, falto yo mismo
de ayuda, o velar por mi reino, cuando la decisión sobre mi
vida y sobre mi muerte depende del poder ajeno. Ojalá mo- 24
rir fuese una salida honrosa para mis infortunios y no pare-
ciese despreciable con motivo si, harto de desgracias, clau-
dicase ante la injusticia. Ahora, ni me gusta seguir viviendo
ni me es lícito morir sin deshonra.

Padres conscritos, por vosotros, por vuestros hijos y 25
vuestros padres, por la majestad del pueblo romano, ayu-
dadme en mi desgracia, salid al paso de la injusticia que su-
fro, no toleréis que el reino de Numidia, que es vuestro, se
desmorone entre los crímenes y la sangre de mi familia.»

Una vez que el rey puso punto final a sus palabras, los 15
embajadores de Jugurta, fiados más de sus dádivas que de
su causa, responden brevemente; Hiénsal había sido muerto
por los númidas debido a su crueldad; Adérbal, que había
declarado la guerra por su cuenta, tras haber sido derrotado,
protestaba por no haber podido culminar su desafuero; Ju-
gurta pedía al senado que no le tomasen por otro diferente a
como lo habían conocido en Numancia, ni antepusiesen las
palabras de su enemigo a sus hechos. A continuación, aban-
donan la sede de la asamblea ambas delegaciones, y al pun-
to empieza a deliberar el senado. Los partidarios de los em- 2
bajadores y gran parte del senado además, corrompida por
su influencia, menospreciaban las palabras de Adérbal, y
ensalzaban con elogios el mérito de Jugurta; mediante su
influjo, con sus palabras y, en fin, por todos los medios, ha-

cían fuerza en pro del crimen y la infamia de otro, como si
3 de su propia gloria se tratase. Unos pocos en cambio, para
quienes eran más caros el bien y la equidad que las rique-
zas, opinaban que había que echar una mano a Adérbal y
4 castigar severamente la muerte de Hiénsal, y, entre todos, el
que más Emilio Escauro[22], individuo de la nobleza, desen-
vuelto, intrigante, ávido de poder, de honores y riquezas,
5 quien por lo demás ocultaba hábilmente sus defectos. Éste,
al ver que la generosidad del rey resultaba mal vista y des-
carada, temiendo lo que suele pasar en semejantes circuns-
tancias, que el abuso encendiera la mecha del odio, refrenó
su ánimo en su habitual rapacidad.

16 Triunfó, sin embargo, en el senado la parte aquella que
2 anteponía a la verdad el dinero o el favor. Se da un decreto
para que una comisión de diez hombres[23] repartiera entre
Jugurta y Adérbal el reino que había tenido Micipsa. El jefe
de la comisión era Lucio Opimio[24], hombre ilustre y con po-
der en ese momento en el senado, porque al morir Gayo Graco
y Marco Fulvio Flaco, siendo él cónsul, había esgrimido con
3 gran denuedo la victoria de la nobleza contra la plebe[25]. Ju-

---

[22] Marco Emilio Escauro, nacido en 162, edil en 122, pretor en 119, cónsul en 115, censor en 109.

[23] Estas embajadas se elegían dentro del senado; el jefe de la delegación era el comisionado de más alto rango.

[24] Pretor en 125, cónsul en 121. Se hizo ilustre durante su pretura por haber reprimido una rebelión en Fregelas, motivo por el cual los *optimates* le eligieron como candidato al consulado del 121 con el fin de utilizarlo contra los Gracos.

[25] Salustio representa la lucha política de estos tiempos como un enfrentamiento entre nobleza y plebe, aunque muchos nobles luchan al lado de la plebe. En ésta se debe incluir buen número de *equites*. En todo caso, la vieja lucha entre las clases sociales evoluciona con los tiempos, y lo que antes se discutía dentro del senado sale a la calle desde el instante en que algunos políticos, nobles al principio, hallan en el tribunado de la plebe un arma para combatir.

gurta lo recibió con el máximo celo, aun cuando lo contaba
entre sus enemigos en Roma, y, dándole y prometiéndole
muchas cosas, logró que antepusiese a su prestigio, a su
lealtad, en fin, a todos sus intereses, el interés del rey. A los 4
restantes miembros de la comisión, abordándolos por el
mismo camino, los conquistó en su mayoría; unos pocos tu-
vieron más amor a su lealtad que al dinero. En el reparto, la 5
parte de Numidia que toca a Mauritania, más exuberante en
tierras y población, fue entregada a Jugurta. Adérbal se que-
dó con aquella otra de mejor aspecto que utilidad, que con-
taba con más puertos y estaba dotada de más construcciones.

El tema parece exigir que exponga brevemente la geo- 17
grafía de África y mencione los pueblos con los que tuvi-
mos guerra o amistad. Pero de los lugares y tribus que, a 2
causa del calor, lo quebrado del terreno y también los de-
siertos, han sido poco frecuentados, no es fácil que cuente
cosas seguras; lo demás lo despacharé lo más brevemente
que pueda.

En la división del orbe de la tierra la mayoría pone al 3
África como tercera parte; unos pocos consideran que sólo
existen Asia y Europa y que África está en Europa. Tiene el 4
África por límite a Occidente el estrecho entre nuestro mar y
el Océano; a Oriente, una llanura en declive que es el lugar
que los nativos denominan Catabatmo. El mar es bravo, sin 5
puertos; el campo, fértil en cosechas, bueno para el ganado,
improductivo para los árboles; hay escasez de agua de lluvia
y de manantial. La raza de sus hombres posee cuerpo salu- 6
dable, es veloz y aguanta las fatigas; a la mayoría lleva a la
muerte la vejez, como no sea los que perecen a hierro o por
las fieras, pues la enfermedad pocas veces doblega a nadie.
Añadamos que hay muchísimos animales de especie dañina.

Pero sobre los hombres que habitaron el África origina- 7
riamente y los que llegaron después y la manera como se

mezclaron entre sí, aunque me he apartado de la tradición que sigue la mayoría, no obstante, conforme a la traducción que se nos hizo de los libros púnicos supuestamente del rey Hiénsal[26] y también conforme a lo que los habitantes de esta tierra opinan que son los hechos, voy a hacer una brevísima exposición. Por lo demás, el crédito de este asunto será el de mis fuentes.

18 Originariamente ocuparon el África[27] los getulos y libios, huraños e incivilizados, cuya alimentación era carne de animales salvajes y el forraje de la tierra, como las bes-
2 tias. Estos individuos no eran gobernados por hábitos, leyes o mando de nadie; nómadas y trotamundos, tenían por resi-
3 dencia la que obligaba la noche. Pero cuando Hércules[28] pereció, según creen los africanos, en España, su ejército, compuesto de razas diferentes, se desbandó al instante cada cual a su aire, una vez que perdió a su jefe y muchos apete-
4 cían el mando para sí. De entre este número, los medos, persas y armenios[29] se trasladaron en barco al África y ocupa-
5 ron los lugares más cercanos a nuestro mar, pero los persas anduvieron más hacia el interior del Océano, e, invirtiendo los cascos de los barcos, los usaron como chozas, ya que no había madera en los campos ni posibilidad de comprarla o
6 intercambiarla con los hispanos; el vasto mar y el descono-
7 cimiento de la lengua les impedía el comercio. Éstos fueron

[26] Hiénsal II, hijo de Gauda. Por lo demás, no está claro si este genitivo denota posesión o autoría: Hiénsal pudo muy bien haber escrito una obra sobre África, pues hay testimonios literarios acerca de la cultura de la casa real de los númidas.

[27] Ahora este nombre incluye Egipto y el norte del Sáhara. Los getulos son varias tribus que vivían al sur de moros y númidas.

[28] No parece que este mito esté documentado en otras fuentes.

[29] Afirmación poco creíble, por lo que algunos piensan que estos pueblos han sido aquí introducidos por su habilidad y pasión por la equitación; otros estiman que estos nombres pueden estar corrompidos.

quienes paulatinamente se mezclaron con los getulos por
medio de matrimonios, y como, probando sin cesar campos,
habían llegado a unos lugares y luego a otros, se llamaron a
sí mismos nómadas. Todavía los edificios de los númidas 8
agrestes, que ellos llaman mapales, de forma alargada y cu-
biertos por flancos recurvados, son como los cascos de las
embarcaciones. Con los medos y armenios en cambio se fu- 9
sionaron los libios (pues estos vivían más cerca del mar afri-
cano; los getulos estaban más expuestos al sol, no lejos de
la zona tórrida) y pronto tuvieron fortalezas, pues separados
de España por el estrecho, habían establecido la costumbre de
intercambiarse mercancías. Poco a poco los libios desvirtua- 10
ron su nombre, llamándolos en su lengua bárbara moros en
lugar de medos. El poder de los persas creció en breve y, ac- 11
to seguido, con el nombre de númidas, se separaron de sus
progenitores a causa de su gran número, y se establecieron
en aquellos parajes próximos a Cartago que se llaman Nu-
midia. Después los unos y los otros, apoyándose recíproca- 12
mente, sometieron a su imperio, por las armas o el miedo, a
sus vecinos, y alcanzaron renombre y gloria para sí, sobre
todo los que habían avanzado más hacia nuestro mar, pues
los libios son menos guerreros que los getulos. Finalmente,
la parte inferior de África quedó en su mayor extensión en
manos de los númidas, y todos los vencidos se fundieron
con la raza y el nombre de los dominadores.

Después, los fenicios[30], unos para disminuir la pobla- 19
ción en su patria, otros por ambición de poder, mediante el
levantamiento de la plebe y de algunos otros ansiosos de

---

[30] La fecha tradicional de la fundación de Cartago es el 814; Útica fue fundada antes, en 1101. Exceso de población, razones comerciales o guerras civiles pueden estar en la base de estas fundaciones de colonias, al igual que entre los griegos.

cambios, fundaron en la costa Hipona, Hadrumeto, Leptis[31]
y otras ciudades que, prosperando en breve, fueron las unas,
2 bastión, y las otras, gloria de sus metrópolis. Pues de Carta-
go considero mejor no decir nada que decir poco, ya que la
ocasión nos aconseja acudir prestos a otra parte.

3 Así pues, hacia Catabatmo, lugar que separa Egipto del
África, siguiendo el mar, está primero Cirene, colonia de Te-
ra, y a continuación las dos Sirtes, y entre éstas, Leptis; lue-
go, los altares de los Filenos, punto que en dirección a Egip-
to tuvieron como límite de su imperio los cartagineses, y,
4 más adelante, otras ciudades púnicas. El resto del territorio
5 hasta Mauritania lo ocupan los númidas; los moros son los
más próximos a las Españas. Según mis noticias, más allá
de Numidia viven los getulos, unos en sus chozas, y otros,
menos civilizadamente, de un sitio para otro; después de
6 ellos vienen los etíopes, y a continuación una zona abrasada
por el calor del sol.

7 De modo que, durante la guerra contra Jugurta, la mayor
parte de las ciudades de proveniencia púnica y los territorios
que los cartagineses habían ocupado recientemente, los ad-
ministraba el pueblo romano con sus magistrados. Gran par-
te de los getulos y los númidas, hasta el río Muluya[32], esta-
ban en manos de Jugurta. Mandaba sobre todos los moros el
rey Boco, desconocedor del pueblo romano excepto de su
nombre, y asimismo una incógnita para nosotros hasta en-
tonces en lo que hace a la guerra y la paz. De África y sus
habitantes, para lo que el tema requiere, sea bastante con lo
dicho.

20 Después de que, tras el reparto del reino, los comisiona-
dos abandonaron África, y ve Jugurta que, contrariamente a

---

[31] Respectivamente, Bizerta, Sousse y Lamta de hoy día. Cirene, de más abajo, es Grennah.

[32] Este río constituía el límite entre Mauritania y Numidia.

lo que temía su alma, ha logrado el premio de su crimen, estimando que era cierto lo que había escuchado a sus amigos en Numancia, que en Roma todo estaba en venta, así como enardecido también por las promesas de quienes poco antes había atiborrado de regalos, dirigió su atención al reino de Adérbal. Él era violento y belicoso; aquél al que pensaba 2
atacar, en cambio, tranquilo, pacífico, de caracter apacible, propicio para sufrir una afrenta más que temible. En conse- 3
cuencia, de pronto penetra en su territorio con un gran contingente, apresa a muchas personas con sus rebaños y demás botín, incendia los caseríos, asoma en son de guerra con su caballería por la mayor parte del país. Después, regresa a 4
su reino con toda la muchedumbre, pensando que Adérbal, movido por el dolor, se vengaría con la acción del daño causado, y que el hecho constituiría para él un motivo de guerra. Pero aquél, como no se consideraba al mismo nivel en cuanto al armamento y ponía su confianza en la amistad con el pueblo romano más que en los númidas, envió unos embajadores a Jugurta para protestar por el daño inferido. Si 5
bien le trajeron una respuesta insultante, Adérbal decidió aguantar todo antes que emprender la guerra, porque anteriormente la había probado y le había salido mal. Y no por 6
ello disminuía la ambición de Jugurta, porque con su imaginación había conquistado ya el reino entero. De modo que 7
emprendió la guerra y la búsqueda manifiesta de dominar toda Numidia, no como antes, con un puñado para saquear, sino tras organizar un gran ejército. Por lo demás, por donde 8
pasaba destruía ciudades y campos, se llevaba el botín, infundía ánimos a los suyos y terror a los enemigos.

Cuando Adérbal comprendió que se había llegado a tal 21
situación que debía abandonar su reino o conservarlo por las armas, a la fuerza organiza unas tropas, y sale al encuentro de Jugurta. En esto, ambos ejércitos hicieron alto no lejos 2

del mar, cerca de la ciudad de Cirta[33], y, dado que era el fi-
nal del día, no se entabló combate. Mas así que hubo trans-
currido la mayor parte de la noche, los soldados de Jugurta,
todavía a la luz incierta del amanecer, dieron la señal e in-
vadieron el campamento de los enemigos y, a unos medio
dormidos, a otros mientras cogían las armas, los ponen en
fuga y dispersan. Adérbal escapó a Cirta con unos pocos ji-
netes, y, si una muchedumbre de itálicos, vestidos de toga[34],
no hubiese impedido a los númidas que le perseguían apro-
ximarse a las murallas, la guerra entablada entre los dos reyes
3 habría terminado el mismo día en que empezó. En conse-
cuencia, Jugurta puso cerco a la plaza y emprende su con-
quista mediante manteletes, torres y maquinaria de toda clase,
dándose la mayor prisa para anticiparse a los diplomáticos
que, según había oído, habían sido enviados a Roma por
Adérbal antes de que tuviese lugar el combate.

4 Pero cuando el senado tuvo noticias de la guerra entre
los dos, despacha al África a tres jóvenes[35] para que visiten
a ambos reyes y les comuniquen en nombre del senado y del
pueblo romano que es su voluntad y determinación que aban-
donen las armas y que diriman sus diferencias con el dere-
cho mejor que con la guerra: así convenía a la dignidad de
Roma y a la de ellos.

22 Los embajadores llegan al África a toda prisa[36], sobre
todo porque, mientras hacían los preparativos para el viaje,

---

[33] Moderna Constantina, próspera ciudad en la que Micipsa puso mucho interés.

[34] Por cuanto la toga es la vestimenta de los romanos y latinos, *togati* significa (así, en Cicerón, por ejemplo) los ciudadanos romanos en las provincias. Comoquiera que posteriormente su uso se extendió a los *socii* de Italia, *togati* pudo querer decir también «itálicos», en general.

[35] Que sin embargo eran ya senadores, aunque de rango inferior *(pedarii)*.

[36] El viaje duraba entre dos y cuatro días.

en Roma se tenía noticias del combate librado y del asedio a Cirta, aunque se trataba de un vago rumor. Jugurta, oídas 2
sus palabras, respondió que para él no había nada más grande ni más querido que la autoridad del senado; desde su adolescencia se había esforzado para que lo apreciasen los mejores; por sus cualidades, no por su malicia, había obtenido el beneplácito de Publio Escipión, hombre de tan gran prestigio; por idénticas virtudes y no por falta de hijos le había adoptado Micipsa en la casa real. Por lo demás, cuan- 3
to más y más esforzados hechos realizaba, tanto menos toleraba su espíritu los agravios. Adérbal había atentado fraudu- 4
lentamente contra su vida; al descubrir el hecho, él había plantado cara a su criminal acción. El pueblo romano no obraría bien ni en justicia si le privaba del derecho de gentes. Por último, para tratar todas estas cuestiones enviaría en breve plenipotenciarios a Roma. Así se separan ambas partes. 5
Con Adérbal no hubo posibilidad de entrevistarse.

Cuando Jugurta calculó que los comisionados habían sa- 23
lido de África, al no serle posible tomar por las armas a Cirta dada su situación[37], rodea las murallas con una empalizada y un foso, levanta unas torres y las robustece con destacamentos; además, día y noche hacía tentativas por la fuerza o con estratagemas, y a los defensores de las murallas les mostraba ora recompensas, ora terror; con arengas espoleaba a los suyos al valor; en fin, velaba por la organización de todo. Cuando Adérbal comprendió que su suerte toda corría 2
un peligro extremo, que el enemigo estaba en pie de guerra, que no había esperanza alguna de socorro, y que por falta de lo necesario no se podía prolongar la guerra, escogió entre los que se habían refugiado con él en Cirta a los dos más

[37] La ciudad estaba rodeada de profundos barrancos, por los cuales fluye además el río Ansaga; el único acceso libre es por el Suroeste. Todavía quedan trozos de sus contrafuertes.

decididos, y, haciéndoles muchas promesas y lamentándose de su infortunio, los convence para que atraviesen de noche las trincheras enemigas hasta el punto de la costa más cercano, y de ahí se dirijan a Roma.

24 Los númidas hacen lo ordenado en pocos días. La carta de Adérbal fue leída en el senado, y su tenor era el siguiente:

> 2 No es culpa mía si tantas veces envío a suplicaros,
> padres conscritos, sino que me obliga la agresividad de
> Jugurta, a quien ha asaltado un deseo tan ferviente de
> acabar conmigo que no hace cuenta ni de vosotros ni
> de los dioses inmortales, y prefiere mi sangre a cual-
> 3 quier cosa. De este modo, ya hace cinco meses[38] que,
> siendo aliado y amigo del pueblo romano, me tiene
> asediado por las armas, y no me sirven de ayuda ni los
> favores de mi padre Micipsa ni vuestros decretos. No
> sé si me urge más el hierro o el hambre.
>
> 4 Mi mala suerte me desaconseja escribiros más so-
> bre Jugurta, y ya con anterioridad he experimentado
> 5 que los desgraciados tienen poco crédito. Pero bien en-
> tiendo que él apunta a algo por encima de mí, y en sus
> cálculos no entran simultáneamente vuestra amistad y
> mi reino; a nadie se le oculta cuál de las dos cosas es
> 6 de más peso para él. Pues, para empezar, dio muerte a
> Hiénsal, mi hermano, y a continuación me ha expulsa-
> do del reino de mi padre. Admitamos que éstas han si-
> do rencillas nuestras que no os conciernen a vosotros;
> pero el hecho es que ahora ocupa vuestro reino por las
> 7 armas, y a mí, a quien nombrasteis general en jefe de
> los númidas, me tiene encerrado y asediado; qué respe-
> to le merecieron las palabras de vuestros comisiona-

[38] El sitio debió comenzar en abril del 112, porque las noticias llegaron a Roma hacia fines de noviembre o primeros de diciembre, cuando se celebraban las elecciones a cónsul.

dos, el peligro en que estoy lo demuestra. ¿Qué queda 8-9 ya sino vuestra fuerza para poderlo impresionar? Pues ya querría yo que esto que os escribo y las quejas que antes expuse en el senado fuesen vana quimera en vez de que mi miseria certificase mis palabras.

Mas, puesto que he nacido para servir de ostenta- 10 ción de los crímenes de Jugurta, ya no aspiro a evitar la muerte ni las calamidades, solamente el sometimiento a mi enemigo y los tormentos que infligirá a mi cuerpo. En cuanto al reino de Numidia, que es vuestro, resolved como os venga en gana; a mí libradme de sus manos despiadadas, por la majestad de vuestro imperio, por nuestra fiel amistad, si entre vosotros queda algún recuerdo de mi abuelo Masinisa.

A la lectura de la carta hubo quienes propusieron que 25 había que enviar un ejército al África y acudir en socorro de Adérbal cuanto antes, y que, mientras, se tomasen medidas contra Jugurta por no haber hecho caso a los comisionados. Pero aquellos mismos partidarios del rey resistieron con to- 2 das sus fuerzas para que no se diese un decreto de tal naturaleza. De este modo, como suele ocurrir en muchos casos, 3 el bien público fue derrotado por la influencia de los particulares. Con todo, se manda a África una delegación de per- 4 sonas mayores[39] de la nobleza, que ya habían desempeñado altos cargos. Entre ellos estaba Marco Escauro, de quien hemos hecho mención más arriba, ex-cónsul y entonces decano del senado. Los delegados, como el asunto había pro- 5 vocado indignación, y también a ruego de los númidas, se embarcaron en tres días; luego, arribando en breve a Útica, despachan una misiva a Jugurta: que se acerque cuanto an-

[39] Probablemente, todos los componentes de la delegación eran como mínimo de rango pretoriano. Escauro, como hemos visto antes, era excónsul.

tes a la provincia, que el senado los había enviado para en-
6 trevistarse con él. Cuando aquél se enteró de que unos varo-
nes ilustres, cuya autoridad tenía mucho valor en Roma, se-
gún había oído, habían llegado para oponerse a sus planes, a
lo primero andaba convulso y desgarrado entre el miedo y
7 su ambición. Temía la cólera del senado, si no hacía caso a
los delegados; pero, por otra parte, su espíritu ciego de codi-
8-9 cia lo arrastraba a la criminal acción emprendida. No obs-
tante, triunfó en su carácter avaricioso la opción peor. En
consecuencia, despliega en derredor el ejército y, con la má-
xima energía, pugna por irrumpir en Cirta, esperando sobre
todo que al dividir la fuerza enemiga, hallaría por la fuerza
10 o mediante estratagemas un oportunidad para la victoria. Y
como le sale mal el plan y no logra llevar a cabo lo que se
había propuesto, a saber, apoderarse de Adérbal antes de
contactar con los delegados, para no encender más a Escau-
ro, que era al que más temía, con nuevas dilaciones, vino a
11 la provincia con unos pocos jinetes. Y aunque se le comuni-
caron graves amenazas en nombre del senado por no aban-
donar el asedio, no obstante, después de malgastarse infinidad
de palabras, los delegados se retiraron con las manos vacías.

26 Cuando se tuvo noticias de ello en Cirta, los itálicos[40],
gracias a cuyo arrojo se mantenían defendidas las murallas,
confiando en que debido a la grandeza del pueblo romano
no sufrirían ultrajes si se rendían, convencen a Adérbal para
que se entregue él junto con la ciudad a Jugurta, pactando
2 con él sólo la vida; de lo demás se encargaría el senado. Y
aquél, aunque juzgaba que todo era preferible a la palabra

---

[40] En latín *Italici*, gente de los municipios de suelo itálico, sin excluir a los romanos propiamente dichos. A todos ellos se les llamaba en las provincias *togati* para distinguirlos de los provinciales. Estos *Italici* se dedicaban al comercio y la agricultura y por lo común tenían muy mala fama entre los nativos.

de honor de Jugurta, no obstante, como en caso de oponerse
sus amigos tenían poder para obligarle, firmó la rendición
en los términos que habían propuesto los itálicos. Jugurta 3
torturó y asesinó en primer lugar a Adérbal, después, sin
distinción, ejecuta a todos los mozos númidas y comerciantes, conforme salían al encuentro armados.

Cuando se supo esto en Roma y se empezó a discutir el 27
asunto en el senado, aquellos mismos esbirros del rey, con
su obstruccionismo y su influencia unas veces, otras dando
largas con discusiones, trataban de atenuar la atrocidad del
hecho. Y si Gayo Memio[41], tribuno electo de la plebe, hom- 2
bre de arrestos y enemigo del poder de la nobleza, no hubiera hecho ver al pueblo romano que lo que se pretendía
era perdonar su crimen a Jugurta gracias a unos pocos intrigantes, enseguida se hubiese disipado toda la inquina con el
retraso de las deliberaciones: tan grande era la fuerza de la
influencia y del dinero del rey. Pero cuando el senado, con 3
la mala conciencia de su falta, le coge miedo al pueblo, se
decretan para los futuros cónsules en virtud de la ley Sempronia[42] las provincias de Numidia e Italia. Fueron nombra- 4
dos cónsules Publio Escipión Nasica y Lucio Bestia Calpurnio[43]. A Calpurnio le tocó Numidia, a Escipión, Italia. A
continuación, se recluta el ejército para trasladarlo al África, 5
y se fijan los créditos y las restantes cosas necesarias para la
guerra.

[41] Posiblemente, tribuno militar en la guerra de Numancia. En esos momentos (112) debía de tener alrededor de cuarenta y cinco años. Murió en una revuelta en el 100.

[42] Ley del primer tribunado de Gayo Graco, en virtud de la cual había que fijar las provincias consulares antes de las elecciones a cónsul.

[43] Elegidos por los *optimates* por haberse distinguido en su oposición a los Gracos. Publio Escipión Nasica, en concreto, era hijo del senador que aunque simple particular fue responsable de la muerte de Tiberio Graco.

28 Por su parte Jugurta, al recibir una noticia contraria a lo que esperaba, puesto que había calado muy dentro de él que en Roma todo estaba en venta, envía como delegados al senado a su hijo y con él a dos amigos íntimos y, al igual que a los que había enviado cuando asesinó a Hiénsal, encomienda a éstos que aborden a todo el mundo dinero en mano.
2 Cuando se aproximaban a Roma, Bestia preguntó al senado si estaban de acuerdo en recibir a los delegados de Jugurta dentro de las murallas[44], y los senadores determinaron que, si no venían a entregar el reino y al propio Jugurta, saliesen
3 de Italia en el plazo de los diez días siguientes. El cónsul ordena que se le comunique a los númidas, conforme a la decisión del senado. De este modo, sin lograr su objetivo, aquéllos regresan a su tierra.

4 Entretanto Calpurnio, después de organizar su ejército, se asigna unos lugartenientes entre los nobles intrigantes bajo cuyo crédito esperaba que quedasen protegidos cuantos delitos cometiese. Entre los tales estaba Escauro, sobre cuyo
5 carácter y conducta hemos hablado más arriba. Pues en nuestro cónsul había muchas y buenas cualidades espirituales y físicas, todas las cuales las entorpecía la avaricia: era resistente a la fatiga, de inteligencia viva, harto previsor, ducho en guerras, de gran fortaleza frente a peligros y rencores.
6 Las legiones fueron transportadas a través de Italia hasta Reggio, y de allí a Sicilia, y de Sicilia a su vez a África[45].
7 De modo que Calpurnio, con la intendencia que tenía preparada desde el principio, penetró en Numidia con todo su brío, y se apoderó de multitud de personas y de algunas ciudades.

---

[44] Probablemente, en febrero del 111.

[45] Alrededor de 60 días; por tanto, si salió en marzo debió de llegar a mediados de mayo, que es cuando empezó la campaña.

Pero cuando Jugurta comenzó a tentarle con dinero a 29
través de sus enviados y a hacerle ver la dificultad de la guerra que dirigía, su espíritu enfermo de avaricia se volvió fácilmente del revés. Tomó como cómplice y organizador 2
de todos sus programas a Escauro, el cual, aunque al principio, cuando la mayor parte de los suyos se habían dejado sobornar, había combatido sañudamente al rey, no obstante, dada la cantidad de dinero, se vio arrastrado, de bueno y honorable que era, a ser un corrupto. Pero Jugurta a lo primero 3
sólo buscaba comprar un aplazamiento de la guerra, en la creencia de que en el ínterin conseguiría algo en Roma a base de dinero o de influencia. Pero cuando se enteró de que Escauro era partícipe del negocio, abrigando la más grande esperanza de recuperar la paz, dispuso tratar con ellos en persona de todas las condiciones. No obstante, entretanto, 4
para darle confianza, el cónsul envía al cuestor Sextio[46] a una plaza de Jugurta, Vaga[47]. El pretexto de esta medida era la recepción de trigo que Calpurnio había exigido públicamente a los embajadores, puesto que con el retraso de la rendición se disfrutaba de una tregua. De modo que el rey, 5
según se había acordado, vino al campamento y tras hablar un poco en presencia del Consejo acerca del rechazo que su acción había despertado, y a fin de que le admitiesen la rendición, el resto lo trató en secreto con Bestia y con Escauro. Al día siguiente, pedidos los pareceres sin orden ni discusión, se le acepta la rendición. Pero, a tenor de lo exigido 6
delante del Consejo, se entregan al cuestor treinta elefantes[48], ganado y muchos caballos, con una pequeña cantidad

[46] Quizá Publio Sextio, *praetor designatus* hacia el 90.

[47] Hoy Béja, a doce kilómetros al norte del río Bágradas (hoy Medjerda).

[48] Eran nativos de Numidia y Mauritania, pero su uso en la guerra y para los juegos romanos condujo a su progresiva desaparición.

7 de dinero. Calpurnio parte para Roma a celebrar las elec-
ciones[49]; en Numidia y en nuestro ejército reinaba la paz.

30 Así que la fama divulgó en Roma lo que había pasado
en África y del modo como había pasado, en todas partes y
reuniones se trataba del proceder del cónsul. Entre la plebe
la inquina era enorme y los patricios andaban inquietos: no
se sabía a ciencia cierta si darían el visto bueno a semejante
2 desvergüenza o anularían el decreto consular. Y era sobre
todo el poderío de Escauro, del que se decía que era instiga-
dor y cómplice de Bestia, el que los apartaba de la verdad y
3 del bien. Ahora bien, Gayo Memio, sobre cuyo carácter in-
dependiente y odio al poder de la nobleza hemos hablado
antes, en medio de las dudas y tardanzas del senado exhor-
taba al pueblo en las asambleas a tomar represalias, les
aconsejaba que no abandonasen el interés público, que no
abandonasen su libertad, les traía a colación muchos actos
arrogantes y crueles de la nobleza; en una palabra, inflama-
ba sin tregua por todos los medios los ánimos de la plebe.

4 Y dado que en aquellos tiempos la oratoria de Memio
era en Roma famosa e influyente, he juzgado conveniente
transcribir uno de los muchos discursos suyos, y voy a re-
coger precisamente el que dio en asamblea tras la vuelta de
Bestia, y que fue en los siguientes términos:

31 «Muchos motivos tengo, romanos, para alejarme de vo-
sotros, salvo que mi interés en la cosa pública lo supera to-
do: la fuerza del partido noble, vuestra resignación, la ine-
xistencia de derecho, y sobre todo que la integridad halla
2 más riesgo que honor. Porque en verdad me avergüenzo de

[49] Que tendrían lugar en noviembre de ese año (111). El cónsul Escipión Nasica había fallecido ejerciendo el cargo, sin ser reemplazado, al parecer.

tales cosas: cómo durante estos quince años[50] habéis servi-
do de ludibrio a la arrogancia de unos pocos, cuán oscura-
mente y sin vengar han desaparecido vuestros defensores,
cómo se os ha corrompido el alma de pereza y falta de cora-
je, pues ni siquiera ahora, con los enemigos sometidos, os 3
levantáis, y todavía ahora teméis a esos a los que deberíais
infundir terror. Mas, bien que esto sea como digo, no obs- 4
tante, mi ánimo me impulsa a hacer frente al poder del par-
tido. Yo desde luego pondré a contribución el carácter libre 5
que he heredado de mi padre. Pero que eso resulte inútil o
sea de provecho, en vuestras manos se halla, romanos.

Yo no os estoy incitando a lo que muchas veces hicieron 6
vuestros abuelos, a enfrentaros a las injusticias con las ar-
mas. No hay necesidad alguna de violencia ni de secesión:
fuerza es que ellos mismos según su propio estilo se hundan
en el abismo. Cuando murió Tiberio Graco, el que decían 7
que aspiraba a un reino[51], se instituyeron procesos contra la
plebe romana; tras el asesinato de Gayo Graco y de Marco
Fulvio, igualmente muchas personas de vuestra clase[52] halla-
ron la muerte en la cárcel. A ambos desmanes puso coto, no
la ley, sino su capricho. Admitamos que sea aspirar a un 8
reino devolver a la plebe lo que es suyo; que sea conforme a
derecho la venganza que no es tal sin la sangre de los ciu-
dadanos. Años atrás os irritabais en silencio porque esquil- 9
maban el erario, porque reyes y pueblos libres pagaban a

[50] Cifra misteriosa, pues nos retrotrae al 126, donde no pasa nada significativo. Quizá, una corrupción por XX, que nos llevaría al 131, que sí es fecha de interés. Véase Paul, *Historical...*, *ad loc.*

[51] Una acusación habitual contra los oponentes políticos, siendo así que la idea del reino era detestable para los romanos. En cuanto a los tribunales citados a continuación, fueron constituidos por los cónsules del 132, Publio Popilio Lenate y Publio Rupilio.

[52] En realidad, el *ordo plebeius* no existía. Según Plutarco *(Gayo Graco* 17-18) fueron muertos 3000.

una minoría de la nobleza un tributo, porque la máxima
gloria y las máximas riquezas estaban en manos de los mis-
mos. Sin embargo, haber emprendido sin castigo semejantes
acciones les ha parecido poco; en consecuencia, han acaba-
do entregando a los enemigos vuestras leyes, vuestra sobe-
10 ranía, todo lo divino y humano. Y los que han hecho esto ni
sienten pudor ni se arrepienten, sino que se pasean ante
vuestras caras llenos de empaque, haciendo ostentación de
sus sacerdocios y consulados, y una parte de ellos, de sus
triunfos; como si eso lo tuviesen como honra y no como bo-
11 tin. Los esclavos, que se adquieren con dinero, no aguantan
las órdenes injustas de sus amos: ¿Vosotros, Romanos, que
habéis nacido en el poder, soportáis ecuánimemente la escla-
12 vitud? Pero, ¿quiénes son esos que se han apoderado del Esta-
do? Individuos cubiertos de crímenes, con las manos ensan-
grentadas, de avaricia insaciable, los más malvados y a la
vez los más arrogantes, para quienes la lealtad, decoro, pie-
dad, en fin, todo lo honorable y lo que no lo es, sírveles de
13 negocio. Parte de ellos hallan su protección en haber dado
muerte a los tribunos de la plebe[53]; otros, en procesos injus-
tos; la mayoría, en haber cometido crímenes entre vosotros.
14 Así es como, cuanto peor ha obrado cada cual, tanto más se-
guro se halla. El miedo que debía inspirarle su crimen os lo
han traspasado a vosotros, por cobardes. A todos ellos lo ha
unido el desear lo mismo, el odiar lo mismo, el temer lo mis-
15 mo. Pero entre los buenos es amistad; entre los malos, ban-
16 dería. Y si vosotros os hubierais preocupado por la libertad
como ellos se han enardecido por dominaros, sin duda algu-
na ni el Estado estaría siendo esquilmado como ahora, ni
vuestras mercedes irían a parar a los más osados, sino a los
17 mejores. Vuestros abuelos, con el fin de alcanzar sus dere-

[53] Es decir, Tiberio Graco.

chos y fundar su soberanía, tomaron dos veces, armados y en secesión, el Aventino[54]. ¿No vais a luchar con todas las fuerzas vosotros por la libertad que recibisteis de ellos, y con tanta más pasión aún, por cuanto mayor deshonra es perder lo conquistado que no conquistarlo en absoluto?

Alguien me dirá: '¿Qué propones tú, por tanto?' Casti- 18
gar a aquellos que han traicionado a la república, no por la fuerza y la violencia, cosa que aunque ellos se merecen sufrirla, no es digno de vosotros hacerla, sino con juicios y la
delación del propio Jugurta. Si realmente tiene la intención 19
de entregarse, sin duda, se mostrará obediente a vuestras órdenes. Pero si desprecia éstas, con toda claridad juzgaréis qué clase de paz o de rendición es ésa en virtud de la cual se produce para Jugurta la impunidad de sus crímenes, los más grandes beneficios para unos pocos poderosos, y para la re-
pública, perjuicios y deshonra. A no ser que quizá no estéis 20
todavía hartos de su dominio y os gusten más que éstos aquellos tiempos en que reinos y provincias, leyes, derechos y justicias, guerras y paces, en fin, todo lo divino y lo humano, estaba en manos de unos pocos; mientras, vosotros, esto es, el pueblo romano, invictos ante el enemigo, soberanos de todos los pueblos, bastante teníais con conservar la vida. Porque realmente, ¿quién de vosotros se atrevía a rechazar la esclavitud?

Y yo, aunque considero lo más deshonroso para un hom- 21
bre recibir una afrenta impunemente, con todo aceptaría serenamente que vosotros perdonaseis a hombres tan criminales, por ser conciudadanos nuestros, si este acto de compasión no
hubiese de redundar en vuestro perjuicio. Pues para ellos, con 22
la desfachatez de que hacen gala, es poco obrar mal impune-

[54] En realidad fueron tres: la primera vez ocuparon el Monte Sagrado, la segunda el Aventino y la tercera el Janículo.

mente, si no se les arrebata la posibilidad de seguir haciéndolo después, y a vosotros os quedará para siempre la inquietud, cuando comprendáis que, o tenéis que ser esclavos o que con-
23 servar la libertad por la fuerza. Pues, ¿qué esperanza realmente hay de entendimiento leal o de concordia? Ellos quieren ser los amos; vosotros, ser libres; ellos, cometer tropelías; vosotros, impedirlas. Por último, tratan a nuestros aliados co-
24 mo enemigos, a los enemigos como aliados. ¿Puede haber paz o amistad entre actitudes tan opuestas?

25 Por esta razón, os prevengo y exhorto a que no dejéis sin castigo un crimen tan grande. No se ha cometido malversación de fondos públicos ni extorsión con los aliados por medio de la violencia, hechos que aunque son graves, sin embargo, por la fuerza de la costumbre ya se tienen en nada: a un enemigo que no da tregua ha sido entregada la autoridad del senado, ha sido entregado vuestro imperio. En el interior y en la guerra ha sido puesta en venta la repúbli-
26 ca. Si no se abre una investigación sobre estos hechos, si no se ejerce el castigo a los culpables, ¿qué nos quedará sino vivir obedientes a aquellos que han cometido estos actos? Pues hacer lo que a uno le viene en gana es ser un rey.

27 Y no es que yo os invite, romanos, a que prefiráis que vuestros compatriotas actúen mal en lugar de bien, sino a que no sea que, perdonando a los malvados, vayáis a perder
28 a los honrados. Además, en la política resulta más ventajoso hacer caso omiso de una buena acción que de un mal acto: el honrado sólo se hace un poco más indolente si lo margi-
29 nas; en cambio, el malvado se hace peor. Aparte de esto, si no se producen afrentas, rara vez habrá necesidad del concurso de los tribunos[55].»

---

[55] En latín sólo se dice *auxilium,* «ayuda», que, no obstante, por el contexto, ha de significar necesariamente «la ayuda de los tribunos de la plebe».

Repitiendo estas y otras cosas por el estilo; Memio con- 32
vence al pueblo para que se enviase a Lucio Casio[56], que
era entonces pretor, a Jugurta, y lo trajese a Roma con sal-
voconducto público, a fin de que con las revelaciones del
rey quedasen más de manifiesto los delitos de Escauro y los
demás a los que acusaba de malversación.
Mientras se adoptan estas medidas en Roma, los que 2
habían quedado en Numidia al frente del ejército por orden
de Bestia, siguiendo la norma de su general, cometieron
muchísimos actos de singular infamia. Hubo quienes, com- 3
prados a precio de oro, entregaron a Jugurta los elefantes;
otros vendían a los desertores; otros saqueaban pueblos pa- 4
cificados: tan gran avaricia había invadido sus almas, igual
que si fuese la peste. Ahora bien, Casio, una vez aprobada 5
la propuesta de Memio en medio de la consternación de to-
da la nobleza, se encamina hacia Jugurta, y como éste esta-
ba asustado y no las tenía todas consigo por su mala con-
ciencia, lo convence de que, puesto que se ha rendido al
pueblo romano, no elija sufrir su severidad en vez de su
comprensión. A título particular, además, interpone su pala-
bra de honor, que Jugurta valoraba no menos que la pública.
Tal era la reputación de Casio[57] por aquella época.
De modo que Jugurta, abandonando el decoro real, vino 33
con Casio a Roma, vestido del modo que más compasión
inspiraba. Y aunque en su interior su ánimo era fuerte, insti- 2
gado por todos aquellos gracias a cuyo poder o apoyos cri-
minales había llevado a cabo todo lo que hemos narrado an-
tes, compra mediante una buena recompensa al tribuno de la
plebe Gayo Bebio, para, con su falta de escrúpulos, quedar

---

[56] Lucio Casio Longino, cónsul en el 107, colega de consulado de Mario.

[57] Según algunos, referencia a Lucio Casio Longino, uno de los asesinos de César, el cual probablemente era nieto del pretor del 111. Gayo Casio se suicidó en Filipos, en el 64.

3 al abrigo frente a toda justicia o injusticia. Por su parte, Ga-
yo Memio convocó la asamblea y, aunque la plebe estaba de
uñas con el rey, y una parte exigía que lo metiesen en pri-
sión y otra que, si no revelaba los cómplices de su crimen,
se le diese suplicio como enemigo público, de acuerdo con
la tradición de los mayores, a pesar de ello, mirando más a la
dignidad que a la cólera, calmaba el bullicio y mitigaba el
espíritu de la gente, aseverando finalmente que por su parte
4 la garantía del Estado no iba a ser violada. Luego, así que se
hizo el silencio, presentó a Jugurta, y se pone a hablar: rela-
ta las actividades de éste en Roma y Numidia, y deja cons-
tancia de sus crímenes contra el padre y los hermanos. Aun-
que el pueblo romano sabe con la ayuda de quiénes y con qué
colaboradores ha hecho esto, no obstante, quiere conseguir
de él la prueba más clara: si revela la verdad, en la lealtad y
la clemencia del pueblo romano puede poner su mayor es-
peranza; pero si se calla, no será la salvación de sus cómpli-
ces; por el contrario, se perderán él y sus esperanzas.

34 Acto seguido, cuando Memio puso punto final a sus pala-
bras y Jugurta fue invitado a responder, el tribuno de la plebe
Gayo Bebio, que hemos dicho arriba que estaba sobornado,
ordena al rey que guarde silencio. Y pese a que la muchedum-
bre que estaba en la asamblea, enormemente enardecida, lo
amedrentaba con sus gritos, la expresión de sus rostros, y mu-
chas veces con sus gestos y todos los demás ademanes que la
cólera gusta adoptar, no obstante, triunfó la desvergüenza. De
modo que el pueblo abandona la asamblea después de haber
2 sido burlado. Los ánimos de Jugurta, Bestia y los demás, a los
que aquel proceso tenía en vilo, fueron en aumento.

35 Había por aquel entonces en Roma un cierto númida de
nombre Masiva[58], hijo de Gulusa y nieto de Masinisa, el

[58] Primo de Jugurta, por ser Gulusa hermano de Micipsa.

cual en la disensión de los reyes, por haberse puesto en contra de Jugurta, se había ido prófugo de su patria, a raíz de la rendición de Cirta y del asesinato de Adérbal. Espurio Albi- 2
no[59], que en el año siguiente al de Bestia, desempeñaba el consulado junto a Quinto Minucio Rufo, le convence para que, puesto que es del linaje de Masinisa y sobre Jugurta pesaba el odio y el miedo a causa de sus actos criminales,
reclame al senado el reino de Numidia. El cónsul, ansioso 3
de proseguir la guerra, prefería poner todo en movimiento a dejarlo languidecer; a él le había tocado la provincia de Nu-
midia y a Minucio la de Macedonia. Cuando Masiva empe- 4
zó a mover su asunto y Jugurta no halla suficiente seguridad en sus amigos, porque de éstos, al uno se lo impedía su mala conciencia, al otro, su descrédito y el temor, encarga a Bomílcar, un amigo en quien tenía la máxima confianza, que a cambio de dinero, como había hecho otras muchas cosas, disponga quienes tiendan una emboscada a Masiva, y dé muerte al númida con el máximo secreto, y si esto no es
posible, del modo que sea. Bomílcar pone inmediatamente 5
en práctica el encargo del rey y, por medio de hombres expertos en procedimientos de esta naturaleza, indaga las idas y venidas de Masiva, los lugares adonde va y, en fin, todos sus horarios. A continuación, donde las circunstancias acon-
sejaban, monta el atentado. Es así como uno del comando 6
preparado para llevar a cabo el asesinato ataca a Masiva un tanto atolondradamente. A éste lo mata, pero él fue detenido, y, a instancias de muchos y sobre todo del cónsul Albi-
no, se presta a declarar. Bomílcar es procesado, más en 7
nombre de la equidad y del bien que en virtud del derecho de gentes, pues era compañero de aquel que había venido a

[59] Cónsul en 110. Minucio Rufo tenía por nombre real Marco, no Quinto, que era su hermano.

8 Roma con la garantía del Estado. Por su lado, Jugurta, reo manifiesto de tamaño crimen, no cejó en su afán de oponerse a la verdad hasta que se convenció de que el odio a su acción se hallaba por encima de su influencia y su dinero.
9 Así que, aunque en la primera fase del proceso había presentado como garantía a cincuenta de sus amigos, velando por su reino más que por los fiadores, envía en secreto a Numidia a Bomílcar, temeroso de que el miedo a obedecerle se adueñase del resto de sus paisanos, si aquél sufría la última pena. También él mismo se marchó allá a los pocos días,
10 por ordenarle el senado salir de Italia. Y cuando ya hubo salido de Roma, se cuenta que, mirando hacia ella una y otra vez en silencio, dijo finalmente: «¡Ciudad venal y llamada a perecer al instante, si llega a encontrar un comprador!»

36 Entretanto, Albino, al reanudarse la guerra, se apresura a transportar al África la intendencia, las pagas y las demás cosas necesarias para los soldados[60]; y al punto partió él también, a fin de liquidar la guerra por las armas, la rendición o el medio que fuese, antes de las elecciones, cuya fe-
2 cha no estaba muy lejos. En cambio, Jugurta daba largas a todo y uno tras otro iba inventando motivos de demora, prometía rendirse, y a continuación fingía miedo; si le acosaban, cedía terreno, y poco después, para que los suyos no desconfiaran, atacaba él. De este modo, ora retrasando la
3 guerra, ora retrasando la paz, se burlaba del cónsul. Y hubo quienes creyeron que Albino no desconocía entonces el propósito del rey, y estimaban asimismo que después de tanta premura la guerra se había alargado tan fácilmente no
4 más por inercia que por dolo. Mas cuando, transcurrido el tiempo, se acercaba el día de las elecciones, Albino dejó a

[60] 40.000, según OROSIO V 15, 6.

su hermano Aulo en el campamento[61] en calidad de propre-
tor y se desplazó a Roma.

En aquel momento la situación política en Roma se ha- 37
llaba terriblemente agitada con las sediciones tribunicias.
Los tribunos de la plebe Publio Luculo y Lucio Annio bata- 2
llaban por continuar su magistratura ante la resistencia de
sus colegas, y dicha disensión entorpecía las elecciones del
año entero. Con este retraso, Aulo, que como hemos dicho 3
más arriba, quedó en el campamento en calidad de propre-
tor, concibió la esperanza de terminar la guerra y apoderarse
del dinero del rey con la intimidación del ejército, y en el
mes de enero sacó en campaña a los soldados de los cuarte-
les, y, a marchas forzadas, en lo más crudo del invierno, lle-
gó a la plaza de Sutul, donde estaban los tesoros del rey.
Aun cuando no podía tomarla ni asediarla debido al mal 4
tiempo y a su privilegiado emplazamiento (pues en torno
del muro levantado al borde de un monte escarpado la lla-
nura fangosa con sus aguas invernales había creado una la-
guna), pese a ello, bien por simulación, con el fin de meter
miedo al rey, o ciego de interés por apoderarse de la ciudad
a causa de los tesoros, puso en movimiento los manteletes,
levantó un terraplén y ejecutó a toda prisa las demás cosas
que resultaban útiles a su propósito.

Y Jugurta por su parte, al conocer el poco seso e impe- 38
ricia del lugarteniente, astutamente incrementaba su locura,
enviábale una y otra vez embajadores a suplicarle, y él en
persona conducía su ejército por lugares llenos de desfilade-
ros y trochas, como si quisiera evitarle. Finalmente, con la 2
esperanza de un arreglo impulsó a Aulo a que abandonase
Sutul y le siguiese a él, que iría como retirándose, a un para-
je recóndito: así quedaría bien en secreto la fechoría. Entre- 3

[61] Alrededor de octubre-noviembre del 110.

tanto, por medio de tipos astutos tentaba al ejército día y noche, sobornaba a los centuriones y jefes de escuadrón, a unos, para que desertasen, a otros, para que abandonasen su
4 puesto al dar una señal. Cuando arregló la cosa conforme a su parecer, a altas horas de la noche rodeó de repente el
5 campamento de Aulo con gran cantidad de númidas. Consternados por el insólito tumulto, los soldados romanos, unos cogían las armas, otros se escondían, otra parte tranquilizaba a los asustados, por todos lados andaban confusos: la cantidad de enemigos era considerable, el cielo estaba oscurecido por la noche y por las nubes, el peligro era imprevisible; en fin, no tenían claro si sería más seguro huir o quedarse.
6 Mas de aquel número que he dicho poco antes que habían sido sobornados, una cohorte de lígures junto a dos escuadrones de tracios y unos pocos soldados rasos se pasaron al rey, y el primer centurión[62] de la tercera legión hizo sitio a los enemigos para que penetrasen por la fortificación que había recibido para su defensa, y por allá irrumpieron todos
7 los númidas. Los nuestros tomaron la colina más cercana en una huida vergonzosa y la mayoría de ellos después de
8 arrojar las armas. La noche y el pillaje del campamento retrasaron al enemigo, impidiéndole aprovecharse de la vic-
9 toria. Luego, al día siguiente, Jugurta entabla conversación con Aulo: aunque tiene cercado a él y a su ejército por el hambre y el hierro, no obstante, como tiene presente los azares humanos, si llegaba a un acuerdo con él, haría pasar bajo el yugo[63] a todos sin hacerles daño; aparte de eso, en

---

[62] Entre los sesenta centuriones de una legión, el de la primera centuria de los legionarios que recibían el nombre de *triarii* o *pili* (las otras dos clases recibían el nombre de *hastati* y *principes)* tenía el grado más alto.

[63] Costumbre romana de humillar al enemigo vencido haciéndole pasar bajo un yugo formado como describe Tito Livio (II 28, 11: *tribus hastis iugum fit, humi fixis duabus superque eas transuersa una deligata:* «se

los diez días siguientes tenía que salir de Numidia. Si bien 10
las condiciones eran duras y cubiertas de infamia, no obstante, como la contrapartida era la muerte, se acordó la paz al gusto del rey.

Mas cuando estos hechos se conocieron en Roma, el 39
miedo y la tristeza invadieron a la ciudad. Unos sufrían por la gloria del imperio, otros, deshabituados a los avatares bélicos, temían por la libertad. Todos estaban de uñas con Aulo y, en especial, quienes muchas veces habían sido preclaros en la guerra, porque, estando armado, había buscado
la salvación con el deshonor más que con la fuerza. Por es- 2
tos motivos, el cónsul Albino hacía una consulta al senado acerca del pacto, temiendo, por culpa de la falta de su hermano, la indignación general y el subsiguiente riesgo; y pese a ello, entretanto, alistaba un suplemento[64] para el ejército, pedía colaboración militar a los aliados y a los pueblos latinos; en fin, no paraba de afanarse por todos los medios.
El senado, como era lógico, establece que sin su permiso y 3
el del pueblo no podía hacerse ningún pacto. El cónsul, al 4
que habían impedido los tribunos de la plebe[65] que se llevase consigo las tropas que había preparado, a los pocos días parte para el África. Pues todo el ejército, según se había acordado, se había retirado de Numidia y pasaba el invierno
en la provincia. Cuando llegó allá, aunque ardía en su cora- 5
zón por perseguir a Jugurta y poner remedio a la impopularidad de su hermano, al ver a los soldados, a los que aparte de la derrota, faltos de mando como se hallaban, la indis-

forma el yugo con tres lanzas, clavando dos en tierra y sobre ellas atando una transversalmente»); originariamente era un rito que aspiraba a neutralizar el aspecto impuro de un ejército vencido.

[64] Refuerzos necesarios, bien por pérdidas y bajas en combate, bien por licenciamientos.

[65] El año debe de ser todavía el 110.

ciplina y el libertinaje los tenía corrompidos, a la vista de
las circunstancias, decidió no hacer nada.
40 Entretanto, en Roma, el tribuno de la plebe Gayo Mami-
lio Limetano[66] presenta al pueblo un proyecto de ley para
entablar proceso contra aquéllos por cuyo consejo[67] Jugurta
había despreciado las decisiones del senado y quienes ha-
bían recibido dinero de él durante sus embajadas o manda-
tos, quienes habían entregado los elefantes y los desertores,
así como quienes habían hecho pactos con los enemigos so-
2 bre la paz o sobre la guerra. Ante esta propuesta, unos por
su mala conciencia, otros, temerosos de riesgos originados
en la inquina contra los partidos, como no podían oponerse
abiertamente sin confesar que ellos estaban de acuerdo con
aquellas cosas y otras semejantes, preparaban en secreto tra-
bas por medio de sus amigos, y sobre todo por individuos
3 de la gente latina y aliados itálicos. Pero es increíble cuando
se cuenta cuán atenta se mostró la plebe y con qué energía
aprobó el proyecto de ley, más por odio a la nobleza, contra
quien se preparaba aquel infortunio, que por amor a la re-
4 pública; semejante pasión había en los partidos. Así que, es-
tando los demás paralizados de miedo, Marco Escauro, de
quien dijimos arriba que fue lugarteniente de Bestia, logró
en medio de la alegría de la plebe y la desbandada de los su-
yos, todavía entonces temblorosa la ciudad, que, comoquie-
ra que, según la propuesta de Mamilio, había que nombrar
tres jueces instructores, él fuese admitido en dicho núme-

[66] Tribuno en el 109, fue autor de una ley sobre lindes, de donde su sobrenombre.

[67] Aunque Salustio no da el nombre de los que apoyaron a Jugurta, incluso ya en Numancia, Cicerón *(Brutus* 128) recuerda los más importantes, entre los cuales están Gayo Galba, Lucio Bestia, Gayo Catón, Espurio Albino y Lucio Opimio.

ro[68]. El proceso fue llevado a cabo descarnadamente y con 5
violencia, a la medida del rumor público y capricho de la plebe[69]. Igual que con tanta frecuencia le había pasado a la nobleza, así en esta ocasión la insolencia se había apoderado de la plebe en razón de su éxito.

Por lo demás, la moda de los partidos populares y las 41
banderías y, a continuación, de todos los malos procedimientos, surgió en Roma unos pocos años antes, debido a la ociosidad y la abundancia de esas cosas que los hombres consideran más que nada. Pues antes de la destrucción de 2
Cartago[70] el pueblo y el senado romano trataban con calma y mesura entre ambos los asuntos públicos y no había entre los ciudadanos pugna por la gloria y el poder. El miedo al enemigo mantenía a la ciudad dentro de los buenos modos. Pero cuando aquel temor se les fue del pensamiento, hicie- 3
ron acto de presencia esas dos cosas que ama la prosperidad: la frivolidad y la altanería. De este modo el ocio que 4
habían anhelado en época de crisis, una vez logrado, resultó más desagradable y amargo que aquélla. Pues la nobleza co- 5
menzó a tomarse a capricho su superior función, el pueblo

---

[68] Salustio es el único que hace esta afirmación sorprendente, pues Escauro era él también sospechoso de complicidad. Véase PAUL, *Historical...*, págs. 120-121.

[69] Posiblemente, el jurado estaba constituido fundamentalmente por *equites*. Entre éstos y el senado debía de haber disensiones desde años atrás.

[70] La destrucción de Cartago tuvo lugar el 146, después de la polémica entre Escipión Nasica y Catón el Censor sobre la conveniencia o no de su destrucción total. Salustio elige dicha fecha en sus tres obras para indicar un punto de inflexión en la moral y la política de Roma: a partir de entonces, desaparecido el *metus hostilis (Punicus,* en concreto) se inicia, a su juicio (y al de gran número de escritores romanos), la decadencia de Roma. Ciertamente, sin embargo, tensiones y peleas entre el senado y la plebe se documentan desde mucho antes, y muy graves a partir de la segunda guerra púnica.

su libertad, y cada cual a llevarse para sí, saquear y robar. De esta manera, todo fue arrastrado a una parte u otra, y la república, que estaba en medio, quedó desgarrada.

6 Por lo demás, la nobleza constituida en grupo tenía más poder, la fuerza de la plebe, desunida y dispersa en la muchedumbre, podía menos. Se tomaban medidas en paz y
7 guerra al arbitrio de unos pocos. En poder de ellos estaban el erario, las provincias, los cargos, las honras y los triunfos; el pueblo sufría la presión de la milicia y su penuria[71], el botín de guerra[72] lo cogían y dilapidaban los generalísismos con
8 unos pocos; entretanto, los padres e hijos pequeños de los soldados, si venían a ser vecinos de uno más poderoso, eran
9 expulsados de su residencia[73]. Así, entró la avaricia sin límite ni mesura, acompañada del poder, y todo lo contaminaba y lo devastaba, nada consideraba importante ni sagrado,
10 hasta que ella misma se hundió en el abismo. Pues tan pronto como entre la nobleza surgieron quienes anteponían la verdadera gloria al poder injusto, la ciudad comenzó a agitarse y la disensión civil a manifestarse como un cataclismo.

42 Pues desde que Tiberio y Gayo Graco, cuyos antepasados habían contribuido mucho a la república durante la gue-

[71] Ya en el siglo II, Roma tenía en pie de guerra a 30.000 o 60.000 hombres cada año, y el empobrecimiento de las clases menos favorecidas se incrementaba poco a poco. De ahí, movimientos de rebelión como el que tuvo lugar en 151, para oponerse al alistamiento de soldados para la guerra de España.

[72] Parte de este botín iba a parar a manos de los soldados, pero la porción mayor quedaba en poder del general; esto en lo que hace a bienes muebles, porque los inmuebles todos recaían en beneficio del Estado romano.

[73] Procedimiento por el cual se formaban los *latifundia,* con el empobrecimiento progresivo de la plebe. Las referencias a esta situación son numerosas.

rra púnica y otras guerras, comenzaron a reivindicar para la plebe la libertad y a poner al descubierto los crímenes de una minoría, la nobleza, culpable y por ello despavorida, se enfrentó, ora por medio de los aliados y la gente latina, ora con el concurso de los caballeros romanos[74], a los que la esperanza de la alianza con ella había apartado de la plebe, a las actuaciones de los Gracos; y primero a Tiberio, después, años más tarde, a Gayo, que iba por el mismo camino, tribuno el uno y el otro triúnviro[75] para el establecimiento de colonias, así como a Marco Fulvio Flaco, los mató a hie-
rro. Verdad es que los Gracos con el ansia de vencer no ac- 2
tuaron con suficiente moderación. Pero para una buena per- 3
sona más vale dejarse derrotar que vencer una afrenta con
malos métodos[76]. En consecuencia, la nobleza, que se sirvió 4
de esta victoria a discreción, hizo desaparecer a muchos hombres con el hierro o el destierro, y para lo sucesivo se granjeó más temor que poder. Es este un método que con frecuencia ha llevado a pique a ciudades importantes, pues los unos quieren derrotar a los otros como sea y de los vencidos tomar cumplida venganza.

Pero como me ponga a hablar de los intereses partidistas 5
y de la conducta política de cada ciudad punto por punto o en la proporción que se merece, antes me faltaría tiempo que tema. Por ello, vuelvo a mi propósito.

---

[74] El senado y los *equites* se opusieron conjuntamente a Tiberio Graco, y se unieron para causarle su muerte; todavía al comienzo de la carrera del hermano, Gayo, también colaboraron frente a él.

[75] Tiberio fue tribuno militar en el 133. Gayo, que murió en 121, no llegó a tribuno.

[76] Frase de difícil y discutida interpretación. En latín: *sed bono uinci satius est quam malo more iniuriam uincere*. Tres posibilidades: *Bono = bono more; bono = bono publico; bono = bono uiro (dat.)*. Según Paul *(Historical...*, pág. 131) la última tendría más puntos a su favor. En tal caso, tanto *bono (uiro)* como *iniuriam uincere* se refererirían a los Gracos.

43 Después del pacto de Aulo y la vergonzosa derrota de
nuestro ejército, Metelo[77] y Silano[78], cónsules electos, se
habían repartido entre sí las provincias, y la Numidia le ha-
bía tocado a Metelo, hombre enérgico y, aunque adversario
del partido popular, de fama no obstante inalterable y sin
2 mancha. Éste, tan pronto como tomó posesión de su cargo,
sabiendo que el resto de sus asuntos los tenía en común con
su colega, centró su atención en la guerra que iba a empren-
3 der. De modo que, no fiándose del ejército antiguo, se puso
a reclutar soldados, a buscar refuerzos de todas partes, a
disponer el armamento, caballos y demás efectos militares,
así como también una abundante intendencia y, en fin, todo
lo que en una guerra multiforme y necesitada de muchas co-
4 sas suele precisarse. Por lo demás, colaboraba en la conse-
cución de estos objetivos el senado con su autoridad, los
aliados, la gente latina y los reyes con el envío espontáneo
de tropas de apoyo, y en fin la ciudad entera con encendido
5 fervor. De manera que, dispuesto y arreglado todo conforme
a su parecer, parte para Numidia, con gran esperanza de los
ciudadanos, no sólo por sus buenas prendas, sino muy es-
pecialmente porque contra las riquezas tenía un espíritu in-
corruptible; y hasta ese momento, por la avaricia, nuestros
recursos en Numidia habían sufrido un descalabro y crecido
los del enemigo.

44 Cuando llegó al África, el procónsul Espurio Albino le entrega un ejército apático, nada aguerrido, incapaz de aguantar riesgos y fatigas, más hábil con la lengua que con la mano, depredador de los aliados y él mismo presa del enemigo,

---

[77] Quinto Cecilio Metelo, llamado luego el Numídico, cónsul en 109. Los Metelos pertenecían a una familia plebeya noble con seis consulados entre 123 y 109.

[78] Marco Junio Silano, el primero de su familia en alcanzar el consulado. Poco después (en 108), fue derrotado por los cimbros.

no sujeto ni a mando ni a disciplina. Así, al nuevo general le 2
vino más preocupación por la baja moral de los soldados
que ayuda o fundada esperanza por su cantidad. Con todo, 3
Metelo, si bien el retraso de las elecciones había recortado
el tiempo de la campaña de verano[79] y entendía que el áni-
mo de sus compatriotas estaba en suspenso con la expecta-
tiva de lo que pudiera pasar, resolvió no emprender la gue-
rra hasta obligar a los soldados a ejercitarse en la disciplina
tradicional. Pues Albino, deprimido por el desastre de su 4
hermano Aulo y del ejército, una vez que hubo decidido no
salir de la provincia, todo el tiempo de verano que estuvo al
mando de ellos[80] tenía a los soldados casi siempre en cam-
pamentos permanentes, excepto cuando el mal olor o la fal-
ta de forraje le obligaba a cambiar de sitio. Pero ni eran for- 5
tificados, ni se sacaban guardias según el estilo de la milicia;
cuando a cada cual le venía en gana, se alejaba de las ban-
deras; los cantineros andaban mezclados con los soldados
día y noche, y, sin ir con rumbo fijo, saqueaban los campos,
esquilmaban los caseríos, conducían sus botines de animales
y esclavos, rivalizando entre sí, y cambiaban estas mercan-
cías con los mercaderes por vino importado y otros artículos
parecidos; además, vendían el trigo que les daba el Estado y
compraban el pan día a día; en fin, todo oprobio de vagan-
cia y disipación que pueda decirse o imaginarse se hallaba
en aquel ejército, y algo más.

Pero hallo que ante este problema Metelo fue un hombre 45
tan grande y prudente[81] como en las cuestiones del enemi-

[79] Metelo dejó Roma en abril y debió tomar el mando en África alrededor del mes de junio. Durante ese mismo mes debió de entrar en campaña.

[80] Seis u ocho semanas de este año de 109.

[81] La fuente para esta opinión debió de ser Publio Rutilio Rufo, lugarteniente de Metelo, que escribió unas memorias. El concepto, por lo demás, es estoico.

go, manteniéndose equilibrado, con gran moderación, entre
2 la lisonja y la crueldad. Pues en primer lugar suprimió por
un edicto los estímulos de la vagancia: nadie vendería en el
campamento pan o cualquier otro alimento cocido, los can-
tineros no seguirían al ejército, los soldados rasos o de pri-
mera línea no tendrían, ni en el campamento ni en marcha,
esclavo o acémila; a los restantes excesos puso coto estric-
tamente. Además, todos los días cambiaba de campamento
por caminos transversales, lo fortificaba con empalizada y
foso, como si el enemigo estuviese a la vista, ponía numero-
sos puestos de guardia y les pasaba revista con sus oficiales;
del mismo modo, durante la marcha, se hacía presente bien
en vanguardia, bien en retaguardia, y muchas veces en el
centro, para que nadie se saliese de su fila, para que marcha-
sen apiñados en torno a sus banderas, para que los soldados
3 llevasen su alimento y armas[82]. Así, previniendo las faltas
más que castigándolas, saneó al ejército en poco tiempo.

46 Entretanto Jugurta, cuando se enteró por sus agentes de
lo que Metelo se traía entre manos, y a la vez fue informado
desde Roma de su integridad, se puso a desconfiar de su
suerte y entonces por primera vez intentó rendirse de veras.
2 En consecuencia, envía al cónsul sus delegados para supli-
carle y pedirle la vida exclusivamente para él y para sus hi-
jos, y para que todo lo demás lo pusieran a disposición del
3 pueblo romano. Pero por experiencia tenía ya antes cono-
cimiento Metelo de que la raza de los númidas no era de
4 fiar, que eran volubles de carácter y ávidos de cambio. En
consecuencia, aborda a los delegados, a cada uno por sepa-
rado, y, tanteándolos despacio, así que comprueba que están
proclives a él, a base de grandes promesas, los convence pa-

[82] Los soldados llevaban cada uno alimentos para diecisiete días, y además dos o tres estacas para el campamento. En total, un peso de alrededor de 20 kilos.

ra que le entreguen a Jugurta, a ser posible vivo, pero si esto no sale, muerto. Por lo demás, públicamente les ordena que comuniquen al rey lo que era conforme a sus deseos. A con- 5
tinuación, a los pocos días, entra él en Numidia con un ejército alertado y presto a combatir; allí, contra toda apariencia de guerra, las chozas estaban llenas de gente, en los campos permanecían los ganados y los agricultores; de ciudades y aduares le salían al encuentro los mandatarios reales, dispuestos a darle trigo, a acarrear víveres, en fin, a hacer todo lo que se sirviese mandar. Pero no por ello Metelo marcha- 6
ba con su columna menos preparado[83], sino igual que si tuviese a la vista al enemigo, y exploraba todo por doquier, pensando que aquellos signos de rendición no eran sino apariencia y que estaban tanteando el lugar para una emboscada. Por ello, él mismo iba en vanguardia con batallones 7
de armas ligeras y una brigada selecta de honderos y arqueros; en la retaguardia mandaba Gayo Mario[84], su lugarteniente, con la caballería, y los jinetes de las fuerzas auxiliares los había repartido a ambos flancos entre los tribunos de las legiones[85] y los comandantes de batallón, a fin de que la infantería ligera, mezclada con ellos, rechazase a la caballería enemiga por cualquier parte que se aproximase. Pues Jugurta tenía tal capacidad de fraude y tan gran cono- 8
cimiento de la topografía y el arte bélico que no estaba claro

[83] Es decir, *quadrato agmine:* tres columnas cubiertas en vanguardia, retaguardia y flancos por infantería ligera y caballería para evitar un ataque por sorpresa.

[84] Había además otro lugarteniente como mínimo: Publio Rutilio Rufo (véase nota 81).

[85] Es decir, *tribuni militum,* que eran seis por legión. Normalmente, su papel era administrativo. Los había de dos clases (Ps. Asconio 216 Stangl): *Tribunorum militarium duo genera; primum eorum qui Rufuli dicuntur; hi in exercitu creari solent; alii sunt comitati, qui Romae comitiis designantur.*

si era más pernicioso ausente o presente, estando en paz o haciendo la guerra.

47 Había no lejos del itinerario que seguía Metelo[86] una ciudad númida de nombre Vaga, lugar de mercado el más concurrido de todo el reino, donde acostumbraban a fijar su residencia y comerciar muchos individuos de origen itálico.
2 Aquí puso el cónsul una guarnición, tanto para ver si lo toleraban, como por la ventaja del sitio. Además, exigió que le acarreasen trigo y demás cosas útiles para la guerra, en la creencia de que, tal como invitaba a pensar la situación, el gran número de comerciantes ayudaría al ejército con su abastecimiento y serviría de refuerzo para lo que tenía ya lo-
3 grado. Mientras se daban estos pasos, Jugurta enviaba todavía más insistentemente a sus delegados a suplicar, a pedir la paz, a poner todo a disposición de Metelo, salvo su vida y
4 la de sus hijos. Igual que a los anteriores, el cónsul los devolvía a casa tras incitarlos a que hiciesen traición; al rey ni le negaba ni le prometía la paz que pedía, y con estos retrasos aguardaba el cumplimiento de las promesas de los delegados.

48 Jugurta, cuando comparó las palabras y los hechos de Metelo y cayó en la cuenta de que le estaba atacando con sus mismas armas, puesto que se le anunciaba la paz de palabra, y de hecho la guerra era terrible, de que se le había enajenado la mayor de sus ciudades, su territorio era ya conocido por el enemigo y le estaban tanteando el ánimo a su gente, obligado por la fuerza de las circunstancias, decidió
2 combatir con las armas. De modo que, tras espiar el itinerario del enemigo, concibiendo por la ventaja del lugar la esperanza de una victoria, organiza el mayor contingente po-

[86] El valle del Bágradas (hoy Medjerda).

sible de tropas de todas las armas y por trochas secretas se
anticipa al ejército de Metelo.

Había en esta parte de Numidia, que había pertenecido a 3
Adérbal en el reparto, un río que nacía al Sur, por nombre
Mutul[87], a pocos kilómetros[88] de distancia del cual y en lí-
nea paralela a él había una cordillera, falta de vegetación y
sin cultivo humano. Pero aproximadamente a la mitad de
ésta se levantaba una especie de colina que se extendía a lo
lejos[89], cubierta de acebuches, arrayanes y otras especies
arbóreas que crecen en terrenos secos y arenosos. En cam- 4
bio, la llanura central estaba desierta por falta de agua, ex-
cepto el espacio próximo a la corriente; éste estaba cuajado
de arbustos y era frecuentado por ganado y agricultores.

Así pues, en esta colina que hemos explicado que se ex- 49
tendía perpendicularmente al río, Jugurta tomó posiciones
con un frente poco denso. Dio el mando de los elefantes y
de parte de las tropas de infantería a Bomilcar, explicándole
qué es lo que tiene que hacer; él se coloca más cerca del
monte con toda la caballería e infantería selecta. A conti- 2
nuación, pasando revista uno por uno a los escuadrones y
manípulos les exhorta y conjura a que tengan presente su
prístino valor y su victoria, y le defiendan a él y su reino de
la codicia de los romanos: el combate lo iban a librar con
quienes antes habían hecho pasar vencidos bajo su yugo;
habían cambiado de general, no de espíritu; todo cuanto co-

---

[87] Normalmente se le identifica con el río Mellègue. Metelo, al abandonar Vaga, ha debido seguir el Bágradas, al norte del río. El Mutul es un afluente del Medjerda o Bágradas, con bastante agua, pues la batalla tuvo lugar en julio o agosto de este año 109 y allí se iba a hacer aguada. En cualquier caso, ha sido imposible fijar el sitio del combate.

[88] La tradición manuscrita da treinta kilómetros *(XX millas)* lo que es absolutamente imposible. Quizá habría que leer III, con Ciacconio.

[89] Dicha colina estaba entre el río y el monte, formando ángulos rectos con ambos. La extensión que Salustio le confiere es una exageración.

rrespondía a un general lo había previsto él para el bien de los suyos: un lugar ventajoso, para que luchasen prevenidos contra incautos, y ni inferiores en número contra muchos, ni
3 inexpertos contra verdaderos guerreros. Por eso, que estuviesen alerta y atentos para atacar a los romanos al dar la señal; aquel día había de ratificar todos sus esfuerzos y triun-
4 fos o ser el inicio de las más grandes calamidades. Aparte de eso, hombre por hombre, conforme había distinguido a cada cual con dinero o condecoraciones por acción de guerra, les recordaba su merced y los ponía de ejemplo a los demás; por último, según el carácter de cada uno, los iba estimulando de manera diferente, con promesas, amenazas o súplicas. Cuando en esto, Metelo, que no sabía nada del
5 enemigo, desciende del monte con su ejército y le divisa. A lo primero se quedó dudando ante el insólito cuadro que se le ofrecía (pues los númidas y sus caballos habían tomado posiciones entre el ramaje, pero ni estaban ocultos por completo, dada la poca altura de los árboles, ni tampoco dejaban ver de qué se trataba, pues se hallaban disimulados, ellos y las enseñas militares, por la naturaleza del paraje y su fraude); y luego, reconociendo al punto la emboscada, ordena
6 un breve alto a la columna. Allí, cambiando la formación, dispuso la tropa en triple línea de combate[90] hacia el flanco derecho, que era el más cercano al enemigo; distribuye a los honderos y arqueros entre los manípulos, coloca toda la caballería en las alas, y, después de arengar concisamente a

[90] La legión avanzaba en tres columnas: *hastati, principes* y *triarii*, paralela una a la otra. A la hora de un ataque, los *hastati* formaban la primera línea de combate, los *principes* la segunda y los *triarii* la tercera. Metelo ordena ahora el alto a su ejército, haciéndolo girar a la derecha y colocando en el frente a los *hastati (conmutatis ordinibus)* y a continuación ordenó girar a la izquierda *(transuorsis principiis)* y prosiguió la marcha, llevando a la caballería en vanguardia y retaguardia.

los soldados a tenor de las circunstancias, traslada las tropas
a la llanura tal como las había formado, imprimiéndoles un
giro a la izquierda.

Pero cuando se dio cuenta de que los númidas se esta- 50
ban quietos y no bajaban de la colina, temiendo, por la épo-
ca del año y la falta de agua, que la sed acabase con el
ejército, ordenó a Publio Rutilio[91], su lugarteniente, adelan-
tarse con unas cohortes armadas a la ligera y parte de la ca-
ballería en dirección al río, a fin de que fuese eligiendo un
lugar para el campamento, estimando que el enemigo retar-
daría su marcha con continuos ataques y escaramuzas en los
flancos, y que, puesto que no tenía confianza en las armas,
pondría a prueba el cansancio y la sed de los soldados. Lue- 2
go, él iba avanzando lentamente, a tenor de la situación y el
terreno, de la misma manera que había descendido del mon-
te, llevando a Mario detrás de la vanguardia[92] y yendo él
con los jinetes del ala izquierda, que en el orden de marcha
habían quedado los primeros.

Ahora bien, Jugurta, cuando ve que la retaguardia de 3
Metelo había rebasado a sus primeros hombres, ocupa con
un destacamento de alrededor de dos mil soldados de infan-
tería el monte por donde había bajado Metelo, para evitar
que, llegado el caso de que retrocediesen, sirviese a sus ad-
versarios de retirada y, más tarde, de fortificación. Luego, de 4
repente, dando la señal se abalanza contra el enemigo. Unos
númidas hacían estragos en la retaguardia, otros probaban
por izquierda y derecha, se mostraban atacando y presiona-

[91] Pretor hacia el 118, cónsul en 105. La claridad con que Salustio describe la batalla del río Mutul sugiere que utilizó la autobiografía del lugarteniente de Metelo.

[92] *Post principia:* previamente, Mario marchaba en el interior de la formación, y al girar ésta a la derecha queda detrás de la primera línea, en posición de ejercer el mando allí.

ban, en todos los puntos desorganizaban las filas de los ro-
manos. Entre éstos, incluso los que habían hecho frente al
enemigo con ánimo más firme se veían burlados por la con-
fusión del combate, y mientras ellos eran heridos sólo de
lejos, no tenían posibilidad de herir a su vez o de trabar
5 combate. Aleccionados ya con anterioridad por Jugurta los
jinetes, cuando el escuadrón de los romanos comenzaba a
perseguirlos, se retiraban, no en filas cerradas ni al mismo
6 punto, sino lo más alejados posible los unos de los otros. De
este modo, al ser superiores en número, si no podían hacer
desistir al enemigo de su persecución, los atacaban por la
espada y por los flancos cuando estaban desanimados. Y si
para huir resultaba más adecuada una colina que los llanos,
los caballos de los númidas, que estaban acostumbrados, se
abrían paso por allí con facilidad entre los ramajes, mientras
que a los nuestros lo abrupto y desconocido del lugar los
entorpecía.

51 Por lo demás, el aspecto general de la batalla era múlti-
ple, incierto, horrible y lastimoso. Aislados de los suyos,
unos retrocedían, otros avanzaban; no prestaban atención a
las banderas ni a las filas; donde el peligro sorprendía a ca-
da cual, allí se quedaba, y trataba de rechazar al enemigo;
armas ofensivas y defensivas, hombres y caballos, enemigos
y conciudadanos andaban mezclados; nada se hacía res-
pondiendo a un plan y al mando, el azar lo gobernaba todo.
2 Así es como había transcurrido buena parte del día y entre-
3 tanto el resultado estaba en el aire. Por fin, agotados todos
por el esfuerzo y el calor[93], cuando Metelo ve que los nú-
midas aflojaban en el ataque, va reuniendo poco a poco a
sus soldados, reorganiza las filas y coloca cuatro cohortes

[93] En agosto y con siroco el termómetro puede alcanzar los 52 grados a la sombra.

de legionarios[94] cara a la infantería enemiga. La mayor par-
te de ésta había tomado posiciones, exhausta, en puntos ele-
vados. Al mismo tiempo rogaba y exhortaba a los soldados 4
para que no desfallecieran ni permitieran vencer a unos ene-
migos siempre en fuga; decíales que no tenían campamento
ni baluarte alguno adonde encaminarse en su retirada, que
todo dependía de las armas. Pero tampoco Jugurta se estaba 5
quieto entretanto: iba de ronda dando ánimos, reavivaba el
combate, y con gente escogida él personalmente probaba a
atacar por todas partes, socorría a los suyos, presionaba a los
enemigos vacilantes; a los que sabía que estaban firmes, los in-
movilizaba peleando de lejos.

De este modo combatían entre sí dos generales que eran 52
hombres extraordinarios, personalmente del mismo nivel,
aunque con recursos diferentes: pues Metelo tenía a su favor 2
el coraje de sus soldados y en contra el terreno; Jugurta, ex-
cepto los soldados, todo lo demás favorable. Finalmente, los 3
romanos, al comprender que no tienen escapatoria y que los
enemigos no les dan posibilidad de pelear (y ya era la caída
de la tarde) trepan por la colina de enfrente, como les había
sido ordenado. Perdidas sus posiciones, los númidas fueron 4
arrollados y puestos en fuga; murieron unos pocos, pero la
velocidad y el paraje, que los enemigos no conocían, salva-
ron a la mayoría.

Entretanto, Bomílcar, a quien como hemos dicho más arri- 5
ba Jugurta puso al frente de los elefantes y de parte de las
tropas de infantería, cuando Rutilio lo hubo rebasado, hace
descender a los suyos despacio al lugar llano y, mientras el
oficial romano continúa su marcha apresurada en dirección

---

94 Formadas exclusivamente de soldados romanos y distintas, por consiguiente, a las de tropas auxiliares *(cohortes sociorum)*. Las cohortes de una legión eran diez, subdividida cada una de ellas en tres manípulos, y cada uno de éstos en dos centurias.

al río adonde le habían mandado, prepara el frente de com-
bate con calma, como permitía la situación, y no deja de
6 espiar la actividad del enemigo en cada lugar. Así que se
enteró de que Rutilio había hecho alto ya y se había relaja-
do, y aumentaba al tiempo el griterío del combate de Jugur-
ta, temiendo que el oficial romano, al enterarse de la situa-
ción, acudiese en socorro de los suyos, al hallarse éstos en
apuros, extiende el frente de la batalla, que había antes dis-
puesto en espesa formación porque no se fiaba del valor de
sus soldados, con el fin de obstaculizar la marcha de los
enemigos, y de este modo avanza hacia el campamento de
Rutilio.

53 Los romanos se percatan de repente de una gran polva-
reda, pues el campo cuajado de matorrales impedía la vista
de lejos. Primero pensaron que el viento levantaba la tierra
seca, luego, al ver que permanecía igual y que, conforme se
movía la tropa, se iba aproximando sin cesar, al descubrir
de qué se trataba, cogen a toda velocidad las armas y for-
2 man delante del campamento, según se les ordenaba. Luego,
cuando se llegó a corta distancia, ambos bandos salen co-
3 rriendo con gran griterío. Los númidas aguantaron sólo
mientras vieron ayuda en los elefantes; luego, al verlos en-
redados en las ramas de los árboles y que, diseminados de
este modo, los acorralaban, salen en desbandada y los más,
después de arrojar sus armas, escapan sanos y salvos con el
amparo de la colina o de la noche, que ya se echaba encima.
4 Fueron capturados cuatro elefantes, y muertos los cuarenta
5 restantes. Por su parte, los romanos, aunque estaban cansa-
dos de la marcha, el trabajo del campamento y el combate,
no obstante, como Metelo se retrasaba más de lo que era de
6 esperar, avanzan a su encuentro formados y en alerta. Pues
la perfidia de los númidas no permitía relajarse ni descui-
7 darse. Y a lo primero, cuando en la oscuridad de la noche

no distaban mucho entre sí, dado el estrépito que hacían como si se acercasen los enemigos, se infundían unos a otros miedo y sobresalto; y por falta de previsión casi se habría perpetrado un acto lastimoso, si no hubieran investigado la situación jinetes de cada parte enviados por delante. De ma- 8
nera que repentinamente el miedo se trocó en alegría. Los soldados se llamaban los unos a los otros llenos de contento, contaban y escuchaban lo que habían hecho, cada cual ponía por las nubes sus actos de valor. Y es que naturalmente las cosas humanas son así: a la hora del triunfo hasta los cobardes se permiten vanagloriarse; la adversidad rebaja incluso a los valientes.

Metelo se queda cuatro días en el mismo campamento y 54
cura con todo mimo a los heridos, condecora según la norma militar a los que han destacado en combate, y reunidos en asamblea elogia a todos y les da las gracias, exhortándoles a que muestren idéntico espíritu para lo que queda, que es cosa ligera: por la victoria ya han combatido bastante, el esfuerzo restante sería por el botín. Con todo, entretanto, en- 2
vió a desertores y a otros hombres idóneos a explorar dónde andaba Jugurta y qué se traía entre manos, si estaba con pocos o tenía un ejército, y cómo llevaba el haber sido vencido. Pero aquél se había retirado a parajes boscosos y defendidos 3
de manera natural, y allí reunía un ejército más numeroso, pero torpe y frágil, más habituado a la agricultura y al pastoreo que a la guerra. Era así por la sencilla razón de que, 4
aparte de la caballería real, ni uno solo de entre todos los númidas acompaña al rey después de la derrota. Cada cual se va adonde le da la gana y ello no se considera una vergüenza militar: sus costumbres son ésas.

De modo que Metelo, al ver que el ánimo del rey se 5
mantenía todavía altivo, que se reanudaba la guerra, la cual como no fuera al antojo de aquél no se podía hacer, que

además la pugna con el enemigo era desigual, y que menos
pérdidas revestía para ellos ser vencidos que para los suyos
vencer, decidió que había que hacer la guerra, no a golpe de
6 batallas y frentes de combate, sino de otra manera. Es así
como se encamina a los lugares más ricos de Numidia[95], de-
vasta los campos, toma e incendia muchos fortines y plazas,
mal protegidas o sin guarnición, y da orden de matar a los
mozos, y de que todo lo demás pase a ser botín de los solda-
dos. Por temor a ello, muchas personas fueron entregadas a
los romanos como rehenes, ofreciéndoseles abundantemente
trigo y otras cosas que pudiesen ser necesarias. Dondequiera
que lo aconsejaba la situación, se establecía una guarnición.
7 Estas actividades aterrorizaban al rey mucho más que la de-
8 rrota sufrida por los suyos, puesto que una persona cuya es-
peranza toda estaba puesta en la huida se veía obligada a la
persecución y, quien no había podido defender su terreno, a
9 hacer la guerra en el del otro. Sin embargo, dentro de sus
posibilidades, elige el plan que se le antojaba mejor. Ordena
a la mayor parte de su ejército aguardar en el mismo paraje,
y él se pone a perseguir a Metelo con una elite de caballería y,
como gracias a sus marchas nocturnas a través del campo,
nadie lo advierte, ataca por sorpresa a los romanos desperdi-
10 gados. La mayor parte de éstos caen desarmados, muchos
son apresados, y ni uno solo escapa indemne; y los númi-
das, antes de que lleguen refuerzos del campamento, se reti-
ran a las colinas más cercanas, como se les había ordenado.

55 Entretanto, en Roma, se produjo un gran gozo al conocer-
se las actuaciones de Metelo: él y su ejército se habían por-
tado al estilo de los antepasados; pese a hallarse en terreno
desfavorable, había salido vencedor por su arrojo, se estaba

[95] Posiblemente, entre el Mutul y la frontera de la provincia romana. Sica caía dentro de esta área, cuyo límite Norte era sin duda el valle del Bágradas.

apoderando del campo del enemigo y había obligado a Jugurta, engreído por la pusilanimidad de Albino, a poner su esperanza de salvación en el desierto y en la huida. En con- 2
secuencia, el senado decretaba acciones de gracias[96] a los dioses inmortales por estas felices hazañas; la ciudad, antes convulsa y preocupada por el resultado de la guerra, estaba dichosa: la gloria de Metelo era eximia. Por ello, pues, se 3
esforzaba por la victoria con más ahínco, se daba prisa por todos los medios, cuidando no obstante de no ofrecer fácil blanco al enemigo en ninguna parte, y recordaba que tras la gloria suele venir la envidia. Así que cuanto más famoso 4
era, tanto más angustiado estaba, y después de la emboscada de Jugurta ya no hacía botín con el ejército desparramado por el país. Cuando había necesidad de trigo o de pasto, iban de guardia unos batallones con toda la caballería; pero el campo era asolado con incendios más que con el pillaje. Él en persona conducía una parte del ejército, y a los restan- 5
tes los llevaba Mario; hacían los campamentos en dos pun- 6
tos no distantes entre sí; cuando había que recurrir a la fuerza, 7
acudían todos a una; por lo demás, actuaban por separado para que la dispersión y el terror alcanzasen más extensión. Durante ese tiempo Jugurta los seguía a través de las coli- 8
nas, buscaba el momento y el lugar para combatir por donde había oído que llegaría el enemigo; envenenaba el pasto y las fuentes, de las que había escasez; se hacía ver unas veces por Metelo y otras por Mario, provocaba a los últimos de la columna, y al instante regresaba a las colinas; amenazaba a unos, luego a otros; no libraba batalla ni los dejaba en paz, únicamente entorpecía los planes del enemigo.

El generalísimo romano, al ver que le estaban cansando 56
con artimañas y que el enemigo no le daba posibilidad de

[96] Eran decretadas por el senado y proclamadas por un magistrado.

combatir, decidió asediar una gran ciudad, de nombre Zama[97], baluarte del reino en la zona donde estaba situada, en la idea de que, como lo exigía el hecho, Jugurta vendría en auxilio al estar en peligro los suyos, y allí se daría la batalla.
2 Mas aquél, informado por los desertores de lo que tramaba, a marchas forzadas se anticipó a Metelo. Recomienda a los habitantes de la plaza que defiendan las murallas, añadiéndoles en su ayuda a los desertores, la clase más firme de las
3 tropas del rey, porque no podían engañarle; además, les promete que en su momento vendrá él con el ejército. Tras convenir esto, se retira a unos parajes lo más ocultos posible y, poco después, se entera de que Mario ha sido enviado sobre la marcha a buscar trigo con unas pocas cohortes a Sica[98], que era la primera ciudad que, después de la derrota, había hecho defección del rey. Hacia allá se encamina de noche con una elite de caballería y, cuando ya salían los romanos, les da batalla en la puerta, y al mismo tiempo anima a los de Sica con grandes gritos para que acorralen a las cohortes por la espalda: el azar les brindaba la suerte de una acción gloriosa; si la ejecutaban, él pasaría después su vida
5 con su reino, y ellos en libertad y sin temor. Y si Mario no se hubiera apresurado a lanzarse al ataque y a escabullirse de la ciudad, sin duda todos o gran parte de los de Sica se habrían cambiado de bando: con semejante volubilidad se con-
6 ducen los númidas. Los soldados de Jugurta, tras ser contenidos un poco por el rey, una vez que los enemigos apreta-

---

[97] Probablemente Zama Regia, la que sería capital de Juba I, así como la de la provincia de *Africa Noua* de la que el historiador fue gobernador. Aunque la localización de Zama no es exacta, las mayores probabilidades las tiene la actual ciudad de Zama.

[98] Actual Le Kef; en Sica tenía lugar el culto de la deidad identificada posteriormente como *Sicca Veneria*. Era lugar de gran importancia económica y estratégica.

ron con más fuerza, salieron huyendo y sufrieron unas pocas pérdidas.

Mario llegó a Zama. Esta plaza, situada en una llanura, 57
estaba fortificada a base de obras más que por naturaleza, y no carecía de ninguna cosa necesaria, estando bien abastecida de armas y de hombres. Por lo tanto, Metelo, una vez 2
dispuestas las operaciones en conformidad con las circunstancias y el terreno, rodea con el ejército todo el perímetro de las murallas, indicando a sus lugartenientes dónde tenía que ejercer el mando cada cual. Luego, al dar señal, de to- 3
das partes se levanta al mismo tiempo un inmenso griterío, hecho que tampoco aterra a los númidas: con las armas prestas y en alerta permanecen sin alborotarse. Comienza el 4
combate. Los romanos, según el carácter de cada cual, unos peleaban desde lejos, con bolas y piedras, otros se aproximaban, y, bien socavaban el muro, bien lo asaltaban con escaleras, deseando llegar a las manos. Frente a ello los de la 5
plaza dejaban caer peñascos sobre los más próximos, y lanzaban estacas y dardos y pez mezclada con azufre y teas, todo ardiendo. Y ni siquiera a aquéllos que se habían que- 6
dado lejos les había protegido bastante su ánimo pusilánime, pues a los más les herían los disparos hechos por la artillería o a mano, de modo que tanto los valientes como los cobardes corrían el mismo peligro, aunque era distinta su gloria.

Mientras se combate de este modo en Zama, Jugurta in- 58
vade de repente con un gran contingente el campamento de los enemigos; descuidados los que estaban de guardia y esperando cualquier cosa antes que un combate, irrumpe por la puerta. Los nuestros, paralizados por el repentino miedo, 2
buscan, cada uno por su lado y de acuerdo con su manera de ser, una salida: los unos huían, los otros echaban mano a las armas, y una gran parte fue herida o muerta. Ahora bien, no 3

más de cuarenta de entre todo el número, que tenían presen-
te el nombre romano, formaron un pelotón y tomaron un lugar
algo más elevado que el de los demás, y de allí no pudieron
ser desalojados ni a viva fuerza; al contrario, recogían los
dardos arrojados desde lejos y los volvían a arrojar y, como
eran pocos contra muchos, fallaban menos. Y si los númidas
se acercaban más, entonces daban muestras de su arrojo y
los herían con extrema violencia, los dispersaban y ponían
4 en fuga. Entretanto, Metelo, que estaba librando una reñida
batalla, oyó el griterío enemigo a sus espaldas y, luego, al
dar la vuelta al caballo, advirtió que se producía una des-
bandada en dirección a él, hecho que revelaba que se trataba
5 de los suyos. En consecuencia, envió rápidamente al campa-
mento a toda la caballería y, al instante, a Gayo Mario con
las cohortes de aliados, y derramando lágrimas le suplica
por su amistad[99] y por la patria que no permita que quede
mancha alguna en el ejército vencedor, ni que el enemigo se
vaya sin castigo. Mario ejecuta el encargo en un momento.
6 Jugurta, enredado en el sistema defensivo del campamento,
pues los unos se lanzaban de cabeza por encima de la empa-
lizada, los otros con la prisa se lastimaban a sí mismos en
las estrecheces, tras perder a muchos, se retiró a lugares pro-
7 tegidos. Metelo, sin poder culminar su empresa y cuando la
noche se echaba encima, retorna con el ejército al campa-
mento.

59 De modo que al día siguiente, antes de salir a poner cer-
co, da orden de que toda la caballería se aposte delante del
campamento por la parte por donde se esperaba la llegada
del rey, asigna a los tribunos las puertas y las zonas próxi-
mas, y luego se dirige él a la plaza fuerte, y, como el día an-

[99] Amistad que no pudo ser muy profunda, pues el abismo entre ambos, abierto cuando el tribunado de Mario en el 119, continuaba interponiéndose entre ellos, pese a que a los dos venía bien una reconciliación.

terior, ataca el muro. Entretanto, Jugurta, saliendo de su es- 2
condite, carga de repente contra los nuestros; los que esta-
ban apostados más cerca se asustan un tanto y se perturban,
los restantes acuden en su ayuda de inmediato. Y los númi- 3
das no hubiesen podido resistir mucho tiempo, si su infan-
tería mezclada con la caballería no hubiera provocado una
gran carnicería en el choque. Los jinetes, confiados en la in-
fantería, no perseguían y luego retrocedían, como ocurre en
las batallas ecuestres, sino que se enfrentaban de cara con
los caballos y enredaban y perturbaban las líneas, y de este
modo entregaban medio vencidos los enemigos a su rápida
infantería.

Al mismo tiempo se combatía con gran violencia en el 60
sitio de Zama. Dondequiera que había al mando un legado o
un tribuno, allí apretaban con toda energía y no ponían su
esperanza los unos en los otros, sino cada uno en sí mismo.
Y los de la plaza actuaban parejamente; repelían el ataque y
se preparaban en todas partes, más anhelaban herir a los
contrarios que protegerse a sí mismos. Los gritos se mez- 2
claban con las voces de ánimo, la alegría y los gemidos, y
asimismo el estrépito de las armas llegaba hasta el cielo; los
proyectiles volaban de un frente al otro. Pero aquellos que 3
defendían las murallas, cuando los enemigos hubieron re-
mitido un tanto en el combate, contemplaban atentamente la
batalla ecuestre. Se los veía ya contentos ya asustados, se- 4
gún le iban las cosas a Jugurta en cada momento, y como si
pudiesen ser oídos o vistos por los suyos, los unos les acon-
sejaban, los otros los animaban o les hacían señas con las
manos o hacían fuerzas con sus cuerpos, moviéndolos ora
acá, ora allá, como para evitar el disparo o para lanzar un
dardo. Cuando Mario se apercibió de ello (pues ejercía el 5
mando en esta parte), empezó a actuar más suavemente y a
simular que no tenía confianza en su tarea, a consentir que

los númidas contemplasen la batalla de su rey sin incordiar-
6 los. Estando ellos tan ensimismados en su afán por los suyos, de repente ataca el muro con gran violencia. Y ya los soldados, subiendo por las escaleras, casi se habían afianzado a las alturas, cuando los de la plaza salen corriendo y
7 arrojan contra ellos piedras, fuego y otros proyectiles. Los nuestros resistían al principio, luego, cuando se partieron unas cuantas escaleras, los que habían estado encima de ellas se vinieron al suelo y los demás, como pudieron, pocos sin daño, una gran parte cubiertos de heridas, se alejaron de
8 allí. Por último, la noche suspendió el combate de uno y otro lado.

61 Metelo, al ver que eran vanos sus intentos, que no tomaba la ciudad y que Jugurta no peleaba como no fuese en emboscadas o en su propio terreno, y que el verano estaba ya terminado[100], se aleja de Zama y establece sus guarniciones en aquellas ciudades que habían hecho defección a su causa y se hallaban suficientemente fortificadas por la si-
2 tuación o por sus murallas. El resto del ejército lo instala en la parte de la provincia más cercana a Numidia[101] para que
3 pase el invierno. Y este tiempo no lo dedica, como es norma en otros, al descanso o la buena vida, sino que, dado que la guerra adelantaba poco con las armas, decide hacer un atentado al rey con el concurso de sus amigos y recurrir a la traición de éstos en sustitución de las armas.

4 Así es como aborda con muchas promesas a Bomílcar, que había estado en Roma con Jugurta y luego había eludido clandestinamente el juicio por la muerte de Masiva tras presentar sus fiadores, porque gracias a que gozaba de la máxima amistad tenía también la máxima posibilidad de

[100] Finales de septiembre u octubre (del 109).

[101] Metelo se acuarteló en Tisidio con una legión y Mario puso su campamento cerca de Útica. El invierno es naturalmente el del 109-108.

sorprender a Jugurta. Y para empezar logra que venga a él a 5
escondidas para entrevistarse, y, luego, dándole la palabra
de honor de que si le entrega a Jugurta vivo o muerto el se-
nado le concederá la impunidad y todo lo que es suyo, con-
vence fácilmente al númida, quien no sólo era de carácter
traidor sino que temía que, en caso de hacerse la paz con los
romanos, fuese una de las condiciones entregarle a él para
que sufriera la pena de muerte.

Bomílcar, a la primera oportunidad que tuvo, se le acer- 62
ca a Jugurta, que se hallaba angustiado y lamentándose de
su suerte, y le aconseja y ruega con lágrimas que piense al-
guna vez en sí, sus hijos y el pueblo de los númidas, que
tanto se lo merece: ellos han sido derrotados en todos los
combates, les han devastado el campo, tienen a muchos hom-
bres prisioneros y muertos, los recursos del reino han dismi-
nuido; ya han puesto a prueba bastantes veces el valor de
los soldados y la fortuna; cuidado debía tener, no fuese que
ante sus cavilaciones los númidas decidieran actuar por su
cuenta. Con estas y semejantes razones impulsa el espíritu 2
del rey a la rendición. Se despachan embajadores[102] al gene- 3
ral romano a decirle que Jugurta está dispuesto a hacer lo or-
denado y a entregarse sin condiciones, él y su reino, a Mete-
lo bajo palabra de honor. Éste ordena llamar al momento de 4
los cuarteles de invierno a todos los de la clase senatorial[103]
y con éstos y otros a los que consideraba competentes cele-
bra un consejo. De este modo, según norma de los antepa- 5
sados, en virtud del decreto del consejo, exige a Jugurta a
través de los embajadores doscientas mil libras de plata[104],

[102] Tercera embajada de Jugurta a Metelo de la que hace mención expresa Salustio.

[103] A saber, los lugartenientes, el cuestor y quizá los prefectos.

[104] Esto es, 67.200.000 sestercios. Los desertores de que se habla más abajo eran 3.000, o más, según Orosio, V 15,7.

todos los elefantes y cierta cantidad de caballos y armas. Una vez que se cumplió esto sin tardanza, ordena que le traigan a todos los desertores presos. Fueron traídos gran parte de éstos, como había sido ordenado. Unos pocos se habían marchado junto al rey Boco a Mauritania, tan pronto
8 como empezó la rendición. De modo que Jugurta, al verse despojado de las armas, de los hombres y del dinero, y al ser llamado a Tisidio[105] él mismo para recibir órdenes, otra vez comenzó a cambiar de opinión y a temer por su mala
9 conciencia lo que se merecía. Finalmente, tras consumir muchos días en las dudas, estimando unas veces, harto de sufrir reveses, que todo era preferible a la guerra, y otras meditando para sus adentros qué dura era la caída del trono a la esclavitud, después de haber perdido inútilmente muchos e impor-
10 tantes contingentes, emprende la guerra de nuevo. En Roma el senado, consultado sobre el reparto de provincias, había asignado Numidia a Metelo.

63 Por la misma época, estando Gayo Mario en Útica haciendo un sacrificio a los dioses, el arúspice le había dicho que los presagios eran para él importantes y maravillosos: que consiguientemente llevase adelante con confianza en los dioses lo que le andaba rondando en la cabeza, y pusiese a prueba cuantas veces quisiera al azar, que todo le iba a salir
2 a pedir de boca. Y a él ya antes le atormentaba un enorme deseo de alcanzar el consulado[106], para conseguir el cual, excepto la antigüedad familiar, todo lo demás lo tenía con

---

[105] Hoy Krich el Oued, en la margen derecha del Bágradas (Medjerda); su ubicación dentro de la provincia romana le hacía deseable para acampar allí por su buena comunicación con Útica a través del valle de ese río.

[106] Habiendo sido pretor en el 115, desde el 112 (dejando, pues, los dos años obligatorios entre una y otra magistratura curul) estaba en disposición de ser cónsul.

creces: diligencia, honradez, gran conocimiento militar, ánimo grande en la guerra, modesto en la vida civil, dominador de sus pasiones y de las riquezas, ávido de gloria únicamente.

Nacido y criado[107] durante toda la infancia en Arpino, 3
tan pronto como estuvo en edad militar[108] se ejercitó en la vi-
da de campaña, no en la oratoria griega ni en los refinamien-
tos de la ciudad. De este modo su espíritu íntegro maduró
pronto en medio de las buenas prácticas. En consecuencia, 4
tan pronto como pidió al pueblo el tribunado militar[109], aun-
que la mayoría no lo conocían de cara, como era conocido
por sus actos, todas las tribus lo votaron sin dificultad. Lue- 5
go, después de este cargo, fue consiguiendo uno tras otro[110],
y en el poder se comportaba siempre de modo que se le con-
sideraba merecedor de otro superior al que desempeñaba.
Sin embargo, siendo como era este hombre por aquel enton- 6
ces (pues posteriormente la ambición lo llevó a la ruina), no
se atrevía a presentarse al consulado. Todavía entonces la
plebe confería los demás cargos, pero el consulado se lo pa-

---

[107] Como Cicerón y Salustio, Mario era también de origen sabino. En esa región nació hacia el 156. Su muerte tuvo lugar en enero del 86.

[108] A la edad de diecisiete años.

[109] No existe acuerdo alguno sobre la fecha en que Mario fue tribuno militar, para lo cual se necesitaban al menos cinco años de servicio. Así, Chantraine piensa en 134 o 133; Broughton, en 124 o 123; Suolahti, antes del 119; Carney, en 124; Badian, en 129.

[110] No con la facilidad que esta frase sugiere, aunque tampoco con demasiados tropiezos. De hecho, fue pretor a los cuarenta años, lo cual no es ser muy viejo, pues la edad mínima era treinta y nueve. En cualquier caso, muchos escritores incrementaron las dificultades políticas de Mario a lo largo de su *cursus honorum* para mostrar un contraste entre un Mario de humildes orígenes y su grandeza posterior. Pese a todo, Mario no tuvo unos orígenes tan humildes: sus padres eran terratenientes.

7 saba la nobleza de mano en mano[111]. Ningún hombre nuevo era tan famoso ni sus actos tan singulares que no fuese tenido por indigno de aquel cargo y como apestado para el mismo.

64 De manera que cuando Mario ve que las palabras del arúspice iban en el mismo sentido que aquel al que su ambición le impulsaba, pide a Metelo un permiso para ir a presentarse. Aunque en este hombre se daban cita por demasía el valor, el amor de la gloria y demás cualidades que la gente de bien anhela, había en él no obstante un espíritu
2 despectivo y la arrogancia, defecto común de la nobleza. De modo que a lo primero impresionado por lo insólito de la cosa se quedó admirado de sus planes y, como si fuera por amistad, le aconsejaba que no se plantease una aspiración tan descabellada ni cobrase ánimos por encima de su clase social: no todo el mundo debía desearlo todo, él debía estar satisfecho con las cosas que tenía; en fin, debería tener cuidado de solicitar del pueblo romano lo que éste con razón le
3 negaría. Así que le hubo dicho estas y parecidas razones sin lograr hacer cambiar de opinión a Mario, le respondió que tan pronto se lo permitiesen los asuntos públicos, haría lo
4 que le solicitaba. Y después, cuando una y otra vez le pedía lo mismo, se dice que le respondía que no tuviera prisas en marcharse, que ya tendría tiempo de presentarse al consulado con su propio hijo[112]. Éste hacía el servicio por esta época allí mismo, en la tienda de su padre, y tenía como veinte

---

[111] Al parecer, la situación no era exactamente así, y la realidad es que durante el siglo II a. C. cada tres o cuatro años accedía al consulado un hombre que no perteneciese a familia senatorial. Naturalmente, Salustio carga la mano en la parte que le interesa.

[112] De nombre Metelo Pío, pretor en 89/88. Nacido hacia el 128, sería cónsul en el 80. La propuesta del general a Mario es absurda porque para el 86, año en que por primera vez podría optar al consulado su hijo, Mario tendría alrededor de los setenta años.

años de edad. Semejante actitud inflamó enormemente a Ma-
rio, no sólo en pro del cargo que anhelaba, sino también en
contra de Metelo. En consecuencia, empezó a conducirse 5
con ambición y cólera, pésimos consejeros. No se abstenía
de ningún acto o palabra con tal de que fuese oportuno para
sus pretensiones, mandaba a los soldados, al frente de los
cuales estaba en los cuarteles de invierno, con disciplina
más relajada que anteriormente; delante de los comercian-
tes, de los que había gran multitud en Útica, hablaba de la
guerra con críticas y bravatas a la vez: si le concediesen la
mitad del ejército en pocos días tendría encadenado a Jugur-
ta; el general iba dando largas a sabiendas, porque era un in-
dividuo vano y de arrogancia propia de un rey, y disfrutaba
en exceso con el mando. Todos estos dicterios se les antoja- 6
ban a ellos harto fundados porque con la prolongación de la
guerra habían perdido el patrimonio, y al que anhela algo en
su alma nada le parece bastante rápido.

Había además en nuestro ejército cierto númida de nom- 65
bre Gauda[113], hijo de Mastanábal y nieto de Masinisa, a
quien en el testamento Micipsa había nombrado heredero en
segunda instancia, que había padecido varias enfermedades,
razón por la cual era un poco deficiente mental. Éste había 2
pedido que, según la tradición real, le colocaran una silla al
lado del general, y asimismo, posteriomente, un escuadrón
de caballería como guardia de corps, y ambas cosas se las
había denegado Metelo: el honor, porque éste era sólo de
aquellos a los que el pueblo romano daba el título de reyes;
el destacamento, porque resultaría insultante para ellos po-
ner a unos jinetes romanos como guardaespaldas de un nú-
mida. Mario aborda a éste, que estaba en vilo, y lo anima a 3

[113] Hermanastro de Jugurta, padre de Hiénsal II y ascendiente de los reyes númidas posteriores.

vengarse del general por su afrenta con su propia ayuda. Hombre de espíritu poco cabal por culpa de las enfermedades, lo pone eufórico con sus palabras prometedoras: él es un rey, un hombre de valía, nieto de Masinisa; si Jugurta cayera prisionero o fuera muerto, obtendría sin tardanza el imperio de Numidia; esto podía ocurrir muy pronto, si lo en-
4 viaban a él como cónsul a esta guerra. Así, tanto a Gauda como a los caballeros romanos, soldados y comerciantes[114], los impulsa, movidos unos por él mismo, los más por la esperanza de paz, a que escriban a sus allegados en Roma en términos negativos contra Metelo acerca de la guerra, y re-
5 clamen a Mario como general. Así, muchas personas solicitaban el consulado para él con la más honorable de las manifestaciones, y simultáneamente, por aquella época, la plebe, una vez derrotada la nobleza mediante la ley Mamilia, sacaba a flote a los hombres nuevos. De modo que todo le salía a Mario a pedir de boca.

66 Entretanto, Jugurta, así que reemprende la guerra tras abandonar la rendición, con gran cuidado preparaba todo, se daba prisa, reunía al ejército, trataba de atraerse por el terror, o haciéndoles ver la recompensa, a las ciudades que habían desertado de él, fortificaba sus enclaves, restauraba o compraba el armamento y el resto de las cosas que había perdido con la esperanza de la paz, intentaba ganarse a los esclavos romanos, y a los mismos que estaban en las guarniciones los tentaba con el dinero; en fin, no dejaba intacto

---

[114] La caballería de ciudadanos romanos propiamente dicha se atestigua por última vez en la guerra de España, en el 139. Normalmente, dada la necesidad de numerosa caballería, se alistaba ésta entre los provinciales o itálicos. Los *equites* se transforman en término comercial: son los encargados de dirigir negocios en las zonas conquistadas por el ejército romano; a veces son los mismos *publicani*. Los *negotiatores* («comerciantes»), por otra parte, son una especie de *publicani* de inferior categoría.

ni en paz nada, todo lo removía. De modo que los más importantes de la ciudad[115] de Vaga, donde al comienzo, cuando Jugurta hablaba de paz, Metelo había establecido una guarnición, cansados de las súplicas del rey y porque, si habían desertado antes, no lo habían hecho por su voluntad, traman un complot en común. Pues la plebe, como suele ocurrir, y principalmente entre los númidas, era de carácter voluble, sediciosa y amante de las discordias, proclive a las novedades y enemiga de la quietud y de la paz. Luego, tras convenir los detalles, fijan la fecha para dos días después, porque este día, festivo y celebrado en toda el África, ofrecía diversión y regocijo más que temor. Cuando llegó el mo- 3 mento, invitan a sus propias casas a los centuriones y tribunos militares[116] y al propio comandante de la plaza, Tito Turpilio Silano[117], cada cual a uno. A todos ellos excepto a Turpilio los degüellan durante el banquete, a continuación atacan a los soldados, que andan sin rumbo y sin armas, como es natural en semejante día y al estar sin mandos. Y lo mis- 4 mo hace la plebe, unos aleccionados por la nobleza, otros estimulados por su afición a cosas así; para éstos, aunque nada sabían del plan y de lo que se estaba llevando a cabo, el tumulto en sí y las novedades eran satisfacción bastante.

Los soldados romanos, desconcertados por un temor 67 inesperado y sin saber qué hacer exactamente, se revolvían nerviosos. La guarnición enemiga les impedía llegar al alcázar de la plaza, donde estaban las banderas y los escudos, y

[115] Ora *sufetes* («magistrados», entre los cartagineses), ora miembros del Consejo de Vaga, que en tiempos antiguos había pertenecido a territorio cartaginés.

[116] Los centuriones podían ser de las tropas aliadas, pero los tribunos militares habían de ser exclusivamente romanos.

[117] Era *praefectus fabrum* y, según se dice en el capítulo 69, de origen latino.

las puertas cerradas con anterioridad les impedían la huida;
aparte de eso, desde los tejados de los edificios, las mujeres
y los niños les arrojaban a porfía las piedras y otros objetos
2 que el lugar ponía a su disposición. Por ello, no podían ni
esquivar el doble peligro ni, pese a ser los más fuertes, po-
dían resistir a los de condición más débil: caían degollados
indistintamente valientes y cobardes, valerosos y débiles,
3 sin ser vengados. En tan calamitosa situación, con los númi-
das apretando encarnizadamente y la plaza cerrada por todas
partes, el comandante Turpilio fue el único de todos los itá-
licos que escapó indemne. Si esto sucedió así por compasión
de su anfitrión o un pacto con él o por puro azar, no lo sa-
bemos bien; excepto que, por haber sido para él en tan mal
trance preferible una vida vergonzosa a una fama intacha-
ble, se nos antoja un malvado y un miserable.

68 Metelo, cuando se enteró de lo que había pasado en Va-
ga, entristecido se apartó un rato de la vista de la gente.
Luego, cuando se mezclaron la ira y la pesadumbre, se apre-
2 sura a ir a castigar la afrenta con el máximo cuidado. Saca a
la hora de la puesta del sol[118] la legión con la que pasaba el
invierno y el mayor número posible de jinetes númidas con
sus armas ligeras y, al día siguiente, alrededor de la tercera
hora, llega a una llanura circundada por cerros de mediana
3 altura. En este lugar explica a los soldados, cansados por lo
largo de la marcha y ya renuentes a todo, que la ciudad de
Vaga distaba no más de una milla[119], y que era un honor pa-
ra ellos soportar con ánimo sereno el esfuerzo restante para
infligir un castigo en defensa de sus conciudadanos, hom-

[118] Las cinco menos cuarto de la tarde en esta época (diciembre-enero). La hora tercera que se cita más abajo son las nueve y media de la mañana.

[119] La distancia en línea recta de Tisidio a Vaga es 43 kilómetros. Dicha distancia les llevaría más de dieciséis horas de camino.

bres tan valientes y desafortunados; a más de esto les hacer ver generosamente el botín. Reactivados de este modo sus 4 ánimos, ordena que los jinetes vayan desplegados delante, y detrás los infantes lo más apiñados posible y ocultando las banderas.

Los de Vaga, cuando se percataron de que un ejército se 69 encaminaba en dirección a ellos, al principio, pensando, como era el caso, que se trataba de Metelo, cerraron las puertas. Después, al ver que ni arrasaban sus campos y que los que marchaban en cabeza eran jinetes númidas, juzgando entonces que era Jugurta, salen a su encuentro con gran alborozo. Jinetes e infantería, dada la señal de repente, diez- 2 maban los unos a la gente que se había desparramado desde la plaza, los otros salían a escape hacia las puertas, otros tomaban las torres: la rabia y la esperanza de botín podían más que el cansancio. De este modo, los de Vaga sólo se 3 alegraron con su perfidia dos días. Una ciudad grande y con recursos fue toda ella víctima de la represalia o del saqueo. Turpilio, el comandante de la plaza que —como dijimos 4 arriba— fue el único entre todos que se escapó, obligado por Metelo a defenderse, como fue pobre su justificación, condenado y castigado a recibir latigazos, pagó su castigo con la muerte. Pues era ciudadano del Lacio[120].

Por la misma época, Bomílcar, a cuyo impulso Jugurta 70 había iniciado la rendición que abandonó por miedo, sospechoso para el rey y él también recelando de éste, pretendía un cambio de situación, buscaba un engaño para perder a aquél, día y noche atormentaba su espíritu. Por último, 2

[120] Esta expresión, *ciuis ex Latio,* ha hecho correr ríos de tinta. Se puede interpretar como «ciudadano romano», como «latino», como cliente de Metelo. Véase PAUL, *Historical..., ad loc.*, págs. 182-185. Salustio, sin embargo, parece basar la posibilidad de dar muerte a Turpilio en que era latino, pero no romano.

puesto a intentarlo todo, se asocia con Nabdalsa[121], persona noble, de grandes medios, ilustre y grato a sus compatriotas, quien en ausencia del rey solía dirigir el ejército y llevar a cabo todas las tareas que no podía atender Jugurta por estar
3 agotado u ocupado en menesteres más importantes; en ello encontró él la gloria y las riquezas. De manera que de acuerdo entre ambos se fija la fecha de la conjura; decidieron que lo demás se organizaría de acuerdo con los acontecimientos.
4 Nabdalsa partió para el ejército, que tenía cerca de los cuarteles de invierno de los romanos a fin de no dejar que los enemigos esquilmasen impunemente el campo. Cuan-
5 do, consternado por la magnitud de la empresa, no se presentó a la cita, impidiendo su miedo llevar a cabo la acción, Bomílcar, ávido de realizar su proyecto y angustiado por el miedo de su cómplice, no fuese a ser que rechazara el prístino plan y buscase uno nuevo, le envía una carta a través de personas de confianza, en la cual acusaba al individuo de blandenguería y cobardía, le ponía por testigos a los dioses en cuyo nombre había jurado, le advertía que no convirtiera en su ruina las recompensas de Metelo: la perdición de Jugurta estaba a la vuelta de la esquina, y lo único que se estaba dilucidando era si perecía por el arrojo de ellos dos o el de Metelo; que recapacitara por tanto si prefería las recompensas o la tortura.

71 Pero cuando llegó esta carta, por casualidad Nabdalsa, que se había cansado con ejercicios físicos, estaba descan-
2 sando en la cama, donde, al conocer las palabras de Bomílcar, primero le entró preocupación, y luego, como suele pa-
3 sarle al espíritu enfermo, sueño. Estaba con él cierto númida que le llevaba los asuntos, leal y apreciado por él, y al co-
4 rriente de sus planes, excepto del último. Este individuo, al

[121] Nada más se sabe de él, excepto el nombre, que parece libio.

enterarse de que había llegado carta, pensando por rutina que era necesaria su colaboración o su entendimiento, penetró en la tienda y, mientras aquél dormía, cogió la carta que había quedado al desgaire en la almohada, sobre su cabeza, y la leyó de cabo a rabo, y al punto, informado del complot, se encaminó al rey. Nabdalsa se despertó poco después y al no hallar la carta y tener conocimiento [por los desertores] de todo lo que había pasado, primero intentó dar alcance al delator y, cuando esto resultó inútil, se presentó ante Jugurta para tratar de calmarlo; le dice que él había intentado hacer esto, pero se le había adelantado su cliente a traición, y con lágrimas le ruega por su amistad y por sus anteriores actos de lealtad que no lo tenga por sospechoso de semejante crimen.

A esto respondió el rey serenamente en forma harto di- 72
ferente a como lo sentía. Con el ajusticiamiento de Bomílcar y de otros muchos de los que supo que habían sido cómplices del complot apaciguó su cólera, no fuera a ser
que por aquello se originara una sedición. Y a partir de ese 2
preciso instante Jugurta no tuvo ni un día ni una noche en paz: no se fiaba de ningún sitio, de ninguna persona ni de ninguna circunstancia; temía por igual a sus paisanos y a los enemigos, lo escudriñaba todo y, ante cualquier ruido, se ponía a temblar; de noche descansaba cada vez en un sitio diferente, muchas veces contra el decoro real, y, a veces, despertándose del sueño, agarraba las armas y provocaba un altercado: de tal modo le desasosegaba el miedo como si fuera locura.

De modo que Metelo, cuando se enteró por los deserto- 73
res de la suerte de Bomílcar y de que se había descubierto el complot, otra vez organiza y apresura todo como para una
nueva guerra. Manda a casa a Mario, que le importunaba 2
insistiendo en irse, considerando que teniéndolo en su con-
tra e irritado con él de poco le iba a servir. Y en Roma la 3

plebe, al tener conocimiento de las cartas[122] que habían lle-
gado acerca de Metelo y de Mario, había acogido de buena
4 voluntad lo que se decía sobre ambos. La nobleza, que antes
era el prestigio del general, se trocó en impopularidad; en
cambio, al otro le había granjeado el favor la humildad de
5 su linaje. Por lo demás, en ambos marcaron la pauta más las
pasiones partidistas que sus buenas o malas cualidades. Y
todavía los magistrados sediciosos exacerbaban al vulgo,
pidiendo en todas las asambleas la cabeza de Metelo y cele-
6 brando cada vez más las virtudes de Mario. Por último, la
plebe[123] se apasionó a tal extremo que los artesanos y la
gente del campo, cuya hacienda y crédito radicaban en sus
manos, abandonaron sus trabajos y acudieron en masa ante
7 Mario, posponiendo sus necesidades a la honra de éste. Es
así como, ante la consternación de la nobleza, y sin que esto
ocurriese desde hacía mucho tiempo, se confía el consulado
a un hombre nuevo[124]. Y a continuación, el pueblo, al plan-

---

[122] Cartas escritas por hombres de rango ecuestre, pero también por soldados procedentes de medios agrícolas ricos, que tampoco tenían ningún deseo de hacer la guerra allende los mares.

[123] En «plebe» debe incluirse no sólo la urbana sino también la rural. Por lo demás, aparte de la plebe y de los representantes del rango ecuestre, que también podemos considerar incluidos en el término «plebe», votaron a Mario los *publicani* y *negotiatores* de África. Todavía, en estos *comitia centuriata* de que se trata aquí Mario debió de tener el voto de gente de la nobleza (cuya importancia en este tipo de votación era notoria). Así, sin duda tuvo el apoyo de algunos de los Julios Césares, con quienes había emparentado por matrimonio; la familia de Casio Longino, su colega en el consulado; Gneo Malio Máximo, cónsul en el 105; también Gayo Memio, tribuno de la plebe en el 111 (y pretor en el 104, segundo consulado de Mario); Gayo Mamilio Limetano, tribuno de la plebe en 109; Gayo Fabio Fimbria; Gayo Licinio Geta, censor en el 108.

[124] El anterior *homo nouus,* del que se tenga constancia positiva de tal es Quinto Pompeyo, cónsul en 141. Pero Publio Rupilio, cónsul en el 132, también debía de ser un *homo nouus.*

tearle el tribuno de la plebe Tito Manlio Mancino[125] quién quería que llevase la guerra contra Jugurta, en masa votó por Mario. Pero poco antes el senado había asignado Numidia a Metelo: esta decisión quedó sin efecto.

Por las mismas fechas, Jugurta, después de perder a sus 74
amigos (a la mayoría de los cuales los había liquidado él mismo, y los restantes se habían escapado, los unos con los romanos, y los otros con el rey Boco), como no podía hacer la guerra sin ayudantes y consideraba peligroso probar la lealtad de los nuevos, habiendo sido tan grande la traición de los antiguos, se conducía contradictoriamente, lleno de incertidumbre. No le satisfacían ninguna cosa ni proyecto ni persona; cambiaba de itinerario y de comandantes a diario, marchaba ora contra el enemigo, ora a parajes desérticos, depositaba sus esperanzas unas veces en la huida y poco después en las armas, dudaba si confiar menos en el arrojo o
en la lealtad de sus compatriotas; de este modo dondequiera 2
que se volvía, las cosas le eran adversas. Y en medio de estas dilaciones, de repente se presentó Metelo con el ejército. Los númidas fueron organizados y formados por Jugurta según las circunstancias, y al instante se entabla el combate.
En la parte en que estaba presente el rey en la batalla, allí se 3
peleó algún tiempo, todos sus demás soldados fueron derrotados y puestos en fuga al primer choque. Los romanos se apoderaron de algún número de banderas y de armas, pero de pocos enemigos. Pues por lo común en todos los combates los pies más que las armas defienden a los númidas.

Con esta derrota, Jugurta, desconfiando todavía más de 75
su empresa, se va con los desertores y parte de la caballería al desierto, y luego llega a Tala[126], ciudad grande y rica,

[125] Tribuno de la plebe en el 107.

[126] Existe hoy una ciudad de igual nombre, y el fértil distrito de la moderna, cuajada de fuentes, cuadra también con la antigua. Sin embargo, no

donde estaba la mayoría de los tesoros y se criaban con to-
2 das las atenciones sus hijos. Cuando Metelo tuvo información de ello, si bien sabía que entre Tala y el río más cercano había cincuenta millas de terrenos secos y baldíos, no obstante, con la esperanza de liquidar la guerra si se apoderaba de esta plaza fuerte, se propone superar todas las difi-
3 cultades y vencer incluso a la naturaleza. Por ello, da orden de descargar los bártulos de todas las bestias[127], excepto el trigo de diez días, amén de transportar odres y otros reci-
4 pientes para el agua. Además, requisa en los campos el mayor número que puede de animales domésticos y los carga con vasijas de todas clases, pero especialmente de madera,
5 recogidas en las chozas de los númidas. Más aún: indica a las gentes de los alrededores, que se habían entregado a Metelo después de la huida del rey, que traiga cada uno la mayor cantidad de agua posible, y les fija fecha y lugar
6 donde estén a su disposición, y él por su parte carga las bestias de agua del río, que hemos dicho arriba que era la más cercana a la plaza fuerte. Preparado de esta manera,
7 parte para Tala. Luego, cuando llegó al punto que se había señalado a los númidas, y hubo levantado y fortificado el campamento, cuentan que de repente cayó del cielo[128] tal cantidad de agua que ella sola dio abasto sobradamente al
8 ejército. Además, el aprovisionamiento fue más grande que el esperado, porque los númidas se habían esmerado en el

parece que sean identificables, aunque ambas pudieron hallarse ubicadas en la misma región, en el camino a Capsa (hoy Gafsa).

[127] En el siglo I a. C. una legión necesitaría entre 1.200 y 1.500 bestias para transportar su impedimenta.

[128] Según Vretska, Salustio no sugiere que a él le sorprendiera esta lluvia repentina, sino que describe la misma desde el punto de vista de los soldados. Por otra parte, el sitio de Tala duró cuarenta días y probablemente comenzó hacia junio del 108.

cumplimiento de su deber, como hace la mayoría tras una
reciente rendición. Por lo demás, los soldados, por espíritu 9
religioso, usaron el agua de lluvia sobre todo, y este hecho
contribuyó a darles ánimos, pues pensaron que los dioses
inmortales se preocupaban de ellos. Al día siguiente, contra
lo que creía Jugurta, llegan a Tala. Los de la plaza fuerte, 10
que se habían considerado defendidos por lo intrincado del
lugar, bien que impresionados por la insólita y gran hazaña,
no por ello preparaban la guerra con menor ardor; lo mismo
hacían los nuestros.

Mas el rey, sintiendo que ya no había nada que no pu- 76
diera hacer Metelo, puesto que con su tesón había vencido
todo, lo relativo al armamento, a lugares y fechas y, en fin,
hasta a la naturaleza que manda en los demás, huyó de la
ciudad de noche, con sus hijos y gran parte del dinero. Y
posteriormente no se detuvo en ningún lugar más de un día
o una noche, fingiendo que sus prisas respondían a algún
asunto, pero de hecho temía la traición, que pensaba poder
evitar con la celeridad, pues planes de tal naturaleza se
adoptan con tiempo y oportunidad. Pero Metelo, al observar 2
que los de la plaza están concentrandos en la batalla y que
aquélla se halla defendida por obras y la situación topográ-
fica, rodea las murallas con una empalizada y un foso. A 3
continuación, por los dos sitios disponibles más apropiados
aproxima los manteletes, levanta un terraplén, y construidas
sobre él unas torres, protege la obra y a los operarios. Frente 4
a esto, los de la ciudad se afanaban y se preparaban: en una
palabra, ni un bando ni otro dejaban nada sin hacer. Final- 5
mente, los romanos, aunque agotados por el mucho esfuerzo
anterior y los combates, a los cuarenta días de haber llegado
allí, se apoderaron de la ciudad solamente: el botín todo
había sido destruido por los desertores. Éstos, al ver la mu- 6
ralla agrietada por los arietes y su situación en peligro,

transportan el oro, la plata y todas las demás cosas que se consideran de más valor al alcázar real. Allí, atiborrados de vino y comida, destruyen con el fuego aquellos objetos, el alcázar y también a sí mismos, pagando voluntariamente el castigo que temían del enemigo después de la derrota.

77 Pero, simultáneamente con la toma de Tala, habían llegado a Metelo unos delegados de la ciudad de Leptis[129] a pedirle que enviase allá una guarnición y un comandante: un tal Amílcar, hombre noble e intrigante, pugnaba por un cambio de la situación, y contra él no podían ni la autoridad de los magistrados ni las leyes. Si no se daba prisa, correría sumo peligro su salvación, siendo como eran aliados de los
2 romanos. Pues los leptitanos, desde el mismo comienzo de la guerra contra Jugurta, habían enviado una embajada al cónsul Bestia, y después a Roma, a pedir la amistad y la
3 alianza; después, cuando hubieron logrado esto, se habían mantenido siempre buenos y leales y habían cumplido a ra-
4 jatabla todo lo ordenado por Bestia, Albino y Metelo. Por ello consiguieron fácilmente del general lo que solicitaban. Fueron enviadas allí cuatro cohortes de lígures y el comandante Gayo Annio[130].

78 Esta ciudad fue fundada por los sidonios, quienes, según la tradición, llegaron a estos lugares en barco, desterrados por mor de las discordias civiles. Se halla situada entre las dos Sirtes[131], cuyo nombre se debe a lo que son realmente.
2 Pues hay dos golfos casi en el extremo de África, desiguales de tamaño, pero de idéntica naturaleza. Las zonas de estos golfos más próximas a tierra son muy profundas, y el resto,

[129] Leptis Magna, hoy Lebda.

[130] Hijo tal vez del cónsul del 128.

[131] Ello sugiere la etimología popular del verbo griego para engullir: *sýrein,* lo cual es sin duda falso. El nombre tiene proveniencia beréber o fenicia, y designa dos ensenadas entre Cartago y Cirene.

al azar y según los temporales, profundo en parte y en parte
lleno de vados. Pues cuando empieza a haber mar gruesa y 3
soplar recios los vientos, las olas arrastran cieno, arena y pie-
dras enormes; de esta manera, el aspecto del lugar cambia al
mismo tiempo que los vientos, y las Sirtes reciben el nom-
bre por este arrastre. Sólo la lengua de esta ciudad cambió 4
por los matrimonios con los númidas, pero las leyes y los
hábitos eran en buena medida sidonios, y ellos los retenían
más fácilmente porque desarrollaban su vida lejos de la so-
beranía real: entre ellos y la Numidia más habitada había
muchos espacios desérticos.

Pero puesto que hemos llegado a estas regiones[132] por 79
los asuntos de los leptitanos, no me parece digna de despre-
cio la narración de un hecho singular y admirable de dos
cartagineses: el lugar nos ha recordado esta anécdota. En los 2
tiempos en que los cartagineses mandaban en la mayor parte
del África, los cirenenses era también grandes y ricos. En 3
medio de ambos había un campo arenoso y uniforme, no exis-
tiendo río ni monte que separase los territorios respectivos,
circunstancia que los mantuvo en guerra, grande y larga. Cuan- 4
do los ejércitos de ambos bandos, así como sus flotas, su-
frieron muchos desastres y fueron puestos en fuga, y se hu-
bieron desgastado bastante recíprocamente, temiendo que
acto seguido un tercero atacase a vencedores y vencidos ex-
haustos, durante una tregua llegan al compromiso de que en
día fijado saliesen de su país unos delegados, y que el lugar
donde se encontrasen fuera considerado la frontera común
de uno y otro pueblo. De modo que de Cartago fueron en- 5
viados dos hermanos, los llamados Filenos, que se dieron
prisa en emprender el camino; los de Cirene marcharon más

[132] Comienza el excurso de los hermanos Filenos. El excurso magnifica entre otras cosas el final del sitio de Tala y la campaña del 108; por su parte, Cirta ha debido ser tomada en algún momento anterior al presente.

lentamente. Si esto se debió a falta de energía o al azar, no
6 he llegado a enterarme. En fin, en aquellos parajes suele
causar retraso una tempestad de modo muy semejante a co-
mo lo hace en el mar, pues cuando se desata el viento por
parajes llanos y privados de vegetación y levanta la arena de
la tierra, ésta, removida con gran fuerza, suele llenar la boca
7 y los ojos y, así, impidiendo la visión, retardar el camino. Al
verse los de Cirene un tanto por detrás y temer un castigo en
su patria por haber fallado en sus designios, acusaban a los
cartagineses de que habían salido de casa antes de tiempo,
porfiaban, y en fin, preferían cualquier cosa antes que esca-
8 par derrotados. Pero cuando los cartagineses pidieron otro
pacto con tal de que fuese justo, los griegos les proponen un
dilema a los cartagineses: o ser éstos enterrados vivos allí don-
de reclamaban la frontera para su pueblo, o avanzar ellos
9 hasta donde quisieran con idéntica condición. Los Filenos
aceptaron la condición y se ofrendaron a sí mismos y a sus
10 vidas a su país; así que fueron enterrados vivos. Los carta-
gineses consagraron altares a los hermanos Filenos en aquel
lugar, y en casa se les organizaron también otros honores.
Ahora regreso a mi tema.

80 Jugurta, considerando tras la pérdida de Tala que contra
Metelo no había nada bastante sólido, caminando a través
de enormes desiertos con unos pocos, llega al país de los
getulos, raza de hombres terrible y salvaje y, a la sazón,
2 desconocedora del nombre de Roma. Concentra a una mu-
chedumbre de estos individuos y paulatinamente los va
acostumbrando a formar filas, seguir las banderas, respetar
el mando, e igualmente a ejecutar otros actos militares.
3 Además, induce a tomar bando por él a los más cercanos del
rey Boco mediante grandes regalos y mayores promesas y,
abordando con la ayuda de ellos al rey, lo impulsa a que
4 emprenda la guerra contra los romanos. Dicha colaboración

fue más fácil y sencilla por una razón, porque al comienzo de esta guerra precisamente Boco había enviado delegados a Roma a solicitar un pacto y su amistad, cosa que hubiese 5
sido muy bien venida al comienzo de la guerra, pero que unos pocos, cuya costumbre era venderlo todo, lo honorable y lo que no lo es, habían impedido, ciegos de codicia. Y ya 6
antes se había casado con Jugurta una hija de Boco. Pero este lazo de parentesco se considera ligero entre númidas y moros, porque cada uno, según sus medios tiene el mayor número de mujeres, unos, diez, y otros, más aún, pero los reyes todavía más que eso. De este modo, su afecto se dilu- 7
ye entre muchas y ninguna alcanza la condición de compañera y todas son igualmente despreciadas.

De modo que los ejércitos se reúnen en un lugar acorda- 81
do por ambos. Allí, después de darse el uno al otro su palabra de honor, Jugurta enciende con sus palabras el ánimo de Boco: los romanos eran injustos, tenían una codicia profunda y eran el enemigo común de todos; ellos tenían la misma razón para guerrear con Boco que con él y con otras naciones, a saber, el ansia de mandar y para ellos todos los reinos eran sus rivales; en ese momento era él, poco antes habían sido los cartagineses, al igual que el rey Perseo; después, conforme cada cual parezca muy poderoso, así había de ser enemigo de los romanos[133]. Con estas y otras palabras se- 2
mejantes, acuerdan la marcha a la ciudad de Cirta, porque Metelo había instalado allí el botín, los prisioneros y la intendencia. De modo que Jugurta pensó que, o bien merece- 3
ría la pena apoderarse de la ciudad, o, si el general romano

---

133 Es curioso cómo algunos escritores romanos ponen en boca de los enemigos de Roma acusaciones ciertamente terribles y posiblemente justas contra los romanos. Salustio es quizá el primer historiador en obrar de esta manera. Cf., además, CÉSAR, *Guerra de las Galias* VII 77 3 ss.; TÁC., *Agrícola* XXX-XXXII; JUSTINO, XXXVIII 4, 10-7, 10, etc.

4 venía en auxilio de los suyos, se batirían en combate. Pues en su astucia toda la prisa que tenía era resquebrajar la paz en que estaba Boco, no fuera a ser que dando largas prefiriese otra cosa a la guerra.

82 El general, cuando tuvo conocimiento de la alianza de los reyes, no daba ocasión de luchar a lo loco ni en todas partes, como había acostumbrado a hacer tantas veces después de haber derrotado a Jugurta, sino que aguarda a los reyes en su campamento fortificado, no lejos de Cirta, considerando que era mejor dar la batalla sobre seguro una vez conocidos los moros, puesto que éste era un nuevo enemigo
2 que se había sumado. Entretanto, por una carta de Roma[134] se entera de que la provincia de Numidia ha sido concedida a Mario; pues de que había sido elegido cónsul ya tenía noticias. Afectado por estas noticias por encima de lo que es bueno y decoroso, ni contenía sus lágrimas ni moderaba su lengua; individuo singular en otros aspectos, sufría la pesa-
3 dumbre con excesiva debilidad. Semejante actitud unos la achacaban a arrogancia, otros decían que su buen carácter se había inflamado con la afrenta, muchos, que se debía a que una victoria ya lograda se la arrancaban de las manos. Nosotros sabemos bien que su sufrimiento se debía más a la distinción concedida a Mario que al agravio inferido a él, y que no lo hubiera llevado con tanta pena si le hubiesen quitado la provincia y se la hubieran dado a otro que no fuese Mario.

83 En consecuencia, poseído por este rencor y porque consideraba una idiotez cuidar de un asunto ajeno a costa de su propio pellejo, envía unos delegados a Boco para pedirle que no se hiciera enemigo del pueblo romano sin motivo: todavía tenía muchas posibilidades de trabar alianza y amis-

[134] Enero del 107, tal vez.

tad con él, las cuales eran preferibles a la guerra, y aun cuan-
do confiase en sus propios recursos, no obstante no debía
cambiar lo seguro por lo inseguro; toda guerra se emprendía
fácilmente, pero era difícil de acabar; el comienzo y el final
de ella no están en poder de la misma persona; comenzarla
está al alcance de cualquiera, incluso de un cobarde, pero se
le pone término cuando quieren los vencedores. Por lo tan-
to, que velase por sí y por su reino y no mezclara su flore-
ciente situación con la desesperada de Jugurta. A estas pro- 2
puestas el rey respondió con toda calma: él deseaba la paz,
pero sentía compasión de la suerte de Jugurta; si éste tuvie-
se la misma posibilidad que él, habría acuerdo en todo. El 3
general envía de nuevo unos intermediarios en respuesta a
las exigencias de Boco; éste aprobaba el contenido en parte
y rechazaba el resto. Enviándose y volviéndose a enviar in-
termediarios de este modo una y otra vez, pasaba el tiempo,
y, conforme a la voluntad de Metelo, la guerra se demoraba
sin poner mano a ella.

Mario por su parte[135], elegido cónsul con el ferviente 84
deseo de la plebe, como dijimos arriba, después de que el
pueblo le asignó la provincia de Numidia, hostil ya antes a
la nobleza, entonces en verdad la hostigaba con insistencia
y enconamiento, infería heridas, ora a individuos, ora a la
clase entera, andaba diciendo que había obtenido el consu-
lado como un despojo de su victoria sobre ellos, así como
otras lindezas llenas de soberbia a su favor y que escocían a
aquéllos. Mientras tanto, consideraba prioritarias las necesi- 2
dades de la guerra, pedía un suplemento para las legiones,
mandaba traer tropas auxiliares a los pueblos y a los reyes;
además, reclutaba del Lacio y de los aliados a los más va-

[135] Aquí se inicia la última parte importante de la monografía, aquella dedicada a las campañas de Mario.

lientes, la mayoría conocidos por él en las campañas y algu-
nos pocos por su fama, y, a fuerza de adulación, obligaba a
3 partir con él a hombres que ya se habían licenciado[136]. El
senado, aunque le era adverso, no se atrevía a negarle nada
en ningún asunto; por lo demás, el suplemento se lo conce-
dió incluso contento, porque reinaba la opinión de que el
servicio militar no era del gusto de la plebe y de que Mario
acabaría perdiendo los medios de hacer la guerra o el favor
de la gente. Pero éste fue un anhelo en vano esperado: tan
grande fue el deseo que le entró a la mayoría de ir con Ma-
4 rio. Cada cual se hacía la ilusión de que se enriquecería con
el botín y regresaría vencedor a casa, y otras cosas por el
estilo, y también Mario los había animado no poco con su
5 discurso. Pues cuando, a costa de cuanto decreto había exi-
gido, decidió hacer el alistamiento, convocó una asamblea
popular con el objeto de dar una arenga y al mismo tiempo
zaherir, como solía, a la nobleza. Entonces habló como sigue:

85 «Yo sé, romanos, que la mayoría de la gente os pide el
poder haciendo valer cualidades bien distintas a como lo
ejerce después de lograrlo: primero son diligentes, humil-
des, moderados, y luego se pasan la vida entre la pereza y la
2 arrogancia. Pero a mí me parece que debe ser al revés, pues
en la medida en que la república como conjunto es de más
valor que el consulado o la pretura, en esa misma debe ad-
ministrarse la primera con mayor celo del que se pone en
3 aspirar a los segundos. A mí no se me escapa qué vasta em-
presa me echo encima con este gran favor vuestro. Organi-
zar una guerra al tiempo que se respeta al erario, forzar al
servicio militar a gente a la que no quieres tratar mal, en-

[136] En latín, *euocati*. Alguno de estos veteranos quizá habían servido con Mario en España en el 114.

cargarse uno de todo puertas adentro y en el exterior, y lle-
var a cabo estas tareas en medio de envidiosos, obstruccio-
nistas e intrigantes es, romanos, más desagradable de lo que
se cree. Aparte de esto, si son otros los que cometen un 4
error, cuentan con la ayuda de su rancia nobleza, las gestas
de sus antepasados, los medios de parientes y allegados, nu-
merosas clientelas, todas esas cosas; yo en cambio deposito
todas mis esperanzas en mí mismo[137], y por ellas tengo que
velar obligatoriamente con mi valor y mi integridad; pues
en lo demás no tengo fuerza. Y comprendo, romanos, que 5
las miradas de todo el mundo están dirigidas hacia mí, que
la gente justa y honrada está de mi lado (porque, claro, mis
actos beneficiosos redundan en bien de la patria) y que la
nobleza busca la oportunidad para atacarme. Por este moti- 6
vo, debo esforzarme más para que a vosotros no os sorpren-
dan y ellos sean burlados. De tal modo he vivido desde la 7
infancia hasta la edad que tengo, que estoy habituado a to-
dos los esfuerzos y peligros; lo que hacía desinteresadamente 8
antes de que me otorgarais vuestro favor no es mi intención,
romanos, dejar de hacerlo después de recibir vuestro obse-
quio. Para quienes se fingieron heraldos durante su candida-
tura es difícil contenerse en el ejercicio de sus cargos. A mí, 9
que me he pasado toda la vida en las buenas prácticas, obrar
bien se me ha convertido ya de pura costumbre en algo na-
tural.

Me habéis asignado la dirección de la guerra contra Ju- 10
gurta, cosa que la nobleza ha tomado muy a mal. Reflexio-
nad en vuestro interior, os lo pido, si sería mejor cambiar
vuestra decisión: enviar a alguien de aquel grupito de la
nobleza a esta u otra empresa, un hombre de vieja prosapia,

---

137 Frente a la nobleza de nacimiento los *homines noui* sólo podían poner a contribución la *uirtus*, de la que por lo demás, como se dirá más abajo (85, 17), nace toda nobleza.

con muchos retratos de antepasados y sin experiencia militar alguna, resultando de ello lógicamente que al ser ignorante de todo se eche a temblar con un asunto tan serio, ande apresurado, escoja a alguien del pueblo para que le instruya
11 en su cometido. De este modo acontece con frecuencia que aquel al que vosotros ordenasteis que tomase un mando se
12 busca otro que le mande a él. Yo sé, romanos, de quienes tras ser elegidos cónsules se ponen a leer las hazañas de sus antepasados y el código militar de los griegos; individuos que andan al revés, pues si bien ejercer el mando es posterior en el tiempo a adquirirlo, de hecho en la preparación y
13 práctica, es anterior. Haced un parangón ahora, romanos, entre la arrogancia de ellos y mi situación de hombre salido de la nada: lo que ellos suelen saber de oídas o lectura, yo lo he visto en parte, y lo demás lo he ejecutado yo mismo; lo que ellos han aprendido en las letras, yo lo he aprendido hacien-
14 do campañas. Juzgad ahora vosotros si valen más los hechos o las palabras. Ellos desprecian mi falta de abolengo, yo, en cambio, su cobardía. A mí se me echa en cara mi con-
15 dición; a ellos, sus infamias. Es verdad que yo estimo una y común la naturaleza que posee todo el mundo, y así el más
16 valiente es el que mejor linaje posee. Y si por ventura pudiéramos preguntarles a los padres de Albino o de Bestia si hubieran preferido engendrarme a mí o a ellos, ¿qué creéis que iban a responder sino que hubieran querido tener los
17 mejores hijos posibles? Y si su desprecio hacia mí tiene alguna base, que lo hagan lo mismo con sus antepasados, cuya nobleza, igual que la mía, tuvo su origen en el mérito.
18 Tienen envidia del puesto que he obtenido; pues que la tengan también contra mi esfuerzo, mi integridad y los peligros que he pasado, puesto que gracias a ello he logrado aquél.
19 Lo cierto es que unos individuos corrompidos por su arrogancia pasan su vida como si menospreciasen los cargos

que vosotros asignáis; y aspiran a ellos como si hubiesen
vivido honrosamente. Verdad que andan muy equivocados 20
quienes esperan igualmente dos cosas bien contrapuestas, el
placer de no hacer nada y la recompensa al mérito. Y ade- 21
más, cuando hablan delante de vosotros o en el senado, en
la mayor parte de su discurso ensalzan a sus antepasados;
creen que al referir las hazañas de aquéllos ellos se hacen
más ilustres. Lo cual es lo contrario, pues cuanto más pre- 22
clara es la vida de aquéllos, tanto más vergonzosa es su
propia falta de energía. Y por supuesto que las cosas son 23
así: la gloria de los antepasados es como una luz para sus
descendientes, no permitiendo que queden ocultas ni sus bue-
nas ni sus malas cualidades. Yo confieso, romanos, mi indi- 24
gencia al respecto, pero (y esto es mucho más glorioso) me
cabe hablar de mis propias hazañas. Observad ahora cuán 25
injustos son: lo que se arrogan del mérito ajeno, eso no me
lo conceden a mí del mío propio, porque no tengo, claro,
retratos de antepasados, y porque mi nobleza es recién es-
trenada, siendo así que es mejor haberla inaugurado que
mancharla después de tenerla por herencia.

Naturalmente, no ignoro que, si quisieran darme una 26
respuesta, sus discursos serían harto facundos y bien cons-
truidos. Pero puesto que nos andan despellejando con sus
improperios a vosotros y a mí por todas partes a propósito
del grandísimo favor que me habéis otorgado, no me ha da-
do la gana callar, no sea que alguien interprete mi modestia
como mala conciencia. Pero según siento yo en lo más hon- 27
do de mí, ningún discurso me puede hacer daño, porque,
claro, la verdad por fuerza ha de predicar bien, y, en cuanto
a la mentira, mi vida y mi conducta la rebaten. Pero puesto 28
que son objeto de acusación vuestros designios, porque me
habéis investido del puesto más alto y de una responsabili-
dad enorme, recapacitad una y otra vez si tenéis que arre-

29 pentiros de ello. No puedo hacer ostentación, para hacerme
creíble, de retratos o triunfos o consulados de mis antepasa-
dos, pero sí en cambio, si la ocasión lo demanda, mostrar
lanzas, un estandarte, fáleras[138] y otras condecoraciones mi-
litares, amén de las cicatrices de las heridas que recibí dan-
30 do la cara. Estos son mis retratos, esta mi nobleza, no recibi-
da en herencia, como la de ellos, sino la que yo me he ganado
31 a base de muchísimos esfuerzos y peligros. Mi lengua care-
ce de arte, y me importa poco. El mérito se manifiesta por sí
mismo; ellos precisan del artificio para ocultar con elabora-
32 dos discursos sus infamias. Tampoco he aprendido las letras
griegas[139]: poco me interesaba aprenderlas, si de nada había
33 servido a sus maestros para alcanzar la virtud. Por el con-
trario, soy experto en aquellas cosas que son muchos más
útiles para el país: herir al enemigo, hacer guardia, no temer
nada sino el deshonor, tolerar por igual el invierno y el ve-
rano, dormir en el suelo, aguantar al mismo tiempo la falta
34 de recursos y la fatiga. Con estos preceptos exhortaré yo a
los soldados, y no los trataré a ellos con estrecheces y a mí
con opulencia, ni voy a hacer la gloria para mí y dejar la fa-
tiga para ellos. Esto es ejercer el mando con utilidad y con
35 respeto a los ciudadanos. Pues vivir tú en la molicie y some-
ter al ejército a un martirio, eso es ser un amo, no un gene-
36 ral. Haciendo éstas y otras cosas semejantes vuestros mayo-
37 res se hicieron ilustres a sí mismos y a la república. La

[138] Placas de metal con relieves, ajustadas a correas de cuero que se fijaban sobre la coraza.

[139] Consciente o inconscientemente, Salustio ha incorporado en el discurso de Mario reminiscencias de autores griegos. Pese a su expreso desdén por el griego, Mario tenía probablemente alguna familiaridad con la cultura griega. El desdén era típico de los romanos de viejo cuño. Así, Catón el Censor, pese a todo (Plutarco, *Catón* XX) no era ajeno a la cultura griega. En cambio, Catulo, Horacio y Virgilio, por ejemplo, se mostraron declarados filohelenos.

nobleza, confiada en ellos, si bien ella es diferente en con-
ducta, nos desprecia a nosotros, que somos émulos de aqué-
llos, y viene a exigir todos los cargos, no por sus méritos,
sino como si vosotros se los debierais. Ahora bien, esos in- 38
dividuos tan arrogantes andan muy equivocados. Sus ante-
pasados les dejaron todo cuanto estaba a su alcance, rique-
zas, retratos, preclara memoria de sí mismos; el mérito no se
lo dejaron ni podían; es lo único que no se da ni se recibe
como regalo. Dicen que soy basto y de costumbres groseras 39
porque no tengo arte en preparar un banquete, porque no
tengo ningún histrión ni pago más por un cocinero que por
el encargado del cortijo. A mí eso me da gusto confesarlo, 40
romanos, pues de mi padre y otras personas respetables he
aprendido que las delicadezas sientan bien a las mujeres; a
los hombres, el esfuerzo, y que a todas las personas honra-
das les va mejor tener más gloria que riquezas; que nuestro
ornato son las armas, no el mobiliario. Sea, pues, que hagan 41
siempre lo que les gusta, lo que consideran tan preciado pa-
ra ellos: que anden de amoríos y bebiendo, que donde pasa-
ron la juventud pasen también la vejez, en banquetes, entre-
gados a su estómago y a la parte más baja del cuerpo; que
nos dejen a nosotros el sudor, el polvo y otras cosas por el
estilo, pues para nosotros éstas son más agradables que los
banquetes. Pero no es así la cosa. Pues después de que estos 42
hombres desvergonzados se han revolcado en la infamia,
van a quitar sus recompensas a los honestos. En conse- 43
cuencia, de manera harto injusta, su frivolidad y su desidia,
los vicios peores, no hacen daño alguno a aquellos que los
practican, y para la república, sin que sea culpable, son la
destrucción.

Ahora, puesto que ya les he respondido según mi talan- 44
te, si no en la medida de su infamia, hablaré un poco sobre
el Estado. En primer lugar, sobre Numidia estad tranquilos, 45

romanos. Pues todo lo que hasta la fecha ha protegido a Jugurta, la avaricia, la incompetencia y la arrogancia[140], lo
46 habéis quitado de en medio. En segundo lugar, allí hay un ejército que conoce la topografía, aunque, voto a Hércules, más esforzado que afortunado; pues gran parte de él ha sido
47 malgastada por la avaricia o la temeridad de los jefes. Por lo cual vosotros, que estáis en edad militar[141], esforzaos conmigo y tomad a vuestro cargo la república, y que a nadie le entre miedo por la desgracia de otros o la soberbia de los generales. Yo estaré junto a vosotros en la marcha o el combate como guía y aliado a un tiempo del peligro, y en todos los asuntos me conduciré en lo que a mí y a vosotros
48 concierne de igual manera. Y por cierto, con la ayuda de los dioses todo está a punto: la victoria, el botín, la gloria. Incluso si estas cosas fuesen dudosas o estuviesen lejos, todos los hombres honestos deberían venir en defensa de la re-
49 pública. En efecto, nadie se ha hecho inmortal por cobardía, y ningún padre ha deseado para sus hijos que fuesen eternos, sino más bien que pasasen su vida como buenos y hon-
50 rados. Más diría, romanos, si las palabras dieran valor a los cobardes; pues para los valientes considero que he dicho lo suficiente.»

86 Después de hablar de esta manera, Mario, cuando ve los ánimos de la plebe entusiasmados, rápidamente carga las naves con el aprovisionamiento, las pagas, las armas y demás cosas útiles; ordena a Aulo Manlio que parta con estas
2 cosas[142]. Él entretanto alistaba a los soldados, no según la

[140] Los defectos, respectivamente, de Bestia, Albino y Metelo.

[141] Entre los 17 y los 46 años. El servicio obligatorio era de diez años para la caballería y de dieciséis para la infantería.

[142] Este envío anticipado revela la prisa de Mario. Manlio pudo abandonar Roma en febrero o marzo del 107, y Mario le seguiría no mucho después.

norma tradicional ni por clases, sino al gusto de cada cual,
la mayoría de ellos sin oficio ni beneficio[143]. Unos contaban 3
que ello había sido fruto de la escasez de gente mejor, y
otros que por la actitud calculada del cónsul, por haber sido
hecho célebre y engrandecido por esta clase social, y porque
para un hombre que busca el poder los más menesterosos
son los más adecuados, dado que no tienen afecto a lo suyo,
ya que, claro, nada tienen, y todo lo que lleve ganancia les
parece honorable.

Así que Mario, con un número algo mayor de lo que 4
había sido estipulado, partió para el África, y en pocos días
arriba a Útica. Le traspasa el ejército el legado Publio Ruti-
lio, pues Metelo había rehuido la presencia de Mario, para 5
no ver lo que de oídas no había podido soportar su ánimo.

El cónsul, con sus legiones y cohortes auxiliares[144] al 87
completo, marcha hacia un campo fértil y cargado de botín,
y todo lo que coge allí se lo regala a los soldados; a conti-
nuación ataca los fortines y plazas fuertes poco defendidos
por condiciones naturales o escasos de guarnición, trabando
muchos combates, si bien de poca intensidad, en unos y
otros lugares. Entretanto, los soldados bisoños asistían a la 2
lucha sin temor, observaban cómo los fugitivos eran captu-
rados o liquidados, y cómo los más valerosos se hallaban
más seguros, cómo por las armas se protegían la libertad, la
patria, los padres y todo lo demás, y se adquirían gloria y
riquezas. De este modo, en poco tiempo, bisoños y vetera- 3
nos se fundieron y quedó igualado el valor de todos. Por su 4
parte los reyes, cuando supieron de la llegada de Mario, se

[143] Estos son los *capite censi,* es decir, los que no tenían ni un céntimo, excepto su propio pellejo. Habida cuenta de que la última de las cinco clases sólo tenía que poseer 1.500 ases, la diferencia entre esta última clase y los *capite censi* no podía ser muy grande.

[144] Contingentes de infantería de los aliados, itálicos y de otra clase.

retiraron a lugares inaccesibles cada uno en una dirección. Esta había sido decisión de Jugurta, con la esperanza de poder atacar más adelante a los enemigos disgregados y de que los romanos, como la mayoría de la gente cuando se ha perdido el miedo, estarían más relajados y a su albedrío.

88 Entretanto Metelo[145], que se había marchado a Roma, fue recibido contra lo que él temía con el mayor entusiasmo, siendo querido una vez que el motivo de inquina había desaparecido, igualmente por la plebe y por los padres.

2 Por su parte, Mario atendía la situación de los suyos y la del enemigo con idéntico interés y prudencia, se enteraba de lo bueno o de lo malo que tenía cada bando, investigaba los itinerarios de los reyes, se adelantaba a los planes y estratagemas de éstos y no permitía que en él hubiese nada descui-
3 dado, ni en aquéllos nada seguro. De este modo, atacando más de una vez a los getulos y a Jugurta cuando sacaban botín de nuestros aliados[146], los había derrotado sobre la marcha, y al propio rey lo había forzado a desprenderse de las
4 armas no lejos de la ciudad de Cirta. Cuando comprendió que estas acciones resultaban sólo gloriosas y no servían para concluir la guerra, decidió poner cerco una por una a las ciudades que por sus hombres o la topografía eran las más adecuadas para el enemigo y contrarias a él. De esta manera, o se vería privado de sus guarniciones Jugurta, si permi-
5 tía dicha operación, o tendría que trabar combate. Pues Boco le había enviado muchas veces emisarios a decirle que quería la amistad del pueblo romano y que no temiese nada hostil de su parte. Si esto era una ficción para caer por sorpresa con más peligro, o por su volubilidad de carácter

[145] Metelo no obtuvo el triunfo hasta el 106, posiblemente con la oposición del tribuno Tito Manlio, que había propuesto la transferencia del mando africano de Metelo a Mario.

[146] Los provinciales, partidarios de los romanos.

acostumbraba a pensar unas veces en la paz y otras en la guerra, no está nada claro.

El cónsul, por su parte, conforme a su resolución, mero- 89
deaba en torno de plazas y fortines, y a unos por la fuerza, a otros por el miedo o haciéndoles ver las recompensas, los
iba apartando del enemigo. Al principio llevaba a cabo ope- 2
raciones de poca monta, estimando que Jugurta vendría a
las manos para defender a los suyos; mas cuando tuvo con- 3
firmación de que aquél andaba lejos y ocupado en otros asuntos, fue del parecer de que era tiempo de emprender operaciones de más envergadura y dificultad[147].

Había en medio de vastos desiertos una ciudad grande y 4
fuerte de nombre Capsa[148], de la que se decía que había sido su fundador Hércules Libio. Sus habitantes estaban libres del tributo a Jugurta, el poder ejercido sobre ellos era liviano y por este motivo estaban considerados los más leales, y se hallaban defendidos frente a los enemigos no sólo por murallas, armas y hombres, sino también mucho más por lo
abrupto del paraje. Pues exceptuados los aledaños de la ciu- 5
dad, el resto era todo un erial, sin cultivar, carente de agua e infestado de serpientes, cuya furia, como la de todos los animales salvajes, se agudiza más con la falta de alimento; aparte de que la índole de las serpientes, perniciosa por sí
misma, se enardece por la sed más que por otra cosa. A Ma- 6
rio le había acometido un enorme deseo de apoderarse de esta ciudad, tanto por la utilidad que representaba para la guerra como porque la empresa era difícil[149], y Metelo ha-

[147] Porque Mario se había jactado de poner fin a la guerra y por otra parte temía que le sustituyeran al mando de las operaciones militares.

[148] Hoy Gafsa; fue destruida por Mario y reedificada en época de Adriano, convirtiéndose en un *municipium* importante.

[149] El ataque lanzado por Mario constituyó una verdadera sorpresa, su acción se coronó con el éxito y la misma sirvió para acelerar el final de la guerra.

bía conquistado, con gran gloria, la plaza fuerte de Tala, que estaba situada y fortificada de manera similar, excepto que en Tala había algunas fuentes no lejos de las murallas, y los de Capsa se servían sólo de un manantial de agua corriente[150] y éste en el interior de la plaza, y la restante era de
7 lluvia. Esta situación se toleraba más fácilmente allí y en toda el África que vivía sin cultura lejos del mar, porque los númidas por lo general se alimentaban de leche y carne de fieras y no requerían ni sal ni otros excitantes de la gula;
8 entre ellos el alimento servía para combatir el hambre y la sed, no para placeres y refinamientos.

90 Así que el cónsul, tras estudiarlo todo, confióse, en mi opinión, a los dioses, pues contra tamañas dificultades no podía tomar suficientemente medidas con su inteligencia (ya que le amenazaba incluso la falta de trigo, porque los númidas se dedican más al pasto del ganado que al campo, y todo lo que se había producido lo habían trasladado por orden del rey a lugares de seguridad[151], y además el campo estaba seco y vacío de cosechas por aquella época, que era el final del verano); con todo, conforme a sus disponibilida-
2 des, se preparó con suficiente previsión. Asigna a la caballería auxiliar la conducción de todo el ganado que días antes había constituido el botín; ordena a Aulo Manlio, su lugarteniente, dirigirse con unos batallones de infantería ligera a la ciudad de Lares[152], donde había depositado las pa-

[150] Hoy día sigue habiendo algunas fuentes de esta naturaleza en la actual Gafsa.

[151] Tales lugares, entre los cuales probablemente se hallaba Theveste (actual Tébessa), debían de ser aquellos que Metelo no había atacado. La época del año, por otra parte, a que se alude más abajo, sería septiembre u octubre (del 107).

[152] Hoy Henchir Lorbeus, a dieciocho kilómetros al sureste de Sica (Le Kef).

gas y la intendencia, aseverándole que a los pocos días lle-
garía él allí realizando correrías. De este modo, mantenien- 3
do en secreto su propósito, se encamina al río Tanais[153].
Por lo demás, durante la marcha distribuía cada día al 91
ejército el ganado en cantidades proporcionales, tanto a cen-
turias como a los escuadrones de caballería, y tenía cuidado
de que se fabricasen odres con sus pellejos: mitigaba así la
necesidad de trigo y a un tiempo iba preparando sin que
nadie se diera cuenta lo que más tarde sería de utilidad. Por
fin a los seis días[154], cuando llegaron al río, había hecho una
gran cantidad de odres. Allí, levantado el campamento con 2
ligera protección, ordena a los soldados que tomen su ali-
mento y que estén preparados para salir con la puesta de
sol[155], cargándose ellos mismos y las acémilas sólo de agua,
y arrojando todo el equipaje. Luego, cuando le pareció que 3
era tiempo, sale del campamento y, tras marchar durante to-
da la noche, se detuvo; lo mismo hace a la siguiente: luego,
a la tercera, mucho antes de venir la luz del día[156], llega a
un paraje salpicado de alcores, a una distancia de no más de
dos millas de Capsa, y allí aguarda con todas sus tropas lo
más en secreto que puede. Pero cuando despuntó el día y los 4
númidas, que no temían nada del enemigo, salieron en gran

---

[153] Muy difícil de identificar porque ignoramos de dónde salió Mario. Habiendo marchado entre dos y tres noches, hay que situar el lugar a unos 90 kilómetros de distancia al Norte de Gafsa, por lo que el río podría ser el Hatab/El Derb.

[154] Los comentaristas se preguntan de dónde sacó Salustio detalles tan minuciosos como éstos: Rutilio Rufo posiblemente se había marchado a Roma para preparar las elecciones del 106; Posidonio no parece ser la fuente, y además la incredulidad en materia religiosa manifestada en este pasaje por Salustio descarta al autor griego. Sila mismo podría servir de fuente.

[155] Seis de la tarde en septiembre.

[156] Seis de la mañana en septiembre.

número de la plaza, ordena de repente que toda la caballería y con ella los infantes más rápidos salgan a la carrera hacia Capsa y se apoderen de las puertas; a continuación les sigue él, atento y a toda velocidad, sin dejar a los soldados que
5 hagan botín. Cuando los de la plaza se enteraron de lo que pasaba, los nervios de la situación, el gran temor, lo inesperado del mal y además el que parte de los ciudadanos estuviese fuera de las murallas en poder del enemigo, les obligaron
6 a hacer la rendición. Por lo demás, la plaza fue incendiada, los mozos númidas ejecutados, todos los demás vendidos, el
7 botín repartido entre los soldados. Semejante acción contraria al derecho de guerra[157] no fue cometida por codicia o instinto criminal del cónsul, sino porque el sitio era estratégico para Jugurta y difícil de acceso para nosotros, y la raza de sus hombres, voluble y desleal, no se había dejado meter en cintura anteriormente ni con favores ni con amedrentamiento.

92 Después de culminar una empresa tan importante sin pérdida alguna de los suyos, Mario, grande y preclaro antes,
2 comenzó a ser considerado más grande y más preclaro. Todas sus decisiones no bien planeadas eran atribuidas a su valor: los soldados, sometidos a una disciplina comprensiva y a la vez enriquecidos, lo ponían por las nubes; los númidas le temían como a más que mero mortal; por último todo el mundo, aliados y enemigos, pensaban que poseía una mente divina o que todo le era revelado por voluntad de los dio-
3 ses. Mas el cónsul, después de salirle bien esta aventura, se

[157] Esto no es cierto realmente, porque los *dediti,* los que se rendían a los romanos, lo hacían de manera incondicional y los generales podían hacer de ellos cuanto quisiesen. Lo que ocurre es que Salustio critica veladamente a Mario, como hacían los *optimates,* por no comprender que Mario pretendía atemorizar a las restantes ciudades para que se rindiesen.

dirige a otras ciudades[158], y pocas son las que conquista con resistencia de los númidas; las más, abandonadas ante la desgracia sufrida por los capsenses, las destruye por el fuego; todo se llena de lamentaciones y de muerte. Finalmente, 4
tras apoderarse de muchos lugares, la mayoría de ellos sin derramar sangre del ejército, emprende otra empresa, no de la misma dureza que la de los capsenses, pero no menos difícil.

Pues no lejos del río Muluya[159], que separaba el reino de 5
Jugurta del de Boco, había en medio de una llanura un monte rocoso de anchura suficiente para un mediano fortín, que alcanzaba una gran altura y con un único acceso sumamente estrecho; pues todo el monte estaba cortado a pico de manera natural, como por obra y gracia de un proyecto humano. Mario pone mano con sumo ímpetu a la conquista de 6
dicho lugar, porque allí estaban los tesoros del rey. Pero este intento le salió mejor gracias al azar que a sus cálculos. Pues el fortín contaba con suficiente número de hombres y 7
de armas, gran cantidad de trigo y una fuente; el sitio era inapropiado para terraplenes, torres y demás máquinas de guerra, el camino para sus habitantes era bastante estrecho y

---

[158] Probablemente, estas operaciones se llevan a cabo en el año 106 ya, aun cuando Salustio sigue llamando a Mario cónsul (lo ha sido durante el 107, y ahora prosigue al mando de las tropas como procónsul). Y es que el próximo objetivo del castillo de Muluya está tan lejos que es preciso imaginar varios meses entre la toma de Gafsa y la del castillo, lo que implica que la campaña ha proseguido durante los meses del invierno, cosa que al parecer era posible en el Norte de África. Cf. TÁC., *Anales* III 74, hablando de la campaña de Bleso contra Tacfarinate: «Ni, como era costumbre, repliega las tropas al pasar el verano...».

[159] La distancia entre Gafsa (Capsa) y el Muluya es de 1.200 kilómetros. El viaje de ida y vuelta debió durar entre cuatro y seis meses. De todas maneras, dado el descuido habitual de Salustio por lo que respecta a la geografía, bien pudo haber confundido el río, por ejemplo, con el moderno Chélif.

8 con precipicios a ambos lados. Por allí se empujaban los
manteletes en vano y con enorme riesgo, pues cuando ha-
bían avanzado un poco los inutilizaban con fuego o con
9 piedras. Los soldados no podían estar al pie de la obra dado
lo desigual del terreno, ni manejarse entre los manteletes sin
peligro; los más osados iban cayendo o eran heridos, y el
miedo de los demás iba en aumento.

93 Ahora bien, Mario, después de consumir muchos días y
esfuerzos, andaba lleno de angustia dándole vueltas en su
interior a si abandonaría su propósito, porque resultaba es-
téril, o si aguardaría a la fortuna, que le había servido mu-
2 chas veces con éxito. Cuando, ya febril, llevaba muchos días
y noches recapacitando sobre ello, por azar un lígur, solda-
do raso de las cohortes auxiliares, que había salido del cam-
pamento a traer agua, observó, no lejos del flanco del fortín
alejado de los combatientes, unos caracoles que se desliza-
ban entre las piedras; poniéndose a buscar uno y otro, y lue-
go más, con el ahínco de cogerlos, poco a poco acabó por
3 llegar casi a la cima del monte. Cuando se hizo cargo desde
allí de la vasta soledad, le entró el deseo, habitual en la na-
4 turaleza humana, de realizar algo difícil. Y por casualidad
en aquel lugar había crecido entre las rocas una gran encina,
que primero se inclinaba un poco, y luego se enderezaba y
ascendía en las alturas, hacia donde tienden por naturaleza
todas las plantas. El lígur, apoyándose ora en sus ramas, ora
en los salientes de las rocas, llegó a la llanura del fortín,
porque todos los númidas estaban atentos a los combatien-
5 tes. Examinado todo lo que, a su juicio, posteriormente ha-
bría de servirle, regresa por el mismo sitio, no descuidada-
mente, como había ascendido, sino tanteando y observándolo
6 todo. De este modo, aborda rápidamente a Mario, le informa
de lo que le ha pasado y le anima a que ataque el fortín por
la parte por la que él había ascendido, y se ofrece para ser el

guía del camino y de la aventura. Mario envió con el lígur a 7
algunos de los presentes a conocer qué había de sus propuestas. Según el carácter de cada uno de ellos informaron de que el asunto era difícil o fácil; con todo, el ánimo del
cónsul se levantó un poco. De modo que entre los trompetas 8
y cornetas que había eligió a los cinco más veloces y con ellos a cuatro centuriones para que les diesen escolta, y, ordenando a todos obedecer al lígur, fija el día siguiente para esta empresa.

Y cuando pareció que era el momento conforme a lo 94
indicado, preparado y dispuesto todo, se encamina hacia el sitio. Por lo demás, aquéllos que iban a realizar la ascensión, instruidos por su guía, habían cambiado las armas y la indumentaria: iban con la cabeza y los pies desnudos, para facilitar la visión y el sostén en las rocas; a las espaldas llevaban las espadas y los escudos, pero éstos como los de los númidas, de cuero, tanto en razón de su peso como para
que, si recibían un golpe, hiciesen menos ruido. De esta 2
manera, el lígur, que marchaba a la cabeza, iba atando cuerdas a las rocas y las viejas raíces que por allí sobresalían, y los soldados, alzándose en ellas, subían con más facilidad. En ocasiones ayudaba con la mano a los que se asustaban por desconocimiento del camino; cuando la subida era un poco más difícil de la cuenta, los mandaba uno a uno desarmados delante de él, y luego los seguía él con las armas de ellos; los puntos que parecían dudosos para apoyarse los probaba sin vacilar, subiendo y bajando una y otra vez por el mismo sitio, y luego, echándose a un lado, infundía valor
a los demás. Así pues, finalmente, después de largo tiempo 3
y mucho cansancio, llegan al fortín, desierto por aquel lado, porque todos, como en los demás días, estaban haciendo frente al enemigo. Cuando Mario supo por los recaderos lo que había hecho el lígur, aunque había mantenido durante

todo el día atentos al combate a los númidas, entonces fue cuando arengando a los soldados y saliendo él mismo fuera del emplazamiento de los manteletes, se fue aproximando, tras formar la tortuga, al tiempo que atemorizaba al enemigo
4 desde lejos con la artillería, los arqueros y los honderos. Los númidas por su parte, como antes les habían desbaratado los manteletes a los romanos muchas veces e incluso se los habían incendiado, no se guarecían dentro de las murallas del fortín, sino que se pasaban el día y la noche delante del muro, lanzaban improperios a los romanos y echaban en cara a Mario su locura, a nuestros soldados les amenazaban con ser esclavos de Jugurta, mientras ellos se sentían envalento-
5 nados porque les iban bien las cosas. En esto, estando todos, romanos y enemigos, atentos al combate, peleando ambos bandos con gran energía, los unos por la gloria y el imperio, los otros por su salvación, de repente sonaron las trompetas a la espalda; al principio, las mujeres y los niños, que se habían adelantado para ver, salieron huyendo; luego, los que se hallaban más próximos al muro, y al final todo el
6 mundo, armados y desarmados. Al ocurrir esto, los romanos presionaban con más ímpetu, los atropellaban y se limitaban a herir a la mayoría y luego pasaban por encima de los cuerpos de los caídos, atacaban la muralla, compitiendo ávidos
7 de gloria, y ni a uno solo lo retardaba el botín. De esta manera, enderezada por el azar la temeridad de Mario, éste encontró la gloria a partir de su propia culpa[160].

[160] Posiblemente Salustio es injusto con Mario, pues la aventura en la que se embarcó fue de envergadura y la empresa que arrostró digna de todo encomio; el azar, la fortuna, es parte de los éxitos en la guerra, y así se halla en la mayoría de los historiadores. Es muy probable que para esta parte Salustio siga los *Commentarii* de Sila, quien lógicamente se mostraba hostil a Mario. De hecho, a partir de la operación contra el fortín del río Muluya, Jugurta dejó de tener la importancia y el peligro que había su-

Por lo demás, mientras se desarrollan estos acontecimien- 95
tos, llega al campamento[161] con un fuerte contingente de caballería el cuestor Lucio Sila[162], quien había quedado en Roma para reclutar aquélla en el Lacio y entre los aliados.
Y puesto que los hechos nos obligan a mencionar a un 2
hombre tan importante, me ha parecido oportuno decir unas palabras sobre el carácter y maneras del mismo; porque en ningún otro lugar voy a hablar de los hechos de Sila, y Lucio Sisenna[163], que los ha descrito mejor y más detalladamente que nadie entre los que contaron esta historia, se me antoja que habló de él con poca libertad de expresión.

De modo que Sila era noble, de linaje patricio, aunque 3
su familia casi había caído en el olvido por la indolencia de sus mayores; instruido por igual en la literatura griega y latina, era de gran ánimo, y estaba ansioso de placeres y más aún de gloria; cuando no tenía nada que hacer era un disoluto, aunque el placer nunca lo apartó de sus actividades ⟨***⟩. Bien es verdad que respecto a la esposa pudo proceder con más rectitud. Era fácil de palabra, astuto y sencillo en la amistad; poseía una increíble profundidad de espíritu para

---

puesto previamente; asimismo, el historiador no habla en adelante de númidas sino de getulos y moros, prueba de la precariedad e indefensión en que se encontró el caudillo númida a partir de ese momento.

[161] Esta llegada de Sila después de haber terminado la operación militar llama la atención y no parece casar con los acontecimientos, pues no se ve qué sentido tendría la llegada de la caballería después de haber terminado todo.

[162] Lucio Cornelio Sila, apodado el de la «Buena Estrella», nació en el 138. En el año de su cuestura contaba con 30 años de edad. Escribió unas *Memorias* en 22 libros que constituyen la fuente de los últimos capítulos de la *Guerra de Jugurta*, así como de Plutarco, Apiano y Tito Livio.

[163] Lucio Cornelio Sisenna, pretor en el 78, muerto en el 67. Escribió unas *Historiae*, fuente principal para las Guerras Social y Civil de principios del siglo I a. C. Los fragmentos de la obra en H. Peter, *Historicorum Romanorum Reliquiae* I 334-349.

fingir o disimular sus asuntos y era pródigo en muchas co-
4 sas, y especialmente con el dinero. Y siendo como fue el
más feliz de los mortales antes de su victoria en la guerra
civil, jamás su suerte estuvo por encima de sus capacidades,
y muchos dudaron si tenía más de esforzado o de dichoso.
Pues lo que hizo después no sabría decir si me produce más
sonrojo o repugnancia describirlo.

96 De manera que Sila, como queda dicho arriba, a raíz de
su llegada al África y al campamento de Mario junto a su
caballería, inexperto y desconocedor de la guerra como era
antes, se hizo en poco tiempo el más versado de todos.
2 Aparte de esto conversaba amablemente con los soldados,
hacía favores a muchos, unas veces a ruego de ellos, otras,
por iniciativa propia, y los aceptaba a la fuerza, y los de-
volvía más rápido que si fuera un préstamo, no reclamándo-
le nada a nadie, y más bien se esforzaba por que hubiese
muchos que le debiesen; intercambiaba bromas y veras con
3 los más humildes; prestaba su asistencia sin cansancio en
las obras, en la marcha y en las guardias, y, a esto, no hacía
lo que suele hacer la maldita ambición, a saber, dañar la re-
putación del cónsul o de cualquier otra persona honrada,
únicamente no consentía que hubiera otro superior a él en el
4 consejo o en la acción, y a la mayoría los aventajaba. Con
este comportamiento y estas cualidades se hizo querer enor-
memente en poco tiempo por Mario y los soldados.

97 Jugurta a su vez, tras perder la plaza de Capsa y otros
lugares fortificados y útiles para él, así como una inmensi-
dad de dinero, envía mensajeros a Boco para que traiga sus
tropas cuanto antes a Numidia, porque había llegado el mo-
2 mento de trabar combate. Cuando se enteró de que andaba
vacilante y en medio de las dudas ponderaba los pros y los
contras de la guerra y de la paz, otra vez, como antes, so-
bornó a sus allegados con dones, y al propio moro le prome-

te la tercera parte de Numidia si los romanos eran expulsa-
dos de África o si se llegaba a un acuerdo de paz, salvando
la integridad de sus territorios. Seducido con esta recom- 3
pensa, Boco se une a Jugurta, y una gran multitud con él.
Así que, una vez juntados los ejércitos de ambos, ata-
can a Mario, que ya marchaba hacia los cuarteles de invier-
no, cuando apenas quedaba la décima parte del día, pen-
sando que la noche, que ya se echaba encima, les serviría
de protección si eran vencidos, y que, si vencían, no les su-
ponía entorpecimiento alguno, ya que conocían el terreno,
y para los romanos, en cambio, ambas contingencias les
iban a resultar más difíciles en medio de las tinieblas. De 4
modo que el cónsul supo por muchos la llegada del enemi-
go al mismo tiempo que éstos hacían acto de presencia; y
antes de que el ejército pudiese formar o recoger los bártu-
los, antes, en fin, de que que pudiera recibir señal u orden
alguna, los jinetes moros y getulos, sin formar ni con trazas
algunas de combate, sino en pelotones, conforme el azar
los había reunido, se lanzan contra los nuestros. Los cuales, 5
nerviosos todos por el imprevisto terror, pero acordándose
de su arrojo, o bien tomaban las armas o bien defendían de
los enemigos a otros que las estaban tomando; unos montaban
a caballo y salían al encuentro de los enemigos; el combate
que se desarrollaba se parecía más a una pelea de forajidos
que a una batalla; sin enseñas, sin filas, jinetes e infantes
mezclados, unos retrocedían, otros caían degollados, y mu-
chos que peleaban con el máximo vigor contra los que te-
nían enfrente eran cercados por la espalda; ni el arrojo ni
las armas eran bastante protección, porque el enemigo era
superior en número y se había desplegado por doquier. Por
fin, los romanos veteranos y por esta razón expertos en la
guerra, a medida que su ubicación o el azar agrupaba a al-
gunos, iban formando círculos, y así, defendidos por todas

partes y al mismo tiempo ordenados en un frente, resistían la presión del enemigo.

98 Y en medio de una situación tan desfavorable, Mario no
se mostró aterrado ni su ánimo quedó más abatido que an-
tes, sino que con su propio escuadrón, que había organizado
con los más valerosos y no con los más amigos, rondaba por
todos lados, y ya socorría a aquellos de los suyos que esta-
ban en peligro, ya atacaba al enemigo por donde le hacía
frente en prietas filas; les prestaba el apoyo de su brazo a
los soldados, puesto que darles órdenes en medio de la ge-
2 neral confusión no podía. Y ya se había terminado el día y
los bárbaros no remitían un ápice y, conforme a las instruc-
ciones de los reyes, considerando que la noche les era favo-
3 rable, apretaban con más ganas. Entonces, Mario toma una
determinación dentro de las posibilidades de la situación y,
para que los suyos tuviesen un lugar de retirada, ocupa dos
colinas inmediatas entre sí, en una de las cuales, poco ancha
para un campamento, había un gran manantial, y la otra era
adecuada para servirse de ella, porque, elevada y con pre-
4 cipicios en gran parte, requería pocos parapetos. Por lo de-
más, ordena a Sila que pase la noche junto al agua con los
jinetes; él va reuniendo poco a poco a los soldados disper-
sos, en medio de una confusión no menor del enemigo, y
luego los hace trepar a todos juntos por la colina a paso li-
5 gero. De este modo, los reyes, obligados por la dificultad
del lugar, desisten de la lucha, pero no obstante no permiten
a los suyos que se alejen mucho, sino que acampan despa-
rramados alrededor de ambas colinas, que rodean con su
6 muchedumbre. Luego, haciendo abundantes fogatas, los bár-
baros pasaban la mayor parte de la noche a su estilo, llenos
de alegría, exultantes y dando gritos. Y sus propios jefes,
engreídos porque no había habido desbandada, se las daban
7 de vencedores. Mas todo ello resultaba fácil de ver a los

romanos, que se encontraban en tinieblas y en puntos más elevados, y les servía para coger muchos ánimos.

Y Mario, absolutamente recobrado gracias a la insensa- 99
tez del enemigo, ordena guardar el mayor silencio y que no haya siquiera toque de trompetas[164], como se acostumbra en el relevo de la guardia nocturna. Luego, cuando se aproximaba la luz del día, cansados ya los enemigos y poco antes invadidos por el sueño, ordena de repente a los centinelas, así como a los trompetas de las cohortes, escuadrones y legiones, que den la señal todos a un tiempo, que los soldados alcen el grito de guerra y salgan a todo correr por las puertas. Los moros y los getulos, despertados repentinamente 2
por el sonido desconocido y espantoso, no podían ni salir huyendo, ni coger las armas, ni hacer ni prever nada en absoluto: a tal extremo les había entrado a todos una especie 3
de locura con el estrépito, el griterío, la falta de auxilio, la carga de los nuestros, la confusión, el miedo y el pánico. A la postre, todos fueron arrollados y puestos en fuga y capturadas la mayor parte de las armas y de las enseñas militares, y en este combate perecieron más que en todos los precedentes, pues el sueño y el miedo insólito les entorpecieron la huida.

Después Mario, tal como había empezado, hacia los 100
cuarteles de invierno ⟨***⟩ Había decidido pasar éste en las ciudades costeras por razones de aprovisionamiento. La victoria, no obstante, no le había hecho descuidado o insolente, sino, igual que si estuviese a la vista del enemigo, marchaba en formación cuadrangular: Sila, en el ala derecha, iba con la caballería; en la izquierda, Aulo Manlio ejercía el mando de los honderos y arqueros, aparte de las

---

[164] Orosio (V 15, 18) habla de 90.000 muertos.

cohortes de los lígures; a los tribunos los había puesto en la
3 vanguardia y en la retaguardia con la infantería ligera. Los desertores, a los que se tenía en muy poco y que conocían el terreno a la perfección, exploraban el itinerario de los enemigos. Al mismo tiempo el cónsul, como si no hubiese al mando nadie más, lo revisaba todo, hacía acto de presencia delante de todos, elogiaba o censuraba a quienes lo mere-
4 cían. Armado y alerta él, exigía de los soldados idéntica actitud. Y no de modo distinto a como hacía la marcha fortificaba el campamento, mandaba cohortes de legionarios a montar guardia en la puerta, y delante del campamento a jinetes de las tropas auxiliares. Además, disponía a otros sobre la valla en las obras de defensa, y él mismo hacía la ronda de los puestos, no porque desconfiase de que se hiciese lo que ordenaba, sino para que, al compartir la fatiga el general con los soldados, éstos la aceptasen de buen grado.
5 Pues verdaderamente, Mario, en aquella fase y en otras de la guerra de Jugurta, mantenía a raya al ejército con el sentido de la dignidad más que con la represión. Muchos afirmaban que esto lo hacía por demagogia, otros que él tenía por placer la dureza a la que estaba habituado desde niño, así como otras cosas que los demás llaman penalidades. Pero es el caso que la cosa pública fue administrada por él tan bien y dignamente como bajo el más duro de los mandos.

101 Finalmente, al cuarto día, no lejos de la ciudad de Cirta, se dejan ver a toda velocidad por todas partes y al mismo tiempo los batidores, por lo cual se comprendió que el ene-
2 migo estaba a la vista. Pero como regresaban por separado cada uno de una parte y todos daban a entender lo mismo, el cónsul, incierto sobre el modo de ordenar el frente, sin cambiar la formación, aguarda en el mismo sitio, preparado para
3 el ataque desde cualquier dirección. Así se frustró la esperanza de Jugurta, quien había distribuido sus tropas en cua-

tro contingentes, en la creencia de que, entre todos, algunos
de los suyos en todo caso entrarían al enemigo por la espal-
da. Entretanto Sila, a quien primero había alcanzado el ene- 4
migo, tras arengar a los suyos, ataca con una parte a los mo-
ros, formando los escuadrones con los caballos lo más juntos
posible; los demás permanecieron en su puesto, protegién-
dose de los disparos que llegaban de lejos, y a los que ve-
nían a las manos les daban muerte. Mientras la caballería 5
lucha de esta manera, Boco ataca las últimas líneas de los
romanos con la infantería que había traído su hijo Voluce y
que, por haberse retardado en la marcha, no había participa-
do en el combate anterior. A la sazón Mario actuaba en pri- 6
mera línea, porque allí estaba Jugurta con el grueso de sus
tropas. Luego, el númida, al enterarse de la llegada de Boco,
gira sigilosamente para dirigirse con unos pocos hacia los
infantes. Llegado allí grita en latín (pues había aprendido a
hablarlo en Numancia) que era baldía la lucha de los nues-
tros, que poco antes había matado a Mario con su propia
mano; al tiempo mostraba una españa teñida de sangre que
había ensangrentado en la lucha matando no sin decisión a
un infante nuestro. Cuando los soldados oyeron esto, se 7
asustan, más por la atrocidad de la cosa que por el crédito
que les merecía el mensajero, y al mismo tiempo los bárba-
ros cobraban ánimos y avanzaban con más denuedo contra
los sorprendidos romanos. Y ya estaban al borde de la hui- 8
da, cuando Sila, que regresaba de aniquilar a aquéllos con
los que se había enfrentado, acomete a los moros por un
flanco. Boco cambia de dirección al instante. Jugurta, en 9
cambio, en su deseo de sostener a los suyos y de conservar
la ya casi lograda victoria, rodeado por jinetes, muertos to-
dos a derecha e izquierda, se abre el camino él solo entre los
disparos de los enemigos, tratando de evitarlos. Y entretanto 10
Mario, puestos en fuga los jinetes, llega corriendo en auxilio

11 de los suyos, que ya sabía que iban retrocediendo. Por últi-
mo, los enemigos fueron ya puestos en desbandada. Entonces,
en la llanura abierta se ofrecía un espectáculo horripilan-
te[165]: persecuciones, fugas, matanzas, apresamientos; hom-
bres y caballos malheridos; muchos, con las heridas que
habían recibido, no podían ni escapar ni soportar la inmovi-
lidad, trataban de incorporarse y al momento se derrumba-
ban; en fin, todo lo que había a la vista se hallaba cubierto
de armas, escudos y cadáveres, y entre todo ello la tierra
estaba manchada de sangre.

102 Después de ello el cónsul, ya vencedor sin lugar a du-
das, llegó a la ciudad de Cirta, adonde se dirigía su marcha
2 en un principio. A los cinco días de que los bárbaros hubie-
sen sufrido su segunda derrota, llegan allí unos delegados
de Boco que en nombre del rey pidieron a Mario que le en-
viase a los dos más leales que tuviese, que quería discutir
con ellos asuntos de interés suyo y del pueblo romano. Ma-
rio da orden a Lucio Sila y a Aulo Manlio de partir al mo-
3 mento. Aunque ambos iban porque los había llamado, no
obstante, decidieron hacer un discurso ante el rey con la in-
tención de doblegar su actitud, si era hostil, o de enardecerla
4 más si estaba en pro de la paz. En consecuencia, Sila, a cuya
facilidad de palabra, y no por la edad, había cedido Manlio,
habló brevemente de la siguiente manera:

5 «Rey Boco, grande es nuestra alegría porque los dioses
te han iluminado, a ti, varón de tanta calidad, para que pre-
fieras por fin la paz a la guerra y no te contamines mezclán-
dote, tú, el mejor, con Jugurta, el peor del mundo, y a la vez
para que nos quites el penoso deber de perseguir a ambos
simultáneamente, a ti que andas descarriado, y a aquél, el

[165] Durante los cuatro relevos nocturnos, correspondientes a las cuatro *uigiliae* o partes en que se dividía la noche, siendo tres horas la duración de cada parte.

mayor de los criminales. A más de esto, ya desde el co- 6
mienzo de su imperio, el pueblo romano ha estimado mejor
buscar amigos que esclavos, considerando más seguro go-
bernar a quienes lo aceptan que a quienes se ven obligados.
Para ti desde luego ninguna amistad es más conveniente que 7
la nuestra, en primer lugar, porque estamos muy lejos, con
lo cual la posibilidad de daño es mínima, y el favor idéntico
que si estuviésemos cerca; en segundo término, porque te-
nemos suficientes súbditos, y amigos ni nosotros ni nadie ha
tenido jamás bastantes. Y ojalá que esta actitud hubiese sido 8
de tu agrado desde el comienzo; por supuesto que habrías
recibido del pueblo romano hasta la fecha muchos más bie-
nes que males has sufrido. Pero puesto que la mayor parte 9
de los asuntos humanos los gobierna el azar, el cual resolvió
que tú experimentaras nuestra fuerza y nuestro favor, ahora,
dado que aquél te lo permite, apresúrate, y sigue por donde
empezaste. Posees muchas y adecuadas cosas para compen- 10
sar fácilmente tus errores con tus servicios. Por último, mé- 11
tete esto en el fondo de tu corazón: el pueblo romano jamás
ha sido vencido en punto a hacer favores; y cuánto puede en
la guerra, tú mismo lo sabes.»

A estas palabras Boco respondió con calma y amabili- 12
dad, al tiempo que explicaba brevemente su equivocación,
diciendo que había tomado las armas no con espíritu hostil
sino para defender su reino. Pues la parte de Numidia[166] de 13
donde había expulsado a Jugurta por la fuerza y la había he-
cho suya por el derecho de guerra, no había podido permitir
que la arrasase Mario; además, aunque antes había enviado
una delegación a Roma, habían rechazado su amistad. Por 14
lo demás, dejaba a un lado lo antiguo, y ahora, si Mario lo

[166] La tierra en disputa es la misma tercera parte de Numidia que Jugurta prometió a Boco para ganarse su apoyo.

15 aprobaba, enviaría delegados al senado. Luego, cuando se le
dio la oportunidad de hacerlo, el ánimo bárbaro fue cambia-
do por influjo de los amigos que Jugurta, temiendo lo que se
preparaba, había sobornado con dones al conocer la emba-
jada de Sila y de Manlio.

103 Mario, entretanto, instalado el ejército en los cuarteles
de invierno[167], se va con unas cohortes ligeras y parte de la
caballería a unos parajes solitarios[168], a sitiar una fortaleza
del rey, donde Jugurta había puesto de guarnición a todos
2 los desertores. Entonces, otra vez Boco, bien reconsideran-
do lo que le había pasado en los dos combates, bien aconse-
jado por otros amigos que Jugurta había dejado sin sobor-
nar, elige entre sus íntimos a cinco, cuya lealtad conocía y
3 cuya inteligencia era muy alta. Les ordena que vayan en
embajada a Mario y, si éste está de acuerdo, a Roma poste-
riormente, dándoles licencia para actuar y terminar con la
4 guerra como fuese. Aquéllos se encaminan apresuradamente
hacia los cuarteles de invierno de los romanos; después,
asaltados y desvalijados en su camino por bandoleros getu-
los, amedrentados y sin dignidad escapan a presencia de
Sila, a quien el cónsul, al partir en expedición, había dejado
5 como propretor. Aquél los trató no como enemigos poco de
fiar, que era lo que se merecían, sino con atenciones y libe-
ralidad; con dicho comportamiento los bárbaros estimaron
que la fama de avaricia de los romanos era falsa, y que, da-
6 da su munificencia con ellos, Sila era un amigo. Pues en-
tonces la generosidad interesada era todavía desconocida
por muchos. Nadie era tenido por pródigo sin que fuese al
mismo tiempo benevolente: todos los dones se relacionaban

[167] El invierno del 106 al 105.

[168] Sin duda hacia el Sur, donde habitaban los getulos.

con la bienquerencia. De modo que revelan al cuestor[169] las 7
consignas de Boco, pidiéndole a la vez que les ayude y asesore; ensalzan con sus palabras las tropas, la lealtad y la grandeza de su rey, así como otros aspectos que consideraban útiles o indicativos de benevolencia. Después, habiéndoles prometido todo Sila e instruidos sobre el modo como debían hablar ante Mario y asimismo ante el senado, se quedan esperando allí mismo alrededor de cuarenta días.

Mario, cuando regresó a Cirta tras concluir el asunto 104
que se había propuesto y se enteró del regreso de los delegados, ordena venir de Tuca a Sila y a aquéllos, así como al pretor Lucio Belieno[170] de Útica, y además a todos los de la clase senatorial, estuviesen donde estuviesen, y con ellos examina las propuestas de Boco. Se les concede a los dele- 2
gados la potestad de ir a Roma, y entretanto solicitan del cónsul una tregua. Estas decisiones parecieron bien a Sila y a la mayoría; unos pocos dan opiniones harto desconsideradas, ignorantes, claro está, de la condición humana, que fluida e inestable siempre, pasa de un extremo a otro. Por lo 3
demás, los moros, tras conseguir todos sus objetivos, marcharon tres a Roma junto a Gneo Octavio Rusón[171], el cuestor que había transportado al África las pagas, y dos regresan junto al rey. Por ellos se enteró Boco con sumo gusto de la amabilidad y atenciones de Sila, aparte de las demás cosas. En Roma, al solicitar los delegados la amistad y la 4

[169] En realidad, ahora ya, al haber pasado el año 106, Sila es procuestor propretor.

[170] Tal vez el tío de Catilina que dio muerte a Quinto Lucrecio Ofela en el 81, por orden de Sila.

[171] Hubo un lugarteniente de Gneo Pompeyo Estrabón durante la guerra social que llevaba el mismo nombre; de ser el mismo, fue pretor entre 94 y 91. En cualquier caso, el presente cuestor tomó posesión de su cargo el 5 de diciembre del 106.

alianza, después de pedir perdón porque el rey se había equivocado y dejado llevar por los crímenes de Jugurta, se les respondió del siguiente modo:

5 «El senado y el pueblo romano suelen guardar memoria de los favores y de las afrentas. Por lo demás, puesto que Boco se ha arrepentido, le perdonan su falta. La alianza y la amistad se le concederán cuando se haga acreedor de ellas.»

105 Conocidos estos hechos, Boco solicitó por carta a Mario que le enviase a Sila para discutir con él como interlocutor
2 los asuntos comunes. Aquél fue enviado con un destacamento de jinetes y honderos baleares; además, marcharon arqueros y un batallón peligno[172] con armamento de infantería ligera[173] para hacer con más rapidez el camino, pero no por ello menos defendidos con estas armas que con las otras
3 frente a las ligeras del enemigo. Pero durante la marcha se mostró de repente al quinto día Voluce, hijo de Boco, en la llanura abierta[174], con no más de mil jinetes, los cuales, como marchaban distraídamente y de manera dispersa, dieron la impresión a Sila y a todos los demás de ser un número más amplio que el real, y les causaron el miedo que infun-
4 den los enemigos. En consecuencia, cada cual se puso en marcha, repasaban sus escudos y flechas, se concentraban; existía un cierto temor, pero la esperanza era más grande, como que ellos eran los vencedores y se enfrentaban a quienes habían vencido muchas veces. Entretanto los jinetes que

---

[172] Pueblo del centro de Italia con capital en Corfinio.

[173] Los *uelites* o infantería ligera tenían las siguientes armas: escudo redondo de un metro de diámetro *(parma)*, un yelmo de cuero *(galea)*, siete lanzas para arrojar *(hastae)*, de metro y cuarto de largo cada una, y una espada corta española *(gladius)*.

[174] Tal vez la llanura de Medjana, 170 kilómetros en línea recta de Cirta (Constantine).

se habían adelantado a inspeccionar comunican que la cosa (y así era de verdad) no era para inquietarse.

Voluce al llegar saludó al cuestor, diciéndole que lo ha- 106
bía enviado su padre para salir a recibirlos y darles escolta.
A continuación, marchan juntos sin temor éste y el siguiente 2
día. Luego, después de instalarse el campamento y empezar a anochecer, el moro viene corriendo ante Sila, despavorido y con el rostro alterado, y le dice que ha sido informado por los batidores de campo de que Jugurta no andaba lejos; a la vez le ruega y suplica que huya en secreto con él amparado
en la noche. Aquél sostiene con espíritu altanero que no te- 3
me al númida tantas veces derrotado y que confiaba sobradamente en el valor de los suyos; incluso si se avecinase la perdición segura, se quedaría, antes de traicionar con una huida vergonzosa a los que conducía, para una vida incierta y que tal vez poco más tarde iba a terminar con una enfer-
medad. Por lo demás, aconsejado por el mismo para que 4
partiese de noche, acepta la propuesta, y ordena que acaben de cenar rápidamente los soldados en el campamento y que hagan el mayor número posible de fuegos, y luego, a la
primera vela, que salgan en silencio. Y cuando todos esta- 5
ban ya cansados por la marcha nocturna y Sila medía el lugar para el campamento justo a la salida del sol, los jinetes moros anuncian que Jugurta había acampado delante de
ellos, a una distancia alrededor de dos millas. Cuando oye- 6
ron la noticia fue cuando les entró un gran miedo a los nuestros; creían que habían sido traicionados por Voluce y copados en una emboscada; y hubo quienes dijeron que había que tomarse la justicia por su mano y no dejar sin vengar en la persona de aquél tamaño crimen.

Mas Sila, aunque pensaba lo mismo, protege al moro de 107
la afrenta. Exhorta a los suyos para que adopten una actitud valiente; con frecuencia anteriormente unos pocos valerosos

habían combatido victoriosamente frente a una muchedumbre; cuanto menos se preocupasen por sí mismos en el combate, tanto más seguros iban a estar, y a nadie que armase su mano le era honroso buscar auxilio en sus pies desarmados y volver hacia el enemigo, en el momento de más terror, la
2 parte desnuda y ciega del cuerpo. Luego, tras invocar a Júpiter Máximo para que fuese testigo del crimen y traición de Boco, manda a Voluce, puesto que era hostil su compor-
3 tamiento, que saliese del campamento. Aquél le suplicaba con lágrimas que no se lo creyera: nada había sido hecho con engaño, sino más por la astucia de Jugurta, quien había descubierto su itinerario por medio de batidores, evidente-
4 mente. Por lo demás, puesto que éste no tenía una gran multitud y sus esperanzas y recursos dependían de su padre, opinaba que no se atrevería a nada paladinamente, siendo el
5 propio hijo testigo. Por lo cual a él le parecía que lo mejor que se podía hacer era cruzar abiertamente por mitad de su campamento; él iría solo con Sila, enviando por delante a
6 sus moros o dejándolos allí mismo incluso. Esta propuesta fue aceptada, por hallarse la cosa como se hallaba; y partiendo al punto, como habían caído por sorpresa, mientras
7 Jugurta duda y vacila, pasan sin problemas. Luego, a los pocos días llegaron a donde se habían propuesto.

108 Allí vivía en estrecha amistad con Boco un númida de nombre Áspar, a quien Jugurta había enviado antes, al enterarse de que se había hecho venir a Sila, en calidad de embajador, pero para espiar bajo cuerda los planes de Boco. Además, estaba Dábar, hijo de Masúgrada[175], del linaje de Masinisa, aunque inferior por la parte materna, ya que su padre había nacido de una concubina; por sus muchas pren-
2 das naturales era querido y grato al moro. A éste, Boco, que

[175] Quizá nieto de Masinisa, posiblemente rival de Jugurta.

había comprobado mucho tiempo antes que era leal a los romanos, lo envía inmediatamente a Sila a comunicarle que estaba dispuesto a hacer lo que quisiera el pueblo romano; que eligiese él mismo fecha, lugar y hora para la entrevista, y no tuviese miedo del embajador de Jugurta: a propósito mantenía él todo intacto con aquél, para que pudiese tratarse más libremente el común asunto; pues de otra manera no había podido precaverse de sus asechanzas. Mas yo hallo 3
que Boco retenía con la esperanza de paz al mismo tiempo a los romanos y al númida más por su mala fe cartaginesa que por los motivos que alegaba, y que no hacía sino dar vueltas en su interior a si entregaría a Jugurta a los romanos o a Sila a Jugurta: la pasión le aconsejaba ir contra nosotros, y su miedo, a favor de nosotros.

De modo que Sila respondió que hablaría poco delante 109
de Áspar, y que lo demás se lo diría en secreto, sin ningún testigo o con los menos posibles; al mismo tiempo le instruye en lo que se le debía responder. Una vez que se entrevis- 2
taron como lo había deseado él, afirma que ha venido enviado por el cónsul para investigar si sus intenciones eran hacer la guerra o la paz. Entonces, el rey, según las instruc- 3
ciones recibidas, le ordena regresar a los diez días, que todavía no ha decidido nada, pero que ese día le respondería. A continuación, ambos partieron para sus campamentos. Pe- 4
ro cuando hubo transcurrido buena parte de la noche, Boco manda llamar a Sila en secreto; los dos van acompañados solamente de intérpretes de confianza además de Dábar, el intermediario, individuo respetable y con quien ambos estaban de acuerdo. Y al instante comienza el rey del siguiente modo:

«Jamás habría pensado que yo, el rey más poderoso de 110
estas tierras y de todos los que conozco, llegaría a deber un favor a un señor particular. Y voto a Hércules, Sila, antes de 2

conocerte presté ayuda a muchos que me la pidieron y a
3 otros voluntariamente, sin que yo necesitase de nadie. De
haberme rebajado, cosa que suele hacer sufrir a los demás,
me alegro: acepto que haber sentido yo necesidad alguna
vez sea el precio de tu amistad, que en mi corazón aprecio
4 más que nada. Eso lo puedes comprobar de la siguiente ma-
nera: toma de mí armas, hombres, dinero y, en fin, cuanto te
venga en gana y sírvete de ello, y nunca, mientras vivas,
vayas a pensar que he satisfecho mi deuda: ésta siempre
5 permanecerá intacta en mí. Por último, nunca desearás nada
en vano si yo lo sé. Pues a mi entender es menos vergonzo-
so para un rey ser vencido por las armas que por la munifi-
cencia.

6 Por lo demás, respecto a vuestros intereses de Estado,
como encargado de los cuales has sido enviado aquí, escu-
cha estas breves palabras. Yo no he hecho la guerra al pue-
blo romano ni ha sido jamás mi deseo que le haya sido he-
cha, sino que he protegido con las armas mis territorios
7 contra hombres armados. A un lado dejo tal actitud si este
8 es vuestro gusto. Haced la guerra como queráis con Jugurta.
Yo no rebasaré el río Muluya, que era la frontera entre Mi-
cipsa y yo, ni permitiré que Jugurta penetre en él. Por lo
demás, si me pides algo digno de mí y de vosotros, no te
marcharás desairado.»

111 A estas palabras respondió Sila breve y modestamente
en lo que al rey se refería, y en cuanto a la paz y a los asun-
tos comunes, largo y tendido. Finalmente, hizo ver al rey
que lo que él prometía no iban a tomarlo como favor el pue-
blo y el senado romano, toda vez que habían resultado su-
periores en las armas; él tendría que hacer algo que se viese
que era más del interés de aquéllos que del suyo propio. Co-
sa que tenía al alcance de la mano puesto que podía dispo-
ner de Jugurta, al que, si entregaba a los romanos, sin duda

se le habría de deber muchísimo: en ese momento vendrían
para él sin más la amistad, la alianza, la parte de Numidia
que ahora ambicionaba. El rey se negaba insistentemente al 2
principio; estaban por medio el parentesco, la afinidad, el
pacto además; aparte de esto temía que, dando muestras de
una lealtad frágil, se enajenase los ánimos de sus compatrio-
tas, para quienes Jugurta era bienquisto y los romanos odio-
sos. Por último, después de insistírsele una y otra vez, cede 3
y promete hacerlo todo a voluntad de Sila. Por lo demás, a 4
fin de simular la paz, de la que el númida estaba más que
ávido por cansancio de la guerra, acuerdan las medidas que pa-
recieron útiles. De este modo, tramado el engaño, se separan.

El rey, por su lado, llama al día siguiente a Áspar, lugar- 112
teniente de Jugurta y le dice que por Dábar ha sabido de
Sila que se puede terminar la guerra con condiciones y que
por tanto recabase la opinión de su rey. Aquél parte conten- 2
to para el campamento de Jugurta; luego, instruido por él en
todo, apresurando la marcha, regresa a los ocho días junto a
Boco y le comunica que Jugurta quiere hacer todo lo que se
le mande, pero que confiaba poco en Mario, que con ante-
rioridad muchas veces se había convenido en vano la paz
con los generales romanos. Por lo demás, si Boco deseaba 3
atender a los intereses de ambos y conseguir una paz real,
que se encargase de que todo el mundo viniese a una confe-
rencia como para tratar de la paz y allí le entregase a Sila;
que como tuviese en su poder a un individuo de sus carac-
terísticas, entonces sí que habría pacto por mandato del se-
nado o del pueblo, pues un hombre de la nobleza no iba a
quedar en poder del enemigo, por causa, no de su cobardía,
sino del interés del Estado.

El moro, dando vueltas a estas propuestas largo tiempo 113
consigo mismo, al final se lo prometió; no sabemos si sus
vacilaciones fueron por engaño o de verdad. Pero en general

las voluntades de los reyes son tan vehementes como volu-
2 bles, y muchas veces contradictorias. Posteriomente, tras
acordarse la fecha y el sitio para acudir a la conferencia so-
bre la paz, Boco llamaba ora a Sila, ora al delegado de Ju-
gurta, los trataba amablemente, y a ambos prometía lo mis-
mo. Aquéllos se hallaban igualmente dichosos y llenos de
buenas esperanzas.

3 Pero la noche previa al día fijado para la conferencia el
moro citó a sus amigos, y, cambiando repentinamente de
intención, los despidió a todos y se dice que consigo mismo
anduvo dando vueltas a sus ideas largo tiempo, y entretanto
se le cambiaba la cara, la mirada y el estado de ánimo a la
vez, lo cual, lógicamente, aunque él guardaba silencio, tras-
4 lucía los secretos de su corazón. Por último, no obstante, da
orden de que hagan venir a Sila y, conforme a su parecer,
5 prepara la emboscada al númida. Luego, cuando llegó el día
y se le anunció que Jugurta no andaba lejos, sale a su en-
cuentro con unos pocos amigos y nuestro cuestor como para
rendirle pleitesía; y sube a un alcor que era muy fácil de ver
6 para los emboscados. Allí mismo se aproxima el númida
desarmado, con unos pocos íntimos suyos, como se le había
dicho, y al instante, a una señal dada, se le echan encima
7 desde la emboscada por todas partes al mismo tiempo. Los
demás fueron degollados y Jugurta es entregado atado a Si-
la, quien lo trasladó a presencia de Mario.

114 Por las mismas fechas[176] nuestros generales Quinto Ce-
pión y Gneo Malio sufrieron una derrota frente a los ga-
los[177]. Con ello toda Italia se echó a temblar de miedo. En-
tonces y después sin interrupción, hasta nuestra época, los

---

176 La derrota de Arausio tuvo lugar el 6 de octubre del 105.

177 Quinto Servilio Cepión, cónsul en el 106. Gneo Malio Máximo, cónsul en el 105; éste era un *homo nouus*. Por lo demás, «galos» quiere decir de hecho germanos, aunque no se solían distinguir ambos pueblos.

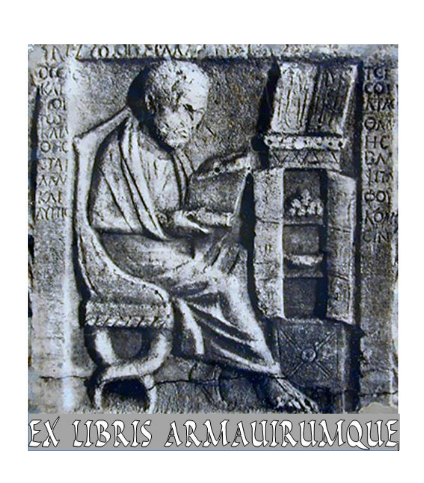
romanos fueron de esta opinión: todo lo demás se inclinaba ante su valor, pero contra los galos peleaban no por la gloria sino por la salvación. Pero una vez que se terminó la guerra de Numidia y se informó de que traían prisionero a Jugurta a Roma, Mario fue elegido cónsul en su ausencia[178] y se le asignó la provincia de Galia, y el uno de enero[179] celebró su triunfo investido de cónsul, con gran pompa. Por aquel tiempo las esperanzas y las fuerzas de la ciudad estaban cifradas en su persona[180].

---

[178] Las elecciones tuvieron lugar probablemente en octubre o noviembre del 105, cuando todavía debía hallarse en África Mario arreglando los últimos detalles.

[179] Del año 104, lógicamente.

[180] La frase final evoca el tema de la *contentio* (5, 2). La guerra que había comenzado desastrosa en manos de los nobles termina victoriosamente y con éxito gracias a un *homo nouus*. Por esta razón Salustio no presta atención al destino ulterior de Jugurta: la atención recae ahora en Mario, *homo nouus* (PAUL, *Historical...*, pág. 259).



SELECCIÓN DE FRAGMENTOS DE LAS «HISTORIAS»

INTRODUCCIÓN

Como ya hemos dicho en la Introducción General (v. *supra,* pág. 32), las *Historias* de Salustio (cuyo quinto libro apenas sí comenzó su autor) nos han llegado en estado fragmentario, excepto dos cartas y cuatro discursos (v. *ibid.,* pág. 31), transmitidos aparte, junto a otros discursos del resto de su obra, en el ms. Vaticano 3864. Dichos fragmentos provienen de unas quinientas citas dispersas en la obra de numerosos autores de la Antigüedad *(ibid.,* pág. 32), y la edición fundamental de los mismos es la de B. Maurenbrecher (v. *supra,* pág. 32).

La selección que aquí presentamos es, al igual que el resto de la obra de Salustio, la editada por L. D. Reynolds (v. *supra,* pág. 57), quien en la página XXIV de la *Praefatio* a su edición afirma: «al editar los fragmentos de las *Historias* me he servido por lo común de los trabajos de otros». Y en la página XXV del mismo prefacio prosigue: «no fue mi propósito editar de nuevo todos los fragmentos de las *Historias;* quien pusiere manos a esta inmensa obra necesitaría un conocimiento sobre el asunto más profundo que el que yo tengo (...) Me sabe mal elegir tan pocos fragmentos de aquel gran tesoro, y frustrar las esperanzas de los lectores que echan en falta este o aquel fragmento; con todo, me ha

parecido que vale la pena ofrecer a los estudiosos algunos de los fragmentos más largos o útiles, a fin de que aquellos que no requieran la abundancia de la edición de Maurenbrecher puedan probar y gustar de algún modo esta insigne obra del talento de Salustio». Por último, Reynolds nos informa de la numeración seguida por él *(ibid.)*: «he citado los fragmentos conforme a la numeración propuesta por B. Maurenbrecher.»

A continuación ofrecemos la lista de autores y ediciones de las fuentes de los fragmentos de las *Historias* (v. Reynolds, *Sallusti...*,, págs. XXVII-XXIX), fuentes que, según corresponda en cada caso, encabezarán la traducción que presentamos de la selección de dichos fragmentos:

AGRECIO, *Manual de ortografía,* H. KEIL (ed.), *Gramáticos Latinos (=GL)* VII, Leipzig, 1855-1878, págs. 11-125.

AGUSTÍN, *De la ciudad de Dios,* ed. B. DOMBART y A. KALB, 5.ª ed., Leipzig, 1981.

—, *Epístolas,* ed. A. GOLDBACHER, *CSEL* 34, 44, 57-58, 1895-1923.

L. AMPELIO, *Libro memorial,* ed. E. ASSMANN, Leipzig, 1935.

Anónimo bobiense, GL I, págs. 533-565; ed. M. DE NONNO, Roma, 1982.

ARUSIANO MESIO, *Ejemplos de elocuciones, GL* VII, págs. 437-514; ed. A. DELLA CASA, Milán, 1977.

ÁUDAX, *Excerpta de los libros de Escauro y Paladio, GL* VII, págs. 313-362.

AURELIO VÍCTOR, *Libro de los Césares,* ed. F. PILCHMAYR, 2.ª ed., Leipzig, 1966.

CARISIO, *Arte gramatical, GL* I, págs. 1-296; ed. C. BARWICK, Leipzig, 1925.

CLEDONIO, *Arte gramatical, GL* V, págs. 1-79.

Comentarios de Berna (=Comentarios de Berna de Marco Anneo Lucano), ed. H. USENER, Leipzig, 1869.

DICTIS CRETENSE, *Efeméride de la guerra troyana,* ed. W. EISENHUT, 2.ª ed., Leipzig, 1973.

DIOMEDES, *Arte gramatical, GL* I, págs. 297-529.
ELIO DONATO, *Comentario de Terencio,* ed. P. WESSNER, Leipzig, 1902-1905.
TIBERIO CLAUDIO DONATO, *Interpretaciones virgilianas,* ed. H. GEORGII, Leipzig, 1905-1906.
DOSÍTEO, *Arte gramatical,* GL VII, págs. 363-436; ed. J. TOLKIEHN, Leipzig, 1913.
Escolios antiguos a Juvenal, ed. P. WESSNER, Leipzig, 1931.
Escolios a Estacio = Comentarios al llamado Lactancio Plácido, ed. R. JAHNKE, Leipzig, 1898.
Escolios de Berna a las Bucólicas y Geórgicas de Virgilio, ed. H. HAGEN, *Jahrbücher für classische Philologie,* suppl. IV (1861-1867), 633-1014.
EUGRAFIO, *Comentario de Terencio,* ed. P. WESSNER, Leipzig, 1908.
ÉUTIQUES, *La gramática del verbo, GL* V, págs. 442-489.
FESTO, *Del significado de las palabras,* ed. W. M. LINDSAY, Leipzig, 1913.
Fragmento bobiense sobre el nombre y el pronombre, GL V, págs. 555-566.
FRONTINO, *Estratagemas,* ed. G. GUNDERMANN, Leipzig, 1888.
FRONTÓN, *Epistolario,* ed. M. P. J. VAN DEN HOUT, Leipzig, 1888.
AULO GELIO, *Noches áticas,* ed. P. K. MARSHALL, Oxford, 1968.
GREGORIO DE TOURS, *Los diez libros de historias,* ed. B. KRUSCH y W. LEVISON, *MGH, Autores de la historia merovingia* I/1, 2.ª ed., Hannover, 1951 (2).
HEGESIPO, *Libros de historia del llamado Hegesipo,* ed. V. USSANI, *CSEL* 66, 1932-1960.
ISIDORO, *Los veinte libros de las etimologías u orígenes,* ed. W. M. LINDSAY, Oxford, 1911.
JERÓNIMO, *Comentarios a Ezequiel, Obras de San Jerónimo presbítero,* Parte I. 4, ed. F. GLORIA, Turnholt, 1964 *(Corpus Christianorum*, serie latina, LXXV).
—, *Epístolas,* ed. I. HILBERG, *CSEL* 54-58, 1910-1918.
—, *Prefacio a Esdras, Biblia sagrada según la versión vulgata,* ed. R. WEBER OSB, 2.ª ed., Stuttgart, 1975, I, págs. 638-639.
—, *Vida de San Hilarión, PL* 23, cols. 30-53.
TITO LIVIO, *Períocas,* ed. P. JAL, París, 1984.

MACROBIO, *Excerpta de las diferencias y las afinidades del verbo griego y latino, GL* V, págs. 95-655.
—, *Saturnales,* ed. J. WILLIS, 2.ª ed., Leipzig, 1970.
MARIO VICTORINO, *Explicaciones a la retórica de Cicerón,* ed. C. HALM, *Rétores latinos menores,* Leipzig, 1863, págs. 153-304.
NONIO MARCELO, *Sobre la enseñanza fructífera,* ed. W. M. LINDSAY, Leipzig, 1903.
OROSIO, *Historias contra los paganos,* ed. C. ZANGEMEISTER, *CSEL* V, 1882.
PLÁCIDO, *Glosarios latinos* IV, ed. J. W. PIRIE y W. M. LINDSAY, París, 1930, págs. 12-70
POMPEYO, *Comentario del arte de Donato, GL* V, págs. 81-312.
PORFIRIÓN, *Comentario a Horacio Flaco,* ed. A. HOLDER, Innsbruck, 1894.
PRISCIANO, *Instituciones gramaticales, GL* II-III.
PROBO, *Reglas generales, GL* IV, págs 3-43.
—, *Reglas gramaticales, GL* IV, págs. 45-192.
—, *Excerpta de Probo (Probiana),* GL VIII, págs. CLI-CLIV.
PSEUDO ACRÓN, *Escolios antiguos a Horacio,* ed. O. KELLER, Leipzig, 1902-1904.
PSEUDO ASCONIO, *Escoliastas de los discursos de Cicerón* II, ed. T. STANGL, Viena-Leipzig, 1912, págs. 181-264.
QUINTILIANO, *Instituciones oratorias,* ed. M. WINTERBOTTOM, Oxford, 1970.
JULIO RUFINIANO, *De las cláusulas oratorias, GL* VI, págs. 565-578.
[JULIO RUFINIANO], *Sobre figuras del pensamiento*, ed. C. HALM, *Rétores latinos menores,* Leipzig, 1863, págs. 59-62.
SACERDOTE, *Artes gramaticales, GL* VI, págs. 415-546.
SERGIO, *Comentario sobre la letra, la sílaba, los pies, los acentos, la puntuación, GL* IV, págs. 473-485.
SERVIO, *Comentarios a Virgilio,* libros I-V, ed. de Harvard, 1946-1965; libros restantes, ed. THILO-HAGEN, Leipzig, 1881-1902.
SUETONIO, parte primera, *Sobre gramáticos y rétores,* ed. G. BRUGNOLI, Leipzig, 1960.
SULPICIO SEVERO, *Crónicas,* ed. C. HALM, *CSEL* I, 1866.
VEGECIO, *Compendio de arte militar,* ed. C. LANG, Leipzig, 1885.

LIBRO I

1 RUFINO, *De las cláus. orat.* VI 575, 16; PRISCIANO, *Inst. gram.* III 73, 9; TIBERIO CLAUDIO DONATO, *Coment. a Virg., En.* I 1:

He escrito la historia del pueblo romano en lo que concierne a las campañas exteriores y a las actuaciones en el interior desde el consulado[1] de Marco Lépido[2] y Quinto Cátulo en adelante[3].

2 SERVIO, *Coment. a Virg., En.* I 30, VIII 383; PRISCIANO, *Inst. gram.* III 30, 13; 188, 15; PROBO, *Reg. gen.* IV 24, 28; CARISIO, *Arte gram.* 68, 19; *Anón. bob.* I 541, 39:

Pues desde la fundación de la ciudad hasta la guerra contra Perseo de Macedonia[4].

---

[1] Año 78, el de la muerte del dictador de Sila, y fecha en la que probablemente terminaba la *Historia* de Sisenna.

[2] Marco Lépido protagonizó una revuelta con la que se inician *Las Historias* de Salustio. Quinto Cátulo era un patricio con ideas diametralmente opuestas a la de Marco Lépido.

[3] El año 67, sin duda, cuando comienza la ascensión de Pompeyo.

[4] La guerra fue terminada por Paulo Emilio con la batalla de Pidna (168 a. C.).

3* SERVIO, *Coment. a Virg., En.* II 89; IV 213:

Yo, en medio de una cantidad tan grande de personas muy cultas.

4 MARIO VICTORINO, *Expl. Ret. de Cic.* I 20; SERVIO, *Coment. a Virg., En.* I 96; PORFIRIÓN, *Com. a Hor., Sát.* I 10, 9; PSEUDACRÓN, *ibid.;* L. AMPELIO, 19, 8; JERÓNIMO, *Epíst.* LXI 3, 3; POMPEYO, *Coment. Art. Don.* V 158, 23:

Lo despachó en pocas palabras[5], como el más facundo que era de la estirpe romana.

5* SERVIO, *Coment. a Virg., Égl.* VIII 27:

Entre los cuales escritos a través de su larguísima vida[6] compuso muchos acerca de las personas de bien falseándolos negativamente.

6* ARUSIANO MESIO, *Ejs. eloc.* VII 494, 5:

A mí no me ha apartado de la verdad el haber combatido en el bando opuesto durante las guerras civiles.

7 PRISCIANO, *Inst. gram.* II 157, 14; SERVIO, *Coment. a Virg., En.* IV 245:

A nosotros nos han sobrevenido las primeras disensiones por un fallo de la naturaleza humana, la cual, inquieta e indómita, siempre anda en pugna por la libertad, la gloria o el poder.

11 MARIO VICTORINO, *Expl. Ret. de Cic.* I, 1; AGUSTÍN, *De la ciud. de D.* II 18; III 16-17; NONIO MARCELO, *Ens. fruc.* 92, 6; AMIANO MARCELINO, XV 12, 6; SERVIO, *Coment. a Virg., En.* VI 540; VIII 479; *Geórg.* IV 238; ARUSIANO MESIO, *Ejs. eloc.* VII 502, 2; VIII 480, 13; DONATO, *Com. Ter., Andriana* 36; DIOMEDES, *Arte gram.* I 444, 1:

---

5 Referencia a los *Orígenes* de Marco Porcio Catón.

6 Según Maurenbrecher la referencia sería a Catón; según La Penna, a Valerio Anciate; según Katz, a Varrón.

El Estado romano alcanzó su máximo poder en el consulado de Servio Sulpicio y Marco Marcelo[7], cuando fue conquistada toda la Galia a este lado del Rin, y entre el Mediterráneo y el Océano, excepto la zona inaccesible por las lagunas. Por otro lado, se condujo con los mejores principios morales y la más grande concordia entre la segunda y tercera guerra púnica, ⟨y la razón no fue el amor a la justicia, sino el miedo a una paz poco de fiar mientras estuviese en pie Cartago⟩. Mas la discordia, la codicia, la ambición y demás males que suelen originarse en medio de la prosperidad aumentaron enormemente después de la destrucción de Cartago. Pues las injusticias de los más poderosos y por mor de ellas el alejamiento entre la plebe y los patricios[8], así como otras disensiones, tuvieron lugar de puertas adentro desde el mismo comienzo, y tras la expulsión de los reyes, hubo un comportamiento conforme a derecho, justo y comprensivo, sólo mientras duró el miedo que inspiraban Tarquinio y la grave guerra con Etruria. Después, los patricios maltrataban a la plebe, mandándola como a esclavos, tomaban medidas sobre su vida y sus castigos corporales al estilo de los reyes, la expulsaban del campo, y ejercían el poder sobre los demás, que ya no poseían tierra. La plebe, agobiada con tales actos de mala fe y sobre todo por las deudas, dado que a causa de las continuas guerras debía aguantar al mismo tiempo los impuestos y el servicio militar, ocupó armada el Monte Sacro y el Aventino y entonces instituyó para su beneficio a los tribunos de la plebe[9] y demás derechos legales. El final de las discordias y disputas entre ambas partes lo constituyó la segunda guerra púnica.

---

[7] Es decir, el año 51 a. C.

[8] Hubo tres secesiones de la plebe: en 494, 449 y 287 a. C.

[9] Serían instituidos en el 494, cuando tuvo lugar la primera secesión.

12 AULO GELIO, *Noches át.* X 12, 13-15; AGUSTÍN, *De la ciud. de D.* III 17; cf. I 30; ARUSIANO MESIO, *Ejs. eloc.* VII 462, 2:

Una vez que, alejado el miedo a los cartagineses, hubo tiempo libre para ejercitarse en las desavenencias, surgieron muchísimas revueltas, sediciones y a la postre guerras civiles, durante las cuales unos pocos poderosos, a cuya influyente posición la mayoría había prestado su apoyo, aspiraban bajo el honorable nombre de los padres o de la plebe al dominio absoluto; se llamaba a alguien bueno o mal ciudadano, no en virtud de los méritos contraídos para con el Estado, puesto que todo el mundo estaba por igual corrompido, sino que se consideraba persona de bien al que era más rico y más poderoso para cometer injusticia, porque defendía la situación vigente.

13 ARUSIANO MESIO, *Ejs. eloc.* VII 484, 18:

El honor de todos los partidos se había corrompido trocándose en interés.

16* AGUSTÍN, *De la ciud. de D.* II 18-19:

Desde ese momento[10] las costumbres de nuestros antepasados fueron a pique, no paulatinamente como antes, sino a manera de un torrente. La juventud se corrompió a tal extremo con la frivolidad y la avaricia, que con razón se dice que habían nacido quienes ni podían conservar su patrimonio familiar ni permitir que otros lo conservasen.

20* CLEDONIO, *Arte gram.* V 76, 24:

La ley Licinia resultó ingrata a todo el mundo a este lado del Po.

---

[10] Desde la destrucción de Cartago en 146 a. C.

44 *Anot. a Luc.* II 174; *Com. de Berna a Luc.* II 173; [JULIO RUFINIANO], *Sobre las fig. de pens.* 11; DONATO, *Com. Ter., Adelfos* 314:

Como hizo con Marco Mario, a quien primero le partió las piernas y los brazos y le sacó los ojos, sin duda para que expirase miembro a miembro.

45 DONATO, *Com. Ter., Hécira* 258; *Formio* 872:

Y era tío materno de sus hijos.

46 FESTO, *Sign. pal.* 193, 19:

Terminadas las grandes obras, comenzó[11] el asedio por medio de su lugarteniente Lucio Catilina.

47 SERVIO, *Com. a Virg., En.* II 502:

Siendo manchados con la sangre de los suplicantes los altares y otros objetos consagrados a los dioses.

49 PRISCIANO, *Inst. gram.* II 392, 21; AULO GELIO, *Noches át.* XV 13, 8:

En consecuencia, vendidos o regalados generosamente los bienes de los proscritos.

50 ARUSIANO MESIO, *Ejs. eloc.* VII 450, 16:

Con una recompensa[12] tamaña no le iban a negar nada.

51 ARUSIANO MESIO, *Ejs. eloc.* VII 506, 31:

Con ello quedó bien claro que retornaron a la constitución republicana para hacer de ella un botín, no para darle la libertad.

---

[11] «Comenzó» = *coepit* fue interpretado por Heraeus («Colligere = tollere», *Archiv für latein. Lexic.* 9 [1896], 134-135) en el sentido de «reemprendió». Catilina es el lugarteniente de Sila, ora en el asedio de Preneste, ora en el de Nola, durante los años 80-79.

[12] Pensamiento de Sila, tras la distribución de tierras a los veteranos.

55 *Vaticano latino* 3864; DIOMEDES, *Arte gram.* I 412, 20; ARUSIANO MESIO, *Ejs. eloc.* VII 480, 4, 505:

Discurso del cónsul Lépido al pueblo romano:

«Vuestra clemencia y honestidad, romanos, gracias a las
cuales sois tan grandes y preclaros entre los demás pueblos,
me infunden muchísimo temor de cara a la tiranía de Lucio
Sila, a saber, que, no creyendo de los demás lo que vosotros
estimáis horrible, caigáis en la trampa (en especial cuando
para él toda la esperanza radica en el crimen y la traición, y
no se considera seguro como no sea mostrándose peor y más
detestable de lo que vosotros teméis, a fin de que, víctimas
de ello, la pura desgracia os arrebate la atención a la liber-
tad), o, si tomáis providencia, os preocupéis de defenderos
de los peligros que él entraña más que en tomar venganza.
2 No puedo, desde luego, sentir la suficiente extrañeza por sus
secuaces, individuos de altísima alcurnia, con excelentes
modelos entre sus antepasados, los cuales pagan el precio
de su dominio sobre vosotros con su propia esclavitud y
prefieren lo uno y lo otro, cometiendo injusticia, a actuar li-
3 bremente con el mejor de los derechos. ¡Oh descendencia
preclara de los Brutos, Emilios y Lutacios[13], nacidos para
subvertir aquello que sus antepasados consiguieron con su
4 mérito! Pues, ¿qué otra cosa hemos defendido de Pirro, Aní-
bal, Filipo y Antíoco, sino la libertad, y un hogar para cada
5 cual, y no obedecer a nadie excepto a las leyes? Todo lo
cual esta caricatura de Rómulo[14] lo retiene como si lo hu-
biera arrebatado a gente de fuera, sin sentirse satisfecho con

[13] Décimo Junio Bruto, Mamerco Emilio Lépido Liviano (ambos cónsules en el 77) y Quinto Lutacio Cátulo.

[14] Alusión a Sila y a sus aspiraciones tiránicas.

el desastre de tantos ejércitos, cónsules[15] y otros hombres principales que la fortuna de la guerra ha destruido, sino que se muestra con más saña en el momento en que a los más el éxito los lleva de la cólera a la compasión. Es más, es el 6
único en el mundo, desde que existe el género humano, que haya ejercido tormentos contra los que aún no han nacido, quienes tenían asegurada la injusticia antes que la vida, y con la enormidad de su crimen se ha mantenido hasta ahora a buen recaudo de la manera más vil, en tanto vosotros, por miedo a una servidumbre más grave, renunciáis asustados a recuperar la libertad.

Hay que actuar y salirles al paso, romanos, para que 7
vuestros despojos no queden en manos de ellos; no se puede perder el tiempo ni buscar auxilio en las plegarias. A no ser que esperéis que a Sila le entre de una vez el hastío o el pudor de su tiranía y que deje escapar, con más riesgo para él, lo que ha cogido por medio del crimen. Pero es que él ha 8
llegado a tal punto que no considera glorioso nada que no sea seguro, y todo lo que sirva para conservar su poder es honroso. De modo que aquella paz y tranquilidad en liber- 9
tad que mucha gente honrada anhelaba tener, prefiriéndola a la fatiga de los cargos públicos, no existe: en los tiempos 10
que corren o hay que ser esclavo o ejercer el poder, o hay que tener miedo o inspirarlo, romanos. Pues, ¿qué más hay? 11
¿Qué leyes humanas os quedan? ¿Qué leyes divinas no han sido violadas? El pueblo romano, árbitro poco ha de los pueblos, privado de su imperio, gloria y derecho, sin fuerzas para actuar políticamente y despreciado, no tiene ni siquiera reserva de alimentos propios de esclavos. Gran cantidad de 12
aliados y de gente del Lacio no pueden, por mor de un solo

[15] Cuatro cónsules habían caído en las guerras civiles: Lucio Cornelio Cina, cerca de Ancona, en el 89; Lucio Valerio Flaco, en Asia, en el 86; Mario Júnior, en Preneste, y Gneo Papirio Carbón, en Sicilia, en el 82.

individuo, gozar de la ciudadanía que vosotros les habéis
concedido por sus muchos y singulares hechos y unos pocos
secuaces suyos se han apoderado del hogar paterno de la
13 plebe inocente, en concepto de salario por sus crímenes. En
manos de uno solo están las leyes, los juicios, el erario, las
provincias, los reyes, en fin, el arbitrio de vida y muerte de
14 los ciudadanos; habéis visto al mismo tiempo víctimas hu-
manas y sepulcros manchados con la sangre de ciudadanos.
15 ¿Les queda otra cosa a los que son hombres sino acabar con
la injusticia o morir dando muestras de valor? Puesto que
ciertamente la naturaleza establece un único fin para todos,
incluso los cercados por el hierro, y nadie espera el final
inevitable sin intentar algo, a no ser que tenga carácter de
mujer.

16 Pero yo soy un sedicioso, al decir de Sila, porque me
quejo de las recompensas asignadas a las revueltas civiles, y
un amante de la guerra, porque reclamo los derechos de la
17 paz. Claro está que no estaréis a salvo ni suficientemente
seguros en el ejercicio del poder como no sea que el picen-
tino Vetio[16] y el amanuense Cornelio dilapiden los bienes
ajenos honorablemente conseguidos, si no aprobáis todos la
proscripción de los inocentes por culpa de sus riquezas, las
torturas de hombres ilustres, la devastación de la ciudad
mediante destierros y matanzas, la venta o donación de los
bienes de desgraciados ciudadanos, como si fuese un botín
18 cogido a los cimbros[17]. Pero me echa en cara la posesión de
los bienes de los proscritos: ése es el más grande de sus
crímenes, que ni yo ni nadie en el mundo está lo bastante
seguro si obramos con rectitud. Y aquellas cosas que com-
pré entonces por miedo, cancelado su precio[18], se las de-

[16] Éste y el siguiente, Cornelio, eran dos satélites de Sila.

[17] Referencia a la invasión de teutones y cimbros en los años 104-101.

[18] Esto es, «una vez pagado el precio» por sus dueños.

vuelvo, no obstante, a sus dueños de derecho, y mi propósi-
to es no consentir que se haga botín alguno de los ciudada-
nos. Baste con aquello que hemos sufrido, fruto de nuestra 19
locura: ejércitos romanos entablando combate entre sí y ar-
mas desviadas de los de afuera contra nosotros mismos. Ha-
ya un final para los crímenes y los ultrajes todos: Sila no se
arrepiente de esto, a tal punto que lo hecho lo consigna en el
haber de la gloria y si le fuese posible habría obrado con
más encono.

Y ya no temo lo que opinéis sobre él, sino cuánta sea 20
vuestra osadía, no sea que, esperando unos a otros que to-
méis la iniciativa, caigáis en la trampa antes, no por sus
fuerzas, que son frágiles y están podridas, sino por vuestra
falta de energía, que permite que uno se dé al pillaje y pa-
rezca tan dichoso[19] como atrevido es.

Pues, fuera de sus secuaces manchados por el crimen, 21
¿quién desea lo mismo que él? ¿Quién no prefiere el cambio
de todo, excepto la victoria? ¿Los soldados tal vez, con cu-
ya sangre han amasado sus riquezas Tárula y Escirto[20], los
peores de los esclavos? ¿O esos frente a los cuales se ha
preferido en la atribución de las magistraturas a Fufidio,
desvergonzada sirvienta, deshonra de todos los honores?
Así que la mayor confianza me la da el ejército victorioso, 22
quien con tantas heridas y fatigas no ha encontrado otra co-
sa que un tirano. Si no es que partieron para echar por tierra 23
la potestad tribunicia, establecida por sus antepasados me-
diante las armas, y para sustraerse a sí mismos los derechos
y los juicios: ¡con singular salario, por cierto, cuando rele-
gados ellos a los lagos y las selvas comprendían que el per-

---

[19] Juego de palabras con el sobrenombre de Sila, *Felix*.

[20] Esclavos de Sila, de los que no se sabe nada más. Fufidio, del que se habla a continuación, fue uno de los más significados sicarios del dictador, llegando a pretor en el 81 y propretor de España en el 80.

juicio y el odio recaían sobre ellos y los premios quedaban
en manos de unos pocos!
24 ¿Por qué razón, pues, camina con tan gran comitiva y
tantas ínfulas? Porque el éxito sirve a las mil maravillas pa-
ra ocultar los defectos (cuando aquél se resquebraje, en la
medida en que ha sido temido, será despreciado); a no ser
que se refugie en la apariencia de concordia y de paz, nom-
bres que ha dado a su crimen y parricidio. Afirma que de
otra manera no hay república ni final de la guerra, como no
sea que la plebe permanezca expulsada de los campos, se
practique una dolorosísima depredación civil y quede en su
poder el derecho y jurisdicción de todos los asuntos, que
25 habían sido del pueblo romano. Si vosotros entendéis que
esto es la paz y los acuerdos, dad el visto bueno a las máxi-
mas pertubaciones y destrucción de la república, decid amén
a las leyes que se os imponen, aceptad una paz con esclavi-
tud y dejad el ejemplo a la posteridad de aniquilar la repú-
26 blica al precio de su propia sangre. Yo, aunque con este
puesto tan alto he dado bastante al nombre de mis antepasa-
dos, a mi dignidad e incluso defensa, no he tenido sin em-
bargo el propósito de buscar mi interés particular, y me ha
parecido mejor la libertad en peligro que la esclavitud en
27 paz. ¡Si estáis de acuerdo con esto, romanos, vamos allá, y
con la ayuda de los dioses seguid al cónsul Marco Emilio
como jefe y promotor para recuperar la libertad!»

63 Nonio Marcelo, *Ens. fruc.* 257, 46; Carisio, *Arte gram.* I 75, 20:

E incluso rufianes, vinateros, carniceros y otros además a los que la gente recurre a diario, reunidos por dinero.

64* Servio, *Com. a Virg., En.* I 5; IV 215; Mario Victorino, *Expl. Ret. Cic.* I 24:

Llamándole con enormes gritos: ¡tirano! ¡Cinna!

65* Servio, *Com. a Virg., En.* I 271:

Se había reunido una gran cantidad de hombres, expulsada de los campos o echada de la ciudad.

66. Carisio, *Arte gram.* I 205, 17; cf. Plácido, *Glos. lat.* IV 27-28:

A fin de que Lépido y Cátulo partiesen a toda velocidad con los ejércitos asignados.

67 Nonio Marcelo, *Ens. fruc.* 31, 23; Arusiano Mesio, *Ejs. eloc.* VIII 486, 10:

Entonces es cuando los etruscos, junto a los demás de la misma causa, entendiendo que habían hallado un cabecilla, provocaban a la guerra con el máximo gozo.

69 Arusiano Mesio, *Ejs. eloc.* VII 484, 18:

Se sospechaba que toda la Etruria se había unido al levantamiento con Lépido.

75* Servio, *Com. a Virg., En.* IX 244:

El cual aventajaba a los demás en edad y entendimiento.

77 *Vaticano latino* 3864; Nonio Marcelo, *Ens. fruc.* 229, 3; Arusiano Mesio, *Ejs. eloc.* VII 480, 19:

Discurso de Filipo en el Senado[21]:

«Lo que más desearía, padres conscritos, es que la república estuviese en paz o que en caso de peligro fuese defendida por los más decididos y, en fin, que los proyectos malvados sirviesen de perjuicio a sus promotores[22]. Mas, por el contrario, todo anda revuelto por las sediciones y por obra de aquéllos que más deberían impedirlo. Por último, lo

---

[21] Este discurso se presenta como una *oratio Philippica,* teniendo en cuenta los numerosos puntos que tiene en común con las *Filípicas* de Cicerón.

[22] La frase se aplica específicamente a la actividad de Lépido en Etruria.

que deciden los peores y más necios han de hacerlo los hon-
2 rados e inteligentes. Pues, aunque os resulten odiosas, hay que tomar las armas y hacer la guerra, porque así lo ha decretado Lépido; a no ser que alguno tenga el propósito de preservar la paz y al mismo tiempo de permitir la guerra.
3 Por la bondad de los dioses que aún protejéis a esta ciudad, pese a que hemos abandonado su cuidado: Marco Emilio, el último de todos los infames, de quien no se puede decir si es más malo o más cobarde, posee un ejército para aplastar la libertad, y de despreciable que era se ha hecho digno de ser temido. Vosotros, murmurando y vacilando, con palabras y profecías de adivinos anheláis la paz en vez de defenderla, sin comprender que con vuestros blandos decretos os quitáis
4 vosotros mismos la dignidad y a él el miedo. Y ello con razón, puesto que ha logrado el consulado con rapiñas, y, por medio de la sedición, una provincia con su ejército. ¿Qué habría obtenido aquél, caso de haber obrado bien, si a sus
5 crímenes habéis concedido tan grandes recompensas? ¡Mas claro está que aquellos que hasta el último momento optaron por enviarle delegados, la paz, la concordia y otras cosas por el estilo han alcanzado su reconocimiento[23]! Al contrario, tras considerarles despreciables e indignos de participar en la república, los trata como una presa, pues que vienen a reclamar la paz con el temor con el que la perdieron cuando la tenían.

6 Yo, desde luego, desde el primer momento, cuando veía que Etruria conspiraba, que se llamaba a los proscritos, que se desgarraba el país con dádivas, era de la opinión de que había que darse prisa, y, junto a unos pocos, seguí los consejos

[23] El senado intentó al principio doblegar a Lépido con embajadas que le prometían una paz indulgente.

de Cátulo[24]. Por lo demás, aquellos que ensalzaban los buenos actos de la familia Emilia[25], afirmando que la grandeza del pueblo romano había crecido gracias a su capacidad de perdón, y decían que Lépido no había dado todavía ningún paso irremediable cuando había empuñado las armas bajo su responsabilidad para aplastar la libertad, ésos, a base de buscarse cada uno sus recursos y sus apoyos, destruyeron la causa pública. Ahora bien, entonces era Lépido un bandido 7
con sus buhoneros y unos pocos sicarios, ninguno de los cuales cambiaría su vida por el salario de un día. Ahora es un procónsul con plenos poderes, no comprados sino otorgados por vosotros, con lugartenientes que le obedecen todavía legalmente, y hacia él acuden corriendo los hombres más corruptos de todas clases sociales, enardecidos por su miseria y sus pasiones, acosados por la mala conciencia de sus crímenes, cuyo reposo se halla en las sediciones, para quienes la paz es una inquietud. Éstos van sembrando alboroto tras alboroto, guerra tras guerra, secuaces otrora de Saturnino[26], luego de Sulpicio, más tarde de Mario y Damasipo, y ahora de Lépido. Además, Etruria y todos los rescoldos de 8

---

[24] Filipo afirma haber sido uno de los primeros en compartir el parecer de Quinto Lutacio Cátulo, que deseaba una acción inmediata contra Lépido.

[25] El hijo de Lépido, Marco Emilio Lépido, fue cónsul en el 46 y posteriomente triúnviro; el abuelo había sido dos veces cónsul, censor, pontífice máximo y decano del senado largo tiempo (Cic., *Filípicas* XIII 15). La familia de los Lépidos era más ilustre que la familia patricia de Catilina.

[26] Lucio Apuleyo Saturnino promulgó una ley para repartir tierras a los veteranos en África en el año 103; en 100 propuso medidas para fundar colonias en Sicilia, Grecia y Macedonia. Sulpicio fue tribuno de la plebe en el 86; su nombre completo era Publio Sulpicio Rufo. El Mario aquí nombrado es el hijo del gran Mario. Lucio Junio Bruto Damasipo, pretor en el 82, ejecutó bajo las órdenes del cónsul Mario a Mucio Escévola, Lucio Domicio y otros; fue muerto por orden de Sila tras la batalla de Porta Colina.

la guerra se han reavivado, las Españas[27] han sido solicitadas para la revuelta; Mitridates, en la proximidad de los únicos pueblos con cuyos impuestos nos mantenemos aún, acecha el momento para la guerra; en fin, excepto el jefe
9 adecuado, nada falta para arruinar el imperio. Por lo que os ruego y suplico, padres conscritos, que estéis alerta y no deis lugar a que la licencia para cometer crímenes avance como una epidemia hacia los que aún están libres de su contagio. Pues cuando los canallas obtienen sus recompensas, no es fácil que nadie sea gratuitamente persona de bien.

10 ¿O aguardáis a que traiga el ejército otra vez y entre con la espada y el fuego en la ciudad? Cosa que está mucho más cerca de la situación en que se halla que lo están la paz y la concordia de la guerra civil; la cual él ha emprendido contra todo lo divino y lo humano, no para vengar sus afrentas ni las de los que finge vengarlas, sino para acabar con las leyes
11 y la libertad. Pues se halla arrastrado y desgarrado entre su ambición y el temor al castigo; privado de planes, intranquilo, tanteando esto y lo otro, teme la paz, odia la guerra. Ve que ha de privarse del lujo y el libertinaje, y entretanto abu-
12 sa de vuestra falta de energía. Y no tengo yo bastante claras las ideas de cómo llamar esta actitud vuestra: ¿miedo, cobardía, locura? Dado que parece que deseáis cada uno que desgracias tamañas no os alcancen, como si fuera un rayo, pero ni siquiera intentáis rechazarlas.

13 Y considerad, por favor, qué cambio ha sufrido la naturaleza de las cosas: antes se tramaba secretamente el mal contra el Estado, pero el remedio se tomaba públicamente, y por esta razón las personas de bien estaban fácilmente por delante de los canallas; ahora se perturban públicamente la

[27] Desde el año 80 Sertorio ha llevado a cabo algunos encuentros victoriosos contra generales enviados por el senado para reducirle.

paz y la concordia y se las defiende en secreto. Los individuos a los que gustan las revueltas se hallan en armas, voso-
tros, presa del miedo. ¿A qué aguardáis? ¿Será que os aver- 14
güenza o que sentís arrepentimiento de actuar honestamente? ¿Acaso las exigencias de Lépido conmueven vuestro espíritu? Él afirma que es de la opinión de dar a cada uno lo suyo, y retiene lo de los demás; que se abroguen los derechos de guerra, mientras él nos coacciona con las armas; que se confirme la ciudadanía a quienes asevera que no se les ha quitado; que se restituya la potestad tribunicia en aras de la concordia, cuando a causa de ella se han encendido todas
las discordias. Oh tú, el peor y más desvergonzado de todos, 15
¿las penalidades y necesidades de los ciudadanos son objeto de tu preocupación, tú, que no tienes nada en tu poder que no hayas conseguido por las armas o mediante injusticias? Aspiras a un segundo consulado como si hubieses devuelto el primero, buscas la concordia mediante la guerra por la cual es aquélla perturbada cuando existía, traidor para nosotros, desleal a tus cómplices, enemigo de todos los buenos. ¡Cómo es verdad que no te avergüenzan ni los hombres ni los dioses a los que tú has ultrajado con tu perfidia y tus
perjurios! Puesto que eres como eres, te exhorto a que sigas 16
en tus trece y retengas tus armas, y no nos tengas sobre ascuas, intranquilo tú mismo, a fuerza de retardar tus planes de rebelión. Ni las provincias ni las leyes ni los dioses penates te aceptan como ciudadano; sigue por donde empezaste para que cuanto antes encuentres tu merecido.

Pero vosotros, senadores, ¿hasta cuándo permitiréis que 17
la república esté desamparada a fuerza de dudar y atacaréis a las armas con palabras? Ha habido levas contra vosotros, se han extorsionado dineros públicos y particulares, se han movilizado de una parte y establecido en otra destacamentos; se imponen leyes arbitrariamente, y entretanto vosotros

andáis organizando delegaciones y decretos. Voto a Hércules, cuanto más ansiosamente pidáis la paz, tanto más violenta será la guerra, cuando él comprenda que está sostenido
18 por vuestro miedo más que por la justicia y el bien. Pues quien afirma odiar las revueltas y matanza de ciudadanos y por esta razón os retiene desarmados mientras Lépido está armado, es del parecer de que sufráis vosotros más bien lo que tienen que sufrir los vencidos, siendo así que vosotros podríais actuar de esa manera con otros; así es como el tal os persuade a estar en paz con él y a él a estar en guerra con
19 vosotros. Si estáis de acuerdo con esto, si es tan enorme la imbecilidad que se ha adueñado de los espíritus que, olvidando los crímenes de Cinna[28], por cuya vuelta a la ciudad feneció el honor de este senado, no obstante estáis en disposición de entregaros a Lépido así como a vuestras esposas e hijos, ¿qué necesidad hay de decretos? ¿Qué necesidad, del
20 auxilio de Cátulo? Por el contrario, éste y otras personas de bien velan en vano por la república. Actuad como os guste, adquirid el patronazgo de Cetego[29] y otros patronazgos de los traidores que anhelan comenzar sus saqueos e incendios, y armar de nuevo sus manos contra los dioses penates. Pero si os gustan más la verdad y la libertad, decretad cosas dignas de vuestro hombre y dad ánimos a los ciudadanos vale-
21 rosos. Tenemos un ejército nuevo y además las colonias de soldados veteranos, toda la nobleza, generales excelentes.

---

[28] Cinna, cónsul en 87, había jurado mantener las medidas de Sila; expulsado de Roma por su colega Gneo Octavio, se unió a Mario. Octavio fue asesinado y a continuación se estableció un reino de terror en el que resultaron muertos muchos adversarios de Cinna y Mario pertenecientes al senado.

[29] Publio Cornelio Cetego, proscrito por Sila en el 88 y más tarde seguidor suyo. Tras la muerte de Sila se ganó fama y gran influencia en círculos senatoriales, aunque no ocupó cargo alguno.

La fortuna acompaña a los mejores; pronto se dispersarán esas fuerzas que se han reunido por culpa de vuestra falta de energía.

En consecuencia este es mi parecer: puesto que Marco Lépido conduce contra la ciudad un ejército organizado por su cuenta y riesgo acompañado de gente deplorable y enemigos del Estado, enfretándose a la autoridad de este senado, que Apio Claudio[30], como «rey» transitorio, junto a Quinto Cátulo, procónsul, y los demás que se hallan en ejercicio, den protección a la ciudad y tomen medidas para que el Estado no sufra perjuicio alguno.» 22

88 Aulo Gelio, *Noches át.* II 27, 2; Donato, *Com. Ter.*, *Eunuco* 482:

Siendo tribuno militar en España[31] a las órdenes de Tito Didio cosechó gran gloria; fue muy útil en la guerra contra los marsos por la concentración de soldados y adquisición de armamento, y los muchos actos de valor que entonces se realizaron bajo su guía quedaron sin celebrar, primero, por no ser noble, y también por el desdén de los historiadores: él en vida mostraba en plena cara estos recuerdos en forma de algunas cicatrices ocasionadas por heridas hechas de frente, y de un ojo vaciado. Es más, él se alegraba al máximo con esta deformidad física y no le angustiaban las mutilaciones, puesto que el resto de su cuerpo lo conservaba intacto para mayor gloria suya.

---

[30] Apio Claudio Pulcro, pretor en el 89, cónsul en el 79, gobernador de Macedonia en el 77, donde murió en el 76.

[31] Se trata de Quinto Sertorio, de origen no noble, cuyos hechos fueron narrados por diversos historiadores (además de que el mismo Sila debió de aludir a él en sus *Commentarii):* Sisena, Posidonio, Varrón (en su *de Pompeio),* Gayo Sulpicio Galba (abuelo de emperador del mismo nombre), Teófanes de Mitilene, etc.

†**100** NONIO MARCELO, *Ens. fruc.* 495, 6:

Había constancia de que estas dos islas, cercanas entre sí y situadas a diez mil estadios de Cádiz, producían espontáneamente alimento para sus habitantes.

102 SERVIO, *Com. a Virg., En.* II 640; PSEUDACRÓN, *Com. a Hor., Epodo* XVI 41:

Se dice que pensó huir a un remoto rincón del Océano[32].

[32] Las «Islas Afortunadas», adonde quiso huir Sertorio tras ser vencido.

LIBRO II

16* SUETONIO, *De gram. y rét.* 15:
Noble de expresión, desvergonzado de carácter[33].

17 DONATO, *Com. Ter., Formio* 170:
Moderado para todo lo que no fuese el afán de mandar.

19* VEGECIO, *Comp. mil.* I 9:
Competía en el salto con los ágiles en la carrera, con los veloces, en la palanca, con los forzudos.

21 AULO GELIO, *Noches át.* X 20, 10:
Pues cuando Sila, el cónsul, hizo una propuesta para el regreso de aquél[34], el tribuno de la plebe, Gayo Herennio, la había vetado, previo acuerdo con él.

42 *Cód. aurelianense*, folio 20[v]; *cód. de Berlín* (B[r]):
*** Envió una legión junto a aquél con quien había estado el ejército, a despecho de su falta de juicio, cosa que le

[33] Referido a Pompeyo.

[34] Pompeyo. Sila, durante su consulado del 80, aparentó permitir la vuelta de Pompeyo victorioso, aunque de hecho puso inconvenientes.

ganó fama de sabio[35]. Luego, tomaron posesión del consulado Lucio Octavio y Gayo Cota[36], de los cuales Octavio actúo con dejadez y despreocupación, y Cota con prontitud, aunque dadivoso por interés y carácter, por anhelo del favor de cada cual ***

43 *Cód. de Berlín* (B^v):

Publio Léntulo Marcelino[37] fue enviado como cuestor a la nueva provincia de Cirene bajo los auspicios del mismo, cuando ésta nos fue dada por el testamento del muerto rey Apión[38] y hubiera debido ser gobernada con un mando más prudente que el del joven, y menos avariciosamente que él. Por lo demás ***

45 *Cód. de Berlín* (B^v):

La plebe, irritada por esta situación, halló la oportunidad de atacar con gran tumulto a ambos cónsules que acompañaban por la Vía Sacra a Quinto Metelo[39], el cual más tarde tuvo el sobrenombre de Crético, y que era candidato a la pretura, y cuando huían los persiguió hasta la casa de Octavio, que era la más cercana.

47 *Vaticano latino* 3864; *cód. de Berlín* (B^v); *cód. aurelianense*, folio 20^r:

---

[35] Pese a los numerosos intentos de interpretar este pasaje ninguna de las soluciones propuestas (Wölfflin, Mommsen, Maurenbrecher, Perl) resulta satisfactoria.

[36] Lucio Octavio fue procónsul de Cilicia en el 74, donde murió. Gayo Aurelio Cota nació en el 124 a. C. dentro de una familia plebeya enriquecida; aspiró al tribunado en el 90, de cuyo cargo fue expulsado por razones de animosidad personal. Fue exiliado y regresó del destierro en el 82; pretor en el 78.

[37] Aún no se sabe bien si este hombre es el que se conoce como Publio Léntulo Espínter, cónsul en el 57.

[38] El legado tuvo lugar en el 96.

[39] Quinto Cecilio Metelo Crético, pretor en el 73, cónsul en el 69.

Discurso de Gayo Cota[40] al pueblo romano:

A pocos días más tarde, entristecido y con ropas de luto[41], porque ⟨***⟩, Cota habló en la asamblea popular del siguiente modo:

«Romanos, he corrido muchos peligros en la paz y en la guerra, y muchas adversidades, algunas de las cuales tuve que aguantar, y otras he evitado con el auxilio de los dioses y mi propio arrojo. En medio de todo ello jamás me faltó el ánimo para mi actividad, ni esfuerzo para mis resoluciones: el fracaso o el éxito cambiaban mis recursos, no mi carácter.
Pero en estas desgracias, en cambio, todo me ha abandona- 2
do junto con mi fortuna. Además, la vejez, grave por sí, duplica mi preocupación y no permite esperar, al final de mi
vida, ni siquiera una muerte honrosa. Pues si soy un parrici- 3
da para vosotros, y, habiendo nacido dos veces[42] aquí, tengo en poco a los dioses penates, la patria y el sumo poder, ¿qué tormento es suficiente para mí en vida y qué castigo después de muerto? Más aún: con mi crimen he superado todos los suplicios que se cuentan del infierno.

Desde mi primera juventud he actuado ante vuestros 4
ojos tanto como particular como en los cargos públicos; los que así lo quisieron han dispuesto de mi lengua, de mi consejo, de mi dinero; yo no he ejercido mi hábil facundia ni mi talento para obrar mal. Ansiando como ansié el reconocimiento privado, me granjeé enormes enemistades por la república, vencido por las cuales al tiempo que ésta, cuando,

[40] El discurso tiene pinta de parecerse al que realmente diese el cónsul, aunque Cicerón dice en su *Orator* (132), escrito a finales del 46, que no quedaba ningún discurso de Cota.

[41] Se trata de la *toga pulla* que se llevaba por luto público o privado y también, como aquí probablemente, por ser reo.

[42] La segunda vez al volver del exilio; así, Cicerón *(Ad Att.* IV 1, 8) cuando regresó de su destierro.

carente de ayuda ajena, esperaba muchos males, vosotros, romanos, me habéis devuelto, junto con una gran dignidad,
5 la patria y los dioses penates. Por estos favores apenas podría mostraros suficientemente mi agradecimiento dándoos a cada uno, cosa que es imposible, mi propia vida; pues la vida y la muerte son derechos de la naturaleza: comportarse íntegramente, sin baldón, con los ciudadanos, con buena reputación y fortuna, esto se da y se recibe como un presente.

6 Nos habéis hecho cónsules, romanos, cuando la república estaba llena de dificultades dentro y fuera de ella. Pues en España los generales[43] reclaman las pagas, soldados, armas, trigo, y a ello los obliga la situación, puesto que con la defección de los aliados y la huida de Sertorio por los montes ni pueden trabar combate ni hacerse con lo necesario;
7 alimentamos ejércitos en Asia[44] y Cilicia[45] por culpa de las desmesuradas fuerzas de Mitridates, Macedonia[46] está llena de enemigos y no menos la zona marítima de Italia y las provincias, y entretanto los impuestos, pequeños e inciertos por las guerras, apenas sustentan parte de los gastos; de modo que la flota que mantenemos navegando y que protegía
8 los transportes es más pequeña que antes. Si esta situación se ha producido por fraude o falta de energía nuestra, actuad como os aconseja la cólera, decidid nuestro castigo. Mas si la fortuna de unos y de otros es demasiado adversa, ¿por qué adoptáis medidas indignas de vosotros, de nosotros y de la república?

---

[43] Quinto Cecilio Metelo Pío desde el 79 y Gneo Pompeyo desde el 77.

[44] Esta provincia de Asia comprendía el reino de Pérgamo, Frigia, Caria, Lidia y las colonias jonias de la costa y de las islas.

[45] En la costa sureste de Asia Menor, entre Panfilia y Siria.

[46] Las guerras fronterizas contra las tribus se habían extendido mucho bajo el mando de Gayo Escribonio Curión.

Y yo, quien por edad estoy más cerca de la muerte, no la 9
rehúyo, si ésta redunda en alguna ventaja para vosotros;
pues más tarde, de forma natural, no voy a poner fin a mi
vida más honrosamente que en pro de vuestra salvación.
Aquí me tenéis, Gayo Cota, vuestro cónsul; hago lo que han 10
hecho muchas veces nuestros antepasados con ocasión de
guerras difíciles: me ofrezco, me sacrifico por la república.
Mirad con cuidado a quién se la encomendáis después de 11
mí. Pues semejante honor no lo querrá ninguna persona de
bien, dado que tendrá que rendir cuentas del azar, del mar y
de una guerra promovida por otros o, si no, morir de forma
infamante. Sólo quiero que tengáis en vuestro pensamiento 12
que no he ido yo a la muerte a causa de un crimen o de la
codicia, sino que quise entregaros mi vida como un presente
a cambio de los mayores servicios. Por vosotros mismos, 13
romanos, y por la gloria de los mayores, soportad la adver-
sidad y velad por la república. En un imperio tan vasto hay 14
muchos sinsabores, muchos esfuerzos enormes, los cuales
es vano rechazar pretendiendo la opulencia de la paz, siendo
así que todas las provincias, reinos, mares y tierras están
soliviantados o agotados con las guerras.»

70 MACROBIO, *Satur.* III 13, 6-9; NONIO MARCELO, *Ens. fruc.* 180, 15; 222, 19; 286, 16; PROBO, *Regl. gen.* IV 21, 5; CARISIO, *Arte gram.* I 80, 15; SERVIO, *Com. a Virg., En.* V 488:

En cambio Metelo, al regresar a la España ulterior después de un año[47], era saludado con gran honor por quienes acudían de todas partes, tanto de uno como de otro sexo, por los caminos y poblados. Cuando el cuestor Gayo Urbino y otros, conocidos sus deseos, lo invitaban a una cena, mos-

[47] Hacia finales de la campaña del 75. Los sucesos aquí descritos tuvieron lugar después de la campaña del 74.

traban un cuidado que sobrepasaba el estilo de los romanos e incluso el de los demás hombres, adornando la casa con tapices y gallardetes y levantando escenarios para la representación de los actores; también, la tierra estaba salpicada de azafrán, y otros detalles recordaban un templo concurridísimo. Además, luego, estando él sentado, una estatua de la Victoria, hecha descender con una cuerda en medio de un estrépito artificial de truenos, le ponía en la cabeza una corona; y, cuando a continuación caminaba, se le suplicaba con incienso como a una divinidad. Por lo general, cuando se sentaba a la mesa, llevaba la toga bordada como indumentaria, disfrutando ciertamente de exquisitos banquetes con muchas especies de aves y fieras anteriormente desconocidas, buscadas no sólo por toda la provincia sino también al otro lado del mar, en Mauritania. Con esta conducta redujo en buena parte su gloria, en especial entre los señores ancianos y honorables que consideraban aquellas maneras arrogantes, impertinentes e indignas de la autoridad romana.

87 *Cód. palimpsesto*, cols. 7-10:

A Después, dada la señal precipitadamente, cuando ya era la segunda vigilia, comienzan el combate a un tiempo por ambos bandos, arrojando primero de lejos, en medio de un gran revuelo, dardos al albur, a través de la noche oscura y, luego, cuando los romanos deliberadamente no respondían ni con tiros ni con gritos, pensando que se habían quedado paralizados de terror o que habían abandonado la fortificación, se apresuraron con ahínco en dirección a los fosos y desde allí, los más rápidos de ellos, a través de la empalizada[48]. Ahora bien, quienes se hallaban encima de ella en ese

[48] Durante la época republicana un campamento quedaba rodeado por un circuito de fosos o trincheras *(fossa);* la tierra extraída se amontonaba hacia la parte interior, y mezclada con piedras constituía un parapeto

momento, por fin se pusieron a lanzar piedras, dardos y estacas, y a muchos que casi habían llegado arriba los empujaban directamente con los escudos o a golpes. Con el miedo imprevisto que se originó, una parte quedó acribillada en la empalizada, otros cayeron rodando sobre sus propias armas y, con el desplome de muchos, casi se llenaron los fosos, en B tanto los demás hallaron una huida segura en lo incierto de la noche y el miedo de los romanos a las emboscadas. Luego, pocos días más tarde, se forzó la rendición por falta de agua, la plaza fuerte fue incendiada y sus habitantes puestos en venta, y por el terror que se produjo inmediatamente después llegaron de Isaura Nueva[49] unos delegados a pedir la paz, prometiendo entregar rehenes y hacer lo que se les ordenase.

Así que Servilio, sabedor de la brutalidad del enemigo y de que no les aconsejaba la paz el cansancio de la guerra sino el repentino temor, para que no cambiasen de opinión respecto a la entrega, se aproximó con todas las tropas lo más rápido que pudo a sus murallas, haciéndoles ver entre- C tanto a los delegados la parte amable, así como que la rendición se acordaría más fácilmente en presencia de todos. Además, contenía a los soldados de los saqueos de los campos y de todo daño; los de la plaza fuerte proporcionaban voluntariamente el trigo y demás provisiones; para que no lo tuvieran por sospechoso había establecido el campamento en el llano. Luego, una vez entregados cien rehenes, según lo exigido, cuando se fueron pidiendo los desertores, las armas y toda la artillería, al principio los más jóvenes, con-

---

(agger) en cuya cima se clavaban estacas *(sudes; ualli)* para formar una empalizada *(uallum)*.

[49] No se ha conseguido precisar la localización de esta ciudad: ¿Dinorna, a 32 kilómetros al noreste de Zengibar Kalesi? ¿Durna, a 27 kilómetros al noreste de Zengibar Kalesi?

forme con un plan, y, luego, donde le cogía a cada cual, provocan un alboroto por toda la ciudad en medio de impresionantes gritos, aseverando que mientras tuviesen un hilo de vida no se rendirían ni entregarían las armas ni a sus D aliados. En cambio, aquéllos que no estaban en edad de pelear y que por su vejez conocían bien el poderío de los romanos, anhelaban la paz, pero por la mala conciencia de sus culpas temían que una vez entregadas las armas, inmediatamente, pese a todo, sufriesen la última pena, como corresponde a los vencidos. En medio de esta trepidación y mientras todos tomaban decisiones provocando un gran alboroto, Servilio, que creía que la rendición sería un fiasco si no les azuzaba el miedo, tomó por sorpresa un monte consagrado a la Gran Madre, que estaba de la ciudad a un tiro de ballesta. Se creía que la diosa, a quien estaba dedicado el monte, celebraba en él un festín en determinadas fechas y que se escuchaba a lo lejos el eco del sonido ***

91 Arusiano Mesio, *Ejs. eloc.* VII 503, 13:

Las jóvenes no eran enviadas por sus padres a casarse, sino que ellas mismas elegían a los más capacitados para la guerra.

92 *Cód. aurelianense,* folio 16^{v}, col. 11; Servio, *Com. a Virg., En.* X 281:

Las madres contaban a sus varones que marchaban a la guerra o al bandidaje las hazañas militares de sus padres, cuando cantaban sus actos valerosos. Cuando se descubrió que Pompeyo llegaba por allí con el ejército en son de guerra, los mayores de edad comenzaron a aconsejarles la paz y que hiciesen lo que se les ordenase, y ellas, al ver que con su negativa no adelantan nada, se apartaron de los hombres y empuñaron las armas. Ocupado un lugar muy seguro, les atestiguaban que carecían de patria, de madres y de libertad

y que por dicha razón a los varones les aguardaba la responsabilidad de los partos, del pecho y demás funciones femeninas. La juventud, inflamada con esta actitud, ⟨rechazó⟩ las propuestas de los mayores de edad ***

93. *Cód. aurelianense*, folio 16^r, col. 12:

Dándose la palabra de honor de que si eran liberados del asedio estaban dispuestos a formar alianza; pues con anterioridad habían vacilado, dado lo incierto de la paz, entre él[50] y Pompeyo. Entonces, el ejército romano fue retirado hacia los váscones para aprovisionarse de trigo. ⟨***⟩ Y por la posibilidad de pasar a vado, Pompeyo se estuvo algunos días en campamento permanente, separados de él los enemigos por un valle mediano, y ni a éste ni a aquél les ayudaron con aprovisionamientos los cercanos pueblos de los mutuduros: el hambre les fatigaba a ambos. Luego, pese a todo, Pompeyo con ⟨su ejército⟩ en formación cuadrangular ***

98 *Vaticano latino* 3864, folio 125$^{r\text{-}v}$; cf. DIOMEDES, *Arte gram.* I 366, 12:

Carta de Gneo Pompeyo al senado:

«Si hubiese sido contra vosotros, la patria y los dioses penates como hubiese arrostrado yo tantas fatigas y peligros en las muchas ocasiones en que desde mi primera juventud[51], bajo mi mando, fueron abatidos los más criminales enemigos y conseguida la salvación para vosotros, no hu-

---

[50] Sertorio. La ciudad de Mutuduro (ilocalizable con exactitud) debió de ser también ciudad de los váscones.

[51] En el 83, con 23 años, Pompeyo organizó personalmente un ejército, batió a Carbón en el Piceno y se unió a Sila, después de derrotar a los oficiales marianos Gayo Carrinate, Tito Cluilio y Junio Bruto Damasipo. Sila lo saludó como «imperator». En el 82 echó a Carbón de Etruria y a Perperna de Sicilia. En el 81 venció a los marianos en África cuando se hallaban al mando de Domicio Ahenobarbo, al que obligó a morir, y fue saludado «imperator» en el campo de batalla.

bieseis decretado contra mí, en mi ausencia, nada más grave que el trato que me dais ahora, padres conscritos, pues que, en desacuerdo, con la edad que tengo, tras arrojarme a una guerra terrible con un ejército que tantos méritos ha contraído, nos habéis destruido, en cuanto de vosotros depende, por medio del hambre, que es la más desgraciada de todas
2 las muertes. ¿Con estas expectativas ha enviado a sus hijos a la guerra el pueblo romano? ¿Estas son las recompensas de las heridas y la sangre tantas veces derramada por nuestro país? Cansado de escribir y de enviar delegados, he consumido todos mis recursos y esperanzas personales, mientras que en el ínterin apenas he recibido de vosotros durante
3 tres años el gasto de uno solo. Por los dioses inmortales, ¿os
(A) creéis que yo tengo que hacer el papel del erario o que puedo mantener el ejército sin trigo ni pagas?

4 Reconozco desde luego que he partido para esta guerra con mayor entusiasmo que reflexión, puesto que con sólo recibir de vosotros el título de mando, en cuarenta días he organizado el ejército y he alejado a los enemigos de los Alpes hacia España, cuando ya se hallaban sobre el cuello de Italia. A través de aquéllos he abierto un camino diferen-
5 te al de Aníbal[52], más conveniente para nosotros. Recuperé la Galia, el Pirineo, Lacetania y los indígetes, y aguanté el primer choque con el triunfante Sertorio con soldados bisoños y en bastante menor cantidad que él, y pasé un invierno entre enemigos muy crueles en un campamento, no en una
(B) ciudad fuerte, ni con posibilidades de granjearme sus sim-
6 patías. ¿Para qué voy a enumerar además los combates o excursiones invernales, las plazas que he destruido o con-

[52] Si el general cartaginés cruzó los Alpes por el Pequeño San Bernardo, entonces Pompeyo pasó por el Monte Genèvre; si Aníbal pasó por el Monte Genèvre, entonces Pompeyo cruzó la cadena montañosa por el Col d'Argentière.

quistado, si los hechos valen más que las palabras? La conquista del campamento de los enemigos junto al Júcar[53], la batalla del río Turia y el aniquilamiento del general enemigo Gayo Herennio junto a la ciudad de Valencia y su ejército es algo bien conocido por vosotros. A cambio de ello, oh agradecidos padres, me pagáis con la miseria y el hambre.

De manera que las condiciones del ejército enemigo y 7
las mías son idénticas; pues ni a él ni a mí nos dais la paga,
y uno y otro, el que sea vencedor, puede venir a Italia. De 8
modo que os pongo sobre aviso y ruego que lo tengáis en
cuenta y no me obliguéis, forzado por las necesidades, a to- (C)
mar decisiones por mi cuenta y riesgo. La España citerior, 9
que no es ocupada por los enemigos, la hemos esquilmado nosotros o Sertorio hasta la saciedad, excepto las ciudades marítimas, que para nosotros son, encima, motivo de gastos y de cargas. La Galia sustentó el año anterior con sus pagas y su trigo al ejército de Metelo, y ahora, por mor de sus malas cosechas, apenas se mantiene ella misma. Yo he gastado no sólo mi patrimonio familiar, sino también mi crédito. Só-
lo quedáis vosotros; si no me ayudáis, aunque no es mi de- 10
seo, os aviso, el ejército y con él toda la guerra de España (D)
pasarán de aquí a Italia.»

Esta carta fue leída en el senado a comienzos del año siguiente[54]. Pero los cónsules se repartieron entre sí las provincias decretadas por los senadores. Cota se encargó de la Galia citerior, y Octavio de Cilicia. Luego, los cónsules siguientes, Lucio Luculo y Marco Cota, impresionados enor-

[53] Las operaciones o batallas citadas por Pompeyo junto al Júcar, el Turia y Valencia, como grandes hechos bélicos no fueron sino escaramuzas que en ocasiones se convirtieron en verdaderas derrotas.

[54] Año 74, cuando fueron cónsules Lucio Licinio Luculo y Marco Aurelio Cota. Los cónsules nombrados a continuación son los del año precedente (75): Gayo Aurelio Cota (hermano del anterior) y Lucio Octavio.

memente por la carta y noticias de Pompeyo, recabaron por todos los medios las pagas y un ejército suplementario, no sólo en razón del interés del Estado, sino también para evitar que, si aquél llevaba un ejército a Italia, se quedasen ellos sin gloria ni dignidad; esto lo hacían con el apoyo extraordinario, además, de la nobleza, la mayoría de la cual ya entonces ⟨respaldaba⟩ su combatividad con la lengua y sus palabras con los hechos ***

LIBRO III

3 ARUSIANO MESIO, *Ejs. eloc.* VII 476, 7; PSEUDO ASCONIO, *Com. a Verr. de Cic.* I 60:

Nacido para malgastar el dinero y libre de preocupaciones a no ser las inminentes.

4* ÁUDAX, *Excerpta* VII 353, 24; PROBO, *Regl. gram.* IV 149, 1:

Antonio se marchó de la ciudad[55] pocos días antes.

5 *Cód. aurelianense*, folio 15r, col. 17:

*** No pudiendo alejar fácilmente Antonio las tropas de las naves, porque se podía disparar por la angosta entrada. Y Mamerco, a la diestra de la escuadra común, no podía perseguir en mar abierto con más seguridad a los enemigos en el tranquilo verano. Y consumidos ya en medio de las dudas algunos días, comoquiera que ⟨las guarniciones⟩ de los lígures ⟨se hubiesen marchado⟩ hacia los Alpes ⟨a requerimiento de los terentunos⟩ ⟨***⟩ se planteó la cuestión ⟨***⟩ de navegar hacia Sertorio. Comoquiera que Antonio y

---

[55] A. LA PENNA duda de que se refiera a la salida de Roma (cf. «Per la ricostruzione delle *Historiae* di Sallustio», *Studi Ital. di Fil. Clas.* 35 [1963], 41).

los demás vieran bien darse prisa con las naves hacia España, a los cuatro días llegaron a los aresinarios con todas las naves de guerra que tenía reparadas y ⟨las nuevas que habían llegado⟩ ***

6 *Cód. aurelianense*, folio 15^{v}, col. 18:

⟨Separados⟩ por el río Diluno, ⟨tomado⟩ por los enemigos, que no se podía atravesar aunque lo impidiesen unos pocos. Fingiendo otros ⟨cruces⟩, ⟨***⟩ pasó el ejército con un puente de balsas. Luego, mandando por delante al lugarteniente Afranio con la caballería y parte de los navíos de guerra, llegó a la isla, considerando que con el terror imprevisto podía conquistar la ciudad, conveniente para las comunicaciones con Italia. ⟨***⟩ Confiados en el lugar, no cambiaron en absoluto de parecer; pues ⟨ocuparon⟩ una altura que por los lados y por detrás ⟨caía⟩ sobre el mar ***

46 NONIO MARCELO, *Ens. fruc.* 314, 19:

Pues, siendo estos magistrados corruptos por encima de lo común, comoquiera que las cosechas tuviesen un alto precio por toda la provincia, debido a la esterilidad del bienio anterior ***[56]

47 ARUSIANO MESIO, *Ejs. eloc.* VII 476, 10:

Tras la vuelta de aquéllos a quienes el senado había amnistiado por la guerra de Lépido.

48 *Vaticano latino* 3864, fols. 123^{r}-124^{v}:

Discurso de Macro, tribuno de la plebe, a la misma:

«Si no distinguierais, romanos, la diferencia que media entre el derecho que os han dejado vuestros mayores y esta esclavitud que ha impuesto Sila, tendría yo que esforzarme

---

[56] El sujeto aquí implícito podría ser Marco Fonteyo, cuestor de la Galia Narbonense entre 76 y 74, al que Cicerón defendió en el 69.

mucho en hablar y que enseñaros a vosotros por qué injusticias y cuántas veces ha hecho la plebe en armas secesión de los padres y cómo instituyó por garantes de todo derecho
propio a los tribunos de la plebe; ahora sólo me resta exhor- 2
taros y marchar por el camino por el que considero que se
puede en primer término reconquistar la libertad. Y no se 3
me oculta cuán enormes son las fuerzas de la nobleza que me dispongo a apartar de su dominio yo solo, sin poder, con la vana apariencia del cargo, y cuán mayor es la seguridad con que actúa la facción de los criminales que los hombres
honestos aislados. Pero al margen de la buena esperanza 4
que vosotros me inspiráis, y que ha vencido mi miedo, tengo la convicción de que para un hombre valiente más valen las contrariedades de una lucha por la libertad que no pelear en absoluto.

Sin embargo, todos los demás que han sido elegidos pa- 5
ra defender vuestro derecho han vuelto contra vosotros toda su fuerza y poder por granjearse un favor, por medio de promesas o de recompensas, y consideran mejor delinquir a cam-
bio de dinero que obrar honestamente gratis. De manera que 6
todos se han echado en brazos de la tiranía oligárquica, de esos que en nombre de la guerra han tomado posesión del erario, de los ejércitos, reinos y provincias, y tienen un alcázar en vuestros despojos, mientras que vosotros, que sois multitud, a la manera de borregos, os entregáis a ellos para que cada uno os posea y haga usufructo de vosotros, privados de todo cuanto os dejaron vuestros mayores, con la diferencia de que vosotros mismos con los votos os dais ahora
por amos a quienes antaño eran vuestros defensores. De mo- 7
do que todos se han ido al otro bando, mas tan pronto como recuperéis vuestros derechos la mayoría volverá a vosotros. Pues pocos son los que tienen el coraje de defender sus preferencias; los demás siguen a los que tienen más fuerza.

8 ¿O es que pensáis que algo os pueda hacer daño a vosotros si marcháis unánimemente, cuando aun siendo desidiosos y faltos de energía os temieron? Como si Gayo Cota, cónsul nacido del corazón del partido aristocrático, hubiera devuelto determinados derechos a los tribunos de la plebe por otra razón que no fuese por miedo. Y aunque Lucio Sicinio[57], el primero que se atrevió a hablar del poder tribunicio, fue derribado mientras vosotros os limitabais a murmurar, no obstante aquéllos temieron su impopularidad antes de que vosotros estuvieseis hartos de sus injusticias. Actitud de la que es imposible que me maraville lo suficientemente, ciudadanos; pues comprendisteis que vuestras esperanzas resul-
9 taron fallidas. Al morir Sila, que había impuesto la criminal servidumbre, creíais que se había acabado el mal: ha surgi-
10 do otro más cruel aún, Cátulo[58]. Medió una revuelta en el consulado de Bruto y Mamerco[59], y a continuación ha reinado Gayo Curión[60] hasta provocar la perdición de un tribu-
11 no inocente. Visteis el año pasado con qué enormes ánimos se lanzó Luculo contra Lucio Quinto. ¡En fin, qué revuelos tan grandes se concitan ahora contra mí! Los cuales desde luego en vano se creaban, si aquéllos hubiesen tenido la intención de poner fin a su tiranía antes que vosotros pusierais fin a vuestra esclavitud, sobre todo siendo así que en estas guerras civiles se han dicho otras cosas, pero por un lado y otro se ha luchado para ejercer el dominio sobre vosotros.
12 Así que las demás luchas originadas por el desorden, el odio

[57] Error de Salustio; el nombre exacto es Gneo Sicinio.

[58] Quinto Lutacio Cátulo, colega de Lépido en el 78 y líder de los *optimates*.

[59] La guerra contra Lépido tuvo lugar en el 77, durante el consulado de Décimo Junio Bruto y Mamerco Emilio Lépido.

[60] Gayo Escribonio Curión, cónsul del 76, que eliminó al tribuno Gneo Sicinio.

o la codicia, fueron incendios pasajeros; sólo ha pervivido una cosa que ha sido buscada por ambas partes y os ha sido arrebatada para el futuro: la fuerza tribunicia, el arma que los mayores idearon para la libertad. Por lo que os pongo 13 sobre aviso y os ruego que tengáis presente no cambiar los nombres de las cosas conforme a vuestra dejadez, y no llaméis tranquilidad a vuestra esclavitud. No hay modo de gozar de esa misma tranquilidad si la infamia sobrepasa la verdad y la honradez: habría tranquilidad si hubierais estado en completa calma. El hecho es que ellos están sobre aviso, y, como no venzáis, dado que toda injusticia se hace más segura si se carga la mano, os tendrán atados más corto.

'¿Cuál es tu opinión, pues?', puede que alguno de voso- 14 tros me espete. En primer lugar, hay que acabar con esa costumbre que tenéis de lengua pronta y espíritu cobarde, pues fuera del espacio de la asamblea no os acordáis de la libertad. En segundo lugar (para no mencionaros aquella 15 actitud viril en virtud de la cual vuestros antepasados instituyeron a los tribunos de la plebe, luego, el acceso a las magistraturas patricias, así como votos libres de la autoridad de los patricios)[61], siendo así que toda vuestra fuerza, romanos, reside en vosotros y que podéis hacer o no hacer ciertamente en favor de vosotros lo que ahora os ordenan y aguantáis en favor de otros, ¿esperáis por asesor a Júpiter o algún otro de los dioses? Vosotros, romanos, ratificáis con 16 vuestra obsequiosidad aquellas órdenes despóticas de los cónsules, aquellos decretos de los senadores, y encima os dais prisa para aumentar y coadyuvar en la permisividad contra vosotros. Y yo desde luego no os exhorto a que os 17 toméis revancha de sus iniquidades, más bien a que deseéis la paz; y queriendo, no las discordias, como ellos me echan

[61] Sila fue quien sometió los plebiscitos a la *auctoritas Senatus*.

en cara, sino su fin, reclamo lo nuestro según el derecho de gentes, y, si continúan reteniéndolo pertinazmente, no será mi propuesta empuñar las armas o practicar la secesión, sino
18 únicamente que no les entreguéis más vuestra sangre. Que tengan y desempeñen a su manera el poder, busquen los triunfos, que persigan con los retratos de los suyos a Mitridates, a Sertorio y a los restos de los exiliados; pero para quienes no hay ninguna parte del provecho que no exista
19 tampoco riesgo ni fatiga; si no es que por acaso vuestras contribuciones se compensan con esa ley frumentaria[62] sacada de la manga. En virtud de la cual, no obstante, han justipreciado la libertad de todos en cinco moyos[63] por cabeza, los cuales en efecto no valen más que el alimento que se da en la cárcel. Pues de la misma manera que con una pequeña cantidad se les impide la muerte a aquéllos de la cárcel, pero se le debilitan las fuerzas, así, una cantidad tan pequeña no libera de las preocupaciones domésticas y defrauda con una
20 mínima esperanza la cobardía de cada cual. Aunque esta ayuda fuera considerable, no obstante, como se presentaría cual recompensa de la esclavitud, ¿de qué clase de majadería no sería dejarse cazar y encima deber el agradecimiento de lo que es vuestro a la afrenta de ellos? Hay que precaverse de la
21 trampa; pues de otra manera ni tienen poder contra todos juntos ni lo intentarán. Así que a un tiempo aprestan sus lenitivos y os emplazan hasta la llegada de Gneo Pompeyo, al que precisamente, después de haberlo montado a sus espaldas por temor, al instante, cuando se les quita el miedo, lo hacen pe-
22 dazos. Y no les avergüenza, campeones como se dicen de la libertad y siendo tantos, no atreverse a cesar en sus injusticias
23 o no poder defender su derecho en ausencia de él solo. Yo

[62] La *lex Terentia et Cassia* del año 73.

[63] Cada moyo (o modio) son 8'75 litros.

ciertamente tengo bien asumido que Pompeyo, joven de tan
gran gloria, prefiere ser vuestro jefe, si así lo queréis, a aliado
de ellos en su tiranía, así como que será el principal fautor de
la defensa del poder tribunicio. Mas antes, romanos, los ciu- 24
dadanos teníais, uno a uno, vuestra protección en la mayoría,
y no todos en uno solo. Y no había nadie entre los hombres
que pudiera, él solo, daros o quitaros esos derechos.

De modo que ya he hablado bastante; pues que tampoco 25
la ignorancia os vela la realidad, pero que se ha apoderado 26
de vosotros no sé qué parálisis gracias a la cual no os dejáis
afectar ni por la gloria ni por la infamia y habéis cambiado
todo por la presente apatía, considerando bastante libertad
que se os respete las espaldas y podáis deambular de acá pa-
ra allá, por concesión de señores ricos. Y los campesinos no 27
tienen siquiera esta misma situación, sino que reciben ver-
gajazos en las querellas de los poderosos y son entregados
como presente a los magistrados para que defiendan sus
provincias. De modo que se lucha y se vence para unos po- 28
cos; la plebe, pase lo que pase, está con los vencidos, y más
lo estará día a día, si en efecto aquéllos mantienen su tiranía
con mayor atención que vosotros reclamáis la libertad.»

74* *Esc. Juv.* XV 115:

Pues los más salvajes de todos hasta la fecha son los aqueos y los tauros, porque, en lo que yo entreveo, debido a la pobreza del terreno, se ven obligados a vivir del robo.

†**76** Porfirión, *Com. Hor., Odas* III 24, 9; Pseudo Acrón, *Esc. Hor., ibid.:*

Lo ocupan los escitas, que son nómadas, cuya residencia son los carros.

88 Nonio Marcelo, *Ens. fruc.* 239, 1:

Mas Pompeyo, desde su primera juventud, creyéndose por las palabras de sus incondicionales que sería parecido al

rey Alejandro, era claramente émulo de los hechos y proyectos de éste.

89* SERVIO, *Com. a Virg., En.* XI 66:

Levantó un trofeo de los hispanos vencidos en las cimas del Pirineo.

96 *Cód. Vaticano Reginense* 1283 B, folio 92$^{r\text{-}v}$, cols. 1-4; fol. 93$^{r\text{-}v}$, cols. 5-8:

A *** Quemaban al fuego estacas, con las cuales, aparte de presentar una forma apropiada para la guerra, podían hacer daño de forma no muy diferente a con el hierro. Por su parte, Varinio, mientras los desertores llevan a cabo esto, comoquiera que parte de los soldados estuviese enferma por la insalubridad del otoño y ningún hombre de la última deserción se incorporase a las banderas pese a habérseles ordenado con un severo edicto, y los que quedaban rechazasen la disciplina militar con las mayores infamias, había enviado a Roma a su cuestor Gayo Toranio para que por él en per-
B sona se conociese con la mayor facilidad la situación real. Y sin embargo, entretanto, con los voluntarios, en número de cuatro mil ⟨levanta un campamento⟩ fortificado con importantes obras. Luego, los rebeldes, una vez consumidos los alimentos ya, acostumbrados como estaban a ejercer rondas y centinelas y otros deberes conforme a las normas de la milicia a fin de que cuando estuviesen saqueando no se les echase encima el enemigo instalado cerca, en la segunda vela salen todos juntos en silencio, dejando en el campamento un trompeta. Y, para dar la impresión a los que mirasen de lejos de que eran centinelas, habían levantado, apoyándolos en palos clavados, los cadáveres recientes, y habían hecho
C numerosos fuegos ⟨***⟩ Pero Varinio, avanzado ya el día, notando la falta de las trifulcas habituales entre los desertores y del lanzamiento de piedras contra el campamento, y,

aparte de esto, del estrépito, tumulto y escándalo de quienes
apretaban por todas partes, envía unos jinetes a un alcor que
sobresalía por los alrededores para que explorasen ⟨***⟩
Unos cuantos días más tarde comenzó, contra lo habitual, a D
aumentarles la confianza a los nuestros y comenzaron a sol-
tarse de la lengua. Con ello, conmovido incautamente Varinio
contra toda comprobación real, lleva en marcha silenciosa
contra el campamento de los fugitivos a aquellos soldados bi-
soños, inexpertos e impresionados por las bajas de los otros,
aunque guardando silencio ahora y no asumiendo con tanta
arrogancia el combate que habían reclamado. Y aquéllos,
discutiendo los planes, se hallaban cerca del cisma entre
ellos, porque Crixo y los galos de su misma tribu, así como
los germanos, anhelaban marchar adelante y presentar bata-
lla por propia iniciativa, y por el contrario Espártaco ***

98 *Cód. Vaticano Reginense* 1283 B fol. $93^{r\text{-}v}$, cols. 5-8:

*** Hasta ese momento ⟨***⟩ sin acordarse de la patria, A
aunque la mayor parte ⟨***⟩ más allá del botín y de la cruel-
dad ⟨***⟩ parecía el mejor plan. Acto seguido, les aconseja B
que salgan a campos más abiertos y más ricos en ganado,
donde podrían aumentar su número con hombres escogidos,
antes de que asomase Varinio con el ejército rehecho. Y rá-
pidamente, haciéndose con un guía adecuado de los cauti-
vos picentinos, ocultándose por las cimas de Éboli, llega a
Nares Lucanas, y desde allí, con las primeras luces, a Fora-
nio[64], sin que se enterasen sus habitantes.Y al punto los fu- C
gitivos, contra las órdenes del jefe, arrastraban y violaban a
las muchachas y a las señoras, y otros ⟨***⟩ quedándose
ahora, se burlaban también, hurgando a un tiempo en las he-
ridas de forma horrible, y en ocasiones dejando el cuerpo
desgarrado y aún palpitante. Otros arrojaban contra las ca-

[64] Localidad desconocida.

sas fuego, y muchos esclavos del lugar, a los que la propia
índole convertía en aliados, arrastraban de su escondite lo
que sus amos habían ocultado, y a ellos mismos también. Y
no había nada sagrado o sacrílego para la cólera de los bár-
baros y su naturaleza servil. Espártaco, que no podía impe-
dirlo, rogándoles con mucho encarecimiento que se previ-
D niesen a base de velocidad, unos mensajeros ⟨***⟩ aquel día
y la noche siguiente ⟨***⟩ duplicado el número; con las pri-
meras luces ⟨***⟩ y entonces estaban maduras en los campos
las mieses del otoño. ⟨***⟩ Sabedores por la huida de los
vecinos de que se aproximaban los esclavos fugitivos ***

LIBRO IV

1 AULO GELIO, *Noches át.* XVIII 4, 3-4:

Mas Gneo Léntulo, de familia patricia y colega de aquél, tuvo por sobrenombre Clodiano, no se sabe si por idiotez o por vanidad, promulgó una ley para reclamar el dinero que Sila había consignado a crédito a los adquirientes de los bienes confiscados entre ***.

25 ARUSIANO MESIO, *Ejs. eloc.* VII 500, 17:

Tirando hacia Sicilia, en el punto más estrecho no mide más de treinta y cinco millas.

26* SERVIO, *Com. a Virg. En.* III 414; ISIDORO, *Etim.* XIII 18, 3:

Hay constancia de que Sicilia estaba unida a Italia, pero el espacio entre ambas quedó sumergido por su poca altura o hendido por su estrechez. Que sea curvilíneo, por otra parte, lo hace la naturaleza de Italia, más friable, contra la cual obligan a chocar la marea la dureza y altura de Sicilia.

27* ISIDORO, *Etim.* XIII 18, 4; SERVIO, *Com. a Virg., En.* III 420:

Los lugareños denominan «Escila» a un peñasco que se cierne sobre el mar, porque cuando se observa de lejos se pa-

rece a esa célebre figura. Por ello, le confirieron ese aspecto monstruoso de la mitología, algo así como una figura humana con cabezas de perro, porque al estrellarse las olas allí parecen reproducir un ladrido.

28 Servio, *Com. a Virg., En.* I 117; III 420, 425; Séneca, *Cuestiones Naturales* VII 8, 2; Arusiano Mesio, *Ejs. eloc.* 472, 16; Plinio, *Historia natural* III 87; Isidoro, *Etim.* XIII 18:

Caribdis es un mar lleno de remolinos que engulle las naves que acaso pasan por allí y las arrastra en su abismo invisible a lo largo de sesenta millas hasta las costas de Taormina, donde los pecios de las naves emergen desde el fondo.

32* Arusiano Mesio, *Ejs. eloc.* VII 500, 28:

Gayo Verres reforzó las costas cercanas a Italia.

42 Nonio Marcelo, *Ens. fruc.* 186, 22:

Y por muchos indicios se consideraba que haría cosas del gusto de la plebe.

43* Quintiliano, *Inst. orat.* IV 2, 2; Aulo Gelio, *Noches át.* I 15, 12-13:

Marco Lolio Palicano, un picentino de baja extracción, charlatán más que elocuente.

44 Arusiano Mesio, *Ejs. eloc.* VII 472, 18:

El Magno comenzó su discurso.

45 Prisciano, *Inst. gram.* III 52, 10:

Si no se hubiese llegado a ningún acuerdo entre la plebe y los patricios antes de su llegada, haría lo posible cuando estuviese presente.

46 Festo, *Sig. pal.* 359, 2 M:

Costumbre que, por cierto, recaló en la ciudad como una peste.

47 ARUSIANO MESIO, *Ejs. eloc.* VII 494, 7:

Mostrándoselo a la muchedumbre, a la que había resuelto halagar al máximo, para tenerla luego de colaboradora en sus designios.

48 ARUSIANO MESIO, *Ejs. eloc.* VII 461, 10:

Esperando a un colega de menos influencia, admirador suyo.

49 ARUSIANO MESIO, *Ejs. eloc.* VII 464, 26:

Licenció al ejército tan pronto como descendió de los Alpes.

51 ARUSIANO MESIO, *Ejs. eloc.* VII 496, 30:

Craso, más bien detractor de su colega que severo árbitro del bien y del mal públicos.

69 *Vaticano latino* 3864, folios 126^{r}-127^{r}:

Carta de Mitridates[65]:

«El rey Mitridates al rey Ársaces, salud. Todos los que, yéndoles bien sus cosas, reciben propuestas para asociarse en la guerra deben tener en cuenta si podrán vivir en paz luego, y, en segundo término, si lo que se les pide es suficientemente justo, seguro y glorioso, o si es indecoroso. A ti, si 2
te es posible gozar de una paz perdurable, a no ser por unos enemigos tan criminales y al acecho, te está destinada, si vences a los romanos, una fama singular, y no me atrevería

[65] Esta carta no es reelaboración de un documento auténtico sino creación del historiador (K. BÜCHNER, *Sallust,* 3.ª ed., 229: «der Brief ist ganz sallustische Arbeit»). El tema antirromano en la carta expuesto debe haberse originado en el miedo a los partos que invadía a Roma hacia la época de la redacción de la carta (35 a. C.); aprovechando ese temor Salustio carga la mano en atacar a sus conciudadanos y también la rivalidad de los generales romanos. En general, parece que Salustio comparte las críticas a una expansión imperialística guiada sólo por la *cupido imperii et diuitiarum.*

a solicitar una alianza y sería vano que esperase mezclar mis
3 males con tu bienestar. Y esos hechos que parece qe te pue-
den coartar, tu rabia contra Tigranes por la reciente guerra y
la escasa prosperidad de mi fortuna, si quisieras valorarlos
4 con realismo, te servirán del mayor acicate. En efecto, aquél,
pues tiene dependencia tuya, aceptará la alianza en las con-
diciones que tú quieras ofrecérsela, y a mí la suerte, después
de haberme quitado muchas cosas, me ha dado la capacidad
de aconsejar bien y, aunque no me hallo muy boyante, brindo
un ejemplo (cosa que es de desear para los que están en bue-
na situación) con el objeto de que arregles mejor tus asuntos.

5 Pues los romanos tienen uno y el mismo antiguo motivo
para guerrear con todas las naciones, pueblos y reyes: el de-
seo insaciable de mando y de riquezas. Por él emprendieron
primero la guerra con el rey de los macedonios, Filipo, si-
mulando amistad en tanto se veían acosados por los cartagi-
6 neses. Cuando Antíoco acudió en ayuda de éste, lo aparta-
ron fraudulentamente con la promesa de concesiones en
Asia, y luego, derrotado Filipo, Antíoco se vio despojado de
todo el territorio a este lado del Tauro y de diez mil talentos.
7 Luego tocó el turno a Perseo, hijo de Filipo, al que después
de muchos y variados combates lo aceptaron en su lealtad
delante de los dioses de Samotracia[66], y ellos, astutos inven-
tores de traiciones, como le habían concedido la vida me-
diante pacto, lo mataron a fuerza de no de dejarlo dormir.
8 En cuanto a Éumenes, cuya amistad airean jactanciosamen-
te, al comienzo lo entregaron a Antíoco como precio de la
paz; luego, tras tenerlo como guardián del territorio someti-
do, a base de exacciones y calumnias lo convirtieron de rey
en el más desgraciado de los esclavos, y aprovechando un

[66] Después de la derrota de Pidna (168 a. C.) Perseo se refugió en el templo de los cabirios en la isla de Samotracia. Los cabirios eran los sacerdotes de aquellos altares, que rechazaban el perjurio.

falso testamento sacrílego, al hijo suyo, Aristonico, como había reclamado el reino de su padre[67], lo llevaron en la pompa triunfal como si fuese un enemigo, y por su lado ellos se apoderaron de Asia. Por último, a la muerte de Ni- 9
comedes, saquearon Bitinia, siendo así que no existían dudas de que había un hijo suyo nacido de Nisa, a la que él había llamado reina.

Pues, ¿para qué nombrarme a mí? Separado por todos 10
lados de su imperio con reinos y tetrarquías, como se corrió el rumor de que era rico y de que no aceptaría la esclavitud, me provocaron a la guerra a través de Nicomedes, pero yo estaba al tanto de la criminal actitud de ellos y predije lo que iba a pasar después a los cretenses, que eran los únicos libres en aquel tiempo[68], y al rey Ptolomeo. Y yo, en venganza de esta afrenta, eché de Bitinia a Nicomedes y recuperé el Asia, despojo del rey Antíoco, y quité a Grecia una 11
pesada servidumbre. Arquelao, el último de los esclavos, 12
impidió mis planes entregando el ejército[69]. Y aquellos a los que apartó de las armas la cobardía o el cálculo equivocado de hallarse protegidos con mis esfuerzos, pagan un castigo severísimo: Ptolomeo demorando día a día la guerra a costa de dinero; los cretenses, atacados ya una vez, y no habiendo de esperar otro fin sino con su propia destrucción. Yo, por 13
mi parte, al comprender que a causa de sus males internos se habían aplazado los combates y no que me hubiesen con-

[67] Además de negar la autenticidad del testamento de Átalo III a favor del pueblo romano, Mitridates exalta a Aristonico, hijo de Éumenes II, que se atrevió a reclamar el reino de Pérgamo.

[68] En realidad, Creta fue sometida en el 67; la carta debe aludir a la reanudación de las hostilidades por parte romana en el 69.

[69] Arquelao era un general de Mitridates, al que derrotó Sila en Queronea y Orcómeno; fue acusado de traición después de la paz de Dárdano con los romanos (año 85).

cedido la paz, ante la negativa de Tigranes, que aprueba mis palabras tarde, y estando tú retirado bien lejos, y todos los demás en dependencia de ellos, he recomenzado pese a todo la guerra, y he batido en Calquedón al general romano Marco Cota y en el mar lo he privado de una excelente escuadra.
14 En la vecindad de Cízico me faltó trigo mientras me detenía en el asedio con un gran ejército, y nadie de los alrededores me prestó ayuda; simultáneamente, el mal tiempo me impedía recurrir al mar. De este modo, al intentar regresar al reino de mi padre sin que el enemigo me hostigara, perdí en un naufragio cerca de Pario y de Heraclea a mis mejores soldados
15 junto con la escuadra. Reorganizado luego el ejército en Cabira, y tras algunos combates entre mí y Luculo con diverso resultado, de nuevo nos asaltó a ambos la falta de recursos. Él disponía del reino de Ariobarzanes, al que no había afectado la guerra, yo, viendo a mi alrededor todos los lugares devastados, me retiré a Armenia; y los romanos, siguiendo, no a mí, sino su hábito de destruir todos los reinos, al haber impedido luchar por lo estrecho de los parajes a una muchedumbre, hacen gala de una victoria con lo que no es más que una imprudencia de Tigranes[70].

16 Ahora, por favor, considera si cuando nos aplasten a nosotros crees tú que serás más fuerte para resistir, o si habrá un final para la guerra. Sé que tú tienes grandes recursos en hombres, armas y oro; y por esa razón yo te pido que entres en alianza conmigo y ellos te buscan como botín. Por lo demás, el plan, intacto el reino de Tigranes y siendo mis soldados expertos guerreros, consiste en liquidar la guerra lejos de nuestro país a base de poco esfuerzo y sólo a costa de nuestros pellejos, siendo así que no podemos vencer ni ser

[70] Mitridates atribuye el desastre de Tigranocertas a las estrecheces del lugar y a la imprudencia temeraria de Tigranes.

vencidos sin que tú corras riesgo. ¿Acaso ignoras que los ro- 17
manos, desde que, al avanzar hacia Occidente, les puso coto
el Océano, han dirigido sus armas hacia aquí y que desde el
comienzo no poseen nada que no sea robado, casa, esposas,
campos, imperio? ¿Ignoras que, gente de aluvión antaño, sin
patria ni padres, fundaron una ciudad para azote del mundo
entero, a la que ni lo humano ni lo divino les impide devas-
tar o destruir a aliados, amigos, vecinos o lejanos, débiles o
poderosos, y que todo lo que no es esclavo suyo, y en espe-
cial los reinos, lo consideran enemigo? Pues unos pocos quie- 18
ren la libertad, la mayor parte de la gente prefiere amos le-
gales: nosotros somos sospechosos, porque somos rivales, y
en el futuro seremos sus vengadores. Pero tú, que posees a 19
Seleucía, la más grande de las ciudades, y el reino de Persia
con sus célebres riquezas, ¿qué esperas de ellos sino el en-
gaño por el momento y para después de la guerra? Los roma- 20
nos tienen armas para todo el mundo, y las más afiladas para
aquéllos que al ser vencidos constituyen los mayores despo-
jos. Se han hecho grandes a fuerza de osadía y de mentiras y
de encadenar guerra tras guerra. Con este proceder, o destrui- 21
rán todo o sucumbirán, cosa que no es difícil, si tú en Me-
sopotamia y yo en Armenia copamos su ejército, que no tie-
ne vituallas, ni cuenta con refuerzos, y que aún está en pie
por azar o por nuestros fallos. Y la fama que ha de acompa- 22
ñarte será la de que, poniéndote en camino para ayudar a
grandes reyes, has aplastado a los forajidos de los pueblos.
A que eso hagas te animo y reconvengo, y a que no prefie- 23
ras demorar tu perdición con nuestra perdición a salir ven-
cedor con nuestra alianza.»

PSEUDO-SALUSTIO

CARTAS A CÉSAR ANCIANO SOBRE ASUNTOS DE ESTADO

I

Antes se consideraba verdad que la fortuna da como re- 1
galo los reinos e imperios, así como las demás cosas que los hombres ansían con codicia, no sólo porque frecuentemente esas cosas se hallaban en gente que no las merecía, otorgadas como por capricho, sino porque en ninguno habían permanecido sin corromperse. Pero la realidad ha demostra- 2
do que es verdad lo que afirma Apio[1] en sus poemas, que cada cual es artífice de su suerte, y ello en ti principalmente, que has aventajado tanto a los demás que antes se cansan los hombres de elogiar tus actos que tú de hacer cosas dignas de alabanza. Por lo demás, lo que el mérito ha logrado, 3
igual que lo materialmente construido, debe conservarse con enorme diligencia, para que no se estropee por la incuria o se derrumbe falto de nervio. Pues nadie cede el poder a 4
otro voluntariamente, y aunque sea bueno y clemente, no obstante, quien más puede, como está en condiciones de ser malo, es temido. Acontece ello porque la mayoría de los 5
que tienen poder de decisión adoptan medidas equivocadas y se creen tanto más protegidos cuanto peores son aquellos

---

[1] Apio Claudio, censor en 312, cónsul en 307, había escrito un *carmen* de carácter moral con motivos pitagóricos; de las tres sentencias conservadas una es la que se recoge en esta carta.

6 a los que mandan[2]. Mas por el contrario procede que te esfuerces, siendo como eres tú bueno y pundonoroso, por mandar a los mejores, pues los que son peores aceptan a duras penas a su gobernante.

7 Mas esto de administrar lo que has logrado por las armas es para ti más espinoso que para todos los que te precedieron, porque has llevado la guerra con más clemencia
8 que otros la paz. Amén de esto, los vencedores reclaman su lote y los vencidos son conciudadanos nuestros. En medio de estas dificultades has de salir adelante tú y apuntalar el Estado para el futuro no sólo con las armas ni frente a los enemigos, sino, lo que es mucho más difícil, con las buenas
9 mañas de la paz. En consecuencia, la situación convoca a todo el mundo, con gran sabiduría o con poca, a que manifieste lo mejor que cada uno puede. Y a mí me parece la cosa como sigue: de la manera que tú organices la victoria, así será todo después.

2 Pero, en fin, para que tomes decisiones mejor y más fácilmente, escucha brevemente lo que mi ánimo me dicta.

2 Hiciste una guerra, oh generalísimo, con un hombre ilustre[3], de grandes riquezas, ávido de poder, con más suerte que talento, a quien siguieron unos pocos que eran enemigos tuyos sin razón de su parte, así como otros a quienes
3 arrastró el parentesco u otro lazo de unión. Pues copartícipe de su poderío ni hubo ninguno ni, si él lo hubiese podido admitir, el mundo se hubiera visto sacudido con la guerra.
4 El resto de la muchedumbre le siguió, llevada por el hábito de la masa más que por juicio, y luego uno siguió al otro
5 por considerar al anterior más espabilado. Por la misma época, unos individuos atraídos a la esperanza de dar un gol-

[2] Idéntico pensamiento, desde el punto de vista moral, en SÉNECA, *Sobre la ira* III 36, 4.

[3] Pompeyo.

pe de estado[4], gracias a las calumnias de gente desordenada, para los cuales todo estaba manchado de oprobio y de frivolidad, salieron corriendo hacia tu campamento, amenazando abiertamente a la gente pacífica con la muerte, con el saqueo y con todo lo que gustaba a su corrupto espíritu. De 6
ellos una gran parte, al observar que ni se les perdonaban sus deudas ni tú tratas a los ciudadanos igual que a enemigos, se esfumaron y permanecieron unos pocos para los que iba a ser mayor la tranquilidad en tu campamento que en Roma: tan gran cantidad de acreedores pesaba sobre ellos.
Mas por las mismas causas cuesta trabajo decir qué impor- 7
tantes hombres y cuán numerosos se fueron posteriormente con Pompeyo, del cual los deudores hicieron uso durante toda la duración de la guerra como si de un santuario sagrado se tratase.

En consecuencia, puesto que eres tú, el vencedor, quien 3
ha de tomar medidas sobre la guerra y la paz, a fin de liquidar aquélla con responsabilidad política y de que ésta sea lo más justa y duradera posible, en primer término somete a tu consideración qué es lo mejor que has de hacer por ti mismo, que has de poner orden en estos asuntos. Yo por mi par- 2
te considero todos los mandatos crueles, más que duraderos, malvados, y que nadie inspira temor a la multitud sin que el temor desde la multitud caiga a su vez sobre él; una vida así es estar en sempiterna e incierta guerra, puesto que no estás a salvo ni por delante ni por detrás ni por los flancos, y siempre has de estar en riesgo y con miedo. Por el contrario, 3
quienes atemperan su poder con la bondad y la clemencia, éstos ven todo dichoso y refulgente, e incluso los enemigos son con ellos más justos que sus conciudadanos con otros.

[4] Es decir, que circulaban voces tendenciosas que atribuían a César el propósito de apoderarse del Estado.

4 Tal vez algunos irán proclamando que con estas palabras yo soy un destructor de tu victoria y hago uso de excesiva buena voluntad para con los vencidos. Lógicamente, porque entiendo que lo que nosotros y nuestros abuelos han otorgado a los pueblos extranjeros, que por naturaleza son enemigos nuestros, debemos otorgarlo nosotros a nuestros conciudadanos y no hacer expiar, en bárbaro rito, muerte con muerte y sangre con sangre.

4 ¿Acaso nos ha invadido el olvido de lo que poco antes
de la actual guerra se echaba en cara a Gneo Pompeyo y a la
victoria de Sila, el asesinato de Domicio, Carbón, Bruto, así
como otros desarmados y muertos, no en combate, según el
derecho de guerra, sino posteriormente, haciendo gala del
mayor de los crímenes cuando se mostraban suplicantes, y
el degüello de la plebe romana en el campo de Marte a ma-
2 nera de ovejas[5]? ¡Ay, cuán brutales y crueles eran antes de
la victoria que tú has logrado aquellas muertes secretas y
repentinos asesinatos de ciudadanos, aquella huida de muje-
res y niños a refugiarse con padres e hijos, el saqueo de las
3 casas! A lo cual te exhortan ellos mismos: por lo visto la lu-
cha ha sido para ver al arbitrio de cuál de los dos se hacen
las canalladas, pues a su juicio tú no has recuperado el Es-
tado sino que lo has conquistado, y por ese motivo, al ter-
minar el servicio, tus soldados, los mejores y más antiguos
de todos, atacaron con las armas a sus hermanos y a sus pa-
dres [otros, a sus hijos], para que a costa de males ajenos los
peores de los mortales encontrasen dinero para su estómago
y sus insaciables placeres, y fuesen la vergüenza de la vic-
toria, manchando con sus infamias la gloria de las personas

[5] Estos sucesos tuvieron lugar bastante antes de la guerra civil entre Pompeyo y César: Gneo Domicio Ahenobarbo fue muerto en el 81, Gneo Papirio Carbón en el 82, Marco Junio Bruto en el 77, cerca de Módena; la masacre de la plebe en el Campo de Marte tuvo lugar en el 82.

honestas. Pues tampoco creo que se te oculte con qué prin- 4
cipios y moderación se han conducido todos y cada uno de
éstos cuando aún la victoria era dudosa, y de qué manera se
han entregado a rameras y festines durante la administración
de la guerra algunos, cuya edad ni siquiera en paz podría
entregarse a tales placeres sin deshonor.

Sobre la guerra ya hemos hablado bastante. Sobre la 5
consolidación de la paz, puesto que tú y todos los tuyos an-
dáis cavilando, te pido que consideres en primer lugar, por
favor, qué es eso sobre lo que reflexionas. De ese modo,
definidos el bien y el mal, te encaminarás a la verdad por un
camino libre. Mi opinión es la siguiente: puesto que todo lo 2
que nace perece, en el momento en que se presente el desti-
no de perdición para la ciudad de Roma, trabarán combate
ciudadanos con ciudadanos y de ese modo, agotados y
exangües, serán presa de un rey o nación extranjera[6]. Si no
es así, ni el mundo entero ni todos los pueblos confabulados
son capaces de conmover o abatir este imperio. Por lo tan- 3
to, hay que robustecer los bienes de la concordia y expulsar
los males de la discordia. Eso será así si suprimes la posibi- 4
lidad de gastos y rapiñas, no restableciendo las viejas cos-
tumbres, que ha tiempo, con la corrupción de la moral, son
objeto de ludibrio, sino estableciendo tú como límite para
sus gastos a cada uno su propio patrimonio familiar. Puesto 5
que se ha impuesto la costumbre de que la gente joven con-
sidere lo más bonito del mundo gastarse lo propio y lo ajeno
y no negar nada a sus caprichos y a las demandas de los
demás, y entienden que eso es la virtud y grandeza espiri-
tual, en tanto la vergüenza y la humildad la tienen por apo-
camiento. Por consiguiente, ensoberbecido el ánimo, echa por 6

---

[6] Sólo las luchas intestinas asestarán el golpe mortal a Roma, convirtiéndola en fácil presa de poderes extranjeros.

el camino errado, y al no encontrar lo habitual se lanza en-
furecido contra los aliados o bien contra los ciudadanos,
perturba el orden establecido y †trueca† lo viejo por lo nue-
7 vo. Por lo tanto, hay que suprimir para el futuro al usurero,
a fin de que cada cual de nosotros nos ocupemos de nues-
8 tros asuntos[7]. Este es el verdadero y más sencillo camino,
desempeñar el cargo en aras del pueblo, no del acreedor, y
manifestar la grandeza de espíritu a fuerza de añadir a la co-
sa pública, no a fuerza de quitarle.

6 Y yo sé cuán difícil ha de ser esta actitud en principio,
en especial para quienes creían que con la victoria se iban a
encontrar más a sus anchas y libremente que con más res-
tricciones. Si atiendes más a su salud que a sus caprichos, a
todos nos instalarás en una paz firme, a ellos, a nosotros y
2 a los aliados. Mas si la juventud sigue teniendo esos mismos
afanes y comportamientos, seguro que esa fama tuya singu-
lar sucumbirá en breve junto con la ciudad de Roma. En fin,
los sensatos hacen la guerra por mor de la paz y soportan la
3 fatiga con la esperanza de la tranquilidad. Si no robusteces
aquella paz, ¿de qué importa vencer o ser vencido? Por ello,
encárgate, te lo ruego, del Estado y remonta como sueles
todas las dificultades. Porque o tú puedes poner el remedio
4 o el cuidado de todos será ocioso. Y nadie te incita a practi-
car crueles castigos o juicios dolorosos, con los que la ciu-
dad es diezmada más que corregida, sino a que apartes a la
juventud de las costumbres depravadas y los malos placeres.
5 Esta será la verdadera clemencia: tomar medidas para que
los ciudadanos no sean exiliados con razón de la patria,
mantenerlos apartados de la imbecilidad y falsos placeres,
apuntalar la paz y la concordia, y no si, por seguir la co-

[7] Se propone la eliminación gradual de la usura mediante medidas que moderen los gastos excesivos.

rriente a sus desvergüenzas y tolerar sus delitos, les conce-
des un gozo presente que lleva aparejada su desgracia in-
mediata.
Y yo tengo un espíritu extraordinariamente confiado en 7
aquellas cosas por las que otros sienten temor: en la magni-
tud de la empresa y en el hecho de que tienes que encauzar-
lo todo a un tiempo, la tierra y el mar. Y es que un talento
tan grande no sería capaz de dedicarse a asuntos pequeños,
y el precio de una gran preocupación es grande. En conse- 2
cuencia, procede que tomes medidas para que la plebe, co-
rrompida por las dádivas y el trigo del Estado[8], tenga sus
propias ocupaciones con las que mantenerse apartada de ha-
cer mal al procónsul; la juventud debe interesarse por la
probidad y la actividad, no por el despilfarro ni las riquezas.
Esto será así si eliminas el uso y atractivo[9] del dinero, que 3
es la mayor de las perdiciones. Pues yo muchas veces, al dar 4
vueltas en mi cabeza a las cosas con las que los hombres
esclarecidos hallaron su grandeza y las que auparon a pue-
blos o naciones con grandes incrementos, y después tam-
bién a las causas por las que reinos e imperios poderosísi-
mos se vinieron a tierra, siempre topaba con las mismas
cosas, positivas y negativas: todos los vencedores habían
despreciado las riquezas y los vencidos las habían anhelado.
Y de otro modo nadie puede cobrar altura y, siendo mortal, 5
tocar lo divino, excepto dedicándose al espíritu y dejando a
un lado los gozos del dinero y del cuerpo, no haciéndose
concesiones o dándose gusto para hacerse un flaco favor,
sino a fuerza de ejercitarse en la tarea, la resistencia, los
buenos preceptos y las nobles acciones.

---

[8] Los beneficiarios de estas ayudas estatales eran 320.000, cifra que César redujo a 150.000.

[9] Algunas reformas de César presentan analogía con el punto de vista anticapitalista sostenido por el escritor.

8 Pues construir una casa o una villa de recreo, decorarlas
con estatuas, cortinajes y otras obras de arte y hacer que to-
do sea más digno de ver que a uno mismo, esto no es tener
las riquezas para ornato propio, sino servir uno mismo de
2 vergüenza para ellas. Asimismo, esos cuya costumbre es
cargar la panza dos veces al día, no descansar una sola no-
che sin rameras, así que han humillado con la servidumbre
su alma, que era la que debía imperar, en vano quieren en el
futuro servirse de ella bien ejercitada cuando ya está roma y
3 cojeante. Pues la imprudencia se hunde a sí misma la ma-
yoría de las veces. Pero éstos y todos los males terminarán
al mismo tiempo que la idolatría del dinero, si los cargos y
demás prebendas que desea la gente dejan de estar a la
venta.

4 Aparte de esto tienes que tomar providencia para ver de
qué manera estén más seguras Italia y las provincias, cosa que
5 no es tan difícil de hacer. Pues son los mismos los que des-
trozan todo, abandonando sus casas y ocupando injustamente
6 las ajenas. Asimismo, que no pase como ahora, que el servi-
cio militar sea injusto y desigual, porque unos sirven treinta
años y otros ni uno. Y en cuanto al trigo, que antes era la re-
compensa de la apatía, convendrá repartirlo por municipios
y colonias a aquellos que regresan a casa después de termi-
nar su servicio.

7 Lo que he considerado necesario al país y glorioso para
8 ti te lo he expuesto lo más brevemente posible. No creo que
9 sea malo que ahora hable un poco sobre mi actuación. La
mayoría de la gente tienen o simulan tener bastante cacu-
men para juzgar; mas a todo el mundo le bulle el deseo de
tachar las acciones de los demás o sus palabras, pero apenas
se observa una boca abierta o una lengua presta que mani-
fieste lo que ha meditado dentro de su pecho. Yo no me
arrepiento de haberme expuesto a su censura, y más me aver-

gonzaría el haber guardado silencio. Pues si caminas por 10
ésta u otra senda mejor, lo cierto es que yo habré hablado y ayudado en la medida de mis fuerzas. Sólo resta desearte que los dioses inmortales den su visto bueno a lo que decidas, y permitan que tenga éxito.

II

Yo sé cuán difícil y espinoso resulta de hacer el dar con- 1
sejo a un rey o a un general en jefe, y en fin a cualquier mortal que se halla en la cima del poder, porque a ellos les atiende una buena cantidad de asesores, y sobre el futuro
nadie es suficientemente sagaz y previsor. Más aún, con 2
frecuencia los malos consejos resultan bien antes que los buenos, porque la mayor parte de los acontecimientos los go-
bierna a su antojo el azar. Mas yo, cuando era jovencillo, 3
sentía inclinación por meterme en política y puse mucho y gran interés en trabar conocimiento con la misma, no sólo para lograr un cargo público, que muchos habían alcanzado con las malas artes, sino también por llegar a conocer a fondo al Estado de puertas adentro y en el mundo de la guerra, y la fuerza de que disponía en armas, hombres y recursos.
De modo que mientras daba una y otra vez vueltas a esto en 4
mi interior tomé la decisión de considerar mi reputación y modestia por detrás de tu categoría y poner a prueba cualquier cosa que se terciara, si con ello se derivaba alguna
gloria para ti. Y esta mi determinación no la tomé a lo loco, 5
ni guiándome por tu suerte, sino porque descubrí en ti una cualidad única y singularmente admirable por encima de las demás, a saber, que tu presencia de ánimo era siempre mayor en ti en medio de las circunstancias adversas que en

6 medio de las favorables. Y entre los demás hombres es harto celebrada aquella cualidad tuya: que antes se cansan ellos de alabar y de admirar tu munificencia que tú de hacer lo que resulte digno de gloria.

2 Por mi parte, estoy plenamente convencido de que no se puede hallar nada tan profundo que no esté al alcance de ti,
2 si piensas en ello. Y estas opiniones sobre el Estado que he escrito no han sido porque haya considerado que mi capacidad de reflexión y cacumen sean más grandes que lo normal, sino que he pensado que en medio de las fatigas de la guerra, en medio de los combates, victorias y ejercicio del mando, era procedente darte unos consejos sobre los asun-
3 tos de la ciudad[10]. Porque si los planes que albergas en tu pecho son sólo ponerte a salvo del ataque de tus enemigos y ver la manera de conservar el fervor popular frente al cónsul adversario tuyo[11], meditas cosas impropias de tu valor. Mas si en ti está aquel espíritu que desarboló en su mismo comienzo al partido de la nobleza, que restituyó a la libertad a la plebe romana sacándola de una grave esclavitud, que durante la pretura dispersó desarmado las armas de los enemigos, que realizó tan grandes y preclaras acciones en paz y en guerra que ni siquiera los enemigos personales tuyos se atreven a lamentarse excepto de tu grandeza, entonces escucha lo que te voy a decir sobre la política en general. Sin duda hallarás que es verdad lo que te digo, o al menos que no anda lejos de la verdad.

3 Mas puesto que Gneo Pompeyo, bien por maldad de espíritu, bien porque no optaba por nada mejor que por aque-

[10] En la referencia a los asuntos internos de Roma algunos han visto sin fundamento algún tipo de censura a la actitud de César, atento exclusivamente a los asuntos militares.

[11] Los que datan la carta en el 50 creen que el cónsul es Gayo Claudio Marcelo; otros piensan en el cónsul del 51, Marco Claudio Marcelo.

llo que te hiciese daño a ti, cayó tan bajo que puso en manos de los enemigos las armas con las que trastocó el Estado, con esas mismas has de restaurarlo tú[12]. Antes que nada en- 2
tregó a unos pocos senadores la facultad de legislar sobre los tributos, gastos y juicios, y dejó a la plebe romana, cuyo poder era anteriormente máximo, en la esclavitud, con leyes ni siquiera equitativas. Los tribunales, aunque como antes 3
están en manos de las tres clases[13], no obstante, aquellos mismos intrigantes son los que dirigen, dan, quitan lo que les viene en gana, condenan a los inocentes, y a los suyos los aúpan en los honores. No hay crimen, infamia o desho- 4
nor que les impida hacerse con las magistraturas; a quienes les interesa atropellan[14] y saquean; en fin, como si se tratase de ciudad conquistada, usan su capricho y libertinaje como si fuesen leyes. No pasaría de mediana la rabia que me an- 5
gustiase a mí, si hubiesen conseguido una victoria a fuerza de valor y luego, a su estilo, la explotasen para esclavizar a los demás. Pero es que son unos individuos totalmente co- 6
bardes, cuya fuerza y valor todos residen en la lengua, quienes manejan insolentemente un dominio que les ha brindado el azar y la falta de temple de otro. Pues, ¿qué sedición o disensión civil ha arrancado de cuajo a tantas y tan ilustres familias? Y también, ¿quiénes tuvieron jamás en una victoria un espíritu tan desenfrenado y tan salido de tono?

[12] Pompeyo llegó a armar a gente que le era hostil; César debe emprender una vasta reforma con los mismos plenos poderes que tuvo Pompeyo.

[13] Por la *lex iudiciaria Aurelia,* aprobada en el otoño del 70, se disponía que los tribunales estuviesen constituidos con tercios extraídos de: senadores, caballeros y tribunos del erario. Pompeyo dejó su constitución en manos de la oligarquía.

[14] Referencia tal vez a la muerte de Clodio y de un ciudadano de Nuevo Como, ordenada por el cónsul Marco Marcelo.

4 Lucio Sila, a quien por ley de guerra todo le estuvo
permitido en su victoria, aunque comprendía que su partido
se robustecía eliminando a sus enemigos, no obstante, tras
liquidar a unos pocos, prefirió retener a los demás antes por
2 las buenas que por el miedo. En cambio, voto a Hércules,
Marco Catón, Lucio Domicio y los demás de ese grupo mis-
mo, han sacrificado como a víctimas a cuarenta senadores[15]
y, además, a muchos jóvenes de brillante porvenir; y, mien-
tras tanto, esa ralea indeseable de individuos no ha podido
quedar satisfecha con la sangre de tantos ciudadanos des-
graciados. Ni los hijos huérfanos, ni los padres de avanzada
edad, ni el dolor y gemidos de hombres ni mujeres han he-
cho doblegar el bárbaro espíritu de esos sujetos para que
dejen de hacer mal y calumniar cada día con más crueldad,
y de privar a los unos de su categoría, a los otros de su ciu-
3 dadanía. Pues ¿qué voy a decir de ti? Con tal de hacerte da-
ño, esos hombres tan cobardes querrían dar su propia vida,
si ello fuera posible. El dominio que ejercen, aunque les ha
llegado sin que lo esperasen, no les produce tanto placer
como tristeza tu excelencia; como que preferirían poner en
riesgo su libertad para causar tu desgracia a ver que gracias
a ti el imperio del pueblo romano se hace el mayor, de
4 grande que ya era. Por ello, con tanta más razón has de con-
siderar en tu alma de qué manera puedes apuntalar y robus-
5 tecer la situación. Yo por mi parte no dudaré en exponer lo
que mi pensamiento me sugiere. Por lo demás, a tu manera
de ser corresponde aprobar lo que consideres verdadero y
útil de hacer.

5 Yo entiendo que la ciudad, conforme a la enseñanza re-
cibida de nuestros mayores, se dividía en dos partes, patri-
cios y plebe. Con anterioridad, la suma autoridad residía en

[15] Sin duda, en sentido metafórico.

los patricios, pero en la plebe había una fuerza con mucho
mayor. En consecuencia, se producía en la ciudad más fre- 2
cuentemente la secesión y siempre se veían disminuidas las
fuerzas de la nobleza y ensanchado el derecho del pueblo.
Mas la plebe actuaba libremente por la razón de que nadie 3
tenía un poder por encima de las leyes y el noble aventajaba
al que no lo era, no por riquezas y altivez, sino por su buena
reputación y sus valientes actos. Los más humildes en los
campos o en el ejército no carecían de ninguna cosa honro-
sa, y con ello tenían suficiente para sí y para la patria. Pero 4
cuando éstos fueron echados poco a poco de los campos, y
la indolencia y la penuria los obligaron a no tener residencia
estable, empezaron a apetecer los bienes de otros y a poner
en venta su propia libertad junto con la república. De este 5
modo, el pueblo, que era el amo y ejercía su mando sobre
todos los pueblos, se dispersó, y, en sustitución del imperio
común, cada cual particularmente se forjó la esclavitud. De 6
modo que esta muchedumbre, que a lo primero se imbuyó
de malas costumbres y luego se fraccionó en actitudes y vi-
das diferentes sin cohesión ninguna entre sí, a mí se me an-
toja desde luego poco adecuada para coger el timón del Es-
tado. Por lo demás, al agregarse nuevos ciudadanos, abrigo 7
una gran esperanza de que todos despierten al grito de liber-
tad[16], puesto que en aquéllos nacerá la preocupación de
conservar la libertad, en éstos, de eliminar la esclavitud. Mi 8
opinión es que debes establecer en colonias a estos nuevos,
mezclándolos con los antiguos; de esa manera, la fuerza
militar será más sólida, y la plebe, entretenida en meneste-
res honrosos, dejará de causar males al Estado.

[16] A finales de febrero del 49 César concedió el derecho de ciudadanía a los traspadanos, prosiguiendo uno de los puntos programáticos del partido popular desde la época de los Gracos.

6 Mas no dejo de saber ni intuir qué enojo y qué tempes-
tades se han de provocar entre los hombres nobles al em-
prender esta tarea, cuando digan indignados que todo se está
revolviendo de arriba abajo, que a ciudadanos antiguos se
les impone esta esclavitud, que, en fin, se va a crear un rei-
no de lo que fue una ciudad libre, cuando por don de uno
2 solo alcance la ciudadanía una muchedumbre ingente. Por
mi parte, yo admito en mi fuero interno lo siguiente: comete
una mala acción quien se granjea el favor para sí con el
perjuicio del Estado: ahora bien, cuando el bien público re-
sulta útil también desde el punto de vista particular, cierta-
mente, dudar en acometer esa tarea lo considero señal de
3 desidia y cobardía. La actitud de Marco Druso[17] durante su
tribunado fue siempre apoyar con todas sus fuerzas a la no-
bleza y en principio no aspiraba a hacer nada si no contaba
4 con el visto bueno de aquéllos. Mas estos individuos intri-
gantes, para quienes el engaño y la mala fe eran preferibles
a la lealtad, cuando comprendieron que por medio de un
solo sujeto se concedía el más grande beneficio a muchas
personas, conscientes como eran, lógicamente, de que cada
uno de ellos tenía un alma perversa y desleal, juzgaron a
5 Marco Druso con la opinión que tenían de sí mismos. En
consecuencia, por temor a que, con tan gran simpatía popu-
lar, se hiciese él solo con el poder, se esforzaron contra ella,
6 desbaratando sus planes propios y los del otro. Por esta ra-
zón, mi generalísimo, tienes que agenciarte con más cuida-
do amigos leales y abundantes protecciones.

7 Neutralizar a un enemigo que da la cara no es difícil pa-
ra un hombre valiente; en cambio, crear o evitar peligros se-

[17] Marco Livio Druso, tribuno de la plebe en el 91. Propuso un programa de reformas en el que se incluía la fundación de colonias para los ciudadanos más pobres y la extensión de la ciudadanía a los confederados itálicos.

cretos no está al alcance de la gente honrada. Así que, cuan- 2
do introduzcas a aquéllos en el derecho de ciudadanía, dado
que la plebe quedará renovada, aguza el ingenio sobre todo
en una cosa, en que se practiquen las buenas costumbres y
se refuerce la concordia entre los antiguos y los nuevos. Pero 3
el mayor bien, con mucho, que puedes idear para la patria,
los ciudadanos, padres e hijos y, en fin, para la humanidad
lo obtendrás si suprimes el amor al dinero o, en la medida
que la situación consienta, lo rebajas. Si no es así, es impo-
sible gobernar ni asunto privado ni público, ni en paz o en
guerra. Pues cuando entra la pasión del dinero, ni la disci- 4
plina ni las buenas mañas ni talento alguno son capaces de
impedir que más pronto o más tarde, pero alguna vez sin
duda, sucumba el espíritu. Más de una vez he oído de reyes, 5
ciudades y naciones que perdieron sus grandes imperios en
medio de la opulencia, habiéndolos conquistado con arrojo
siendo pobres. No hay por qué extrañarse en absoluto de 6
esto. Pues cuando un hombre honrado ve a otro peor que él
más ilustre y más considerado gracias a las riquezas, prime-
ro se indigna y da vueltas a muchas cosas dentro de su pe-
cho; pero cuando la gloria supera al honor y la opulencia
cada día más al mérito, el espíritu desfallece, abandonando
la rectitud para caer en el placer. Pues el esfuerzo se nutre 7
de la gloria y, cuando suprimes ésta, la virtud a palo seco es
amarga y desagradable. Por último, cuando se considera 8
preclara la riqueza, al instante todos los bienes resultan des-
preciables, la lealtad, la probidad, el pudor, la vergüenza.
Pues el camino a la virtud es uno solo y arduo, al dinero ca- 9
da cual se encamina por donde le viene en gana; el dinero se
consigue por las buenas o por las malas.

De modo que suprime en primer término el prestigio del 10
dinero. Y que nadie tenga mayor o menor capacidad de de-
cisión sobre cuestión de vida o de honor conforme a sus ri-

quezas, y, de la misma manera, que no se elija pretor ni
11 cónsul por su opulencia sino por su categoría. Mas sobre una magistratura se emite fácilmente el juicio del pueblo: dar el visto bueno a los jueces por parte de unos pocos se llama despotismo, seleccionarlos por su dinero es deshonroso. De ahí que mi opinión sea que juzguen todos los de la primera clase, pero en número mayor que los jueces actua-
12 les[18]. Jamás se arrepintieron los rodios ni otras ciudades de sus juicios; allí, rico y pobre, indistintamente, y según el azar los elige, disputan sobre asuntos de importancia igual que sobre asuntos nimios.

8 Pero para la elección de magistrados no se me antoja a mí disparatada ciertamente la ley que había promulgado Gayo Graco durante su tribunado, a saber, citar a las centu-
2 rias por sorteo después de mezclar las cinco clases[19]. De este modo se igualan en dignidad y dinero, y, el uno se dará prisa en aventajar al otro en mérito.

3 Estos son los grandes remedios que establezco yo contra las riquezas. Pues todas las cosas se elogian y se apetecen en la medida misma de la utilidad de esas cosas. La maldad se promueve con recompensas; si suprimes éstas, nadie en
4 el mundo será malo gratis. Por lo demás, la avaricia es una bestia salvaje, descomunal y que no debe permitirse; allí donde va, devasta plazas fuertes, campos, templos y casas, mezcla lo divino con lo humano, y no hay ejércitos ni murallas que le impidan penetrar con su propia fuerza; a todos los hombres despoja de su fama, su pudor, sus hijos, su pa-

[18] El autor favorece la extensión del derecho de sentarse en los tribunales a todos los ciudadanos de la primera clase, no sólo a los más ricos, y al mismo tiempo sostiene la necesidad de ampliar los efectivos de los jurados.

[19] De hecho, no se tienen conocimientos precisos sobre el alcance de las leyes de Gayo Graco: tal vez se sorteaban las 320 centurias para votar por ese orden.

tria y sus padres. Mas si sustrajeras el fulgor del dinero, con 5
las buenas costumbres fácilmente será vencida aquella gran
fuerza que es la avaricia.

Y aunque todo el mundo, ecuánime y parcial, reconoce 6
que las cosas son como he dicho, no obstante, no será chica
la pelea que tendrás que reñir con el partido de la nobleza.
Si te defiendes de sus trampas, todo lo demás te vendrá ro-
dado. Pues ésos, si tuvieran suficiente mérito, serían más 7
bien émulos de la gente honrada, y no envidiosos de ellos.
Como se han apoderado de ellos la desidia, la desgana, la
imbecilidad y la pereza, refunfuñan, despotrican y estiman
que la buena fama de los demás constituye su deshonra.

Pero, ¿para qué voy a hablar más como si lo estuviera 9
haciendo sobre personas desconocidas? ¿La fortaleza y la
fuerza espiritual de Marco Bíbulo[20] lo han encaramado al
consulado? Torpe de lengua, un carácter más perverso que
astuto, ¿a qué se puede atrever ese individuo, para quien el
consulado, suprema magistratura, fue la mayor de las des-
honras? ¿Acaso es grande la fuerza de Lucio Domicio[21], nin- 2
gún miembro del cual está libre de deshonra o crimen? Falso
de lengua, sus manos están ensangrentadas, sus pies prestos
a escapar, y lo que no se puede nombrar honestamente es lo
más deshonesto de él. Únicamente no desprecio la persona- 3
lidad de Marco Catón, versátil, hábil de palabra, astuto. Es-
tas cualidades se adquieren mediante la frecuentación de los
griegos; mas entre los griegos no hay valor, tenacidad, es-

[20] Marco Calpurnio Bíbulo fue cónsul con César en el 59. Tras haber intentado oponerse vanamente a las leyes agrarias propuestas por su colega, después de sentirse amenazado por la multitud, se encerró en casa durante muchos meses y a partir de entonces sólo lanzaba edictos venenosos e ineficaces contra los triúnviros.

[21] Lucio Domicio Ahenobarbo fue cónsul en el 54; seguidor de Pompeyo durante la guerra civil, fue derrotado en Corfinio.

fuerzo; pues quienes perdieron en paz su propia libertad
gracias a su indolencia, ¿crees que se puede gobernar un
4 imperio siguiendo sus preceptos? Los demás del partido son
nobles que no valen nada, en los cuales, como en los epita-
fios, no hay nada que añadir, fuera del buen nombre. Los
Lucios Postumios, los Marcos Favonios se me antojan a mí
que son como la carga adicional de un gran navío: caso de
llegar sin daño, se aprovecha, pero tan pronto como surge
un imprevisto, es lo primero que se arroja, porque tiene es-
casísimo valor.

10 Ahora, puesto que, según me parece, he hablado bastan-
te de la renovación y corrección de la plebe, hablaré de lo
2 que me parece que tienes que hacer respecto al senado. Tan
pronto como llegué a la edad adulta y maduró mi mente, no
ejercité mi cuerpo precisamente en las armas y los caballos,
3 sino que apliqué mi cabeza a las letras. Lo que tenía más
firme por naturaleza lo puse a la tarea. Y, leyendo y oyendo
mucho en esa clase de vida, yo averigüé que todos los rei-
nos, así como ciudades y naciones, tuvieron un imperio
próspero justo mientras estuvieron en vigor entre ellos los
principios auténticos. Dondequiera que el favoritismo, el
temor y los placeres estropearon aquéllos, al instante dismi-
nuyeron las fuerzas, luego, se perdió el poder, y a la postre
4 se impuso la esclavitud. Yo por mi parte opino en mi fuero
interno del siguiente modo: quienquiera que ocupa en su
ciudad un puesto más importante y distinguido que otros
5 tiene una gran responsabilidad con el Estado. Pues los de-
más sólo se aseguran la libertad, si se salva la ciudad. Quie-
nes por su mérito han logrado riquezas, honra y honores, tan
pronto como la cosa pública se tambalea un milímetro y
comienza a agitarse, se fatigan en su espíritu con múltiples
preocupaciones y sinsabores; se pone a defender o la gloria
o la libertad o el patrimonio familiar, se presenta en todas

partes, se apresura; cuanto más floreciente estuvo en los buenos tiempos, tanto más desagradablemente y con mayor
angustia se debate en los difíciles. Así que cuando la plebe 6
obedece al senado como el cuerpo al alma y sigue sus determinaciones, procede que los patricios muestren su superioridad en tomar medidas, y la habilidad política resulta
baldía en el pueblo. De este modo, nuestros antepasados, 7
cuando se veían agobiados por guerras endiabladas y habían perdido caballos, hombres y dinero, jamás se cansaron de pelear con las armas por el imperio; ni la penuria del erario, ni la fuerza del enemigo, ni la adversa situación domeñaron los enormes ánimos de aquéllos, sino que conservaron con
sus vidas lo que habían conquistado con su arrojo. Y ello lo 8
habían logrado más con valientes decisiones que con buenos combates; y es que para ellos sólo había una república y todos velaban por ella, los grupos se creaban contra el enemigo, y cada uno ejercitaba el cuerpo y el alma en el bien
de la patria, no en favor de su poder. En nuestros tiempos, 9
en cambio, contrariamente a esto, los hombres de la nobleza, a quienes han invadido la indolencia y la pereza, ignorantes del esfuerzo, del enemigo y de la guerra, armándose en casa con sus grupos de presión, imponen su dominio a todo el mundo llenos de arrogancia.

En consecuencia, los senadores, por cuyo consejo se 11
mantenía estable anteriormente la república en caso de peligro, mediatizados por el capricho ajeno, se agitan indecisos hacia aquí y hacia allá. Unas veces decretan unas cosas, otras veces, otras: según marca la inquina o el favoritismo de quienes actúan de caciques, así entienden qué es bueno o
malo para el Estado. Conque si, o bien la libertad de todos 2
fuese igual, o bien el voto fuese más secreto, el Estado disfrutaría de mayores medios, y la nobleza sería menos influ-
yente. Pero puesto que es difícil igualar la influencia de to- 3

dos, ya que a ellos el esfuerzo de sus abuelos les dejó en herencia la gloria, la categoría y las clientelas, y el resto de la gente es en su mayoría de reciente implantación, libra del miedo los votos de esta gente; de ese modo, cada cual mostrará en secreto preferencia por su interés y no por el poder
4 de otro. La libertad es igualmente deseable para los buenos y los malos, los valientes y los cobardes. Pero la mayoría la abandonan por miedo. ¡Valiente idiotez la de esos hombres que por apatía, aceptan contra sí mismos, dándose por vencidos, un final que en la lucha no es seguro!

5 De modo que, a mi juicio, el senado se puede consolidar con dos medidas: si se aumenta su número y se presenta el voto en una tablilla[22]. La tablilla servirá de parapeto para atreverse a actuar con espíritu más libre; en medio de un gran número hay más protección, y su utilidad será mayor.
6 Pues en estos tiempos, enredados los unos en juicios públicos, los otros en los asuntos particulares propios de sus amigos, no asistieron ciertamente a los consejos de Estado; y no fueron tanto sus ocupaciones las que los entretuvieron como sus arrogantes mandatos. Individuos de la nobleza, junto a unos pocos senadores, a quienes tienen como suplemento de su grupo de presión, hicieron cuanto les vino en gana aprobar, censurar, decretar, y en la forma que les
7 vino en gana. Mas cuando se aumente el número de senadores y se presente el voto en una tablilla, seguro que aquéllos rebajarán sus humos, cuando tengan que obedecer a quienes antes mandaban con toda la crueldad del mundo.

12 Tal vez, generalísimo, al terminar de leer la carta, eches en falta el número de senadores que me parece bien ha de

[22] Este escrutinio secreto le ha podido ser sugerido al escritor por la existencia de algunas *leges tabellariae* del período republicano. César no modificó nada en este terreno; por el contrario, aumentó el número de senadores de 600 a 900, con la intención de rebajar su prestigio y autoridad.

haber, y de qué manera hay que distribuirlos entre los muchos y variados cometidos; puesto que pienso que los tribunales deben encomendarse a todos los de la primera clase, cuál ha de ser el reparto y qué número ha de haber en cada
especie. No hubiera sido difícil para mí describir todo eso 2
en sus diferentes apartados, pero me ha parecido que primero había que tratar sobre el conjunto de la propuesta y demostrarte que es verdad. Si resuelves recurrir a este camino,
el resto lo tendrás al alcance de la mano. Yo quiero que mi 3
propuesta sea prudente y de la máxima utilidad; pues en cualquier aspecto en que las cosas te salgan bien, en ese ob-
tendré yo buena fama. Mas a mí me inquieta especialmente 4
la ambición de que se ayude cuanto antes y del modo que
sea al Estado. Tengo a la libertad por más querida que la 5
gloria, y yo te ruego y suplico que, siendo como eres el general más preclaro después de haber sometido al pueblo galo, no permitas que se desintegre por la vejez y por culpa de la dejadez más grande el vasto e invicto imperio del pueblo
romano. Por supuesto, si esto ocurriese, ni la noche ni el día 6
calmarán la angustia de tu alma, antes bien, atormentado por el insomnio, acosado por el furor, y enloquecido, te ve-
rás arrastrado por tu mente enajenada. Pues yo tengo por 7
verdadero que la vida de todos los mortales es observada por la voluntad divina, y que el bien o el mal que cualquiera hace no son considerados cosas sin valor, sino que, según la ley de la naturaleza, a los buenos y a los malos aguardan re-
compensas bien diferentes. Entretanto, si acaso eso tarda en 8
llegar, su alma y su conciencia ofrecen a cada uno su esperanza[23].

[23] Esta concepción religiosa no se corresponde con la tradicional de los romanos, sino que se remonta a la teoría teológica de Platón sobre la existencia de la divinidad protectora de los hombres.

13 Porque si la patria y tus padres pudiesen hablar contigo,
seguro que te dirían lo siguiente: «Oh, César, nosotros, los
más valientes de los hombres, te hemos engendrado en la
mejor de las ciudades, como honra y defensa nuestra y te-
2 rror para el enemigo. Lo que habíamos obtenido con mu-
chas fatigas y peligros, eso te lo hemos dado a ti al nacer
junto con la vida, una patria, la más grande de las tierras,
una casa y una familia las más preclaras de la patria, y ade-
más, buenas cualidades, honrosas riquezas, y, por último,
3 todos los ornatos de la paz y los premios de la guerra. Por
estos bienes tan grandes no te pedimos una infamia ni una
4 mala acción, sino que restaures la libertad destruida. Una
vez que realices eso, sin duda la fama de tu hombría dará la
5 vuelta por todo el mundo. Pues en estos tiempos, aunque
has llevado a cabo preclaros hechos en paz y en guerra, sin
embargo tu gloria es igual que la de muchos hombres esfor-
zados. Pero si salvas esta ciudad de nombre tan grande y de
imperio tan inmenso del ocaso del que anda ya cerca, ¿quién
habrá habido más ilustre que tú, quién, más grande, sobre la
6 tierra? Porque si a este imperio le pasa algo malo a causa de
una enfermedad o del destino, ¿quién puede dudar de que en
el redondel de la tierra nacerán la devastación, las guerras y
los asesinatos? De modo que si te entrase la justa ambición
de ser agradecido con tu patria y con tus padres, en el futu-
ro, restaurada la república, vivirás en la gloria por encima
de todos los hombres, y tú serás el único cuya muerte será
7 más ilustre que su vida[24]. Pues a los vivos los lastima a ve-

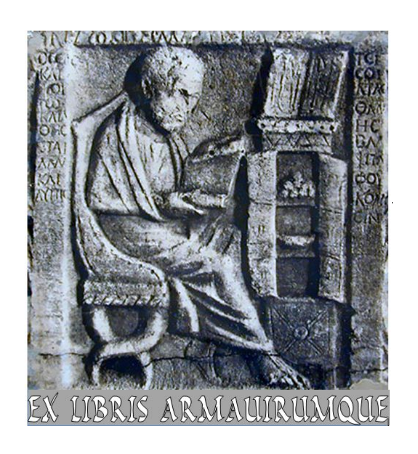
[24] Pasaje oscuro. Vretska propone corregir de manera que se entienda algo como que «tu vida será más ilustre que tu muerte». Pasoli entiende que nadie, menos muerto y por ello mayormente objeto de gloria, podrá superar la gloria de César vivo, excepto el propio César después de la muerte. Szantyr traduce el texto cuya versión aparece en nuestra traduc-

ces la fortuna, y muy a menudo, la envidia: cuando el alma ha cedido a la naturaleza, desaparecidos los detractores, la virtud se eleva más y más por sí misma.»

Lo que a mí se me ha antojado que era más útil hacer y 8
lo que creí que te prestaría más servicio a ti te lo he acabado de escribir lo más brevemente que he podido. Por lo demás, ruego a los dioses inmortales que, de cualquier modo que actúes, tus medidas te den buen resultado a ti y a nuestra patria.

---

ción, así: «Y el período después de tu muerte, que será incluso más glorioso que tu vida, te pertenecerá a ti solo.»



DISCURSO-INVECTIVA CONTRA MARCO TULIO CICERÓN

Toleraría mal y con ánimo enconado tus improperios, 1
Marco Tulio, si supiese que recurres a esa petulancia en tu sano juicio más que por debilidad mental. Mas, puesto que no percibo en ti ni mesura ni moderación alguna, te responderé, a fin de que, si has recibido algún placer con tus calumnias, lo pierdas al oír hablar mal de ti.

¿Dónde quejarme, a quiénes implorar, padres conscritos, al ver que la república es saqueada y se convierte en botín de los más osados? ¿Ante el pueblo romano? Éste se halla tan corrompido por las dádivas que se tiene a sí mismo y sus fortunas por venales. ¿O delante de vosotros, senadores? Vuestra autoridad sirve de mofa a todos los más desvergonzados y criminales. Dondequiera que ⟨está⟩ Marco Tulio, defiende las leyes, los juicios y el Estado, y marca la pauta en esta asamblea, como si fuese el único vástago restante de la familia de un hombre harto preclaro, Escipión Africano, y no el ciudadano recién hallado, advenedizo y poco ha injertado a la urbe que es.

¿O acaso, Marco Tulio, son desconocidos tus hechos y 2
tus palabras? ¿Es que no has vivido desde tu infancia de manera que no juzgaste nada infamante para tu cuerpo si era del agrado de alguien? ¡Cómo si no hubieras aprendido esa desmesurada elocuencia en casa de Marco Pisón[1] a cambio

[1] Marco Pupio Pisón Calpurniano habría sido maestro de retórica de Cicerón, según Asconio, aunque Cicerón no da testimonio de semejante hecho.

de perder el pudor! De manera que no hay por qué extrañarse de que la pongas en venta vergonzosamente, si indignamente la adquiriste.

2 Mas, según creo, el esplendor de tu casa te levanta los ánimos: tu esposa sacrílega e imbuida de perjurios, tu hija, rival de la madre, para ti mismo más grata y obediente de lo que sería justo con un padre. Tu propia casa la has adquirido con extorsión y hurto, y es funesta para ti y los tuyos[2]. Sin duda para recordarnos cómo ha cambiado la situación, cuando tú, el más desvergonzado de los hombres, habitas en
3 la casa que fue de Publio Craso[3], varón tan preclaro. Y siendo esto así, no obstante, Cicerón afirma que ha estado en la asamblea de los dioses inmortales y que de allí ha sido enviado como guardián a esta ciudad y a estos ciudadanos[4] sin nombre de verdugo, él, que convierte el perjuicio de la ciudad en gloria suya. Como si la causa de aquella conjuración no hubiese sido tu propio consulado, y la república no hubiera sido destrozada en aquella época en que te tenía por guardián.

Pero, según creo, más te ensalzan aquellas determinaciones que tomaste respecto del Estado después del consulado, con tu esposa Terencia, cuando realizabais en casa los procesos de la ley Plaucia[5] y condenabas a algunos de los

---

[2] Lo de «funesta» debe referirse a la destrucción de la casa en el Palatino por obra de Clodio en el 58; la extorsión alude al consulado de Cicerón (año 63).

[3] Publio Licinio Craso, padre de Marco Craso, que vendió la casa a Cicerón.

[4] Cicerón imaginaba en el poema *De temporibus meis* haber participado en una asamblea de los dioses. Esa obra aún no había sido publicada en diciembre del 54. Algunos piensan que el poema al que se hace referencia aquí sea el *De consulatu meo,* publicado por Cicerón hacia el 60.

[5] La ley judiciaria presentada en el 89 por el tribuno Marco Plaucio Silvano contra los perturbadores del orden público.

conjurados al destierro y a otros a pagar una multa, cuando el uno te edificaba la villa de Túsculo, el otro la de Pompeya, y un tercero te compraba una casa. En cambio, el que nada tenía, ése era íntimo de Catilina, ése, o había venido a poner sitio a tu casa, o había montado un atentado contra el senado; en fin, sobre su persona tenías tú información y
pruebas. Y si es mentira lo que te estoy reprochando, danos 4
cuenta del montante del patrimonio que recibiste, el aumento que experimentaste a base de litigios, el dinero con el que adquiriste la casa, el gasto incontable con que construiste tus villas de Túsculo y Pompeya, o si te callas, ¿quién puede dudar de que esa opulencia la conseguiste con la sangre y el sufrimiento de los ciudadanos?

Pero es que, a mi juicio, este hombre nuevo de Arpino, 3
de la familia de Lucio Craso[6], imita la virtud de éste, desprecia la polémica con los hombres de la nobleza, sólo ama a la república, y no se deja apartar de la verdad ni por el terror ni por el favor, y en su alma sólo hay amistad y virtud.
Pues nada de eso: se trata de un hombre casquivano, supli- 5
cante de los enemigos, injurioso para los amigos, ora de un bando, ora del otro, leal con nadie, senador inconstante, patrono mercenario, de cuyo cuerpo ni una sola parte está libre de infamia: su lengua es falaz, sus manos, más que ladronas, su gula, inmensa, sus pies, fugitivos, y lo que no se puede nombrar honestamente, lo más deshonesto de todo. Y siendo como es de ese jaez, osa no obstante decir: «¡Oh Roma afortunada por haber nacido cuando yo era cónsul!» ¿Roma afortunada por ser tú cónsul, Cicerón? Más bien infeliz y desgraciada, que sufrió una proscripción cruelísima cuando tú, desquiciada la república, obligabas a rendirse ante tu cruel-

[6] En sentido metafórico, *familia* como comunidad ideal («geistige Verwandschaft»: BÜCHNER, *Sallust*, 2.ª ed., pág. 24).

dad a todas las personas de bien paralizadas de espanto, cuando todos los procesos, todas las leyes, dependían de tu capricho, cuando tú, suprimida la ley Porcia[7] y abolida la libertad, te habías atribuido la potestad de vida o muerte so-
6 bre todos nosotros. Y no te parece bastante el haber actuado impunemente, sino que además lo recuerdas junto a tus reproches, y es imposible olvidarse de la servidumbre sufrida. Por favor, Cicerón, bien que hayas hecho lo que te vino en gana, y hayas sacado el provecho que quisiste; bastante es haberlo sufrido: ¿todavía nos vas a llenar el oído con tu odio? ¿Todavía nos vas a perseguir con las más feas de las palabras: «cedan las armas a la toga, ceda también el laurel a la lengua»? Como si eso de lo que te vanaglorias lo hubieras hecho con la toga y no con las armas, como si entre ti y el dictador Sila mediase alguna diferencia, excepto el título de mando.

4 7 Pero, ¿para qué voy a contar más de tu insolencia, de un hombre a quien Minerva enseñó todas las artes, Júpiter Óptimo Máximo ha admitido en la asamblea de los dioses[8], e Italia trajo del destierro a hombros suyos[9]? Ruégote, Rómulo arpinate, que por tu valor egregio superaste a todos los Paulos, Fabios y Escipiones, ¿qué lugar ocupas finalmente en esta ciudad? ¿Qué partido te gusta dentro del Estado? ¿A quién tienes por amigo, a quién por enemigo? Sirvienta eres de aquel a quien tramaste un atentado en la ciudad[10]; persi-

---

[7] La ley propuesta por el tribuno Publio Porcio Leca en el 198 a. C., que prohibía condenar a un ciudadano sin apelar al pueblo.

[8] Ecos de dos pasajes poéticos de Cicerón, normalmente atribuidos a su poema *De temporibus meis*. Cf. n. 4.

[9] La parodia ahora es de una frase del *Pro reditu in senatum* 39: *me Italia cuncta paene suis umeris reportauit* («toda Italia me trajo como si dijéramos a hombros»).

[10] Referencia a Pompeyo.

gues a aquél a iniciativa del cual regresaste del destierro de Dirraquio; favoreces la tiranía de los que llamabas tiranos [11]; a quienes antes te parecían optimates los llamas enloquecidos y dementes. Defiendes la causa de Vatinio, y sobre Sestio tienes mala opinión; a Bíbulo lo despellejas con palabras llenas de arrogancia, loas a César [12]; eres sumiso ante aquél al que más odiabas. Sobre el Estado, eres de un parecer si estás de pie, y de otro si estás sentado; de éstos hablas mal, a aquéllos los odias, tránsfuga casquivano, y no mantienes tu lealtad ni en este bando ni en aquél.

---

[11] Los triúnviros César, Pompeyo y Craso.

[12] En efecto, Cicerón, enemigo de los triúnviros, había defendido a Publio Sestio en el 56 en un proceso *de ui* promovido por Clodio e igualmente había atacado al tribuno Publio Vatinio, amigo de César, en el 59; sin embargo, en el 54, para congraciarse con Pompeyo y César había defendido a Vatinio de la acusación *de ambitu et de ui* (el primero se refiere a la intriga y soborno electoral, castigado por la *Lex Iulia de ambitu* del año 18 a. C. El segundo, a los crímenes cometidos con violencia —*Lex Iulia de ui publica,* del año 46 a. C., probablemente—).

PSEUDO-CICERÓN

DISCURSO-INVECTIVA CONTRA GAYO SALUSTIO CRISPO

Verdad es que es un gran placer para ti, Gayo Salustio, 1 llevar una vida igual y pareja a tus palabras, y no decir nada tan obsceno que no responda a ello tu vida desde el inicio de tu infancia con toda clase de fechorías, a fin de que todo tu discurso sea consonante con tu conducta. Pues el que vive como tú no puede hablar de otra manera que tú, ni quien usa un lenguaje tan sucio puede tener una vida más honorable.

¿A dónde debo dirigirme, padres conscritos, por dónde empezar? Mayor es la carga que se me impone al hablar, por cuanto los dos somos bien conocidos, porque, si respondo a este provocador hablando de mi vida y actos, la envidia perseguirá a mi gloria, y si pongo al descubierto sus hechos, comportamientos y vida entera, recaeré en el mismo vicio de procacidad que le echo en cara a él. Si acaso os sentís ofendidos por esto, a éste más justamente que a mí debéis reprender, que es el que empezó primero. Yo me es- 2
forzaré en responderle en mi defensa con la menor molestia vuestra, así como para que quede claro que no he mentido en absoluto contra él. Yo sé, padres conscritos, que al responderle no voy a hallar gran expectación, porque sabéis que no vais a oír ninguna nueva acusación contra Salustio, sino que vais a reconocer todas las antiguas, gracias a las cuales ya tenemos calientes las orejas yo, vosotros y él mismo. Pero por eso debéis odiar más al individuo que ni siquiera al comenzar su carrera hizo el aprendizaje de errar en las cosas más pequeñas, sino que la emprendió de tal

suerte que ni puede ser superado por otro ni él mismo se
puede aventajar en absoluto en lo que le resta de vida. Así
que no anhela otra cosa sino revolcarse con quien sea como
3 un cerdo enfangado. Pero se engaña con mucho en su opi-
nión, pues la suciedad de la vida no se lava con la procaci-
dad de la lengua, sino que hay cierta calumnia que cada uno
de nosotros eleva con el testimonio de su propia alma [sobre
aquél que lanza a los buenos ciudadanos una falsa acusa-
ción]. Porque si la vida de ése escapa a vuestra memoria,
padres conscritos, ésta debéis contemplarla no según las
palabras, sino según su conducta. Me esforzaré acto seguido
en ser lo más breve posible. Tampoco será inútil para voso-
tros, padres conscritos, este altercado nuestro; pues muchas
veces la república se acrecienta con las enemistades particu-
lares, cuando ningún ciudadano puede ocultar qué clase de
persona es.

2 4 Primero, pues, ya que Gayo Salustio trae a colación los
antepasados de todos nosotros, según un único ejemplo y
regla, quisiera que me respondiera si éstos que ha citado,
Escipiones y Metelos, poseyeron alguna reputación o gloria
antes de que sus grandes hechos y su vida, vivida en la má-
xima honradez, los hiciese recomendables. Pues si este fue
el comienzo de su nombre y de su categoría, ¿por qué no
juzgar lo mismo sobre mí, cuando mis hazañas han sido
ilustres y he vivido la vida en forma bien honesta? ¡Como si
tú, Salustio, hubieras nacido de ellos! Si así hubiera sido,
5 algunos se avergonzarían ya de tu infamia. Yo he dado bri-
llo con mis méritos a mis antepasados, de modo que si antes
no fueron conocidos, el comienzo de su recuerdo comenzará
conmigo. Tú has difundido grandes tinieblas delante de los
tuyos[1] con la vida que has vivido vergonzosamente, de mo-

[1] No sabemos nada de sus ancestros, ni de su padre.

do que, aunque hayan sido ciudadanos singulares, por culpa
tuya han sido olvidados. Por consiguiente, no me eches en
cara mi falta de antepasados; para mí es mejor florecer por
las empresas llevadas a cabo por mí que apoyarme en la fa-
ma de mis antepasados, y vivir de manera que sea el co-
mienzo de la nobleza y ejemplo de virtud para mis suceso-
res. Ni tampoco viene a cuento compararme con aquellos,
padres conscritos, que ya han fallecido, y escapan a todo
odio y envidia, sino con éstos que se han movido conmigo
al mismo tiempo en el Estado. Mas supongamos que haya 6
sido yo, o demasiado intrigante al aspirar a los cargos públi-
cos (no desde luego esa ambición popular, de la que me
confieso cabeza, sino aquella perniciosa, contra las leyes,
cuya vanguardia capitaneó Salustio), o en el desempeño de
los cargos y en el castigo de las malas acciones tan severo, o
en la defensa de la república tan vigilante, que es lo que tú
llamas proscripción, porque, a mi juicio, todos tus semejan-
tes no habrían vivido sanos y salvos en la ciudad. Mas, ¿en
cuánta mejor situación estaría el país si tú, igual y semejante
a los ciudadanos criminales, hubieses sido metido en el mis-
mo saco que ellos? ¿O acaso escribí yo sin razón entonces: 7
«Cedan las armas a la toga», yo que, con mi toga, aplasté a
gente armada y con la paz la guerra? ¿Acaso he mentido al
afirmar que «Roma era afortunada por ser yo su cónsul»,
yo, que sofoqué tamaña guerra intestina y el incendio do-
méstico de la ciudad?

¿Y no te da nada a ti, hombre casquivano, cuando me 3
recriminas eso que en tus *Historias*[2] atribuyes a gloria mía?
¿Acaso es más vergonzoso mentir al escribir que al hablar
públicamente delante de esta asamblea? Pues en cuanto a lo

[2] Posible alusión a la *Conjuración de Catilina*. Por lo demás, ¿en qué parte de las *Historias* pudo Salustio referirse a Cicerón?

que me echaste en cara respecto a mi vida, considero que yo disto de la desvergüenza tanto como tú de la vergüenza.

8 Pero, ¿a qué seguir quejándome de ti? Pues, ¿cómo puedes llamar vergonzoso al mentir, tú que te has atrevido a echarme en cara la elocuencia como un vicio, si siempre necesitaste de su patrocinio, culpable como eras? ¿O crees que ningún ciudadano puede hacerse ilustre, si no se instruye en estas artes y disciplinas? ¿O crees que existen otros rudimentos e iniciaciones de la virtud con los que los espíritus se nutren en el deseo de gloria? Pero no hay que extrañarse en absoluto, padres conscritos, si un individuo lleno de desidia y de frivolidad, admira como nuevo e inusitado este

9 arte. Pues en cuanto al ataque que lanzaste con esa inusitada rabia y petulancia contra mi esposa y mi hija, que siendo mujeres se abstienen de los hombres más fácilmente que tú[3], actuaste con asaz conocimiento y pericia. Pues no esperaste que yo te devolviera las gracias recíprocas, nombrándote a mi vez a los tuyos; pues tú solo tienes suficiente materia, y en tu casa no hay nada más indecente que tú. Pero te equivocas mucho porque creíste poder granjearme la antipatía contra mí por mi patrimonio familiar, que es mucho menor que el que merezco tener. ¡Y ojalá que no fuese tan grande como es y que mis amigos estuviesen vivos, y no verme yo más rico a base de sus testamentos!

10 ¿Yo fugitivo, Gayo Salustio? Cedí ante la locura de un tribuno de la plebe: juzgué más útil experimentar cualquier clase de fortuna que ser causa para todo el pueblo romano de una disensión civil. Yo, una vez que aquél tuvo su año de bacante en la política y se asentaron con la paz y la tranquilidad todas las conmociones que había provocado, a instan-

[3] Acusación de impudor que se dirige tanto a los hombres como a las mujeres. Cf. la Sempronia de la *Conjuración de Catilina*.

cias de este senado que me reclamaba, y de la república que me arrastraba de su mano, regresé. Ese día, puesto a compararlo con el resto de mi vida entera, en mi sentir se lleva la palma, día en el cual todos vosotros unidos y el pueblo romano en masa me felicitaron a mi llegada. ¡En ese precio me tasaron a mí, fugitivo y abogado mercenario, éstos!

Y, voto a Hércules, nada de extraño tiene si yo siempre 11 4
he estimado justas las amistades de todos; pues ni he sido sirvienta de nadie en particular ni a nadie me he vendido, sino que en la medida en que cada cual se interesó por la república, en esa misma fue mi amigo o mi adversario. Nada deseé yo que tuviera más fuerza que la paz[4]; muchos alimentaron las audacias de particulares. Nada he temido yo sino las leyes; muchos quisieron que fuesen temidas sus armas. Yo nunca quise tener algún poder sino en pro de vosotros; muchos, fiados del poder que tenían de vosotros, han abusado de sus fuerzas contra vosotros. De este modo, no es de extrañar si no he tenido trato de amistad con nadie que no haya sido constantemente amigo del Estado. Y no me 12
arrepiento si, al solicitar el reo Vatinio mi patrocinio, le hice promesa de dárselo, ni si reprimí la insolencia de Sestio, o recriminé a Bíbulo su tolerancia, o aplaudí las buenas cualidades de César[5]. Estas son loas de un ciudadano singular, y únicas. Si tú me las echas en cara como vicios, se censurará tu temeridad, y no se culparán mis vicios. Más diría, si tuviese que hablar en presencia de otros, padres conscritos, y no en la vuestra, a quienes yo he tenido por consejeros de

[4] Cicerón expresa esta voluntad pacifista en la carta que escribe a César *(A Át.* IX 11 A): «Desesperando de la victoria, comencé primero por persuadir la paz, de la que siempre había sido promotor».

[5] Especialmente en el *De prouinciis consularibus* (mayo-junio del 56) donde intervino para que se mantuviese a César su proconsulado de las Galias, en contra del parecer de los *optimates*.

todas mis actuaciones. Pero, cuando están presentes los testimonios de los hechos, ¿qué necesidad hay de palabras?

5 13 Ahora, para volver a ti, Salustio, dejaré a un lado a tu padre, el cual, si nunca cometió una falta en su vida, no obstante, mayor injusticia no pudo hacer al Estado al haberte engendrado a ti, semejante hijo. Tampoco voy a describir las faltas que tú cometiste en la niñez, para no parecer que acuso a tu padre, que en ese tiempo tenía sobre ti la suma potestad, sino la clase de adolescencia que pasaste; pues, puesta de manifiesto ésta, fácilmente se comprenderá con qué tipo tan petulante de niñez te hiciste un adolescente así de impúdico y procaz. Así que tus ganancias no pudieron bastar a la inmensa gula de tu cuerpo deshonesto, y tu edad se había marchitado para soportar cuanto le viniese en gana hacer a otro; te dejabas arrastrar por pasiones sin límite, de manera que lo que tú mismo no considerabas vergonzoso
14 para tu cuerpo lo experimentabas en otros. Así no es fácil conjeturar, padres conscritos, si ganó o perdió su fortuna con las partes más vergonzosas de su cuerpo. La casa de su padre, en vida de éste, la puso en venta de forma infamante. ¿Y alguien puede tener duda de que obligó a morir a éste, de cuyos bienes todos disponía como heredero sin estar todavía muerto? Y no le avergüenza preguntarme quién habita en la casa de Publio Craso, cuando él mismo no puede responder quién habita en su propia casa paterna. «Pero, por Hércules, aunque cometió deslices por obra de la juventud se corrigió posteriormente.» No es así, sino que se metió en la hermandad del sacrílego Nigidio[6]. Arrastrado dos veces a los bancos del juez, anduvo al filo de la navaja, y escapó de tal suerte que no se consideró que éste fuera inocente, sino

[6] Alusión a Publio Nigidio Fígulo, filósofo y polígrafo a la manera de Varrón. Se sospechaba que se ocupaba de la adivinación, la astrología y la magia, y también de haber formado una sociedad secreta.

que los jueces habían cometido perjurio. Tras lograr su pri- 15
mer cargo en la cuestura, tomó a mofa este puesto y este rango, al cual tuvo acceso incluso él, el más ignominioso de los hombres. Así que temeroso de que sus crímenes os fuesen velados a vosotros, siendo como era la infamia de todos los maridos de las señoras de buena familia, confesó ante vuestra audiencia su adulterio y no sintió sonrojo de ver vuestra cara.

Puedes vivir como te venga en gana, Salustio, y hacer 6
cuanto quieras; basta con que tú solo seas consciente de tus crímenes. No intentes objetarnos dejadez y adormilamiento excesivos; somos diligentes en proteger el pudor de nuestras esposas, pero no somos tan despiertos que podamos tomar
precauciones contigo: tu osadía vence nuestro celo. ¿Es que 16
puede conmover a éste, padres conscritos, algún hecho o dicho indecente, si no le dio vergüenza confesar su adulterio públicamente ante vosotros, que le escuchasteis? Porque si no hubiese querido yo responderte nada por mí mismo, sino leer públicamente ante todos, según la ley, aquella sentencia censoria de Apio Claudio y de Lucio Pisón, individuos más que íntegros, ¿no parecería que yo te grababa a fuego manchas eternas que el resto de tu vida no podría lavar? Y después de aquella elección al senado no te vimos jamás, excepto cuando te lanzaste al campamento, adonde había confluido
toda la cloaca del país. Ahora bien, este mismo Salustio, 17
que durante la paz no había permanecido ni siquiera como senador, después de que la república fue aplastada por las armas fue restituido al senado mediante la cuestura por aquel vencedor que hizo volver a los exiliados[7]. Dicho cargo lo desempeñó de tal suerte que no dejó de considerar ve-

[7] En el 50 a. C., un año después de su expulsión del senado, Salustio consiguió la cuestura por segunda vez y la vuelta al senado. Por esta razón, Salustio fue dos veces cuestor y dos veces senador.

nal nada en él, si había algún comprador; lo gestionó de tal manera que todo lo que a él le venía en gana hacer lo consideró justo y verdadero, y vejó y contrajo deudas igual que si hubiese recibido el cargo en calidad de botín. Terminada la
18 cuestura, después de haber dado grandes prendas a aquéllos a los que se había unido por similitud de vida, ya parecía uno más de aquel hato. Pues Salustio era de ese partido adonde, como a un remolino, había venido a parar la asamblea de todos los vicios. Cuantos deshonestos, prostituidos, parricidas, sacrílegos y deudores había en la ciudad[8], en los municipios, en las colonias y en Italia toda, se habían asentado allí como en lo hondo del mar, individuos perdidos y bien conocidos, en ningún concepto adecuados para un campamento, excepto por la libertad de sus vicios y su ambición de revoluciones.

7 19 «Pero cuando fue elegido pretor, se comportó con moderación y honradez.» ¿No esquilmó la provincia de tal forma que nuestros aliados no sufrieron ni esperaron nada más grave en una guerra que lo que pasaron durante la paz cuando éste gobernaba el África interior? De donde éste sacó tanto cuanto fue posible, o bien ser transferido con la garantía de los nombres, o bien ser almacenado en las naves. Sacó, padres conscritos, vuelvo a decir, tanto cuanto quiso. Para evitar el juicio, llega a un pacto con César de darle un millón doscientos mil sestercios. Y si algo de lo que digo es mentira, rebátelo públicamente: tú, que ha poco no pudiste siquiera desempeñar la casa de tu padre, de dónde y cómo de repente, como enriquecido por un sueño, adquiriste unos jardines carísimos, la villa de Gayo César en Tívoli y las
20 restantes posesiones. Y no tuviste empacho en preguntar por

[8] Enumeración de vagabundos y marginados, como en la *Conjuración de Catilina* 14.

qué había comprado yo la casa de Publio Craso, siendo tú el amo de la villa que poco antes había pertenecido a César. Así, vuelvo a repetir, si ha poco tenías el patrimonio no comido, sino devorado, ¿cuáles son las operaciones por las que de repente te has hecho tan solvente y tan rico? Porque, ¿quién te iba a nombrar heredero, si nadie te tiene por amigo suyo lo bastante honorable, como no sea uno semejante y parejo a ti?

Mas, ¡voto a Hércules!, los singulares hechos de tus an- 8
tepasados te ensalzan; si tú eres parecido a ellos o ellos a ti, nada se puede añadir a los crímenes y maldad de todos. Pero es que, según creo, tus cargos públicos te hacen insolen-
te. Tú, Gayo Salustio, ¿consideras que es lo mismo ser dos 21
veces senador y dos veces cuestor que dos veces cónsul y dos veces triunfador[9]? Quien se apresta a hablar contra otro conviene que no tenga ningún vicio; habla mal, en último término, quien no puede oír la verdad de otro. Mas tú, pedigüeño de todas las mesas, mancebo en tu juventud de todas las alcobas y, asimismo, adúltero después, eres el deshonor de todas las clases sociales, y la evocación de la guerra ci-
vil. Pues, ¿qué cosa más grave hemos podido sufrir que el 22
verte sano y salvo en el círculo de los senadores? Deja de perseguir con tanta petulancia a las personas honradas, deja de recurrir a esa procacidad patológica, deja de valorar a todo el mundo por el rasero de tus principios. Con semejantes principios no puedes conseguirte un amigo: das la impresión de querer tener un enemigo.

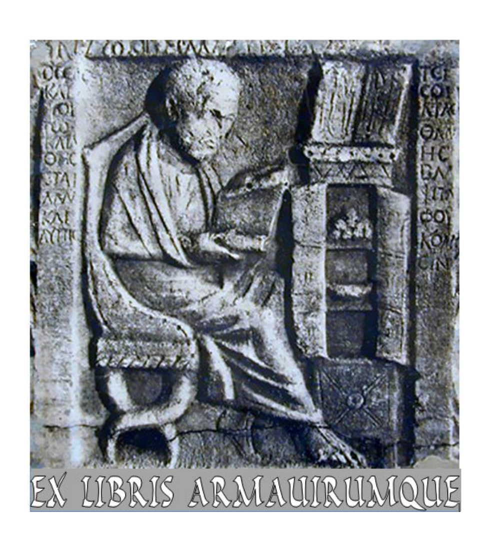
Pondré punto final a mis palabras, padres conscritos, pues muchas veces he comprobado que ofenden más grave-

---

9 No se sabe a qué personaje se refiere el autor con la expresión «dos veces cónsul y dos veces triunfador», puesto que Cicerón no puede ser, ya que éste fue cónsul sólo en el 63, y en cuanto al triunfo, no lo pudo lograr jamás ni una sola vez.

mente la conciencia de los oyentes quienes exponen abiertamente las infamias ajenas que quienes las han cometido. Yo por mi parte debo tener presente, no lo que Salustio debe oír con toda razón, sino lo que yo tenga que decir, si es que puedo hablar de algo con honorabilidad [10].

[10] El final de la invectiva encierra una antítesis que es una verdadera *sententia* clásica: *debe oír... puedo hablar.*



ÍNDICE DE NOMBRES

C.: *Conjuración de Catilina*
J.: *Guerra de Jugurta*
H.: *Historias* (Fragmentos, según Reynolds)
Cés.: *Cartas a César*
Cic.: *Invectiva contra Cicerón*
Sal.: *Invectiva contra Salustio*

aborígenes, *C.* 6, 1.
Abruzzos, *C.* 42, 1.
Adérbal, *J.* 5, 7; 9, 4; 10, 8; 11, 3; 13, 1, 3, 9, 15; 15, 1-3; 16, 2, 5; 20, 1, 4; 21, 1-3; 22, 4-5; 23, 2; 24, 1; 25, 1, 10; 26, 1, 3; 35, 1; 48, 3.
África, *J.* 5, 4; 13, 1; 14, 10; 17, 1, 3, 7; 18, 1, 4, 12; 19, 3, 8; 20, 1; 21, 4; 22, 1; 23, 1; 25, 1, 4; 27, 5; 28, 6; 30, 1; 36, 1; 39, 4; 44, 1; 66, 2; 78, 2; 79, 2; 86, 4; 89, 7; 96, 1; 97, 2; 104, 3; *Sal.* 7, 19.
africanos, *J.* 18, 3.
africano (mar), *J.* 18, 9.
Africano, véase Publio Cornelio Escipión.
Albino, véase Postumio.
alóbroges, *C.* 40, 14; 41, 1; 44, 1, 3; 45, 1; 49, 1, 4; 50, 1; 52, 36.
Alpes, *H.* II 98, 4; III 5; IV 49.
Amílcar, *J.* 72, 1.
Aníbal, *J.* 5, 4; *H.* I 55, 4; II 98, 4.
Annio, Gayo, *J.* 77, 4.
Annio, Lucio, *J.* 37, 2.
Annio, Quinto, *C.* 17, 3; 50, 4.
Antíoco, *H.* I 55, 4; IV 69, 6; IV 8, 11.
Antonio, Gayo, *C.* 21, 3; 24, 1; 26, 1, 4; 36, 3; 56, 4; 57, 4-5; 59, 4.

Antonio Crético, Marco, *H.* III 3-6.
Apio, véase Claudio.
Apión, véase Ptolomeo.
Apuleyo Saturnino, Lucio *H.* I 77, 7.
Apulia, *C.* 27, 1; 30, 2-3; 42, 1; 46, 3.
aqueos, *H.* III 74.
Arezzo (campo de), *C.* 36, 1.
aresinarios, *H.* III 5.
Ariobarzanes, *H.* IV 69, 15.
Aristonico, *H.* IV 69, 8.
Armenia, *H.* IV 69; 15, 21.
armenios, *J.* 18, 4, 9.
arpínate, *Cic.* 3, 4; 4, 7.
Arpino, *J.* 63, 3.
Arquelao, *H.* IV 69, 12.
Ársaces (Fraates III), *H.* IV 69, 1.
Ascanio, *C.* 6, 1.
Asia, *C.* 2, 2; 11, 5; *J.* 17, 3; *H.* II 47, 7; 93; IV 69, 6, 8, 11.
Áspar, *J.* 108, 1; 109, 1; 112, 1.
atenienses, *C.* 2, 2; 8, 2, 3; 51, 28.
Aurelia Orestila, *C.* 15, 2; 35, 3, 6.
Aurelia (vía), *C.* 36, 1.
Aurelio Cota, Gayo, *H.* II 42; 47, 10; 48, 8; 98 D.
Aurelio Cota, Lucio, *C.* 18, 5.
Aurelio Cota, Marco, *H.* II 98 D; IV 69, 13.
Autronio Peto, Publio, *C.* 17, 3; 18, 2, 5; 47, 1; 48, 7.
Aventino, *J.* 31, 17; *H.* I 11.
Bebio, Gayo, *J.* 33, 2; 34, 1.
Belieno, Lucio, *J.* 104, 1.
Bestia, véase Calpurnio.
Bíbulo, véase Calpurnio.
Bitinia, *H.* IV 69, 9, 11.
Boco, *J.* 19, 7; 62, 7; 74, 1; 80, 3-4, 6; 81, 1, 4; 83, 1, 3; 88, 5; 92, 5; 97, 1, 3; 101, 5-6, 8; 102, 2, 5, 12; 103, 2, 7; 104, 1, 3, 5; 105, 13; 106, 1; 107, 2; 108, 1-3; 109, 4; 112, 2-3; 113, 2.
Bomilcar, *J.* 35, 4-5, 7, 9; 49, 1; 52, 5; 61, 4; 70, 1, 5; 71, 2; 72, 1; 73, 1.
Bruto, véase Junio.
Brutos (descendencia de los), *H.* I 55, 3.

Cabira, *H.* IV 69, 15.
Calcedonia, *H.* IV 69, 13.
Calpurnio Bestia, Lucio (cónsul en el 111), *J.* 27, 4; 28, 2, 4, 7; 29, 4-5, 7; 30, 2, 4; 32, 2; 34, 2; 35, 5; 40, 4; 77, 2-3; 85, 16.
Calpurnio Bestia, Lucio (tribuno de la plebe en el 62), *C.* 17, 3; 43, 1.
Calpurnio Bíbulo, Marco, *Cés.* II 9, 1; *Cic.* 4, 7; *Sal.* 4, 12.
Calpurnio Pisón, Gayo, *C.* 49, 1, 2.
Calpurnio Pisón, Gneo, *C.* 18, 4, 5; 19, 1, 3, 5; 21, 3.
Calpurnio Pisón Frugi, Lucio, *Sal.* 6, 16.

Cameria, *C.* 27, 1.
Capitolio, *C.* 18, 5; 47, 2.
Capitón, véase Gabinio.
Capsa, *J.* 89, 4; 91, 3-4; 97, 1.
Capua, *C.* 30, 2, 5, 7.
Carbón, véase Papirio.
Caribdis, *H.* IV 28.
Cartago, *C.* 10, 1; *J.* 18, 11; 19, 2; 41, 2; 79, 5.
cartaginesa (guerra), *J.* 14, 5; *H.* I 11.
cartagineses, *C.* 51, 6; *J.* 5, 4; 14, 8, 10; 19, 3, 7; 79, 1-2, 7-8, 10; 81, 1; *H.* I 11; IV 69, 6.
Casia (vía), *C.* 45, 1.
Casio Longino, Lucio (cónsul en el 107), *J.* 32, 1, 5; 33, 1.
Casio Longino, Lucio (pretor en el 66), *C.* 17, 3; 44, 1-2; 50, 4.
Catabatmo, *J.* 17, 4; 19, 3.
Catilina, véase Sergio.
Catón, véase Porcio.
Cátulo, véase Lutacio.
Cecilio Metelo Céler, Quinto, *C.* 30, 5; 42, 3; 57, 2.
Cecilio Metelo Crético, Quinto, *C.* 30, 3; *H.* II 45.
Cecilio Metelo Nepote, Quinto, *C.* 30, 5; 39, 4.
Cecilio Metelo Numídico, Quinto, *J.* 43, 1; 44, 3; 45, 1; 46, 1, 3, 6; 47, 1, 3; 48, 1-2; 49, 4; 50, 3; 51, 3; 52, 2; 53, 5; 54, 1, 5, 9; 55, 1-2, 8; 56, 2; 57, 2; 58, 4, 7; 61, 1; 62, 4, 10; 64, 1, 4; 65, 2, 4; 66, 2; 68, 1; 69, 1, 4; 70, 5; 73, 1, 3, 5, 7; 74, 2; 75, 2, 5; 76, 1-2; 77, 1, 3; 80, 1; 81, 2; 83, 3; 86, 5; 88, 1; 89, 6.
Cecilio Metelo Pío, Quinto (cónsul en el 80), *J.* 64, 4; *H.* II 70; 98, 9.
Cecilios Metelos, *Sal.* 2, 4.
Celio Rufo, Marco, *C.* 14, 5.
Céler, véase Cecilio.
Cepario de Tarragona, Marco, *C.* 46, 3-4; 47, 1, 4; 52, 34; 55, 6.
Cepión, véase Servilio.
César, véase Julio.
Cetego, véase Cornelio.
Cicerón, véase Tulio.
Cícico, *H.* IV 69, 14.
Cilicia, *H.* II 47, 7; 98 D.
címbrico, *C.* 59, 3; *H.* I 55, 17.
Cinna, véase Cornelio.
Cirene, *J.* 19, 3; *H.* II 43.
cirenenses, *J.* 59, 2, 5, 7.
Ciro, *C.* 2, 2.
Cirta, *J.* 21, 2; 22, 1; 23, 1-2; 25, 9; 26, 1; 35, 1; 81, 2; 82, 1; 88, 3; 101, 1; 102, 1; 104, 1.
Claudio el Ciego, Apio, *Cés.* I 1, 2; *Sal.* 6, 16.
Claudio Marcelo, Marco, *H.* I 11.
Claudio Nerón, Tiberio, *C.* 50, 4.
Claudio Pulcro, Apio, *H.* I 77, 22.

Concordia (templo), *C.* 46, 5; 49, 4.
Cornelia (familia), *C.* I 55, 6.
Cornelio (escriba), *H.* 1, 55, 17.
Cornelio, Gayo, *C.* 17, 4; 28, 1.
Cornelio Cetego, Gayo, *C.* 17, 3; 22, 2; 43, 2-3; 44, 1; 46, 3; 47, 4; 48, 4; 50, 2; 52, 33; 55, 6; 57, 1.
Cornelio Cetego, Publio, *H.* I 77, 20.
Cornelio Cinna, Lucio, *C.* 47, 2; *H.* I 64; 77, 19.
Cornelio Escipión Africano Emiliano, Publio, *J.* 7, 4; 8, 2; 22, 2.
Cornelio Escipión Africano, Publio, *J.* 4, 5; 5, 4; *Cic.* 1, 1.
Cornelio Escipión Nasica, Publio, *J.* 27, 4.
Cornelio Léntulo Clodiano, Gayo, *H.* IV 1.
Cornelio Léntulo Espínter, Publio, *C.* 47, 4.
Cornelio Léntulo Marcelino, Publio, *H.* II 43.
Cornelio Léntulo Sura, Publio, *C.* 17, 3; 32, 2; 39, 6; 43, 1, 3; 46, 3, 5; 47, 2-4; 50, 1; 51, 7; 52, 17; 32; 55, 2, 5; 57, 1; 58, 4.
Cornelio Sila, Lucio, *C.* 5, 6; 11, 4-5; 28, 4; 37, 9; 47, 2; 51, 32, 34; *J.* 95, 1-3; 96, 1; 98, 4; 100, 2; 101, 4, 8; 102, 2, 4, 15; 103, 4-5, 7; 104, 1-3; 105, 1, 3; 106, 2, 5; 107, 1, 5; 108, 1-3; 109, 1, 4; 110, 2; 111, 1, 3; 112, 1, 3; 113, 2, 4, 7; *H.* I 55, 1, 7, 16, 19; II 21; III 48, 1, 9; IV 1; *Cés.* II 4, 1; *Cic.* 3, 6.
Cornelio Sila, Publio, *C.* 17, 3.
Cornelio Sila, Servio, *C.* 17, 3; 47, 1.
Cornelio Sisenna, Lucio, *J.* 95, 2.
Cornificio, Quinto, *C.* 47, 4.
Cota, véase Aurelio.
Craso, véase Licinio.
Crético, véase Cecilio.
Crixo, *H.* III 96 D.
Crotona, *C.* 44, 3.
Curión, véase Escribonio.
Curio, Quinto, *C.* 17, 3; 23, 1, 4; 26, 3; 28, 2.

Dábar, *J.* 108, 1; 109, 4; 112, 1.
Damasipo, véase Lucio Junio Bruto.
Didio, Tito, *H.* I 88.
Diluno, *H.* III 6.
Dirraquio, *Cic.* 4, 7.
Domicio Ahenobarbo, Lucio, *Cés.* II 4, 2; 9, 2.
Druso, véase Livio.

Egipto, *J.* 19, 3.
Emilia (familia), *H.* I 77, 6.
Emilia (vía), *C.* 57, 1.
Emilio Escauro, *J.* 15, 4; 25, 4, 10; 28, 4; 29, 2-3, 5; 30, 2; 32, 1; 40, 4.

Emilio Lépido, Manio, *C.* 18, 2.
Emilio Lépido, Marco, *H.* I 1; 55, 27; 66; 69; 77, 2-3, 6-7, 14, 18-19, 22.
Emilio Lépido, Liviano, *H.* III 48, 10.
Emilio Paulo, Lucio, *C.* 31, 4.
Eneas, *C.* 6, 1.
Escauro, véase Emilio.
Escila, *H.* IV 27.
Escipión, véase Cornelio.
Escirto, *H.* I 55, 21.
Escribonio Curión, Gayo, *H.* III 48, 10.
España(s), *C.* 18, 5; *J.* 7, 2; 10, 2; 18, 3, 9; 19, 4; *H.* I 77, 8; 88; II 70; 98, 9.
Espártaco, *H.* III 96 D; 98 B, C.
Espínter, véase Cornelio Léntulo.
Estatilio, Lucio, *C.* 17, 4; 43, 2; 44, 1; 46, 3; 47, 4; 52, 34; 55, 6.
Etruria, *C.* 27, 1; 28, 4; *H.* I 11; 69; 77, 6, 8.
etruscos, *H.* I 67.
Éumenes, *H.* IV 69, 8.
Europa, *J.* 17, 3.

Fabia, *C.* 15, 1.
Fabio Máximo, Quinto, *J.* 4, 5.
Fabio Sanga, Quinto, *C.* 41, 4-5.
Fannio, Gayo, *H.* I 4a.
Favorino, Marco, *Cés.* II 9, 4.
fenicios, *J.* 19, 1.
Fésulas, *C.* 24, 2; 27, 1; 30, 1, 3.
Fígulo, véase Marcio.
Filenos, *J.* 79, 5, 9-10.
Filipo (rey), *H.* I 55, 4; IV 69, 5-7.
Filipo, véase Marcio.
Flaco, véase Valerio Fulvio.
Flaminio, Gayo, *C.* 36, 1.
Foro de Anio, *H.* III 98 B.
Fufidio, Lucio, *H.* I 55, 21.
Fulvia, *C.* 23, 3-4; 26, 3; 28, 2.
Fulvio (hijo del senador), *C.* 39, 5.
Fulvio Flaco, Marco, *J.* 16, 2; 31, 7; 42, 1.
Fulvio Nobílior, Marco, *C.* 17, 4.
Furio, Publio, *C.* 50, 4.

Gabinio Capitón, Publio, *C.* 17, 4; 40, 6; 43, 2; 44, 1; 46, 3; 47, 1; 52, 34; 55, 6.
Gades, *H.* I 100.
Galia, *C.* 40, 2; 42, 1, 3; 56, 4; 57, 1, 3; 58, 4, 6; *J.* 114, 3; *H.* I 11; II 98 D.
Gauda, *J.* 65, 1.
Gracos, *J.* 42, 1-2.
Graco, véase Sempronio.
Grecia, *C.* 2, 2; 51, 39; *H.* IV 69, 11.
Gulusa, *J.* 5, 6; 35, 1.

Hadrumeto, *J.* 19, 1.
Heraclea, *H.* IV 69, 14.

Hércules, *J.* 18, 3; 89, 4.
Herennio, Gayo, *H.* II 21; 98, 6.
Hiénsal I, *J.* 5, 7; 9, 4; 10, 8; 11, 3, 6, 8; 12, 3, 5; 15, 1, 3; 24, 6; 28, 1.
Hiénsal II, *J.* 17, 7.
Hipona, *J.* 19, 1.
Homero, *H.* I 101.

indígetes, *H.* II 98, 5.
Isaura Nueva, *H.* II 87 B.
Isaura Vieja, *H.* II 87 A-B.
Italia, *C.* 16, 5; 24, 2; 52, 15; *J.* 5, 2, 4; 27, 3-4; 28, 2, 6; 35, 9; 114, 2; *H.* II 47, 7; 98, 4, 7, 10; 98 D; IV 26; 32; *Cés.* I 8, 4; *Cic.* 4, 7; *Sal.* 6, 18.

Jugurta, *J.* 5, 1, 7; 6, 2-3; 7, 1, 4, 6; 8, 1-2; 9, 2-4; 10, 1, 7; 11, 1, 3, 5, 7; 12, 3-4, 6; 13, 2, 5, 7; 14, 2, 4, 11, 14-15, 20; 15, 1-2; 16, 2-3, 5; 19, 7; 20, 1, 5-6; 21, 1-3; 22, 2; 23, 1; 24, 2, 4, 10; 25, 1, 5; 26, 1, 2; 27, 2; 28, 1-2; 29, 1, 3-4; 31, 18-19; 32, 1, 3, 5; 33, 1, 4; 34, 1-2; 35, 1-2, 4, 8; 36, 2; 38, 1; 40, 1; 46, 1, 4; 47, 3; 48, 1; 49, 1; 50, 3, 5; 51, 5; 52, 2, 5, 6; 54, 2; 55, 1, 4, 8; 56, 1; 58, 1, 6; 59, 2; 60, 4; 61, 1; 4; 62, 1, 3, 5, 8; 65, 3; 66, 1-2; 69, 1; 70, 1-2, 5; 71, 5; 72, 2; 73, 7; 74, 1-2; 75, 1, 9; 80, 1, 6; 81, 1, 3; 83, 1-2; 85, 10, 45; 87, 4; 88, 3-4; 89, 2, 4; 91, 7; 92, 5; 94, 4; 97, 1, 3; 101, 3, 6, 9; 102, 5, 13, 15; 103, 1-2; 104, 4; 106, 2; 107, 3, 6; 108, 1-3; 110, 8; 111, 1-2; 112, 1-2; 113, 2, 5; 114, 3. Guerra de —, *J.* 19, 7; 77, 2; 100, 5.
Julio, Gayo, *C.* 27, 1.
Julio César, Gayo, *C.* 47, 4; 49, 1-2, 4; 50, 4-5; 52, 1, 13; 53, 6; 54, 2-4; *Cés.* II 13, 1; *Cic.* 4, 7; *Sal.* 4, 12; 7, 19; 20.
Julio César, Lucio, *C.* 17, 1.
Junio Bruto, Décimo, *C.* 40, 5; *H.* III 48, 10.
Junio Bruto, Marco, *Cés.* I 4, 1.
Junio Bruto, Damasipo, *C.* 51, 32, 34.
Junio Silano, Décimo, *C.* 50, 4; 51, 16, 18.
Junio Silano, Marco, *J.* 43, 1.
Júpiter, *J.* 107, 2; *H.* III 48, 15; *Cic.* 4, 7.

Lacetania, *H.* II 98, 5.
Lacio, *J.* 69, 4; 84, 2; 95, 1; *H.* I 55, 12.
Laris, *J.* 90, 2.
Leca, véase Porcio.
Léntulo, véase Cornelio.
Lépido, Lepidiano, véase Emilio.
Leptis (Magna), *J.* 19, 3; 77, 1.

Ley Licinia Mucia, *H.* I 20.
Ley Plaucia, *C.* 31, 4; *Cic.* 2, 3.
Ley Porcia, *C.* 51, 22, 40; *Cic.* 3, 5.
Ley Sempronia, *J.* 27, 3.
Licinio Craso, Lucio, *Cic.* 3, 4.
Licinio Craso, Marco, *C.* 17, 7; 19, 1; 38, 1; 47, 4; 48, 4; 5, 7-9; *H.* IV 51.
Licinio Craso, Publio, *Cic.* 2, 2; *Sal.* 5, 14; 7, 20.
Licinio Luculo, Lucio, *H.* II 98 D; III 48; 11, 4; 69, 15.
Licinio Luculo, Publio, *J.* 37, 2.
Licinio Macro, Gayo, *H.* III 48.
Licinio Murena, Gayo (lugarteniente del 64/63), *C.* 42, 3.
Limetano, véase Mamilio.
Livio Druso, Marco, *Cés.* II 6, 3-4.
Lolio Palicano, Marco, *H.* IV 43.
Longino, véase Casio.
Luculo, véase Licinio.
Lutacio Cátulo, Quinto, *C.* 34, 3; 35, 1; 49, 1-2; *H.* I 11; 66; 77, 6, 19, 22; III, 48, 9.
Lutacios, *H.* 1, 55, 3.

Macedonia, *J.* 35, 3; *H.* II 47, 7.
Macro, véase Licinio.
Malio Máximo, Gneo, *J.* 114, 1.
Mamerco, véase Emilio.
Mamilia (propuesta), *J.* 40, 4; (ley), *J.* 65, 5.
Mamilio Limetano, Gayo, *J.* 40, 1.
Mancino, véase Manlio.
Manlio, Aulo, *J.* 86, 1; 90, 2; 100, 2; 102, 2, 4, 15.
Manlio, Gayo, *C.* 24, 2; 27, 1, 4; 28, 4; 29, 1; 30, 1; 32, 3; 36, 1-2; 56, 1; 59, 3; 60, 6.
Manlio Mancino, Tito, *J.* 73, 7.
Manlio Torcuato, Aulo (o mejor, Tito), *C.* 52, 30.
Manlio Torcuato, Lucio, *C.* 18, 5.
Marcio Fígulo, Gayo, *C.* 17, 1.
Marcio Filipo, Lucio, *H.* I 75, 77.
Marcio Rege, Quinto, *C.* 30, 2; 32, 3; 33, 1; 34, 1.
Mario, Gayo, *C.* 59, 3; *J.* 46, 7; 50, 2; 55, 6, 8; 56, 3, 5; 57, 1; 58, 5; 60, 5; 63, 1; 64, 1, 3-4; 65, 3-5; 73, 2-3, 5-7; 82, 2-3; 84, 1, 3-4; 86, 1, 4-5; 87, 4; 88, 2; 89, 6; 92, 1, 6; 93, 1, 6-7; 94, 3, 4, 7; 96, 1, 4; 97, 3; 98, 1, 3; 99, 1; 100, 1, 5; 101, 6, 10; 102, 2, 13-14; 103, 1, 3, 7; 104, 1; 105, 1; 112, 2; 113, 7; 114, 3; *H.* I 77, 7.
Mario Gratidiano, Marco, *H.* I 44-45.
Marsella, *C.* 34, 2.
Masinisa, *J.* 5, 4-5, 7; 9, 2; 14, 2, 6, 18; 24, 10; 35, 1-2; 65, 1, 3; 108, 1.
Masiva, *J.* 35, 1, 4, 6; 61, 4.
Mastanábal, *J.* 5, 6-7; 65, 1.
Masúgrada, *J.* 108, 1.
Mauritania, *C.* 21, 3; *J.* 16, 5; 19, 4; 62, 7; *H.* II 70.
Máximo, véase Fabio.

Memmio, Gayo, *J.* 27, 2; 30, 3, 4; 32, 1, 5; 33, 3; 34, 1.
Mesopotamia, *H.* IV 69, 21.
Metelo, véase Cecilio.
Micipsa, *J.* 5, 6; 6, 2; 7, 2; 8, 1; 9, 1; 11, 2, 5; 13, 1; 14, 1, 9; 16, 2; 22, 2; 24, 3; 65, 1; 110, 8.
Milvio (puente), *C.* 45, 1.
Minerva, *Cic.* 4, 7.
Minucio Rufo, Quinto (o mejor, Marco), *J.* 35, 2-3.
Mitridates, *H.* I 77, 8; II 47, 7; III 48, 18; IV 69, 1.
Monte Sacro, *H.* I 11.
Muluya, *J.* 19, 7; 92, 5; 110, 8.
Murena, véase Licinio.
Mutul, *J.* 48, 3.
mutuduros, *H.* II 93.

Nabdalsa, *J.* 70, 2, 4; 71, 1, 5.
Nasica, véase Cornelio.
Nerón, véase Claudio.
Nicomedes, *H.* IV 69, 9-11.
Nisa, *H.* IV 69, 9.
Nobilior, véase Fulvio.
Nucerino, *C.* 21, 3.
Numancia, *J.* 8, 2; 10, 2; 15, 1; 20, 1; 101, 6.
Numidia, *J.* 8, 1; 13, 2, 5; 14, 1, 25; 16, 5; 18, 11; 19, 5; 20, 7; 24, 10; 27, 3-4; 28, 7; 29, 7; 32, 2; 33, 4; 35, 2-3, 9; 38, 9; 39, 4; 43, 1, 5; 46, 5; 48, 3; 54, 6; 61, 2; 62, 10; 65, 3; 78, 5; 82, 2; 84, 1; 85, 45; 91, 1-2; 102, 13; 111, 1; 114, 4.
Océano, *J.* 17, 4; 18, 5; *H.* I 11; 102; IV 69, 17.
Octavio, Lucio, *H.* II 42; 45; 98 D.
Octavio Rusón, Gneo, *J.* 104, 3.
Opimio, Lucio, *J.* 16, 2.
Orestila, véase Aurelia.

Papirio Carbón, Gneo, *Cés.* I 4-5.
Pario, *H.* IV 69, 14.
Paulo, véase Emilio.
Perseo, *C.* 51, 5; *J.* 81, 1; *H.* I 18; IV 69, 7.
Persia, *H.* IV 69, 19.
Petreyo, Marco, *C.* 59, 4; 60, 1, 5.
Pirineo, *H.* II 98, 5; III 89.
Pirro, *H.* I 55, 4.
Pisón, véase Pupio Calpurnio.
Pompeyo Magno, Gneo, *C.* 16, 5; 17, 7; 19, 1, 2, 5; 38, 1; 39, 1; *H.* II 92; 93; 98 D; III 48, 21, 23; 88; *Cés.* I 2, 7; 4, 1; II 3, 1.
Pompeyo Estrabón, Gneo, *H.* II 21.
Pompeyo Rufo, Quinto, *C.* 30, 5.
Pontino, Gayo, *C.* 45, 1, 4.
Porcio Catón de Útica, Marco, *C.* 52, 1; 53, 1, 6; 54, 2-3, 5; 55, 1; *Cés.* II 4, 2; 9, 3.
Porcio Leca, Marco, *C.* 17, 3; 27, 3.
Postumio, Lucio, *Cés.* II 9, 4.

Postumio Albino, Aulo, *J.* 36, 4; 37, 3; 38, 2, 4, 9; 39, 1; 43, 1; 44, 4; 55, 1.
Postumio Albino, Espurio, *J.* 35, 2, 6; 36, 1, 3-4; 39, 2; 44, 1, 4; 77, 3; 85, 16.
Ptolomeo Alejandro, *H.* IV 69, 12.
Ptolomeo Apión, *H.* II 43.
Ptolomeo Soter II, *H.* IV 69, 10.
Pupio Pisón Frugi, Marco, *Cic.* 1, 2.

Quintio, Lucio, *H.* III 48, 11.

Rege, véase Marcio.
Regio, *J.* 28, 6.
Rin, *H.* I 11.
Roma, *C.* 6, 1; 18, 8; 27, 2; 30, 7; 31, 7; 32, 3; 34, 1; 36, 2; 37, 5; 39, 6; 40, 5; 43, 1; 47, 2; 52, 14; 53, 5; 55, 6; 56, 1, 4; 57, 1; 58, 13; *J.* 8, 1; 13, 3-4, 6-7; 16, 3; 20, 1; 21, 3; 22, 1, 4; 23, 2; 25, 6; 27, 1; 28, 1-2; 29, 3, 7; 30, 1, 4; 32, 1-2; 33, 1, 4; 35, 1, 7, 10; 36, 4; 37, 1; 39, 1; 40, 1; 41, 1; 46, 1; 55 1; 61, 4; 62, 10; 65, 4; 73, 3; 77, 2; 80, 4; 82, 2; 88, 1; 95, 1; 102, 13; 103, 3; 104, 2-3, 4; 114, 3; *Cés.* I 2, 6; 6, 2; *Cic.* 3, 5; *Sal.* II 7.
Rómulo, *H.* I 55, 5; *Cic.* 4, 7.
Rufo, véase Pompeyo Minucio.
Rusón, véase Octavio.
Rutilio Rufo, Publio (cónsul en el 105), *J.* 50, 1; 52, 5-6; 86, 5.

Salustio Crispo, Gayo, *Sal.* 1, 1; 2, 2, 4, 6; 3, 10; 5, 13; 6, 15, 17-18; 8, 21, 22.
Sanga, véase Fabio.
Saturnino, véase Apuleyo.
Seleucía, *H.* IV 69, 19.
Sempronia, *C.* 25, 1; 40, 5.
Sempronio Graco, Gayo, *J.* 16, 2; 31, 7; 42, 1; *Cés.* II 8, 1.
Sempronio Graco, Tiberio, *J.* 31, 7; 42, 1. Véase Gracos.
Sergio Catilina, Lucio, *C.* 4, 3; 5, 1; 14, 1, 3, 7; 15, 1; 16, 4-5; 17, 6; 18, 1, 3, 5, 8; 20, 1; 21, 2; 22, 1; 23, 4; 24, 2, 4; 26, 1, 3, 5; 31, 4, 7; 34, 2-3; 35, 1; 36, 2-3, 5; 37, 1; 39, 4-6; 42, 2; 43, 1-2; 44, 3-4; 48, 1, 3-4; 51, 43; 52, 17, 35; 56, 1, 4; 57, 1-2, 5; 60, 4-5, 7; 61, 1, 4; *H.* I 46; III 96 A.
Sertorio, Quinto, *H.* II, 47, 6; 93; 98, 5, 9; III 5; 48, 18.
Servilio Cepión, Quinto, *J.* 114, 1.
Servilio Vacia Isáurico, Publio, *H.* II 87 B, D.
Sestio, Publio, *Cic.* 4, 7; *Sal.* 4, 12.
Sextio, *J.* 29, 4.
Sica, *J.* 56, 3.
Sicilia, *J.* 28, 6; *H.* IV 25-26.
Sicinio, Lucio (o mejor Gneo), *H.* III 48, 8.
Siface, *J.* 5, 4; 14, 8.

Silano, véase Turpilio Junio.
Sirtes, *J.* 19, 3; 78, 1, 3.
Sisenna, véase Cornelio.
Sitio Nucerino, Publio, *C.* 21, 3.
Sucro, *H.* II 98, 6.
Sulpicio Rufo, Publio (tribuno de la plebe en el 88), *H.* I 77, 7.
Sura, véase Cornelio Léntulo.
Sutul, *J.* 37, 3; 38, 2.

Tala, *J.* 75, 1-2, 6, 9; 77, 1; 80, 1; 89, 6.
Tanais, *J.* 90, 3.
Taormina, *H.* IV 28.
Tarquinio el Soberbio, *H.* I 11.
Tarquinio, Lucio, *C.* 48, 3, 5-6, 8.
Tárula, *H.* I 55, 21.
Tauro, *H.* IV 69, 6.
Tera, *J.* 19, 3.
Terencia, *Cic.* 2, 3.
Terencio, Gneo, *C.* 47, 4.
Tíbur, *Sal.* 7, 19.
Tigranes, *H.* IV 69, 3, 13, 15-16.
Tírmida, *J.* 12, 3.
Tisidio, *J.* 62, 8.
Toranio, Gayo, *H.* III 96 A.
Torcuato, véase Manlio.
Tuca, *J.* 104, 1.
Tuliano, *C.* 55, 3.
Tulio Cicerón, Marco, *C.* 22, 3; 23, 5; 24, 1; 26, 1; 27, 4; 28, 1-2; 29, 1; 31, 6-7; 36, 3; 41, 5; 43, 1-2; 44, 1; 45, 1; 48, 1, 6, 8-9; 49, 1; 51, 35; *Cic.* 1, 1-2; 2, 3; 3, 5-6.
Tulo, véase Volcacio.
Turia, *H.* II 98, 6.
Túsculo, *Cic.* 2, 3-4.
Turpilio Silano, Tito (prefecto de ingeniería), *J.* 66, 3; 67, 3; 69, 4.

Umbreno, Publio, *C.* 40, 1, 2, 4; 50, 4.
Urbino, Gayo, *H.* II 70.
Útica, *J.* 25, 5; 63, 1; 64, 5; 86, 4; 104, 1.

Vaga, *J.* 29, 4; 47, 1; 68, 1, 3.
Valencia, *H.* II 98, 6.
Valerio Flaco, Lucio, *C.* 45, 1; 46, 6.
Vargunteyo, Lucio, *C.* 17, 3; 28, 1; 47, 1.
Varinio, Publio, *H.* III 96 A, C, D; 98 B.
Vatinio, Publio, *Cic.* 4, 7; *Sal.* 4, 12.
Vesta, *C.* 15, 1.
Verres, Gayo, *H.* IV 32.
Vetio, Picente, *H.* I 55, 17.
Victoria, *H.* II 70.
Volcacio Tulo, Lucio, *C.* 18, 2.
Volturcio de Crotona, Tito, *C.* 44, 3; 45, 3; 46, 6; 47, 1; 48, 4; 49, 4; 50, 1; 52, 36.
Voluce, *J.* 101, 5; 105, 3; 106, 1, 6; 107, 2.

Zama, *J.* 56, 1; 57, 1; 58, 1; 60, 1; 61, 1.

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN GENERAL

Págs.

I. Biografía de Salustio 7
II. Obras 15

1. Conjuración de Catilina, 19. — 2. Guerra de Jugurta, 27. — 3. Historias, 30. — 4. Los proemios de estas obras, 33. — 5. Obras apócrifas de Salustio, 36. — 6. Características de la obra de Salustio, 46. — 7. Pervivencia de Salustio y su obra, 48. — 8. Transmisión del texto, 53. — 9. La traducción, 57.

Bibliografía 61

SALUSTIO

Conjuración de Catilina 71
Guerra de Jugurta 135

Págs.

SELECCIÓN DE FRAGMENTOS DE LAS «HISTORIAS» 261

Introducción 263
Libro I 267
Libro II 285
Libro III 297
Libro IV 307

PSEUDO SALUSTIO

CARTAS A CÉSAR ANCIANO SOBRE ASUNTOS DE ESTADO 315
DISCURSO-INVECTIVA CONTRA MARCO TULIO CICERÓN 341

PSEUDO CICERÓN

DISCURSO-INVECTIVA CONTRA GAYO SALUSTIO CRISPO 349

ÍNDICE DE NOMBRES 361